

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

LECTURAS CRÍTICAS DE LA OBRA DE BAUDILIO MONTOYA

ENSAYO



GOBERNACIÓN DEL
QUINDÍO



UNIVERSIDAD
DEL QUINDÍO

La Biblioteca de Autores Quindianos

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa, poesía e historia, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo editorial del programa de Español y Literatura, les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

Julio César López Espinosa
Gobernador del Quindío.

Alfonso Londoño Orozco
Rector de la Universidad del Quindío

Lecturas críticas de la obra de Baudilio Montoya

Compilación
Juan David Zambrano
Mayra Sarmiento Aguirre

Lecturas críticas de la obra de Baudilio Montoya

Compilación

© Juan David Zambrano

© Mayra Sarmiento Aguirre

Primera edición



Biblioteca de Autores Quindianos

Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío

Universidad del Quindío

Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-25-8

Asesoría editorial:

Licenciatura en Español y Literatura

Universidad del Quindío

Edición al cuidado de los compiladores

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor.

Diseño de la portada: © Lina María Cocuy

Diagramación: Julio César Pinzón Ospina

Impresión: Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

Índice

Juan David Zambrano y Mayra Sarmiento Aguirre.
Lecturas de la estética baudiliana 11

Humberto Senegal.
Baudilio Montoya 23

I. Recuerdos

Rodolfo Jaramillo Ángel.
Baudilio Montoya 27

Óscar Piedrahíta González.
Ante la tumba de Baudilio Montoya 31

Juan de J. Herrera G.
Me niego a llamarlo Rapsoda 33

Óscar Piedrahíta González.
Antología de Baudilio Montoya 35

Juan de J. Herrera G.
El poeta en la escuela Girardot 39

Adel López Gómez.
Baudilio Montoya 41

Jaime Lopera Gutiérrez.
Baudilio, cien años 43

II. Reseñas

Rodrigo de Triana.
Baudilio Montoya o el ángel vengador. Lotos 49

Luis Eduardo Nieto Caballero.
Lotos 54

Alberto Trujillo Escobar. <i>Lotos. Un libro de versos</i>	58
Alberto Cardona Jaramillo. <i>El libro de Baudilio Montoya</i>	61
Camilo Orozco. <i>Lotos</i>	63
Luis Martínez Mutis. <i>Baudilio Montoya, poeta egregio. A propósito de su libro Canciones al viento</i>	65
III. Notas críticas	
Luis Ramírez R. <i>¡Camino de la posteridad!</i>	73
Humberto Jaramillo Ángel. <i>Baudilio Montoya. Otro año</i>	76
R. <i>Baudilio</i>	78
Gustavo Páez Escobar. <i>Baudilio y La Bella</i>	80
Carlos Fernando Gutiérrez Trujillo. <i>Carta del viajero</i>	83
Pedro García Montoya. <i>Una corona de laurel</i>	87
El Tiempo. <i>Baudilio Montoya</i>	90
J. M. Álvarez Dorsonville. <i>Baudilio Montoya</i>	92
Noel Estrada Roldán. <i>En el XXV aniversario de la muerte de El poeta del Quindío</i>	95

IV. Ensayos

Julio Alfonso Cáceres. <i>Tres carteles para hablar de un poeta</i>	99
Carlos Alberto Villegas Uribe. <i>Texto provocador en la conmemoración del centenario del nacimiento de Baudilio Montoya</i>	102
Gonzalo Ríos Ocampo. <i>Baudilio Montoya, poeta de la soledad</i>	113
Alfonso Rodríguez. <i>Croquis al fondo de un poema de Baudilio Montoya</i>	119
Lino Gil Jaramillo. <i>Baudilio Montoya, el rapsoda del Quindío</i>	121
Plácido Vidal. <i>Carta a Baudilio Montoya</i>	126
Carlos A. Castrillón. <i>Vigencia de Baudilio Montoya</i>	131
Julio Alfonso Cáceres. <i>Palabras Iniciales</i>	136
Antonio Cardona Jaramillo. <i>El paisaje, el poeta y el hombre (Baudilio Montoya)</i>	140
Héctor Ocampo Marín. <i>Breve sobre Baudilio Montoya. El último rapsoda</i>	144
Belisario Betancur. <i>El habla lírica del pueblo</i>	150
Antonio Cardona Jaramillo. <i>Esquemática a los versos de Baudilio Montoya</i>	153
Fernando Mejía Mejía. <i>Baudilio Montoya o la pasión poética</i>	160

Humberto Jaramillo Angel. <i>Último rapsoda</i>	163
J. Ramírez Rojas. <i>El ruiseñor de cristal</i>	167
Bernardo Echeverri Cardona. <i>Baudilio Montoya y su canto</i>	170
Jaime Buitrago. <i>Baudilio Montoya</i>	176
Julio Alfonso Cáceres. <i>Discurso en el acto de Coronación de Baudilio Montoya</i>	179
Alirio Gallego Valencia. <i>Baudilio Montoya</i>	187
Humberto Jaramillo Ángel. <i>Cenizas. Libro de Baudilio Montoya</i>	191
Bernardo Pareja. <i>Poeta de cadencias entrañables</i>	194
V. Estudios	
Juan David Zambrano Valencia. <i>La estética de la transgresión en la obra poética de Baudilio Montoya</i>	201
Francy Lady Rojas Londoño. <i>La temática en la obra de Baudilio Montoya</i>	212
Jaime Mejía Duque. <i>Semblanza mínima de Baudilio Montoya</i>	228
Carlos A. Castrillón y Mayra Sarmiento Aguirre. <i>El corpus poético de Baudilio Montoya</i>	235

*A la familia Montoya,
por permitir desentrañar experiencias y recuerdos.*

*El cielo estaba embrujado, la mar en calma;
para mí todo era negro y sangriento para siempre,
¡ay!, y tenía, como en un espeso sudario,
el corazón amortajado en esta alegoría.*

Baudelaire

*Tengo a veces un sueño extraño y penetrante
de una mujer desconocida a la que amo y que me ama
y que no es, cada vez, en absoluto la misma,
ni en absoluto otra, y me ama y me comprende.*

Verlaine

*¡Ah! ¡Por demás los tengo! Pero, caro Satán, os conjuro
a ello, ¡menos irritación en esos ojos! Y a la espera de
las pocas y pequeñas cobardías que faltan, desprendo
para vos, que amáis en el escritor la ausencia de
facultades descriptivas o instructivas, unas cuantas
páginas horrendas de mi carnet de condenado.*

Rimbaud

Lecturas de la estética baudiliana

*En todo te busqué; mi afán ardiente
te fue siguiendo con ingente celo,
movido por la fuerza del anhelo
que te esperaba, necesariamente.*
«A ti»

*Como el Príncipe apuesto de una historia profunda,
le arrebaté una virgen a un dragón de cristal,
escancié vinos crueles y en la carne fecunda
apacentó sus vicios mi locura sensual.*
«Todo»

Cuenta José Ramírez Trujillo en el documental «Baudilio Montoya, el Rapsoda del Quindío», del Cine Club Lumière, que una noche en el café *La Bolsa*, lugar frecuentado por prestigiosas personalidades de Armenia, Baudilio Montoya, tras beber una copa, le entregó el poema «Vida rota», que le permitiría al músico componer el bambuco «En la playa». Leamos la última estrofa de la canción:

Por eso, desde esa vez,
tengo siempre mi alma en pena,
y no me importa ya el rancho
ni la atarraya de cuerdas,
ni me interesa ya el río,
mi río del Magdalena,
ni me interesa ya el río,
mi río del Magdalena.

Hugo Montoya, hijo del poeta, narra que a su padre le gustaba el “traguito”, algo habitual en su bohemia de escritor. El gusto por el alcohol dificultó que la familia de la esposa lo aceptara, pero el romance de sus versos y las constantes cartas que Baudilio le escribió, jugaron a su favor y consiguieron unirlo a ella.

••

Baudilio también era un hombre sensible al que le preocupaban el crimen y la injusticia social. Por ejemplo, se dice que durante la cruda violencia de los años 60 en el Quindío, asesinaron al campesino José Dolores Naranjo cerca al corregimiento de Pueblo Tapao, hecho que lo condujo a escribir un poema que tituló con el nombre de la víctima, pues según Evelio Gamba, alumno del escritor, Baudilio siempre estaba donde se encontraba el abatido.

Tan diversa como su proceder diario fue la actividad poética de Baudilio. Por tanto, no es de baja monta preguntar: ¿cómo se ha leído la tradición poética de Baudilio Montoya? Responder dicho interrogante supone un serio acercamiento al conjunto de libros del poeta y a los textos que críticos y académicos han producido sobre su obra.

El propósito principal de este libro es recoger, bajo el título *Lecturas críticas de la obra de Baudilio Montoya*, escritos que proponen interpretaciones multi-temáticas de la tradición lírica de “El poeta del Quindío”, en una suerte de antología que pretende homenajear la memoria y el trayecto literario de nuestro autor¹.

Aquí se encuentran 48 textos que apuestan a distintas lecturas de la obra baudiliana. Algunas generan un estado de tensión controversial, otras se corresponden con cierto tono armónico, pero todas dialogan entre sí por cuanto se trata de miradas a la obra del mismo escritor.

Igualmente, de una investigación sobre Baudilio Montoya que incluye documentos hasta ahora inéditos y una bibliografía comentada de la obra y sobre la obra del poeta, se incluye al final

¹ Esta edición es fruto de la línea de investigación en *Relecturas del canon literario*, dirigida por el profesor Carlos A. Castrillón, del grupo de investigación en Didáctica de la Lengua Materna y la Literatura (Licenciatura en Español y Literatura, Universidad del Quindío), en su proyecto “Recuperación de textos” de las literaturas regionales.

del presente libro el texto titulado «El corpus poético de Baudilio Montoya». Se trata de una descripción completa de los seis libros publicados por el autor y de las cuatro compilaciones de su obra en verso, con especial atención a las variantes de cada poema. Este estudio, que pretende marcar los ajustes que el poeta hizo a sus poemas publicados y fijar las versiones definitivas para futuros ejercicios críticos, se presenta como una invitación a lo que algún día debe ser la publicación de la obra poética completa de Baudilio Montoya.

Lecturas a la tradición poética baudiliana

Son muchas las lecturas efectuadas a la obra de Baudilio. Hay quienes optan por llamarlo el poeta de la soledad, cuya lírica profundamente taciturna expresa un permanente diálogo con la desolación. Algunos prefieren apelar a su carácter popular y denominarlo *Rapsoda*, puesto que sus versos, reflejo de la violencia y la desigualdad social de aquel entonces, acogen la voz de sus coterráneos e irradian una flama de protesta e indignación. Otros se refieren a él como un poeta romántico abrazado por el manto del amor y las seductoras bondades de las muchachas del Quindío. Algunos afirman que Baudilio veía la muerte en todo y por ende su canto la evoca. Unos más leyeron en su obra risa y sarcasmo. Otros advirtieron imágenes propias del panorama quindiano y lo reconocen como un grabador del paisaje y un escultor de palabras que aluden a lo cercano.

Existen quienes lo acusan —en el mejor sentido de la palabra— de plegarse a la corriente de los escritores malditos de la Francia del siglo XIX (Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud; recuérdese, por ejemplo, «Oración a Verlaine»); el poeta adivinó en los simbolistas un cántaro del que trincar arte y a partir del cual crear luctuosas maldiciones literarias. De su lírica brotan aires de pesimismo y desencanto generalizado que abastecen un creciente sentimiento de hastío hacia una sociedad tremendamente materialista y conservadora. La adhesión a los simbolistas lo proveyó con el rótulo de poeta transgresor.

●●
Detengámonos sucintamente en ciertas lecturas.

Rodolfo Jaramillo Ángel, con un estilo fluido y sin exceso de adornos, narra cómo conoció a Baudilio. Primero mediante sus versos y una carta que el poeta le escribiera, y más tarde en la casa rural de Baudilio, con quien el cronista se toparía, no por casualidad, “puliendo un verso con devoto afecto”. Jaramillo Ángel recuerda la transparencia, la vitalidad y el sentido panteísta de la lírica baudiliana; recuerda a Baudilio como un escritor de exquisitez poética inmerso en el arte y la belleza.

Juan de J. Herrera, en «Me niego a llamarlo Rapsoda», muestra a Baudilio como “bardo”, señala que era “invitado de honor” a fiestas en las que, al calor de guitarras y boleros, Baudilio “intervenía con un soneto [...] su pluma comarcana estaba en cada romance adolescente, en la serenata reconciliadora, en la tertulia culta y en el bar de medio pelo; era de todos nosotros como el pan de cada mañana y como el rezo vespertino”.

Desde distinto punto de vista, el periodista Luis Eduardo Nieto Caballero asume una lectura crítico-descriptiva de *Lotos*, en dos rumbos. El primero ensancha la metáfora explícita del libro y encomia la naciente composición: “Poeta del alto vuelo, Baudilio Montoya acaba de publicar en Cali, con el nombre de *Lotos*, un libro de poemas, anunciados en el prólogo con una descarga de adjetivos [...] Porque los sonetos, aun los sacudidos por la pasión, pudieran ser, como las hojas de la planta acuática, un tapiz de maravilla sobre las aguas quietas”.

El segundo rumbo arriesga una lectura menos glorificadora y más objetiva del libro, matizada por el recato de Nieto Caballero y la convicción de que sus manos resguardan una publicación de respetable envergadura escrita por un personaje de altísima perspectiva en la geografía quindiana.

Humberto Jaramillo Ángel, en «Baudilio Montoya. Otro año», lamenta el olvido del poeta, controvierte la desidia ante su tumba, reclama un nuevo laurel para quien fuera coronado en

vida, y levanta un llamado que de no atenderse resultaría extraño para la región: “¿Cómo olvidar, por un instante siquiera, al hermano, al hermano triste, al hermano grande, al hermano a quien acompañamos, en turbias noches de bohemia, en su augusta soledad?”.

Carlos Alberto Villegas, en su «Texto provocador en la conmemoración del centenario del nacimiento de Baudilio Montoya», en trabazón con Humberto Jaramillo Ángel, asevera que pervive en los quindianos una especie de “vergüenza” y un extraño recelo que impide llevar a Baudilio a extramuros, más allá de la escenografía regional, “por la ambivalencia e incapacidad para valorar y promocionar nuestras más auténticas expresiones, por la falta de sinergia y el individualismo de las instituciones culturales con poder de convocatoria, por nuestra negligencia como gestores culturales”.

Villegas pone el dedo en la llaga (el olvido del poeta), cuestiona el comportamiento endógeno de los quindianos y atiza la indefectible deuda que el Quindío tiene con Baudilio, lo cual trae a colación el famosísimo verso que Vidales inmortalizó en sus timbres risueños: “Los relojes pierden el tiempo”, que en este caso dibuja la desmemoria de las gentes (quindianos) y retrata mujeres y hombres desprovistos de recuerdos (poética baudiliana).

El periódico *El Siglo* publicaría en 1950 el ensayo «Baudilio Montoya, poeta de la soledad», de Gonzalo Ríos Ocampo, en cuyas líneas iniciales el autor relata una fallida expedición a Peñasblancas y pone la lente en el enigma que lo rodea, con el objeto de hilvanar la mágica y misteriosa atmósfera en la que se movería nuestro poeta.

Ríos Ocampo centra su atención en los pesares que caldearon la lírica de Baudilio y detiene su mirada en algunos tópicos que gravitan en su poesía: la desolación, la nostalgia, la melancolía, la tristeza, la muerte, la desesperanza. Por ello resuelve llamarlo *poeta de la soledad*.

••

El poema «El hijo imposible» es objeto de análisis en «Cronquis al fondo de un poema de Baudilio Montoya», de Alfonso Rodríguez. Se trata de un ensayo en el que Rodríguez, apoyado en una pieza poética de Baudilio, demuestra que la estética baudiliana se sirve del desconuelo, dialoga con la pena, se identifica con el temor de un padre que sufre por su hijo —uno que todavía no nace— e interviene en la vida como una cinta en filigrana de angustia absoluta. En consecuencia, la poesía de Baudilio entra en simbiosis con la tristeza mundana.

Dentro de este marco ha de considerarse a Lino Gil Jaramillo, a quien Baudilio le debe el calificativo de “último rapsoda del Quindío”, y quien escribe en el prólogo de la antología poética *Baudilio Montoya: Rapsoda del Quindío*, que el poeta “transubstanció en sus canciones las inquietudes sentimentales de las gentes del agro y la aldea, de los campos y los caminos, por los cuales anduvo de pueblo en pueblo y de mesón en mesón escanciando copas y diciendo versos, cantando y soñando, viviendo y muriendo, como los rapsodas antiguos o los trovadores medievales”. Por eso Baudilio fue en vida el poeta más querido y el más honrado de la comarca. Él y sus versos son admirados y se repasan no tanto por su vida bohemia cuanto por el ardor de una escritura que lo sitúa a la altura de un cantor que hizo de sus poemas el escenario más concurrido.

No obstante, algunos autores, como Humberto Senegal, Carlos A. Castrillón y Antonio Cardona Jaramillo, contravienen la común denominación de Baudilio: *rapsoda*, porque materializa su talante folclórico, desdibuja su valía poética y se considera un apelativo simplista que riñe con la definición, el origen del término y la cualidad peculiar de nuestro poeta.

Belisario Betancur, en «El habla lírica del pueblo», prólogo de la antología *Baudilio Montoya, 100 años*, estima que Baudilio, más allá de erigir una hilera de agravios contra las realidades que vivió, se apropió de ellas y les posibilitó circulación poética. Baudilio bebió de la pobreza de sus vecinos, de

la cotidianidad, aunque además “era un recolector de pesares —la muerte, la noche, la angustia—, que cantaba ensimismado en su inermidad, en la certidumbre de la ineficacia de su denuncia [...] En Montoya eran el trino y el treno para cantar en la penumbra de las fondas campesinas o en la cadencia de los tiples parroquiales”. Esta lectura pone de relieve un Baudilio más lúgubre, invadido por la melancolía de su contexto, afligido por vivencias ajenas e íntimas y con un corazón trémulo y agobiado por el llanto del campo, por la zozobra del instante y por la virulencia de su época. A todas luces, un Baudilio zambullido en la incertidumbre.

En un sentido similar, pero al fin distante, Bernardo Pareja en el ensayo «Poeta de cadencias entrañables» de *Argonautas del espíritu*, indica, en una lectura luciferina de la estética baudiliana bañada de su conocido estilo grecolatino, que “ha ya casi cinco decenios nos revelaba el autor de *Lotos*, en carta subrayada de lancinantes atisbos, su atormentante visión de ‘un mundo que agoniza sin sangre entre las venas’, según la derelicta concepción de un cimero poeta nuestro de acentuados influjos parnasianos y dotado de viva y vasta cultura grecolatina. Recordemos aquí apartes de la citada carta: [...] ‘Entiendo que por las razones que te doy, puedes saber mi vida y el valor de mi obra. En su defensa tendrás que empeñarte mañana, cuando los gozquecillos de la crítica pretendan levantarse buscando la altura de mis zancajos. Tú estarás entonces empenachado de voces, diciendo el fuego satánico que inspiró mi palabra y ordenó el sentido tenebroso de mis poemas”.

Una lectura demoniaca de la obra de Baudilio, respaldada por la carta que nuestro autor escribiera en su tiempo. Pareja lo entiende como poeta de la noche y de la niebla —mirada menos rapsódica y juglar que otras—, prueba de que su estética se conjuga con las maldiciones simbolistas, con la desacralización de lo ecuménico y con el misterio circunstancial. Bernardo Pareja lee en Baudilio un esteta de hilos satánicos.

••

Dicha óptica alimenta la hipótesis de que Baudilio fue considerado como un poeta maldito desde los años 40. Conste, pues, que otras voces que en el presente libro arrojan evidencias al respecto son las de Antonio Cardona Jaramillo, Noel Estrada Roldán, Fernando Mejía Mejía, Juan David Zambrano, J. Ramírez Rojas y Humberto Jaramillo Ángel.

En «Vigencia de Baudilio Montoya», Carlos A. Castrillón señala que en la obra del poeta se percibe un contacto frecuente con el entorno y una abstracción del paisaje inmediato orientada por la “levedad en la imagen” y la “intuición metafísica”, que son “el fundamento de sus versos”. En el mismo ensayo, Castrillón desarrolla la idea: “La conciencia colectiva reconoce en él a un poeta que interpretó la voz plural, al mismo tiempo que buscaba en el romanticismo la universalidad que diera sustento a su oficio de poeta dentro de una tradición más vasta. Una prueba de ello es la icasticidad de sus imágenes, construidas al margen de la retórica y el retruécano, y la intuición metafísica que se expresa con hondura, especialmente en sus sonetos”.

El poeta Julio Alfonso Cáceres, en «Discurso en el acto de coronación de Baudilio Montoya», un riguroso ensayo tanto por la agudeza de sus meditaciones como por la sonoridad del lenguaje, describe las virtudes humanas de Baudilio, insiste en el valor de su poesía y resalta la madurez cultural que transluce la “glorificación de un poeta”. Oigámoslo: “Una ciudad que aspire a subir un peldaño en la historia, no puede ser el Nueva York de las finanzas sin ser también la Atenas del espíritu [...] El poeta escribía desde el corregimiento de Córdoba una poesía esbelta y luminosa, cruzada a trechos por la neblina insinuante de la tristeza. Sus versos tomaban el camino del alma y allí instalaban su melodiosa hegemonía. Desde ellos comenzamos a intuir al poeta en su parcela lejana, dialogando en las noches con las sirenas amargas del viejo Verlaine o rezando bajo los astros fatales la oración satánica del padre Baudelaire”.

Por su parte, Jaime Mejía Duque, en «Semblanza mínima de Baudilio Montoya», un texto en el que estudia la complejidad lírica del autor (el paisaje, lo popular, el amor, la mujer, la identidad...) sostiene que Baudilio “pulsó todas las cuerdas del sentir popular y lo hizo además dentro de la escala valorativa de sus coterráneos y coetáneos: sus lugares comunes de juicio y de emoción, tan vivos en aquella cotidianidad en permanente trance de idealización; sus mitos y supersticiones; en suma, el espíritu *acrítico* de toda su cultura: ese espíritu eternamente romántico y fetichista de donde sigue manando nuestro folclor de amores, premoniciones fúnebres y nostalgias”.

Mejía Duque apuntala categorías nada desdeñables desde las que conviene ahondar en los estudios de la obra de “El poeta del Quindío”, e introduce una valoración que amerita atención académica: “He insinuado que Baudilio, en su espontaneidad sentimental, es portador de una metafísica en acto, que implica de suyo una cosmogonía”.

Hay otro aspecto que importa. Los poemas que más se repiten en las lecturas críticas son: «Poema negro», «Muchacha del Quindío», «Oración a Verlaine», «Nada», «A ti», «Árbol», «José Dolores Naranjo» y «Querella de Navidad». Estas predilecciones permiten inferir unas tendencias de análisis, unos enfoques estéticos de los lectores, unas inclinaciones interpretativas, sociales, políticas, éticas y académicas, y algunos olvidos en las lecturas, por cuanto un gran segmento de la creación baudiliana se ha ignorado e instalado al margen de la crítica; esto es, en palabras de Derrida, un ejercicio selectivo de la obra de Baudilio, una censura, una exclusión, una actividad fuertemente marcada por lo no dicho, por el silencio.

Baudilio Montoya, entonces, concatenó en su estética la soledad, el romance, la muerte, el pueblo, el mal, lo cotidiano, la identidad, la amargura... El anterior recorrido representa una ojeada a la colección de lecturas de la tradición poética baudiliana y, por supuesto, no agota todas las miradas ni el carácter

analítico e interpretativo de tales lecturas. Para un abordaje completo invitamos al lector a pilotar a través de estas miradas críticas.

Metodología de la pesquisa y operaciones de edición

Toda antología implica una revisión del estado del arte en algún punto de la historia. Significa jugarse una posibilidad relacionada con el extrañamiento de uno o varios autores, y encontrarse con la sorpresa de quien cree tener todo el material a la mano y descubre, con el paso de las horas, que es un trabajo minucioso que no tarda en extender sus horizontes.

La ruta metodológica transitada para la configuración de este libro es la que sigue:

1. De alrededor de 250 textos hallados, se seleccionaron 48. El objetivo primario fue acopiar escritos que dieran cuenta de la pluralidad temática y estética de la obra de Baudilio Montoya. Los criterios de elección se centraron en escritos publicados o resultado de investigaciones y en textos en los que, a pesar de la multiplicidad del género, se evidenciara una lectura interpretativa de la estética de Baudilio Montoya. Se fijó la mirada en la representatividad de los autores en la escena académica y literaria, y en la diversidad temática de los escritos. Se omitieron textos con un dominante carácter biográfico y referencial, o cuyos temas e historias estaban subsumidos en otros; por ejemplo: «Don Baudilio de La Bella» de Alejandro Vallejo B., por su exclusivo perfil biográfico; «¡Baudilio Montoya o la bohemia creadora!» de Alirio Sabogal Valencia y «Vivencia del último rapsoda, Baudilio Montoya Botero» de Ignacio A. Torres Puerta, porque narran episodios de la vida de Baudilio repetidos en otros escritos; «Baudilio, poeta de la tierra y de la raza» de Alonso de la Guardia, por su eminente carácter referencial.

A pesar del título del libro, vale anotar que aquí no sólo se integran críticas propiamente dichas sino textos de una naturaleza

dispar en los cuales predomina el carácter interpretativo, e igualmente que los criterios de selección permitieron delimitar el corpus escogido.

2. Los textos fueron distribuidos en cinco capítulos, más una biografía de Baudilio Montoya hecha por Humberto Senegal: I. Recuerdos (7), II. Reseñas (6), III. Notas críticas (9), IV. Ensayos (21) y V. Estudios (4). El capítulo I contiene escritos que rememoran la vida de Baudilio; el capítulo II, reseñas sobre alguno de los libros del poeta; el capítulo III, notas críticas que desarrollan juicios breves y específicos a propósito de la estética baudiliana; el capítulo IV, ensayos que exponen juicios desarrollados ampliamente, y el capítulo V, estudios académicos acerca de la obra de Baudilio. A causa de la diversidad, la clasificación se vio obligada a estirar las posibilidades que ofrece el título de esta edición.

3. Los textos sufrieron diversas operaciones de edición: Ajustes ortográficos y corrección de erratas, cruce de citas entre los escritos de manera que coincidieran con las fuentes, control de datos, fechas y nombres de autores, confrontación de los versos citados con los libros originales, adición de una nota a pie de página para los datos de origen y marcas en las partes en donde, por las deficiencias de la copia, se insertaron palabras o se anexaron signos de omisión. En ninguno de esos casos se afectó la particularidad de estilo de los autores².

Esta edición es el resultado de una búsqueda larga y detallada que se ubica con especial acento en el sitio donde el poeta vivió

² Algunos escritos no cuentan con información bibliografía completa por cuanto se tomaron del Museo de Baudilio Montoya, el cual carece de registro de fuentes. Una parte del material proviene del archivo de soporte del documental «Baudilio Montoya, el Rapsoda del Quindío» (2003), del Cine Club Lumière (Daniel Vejarano, Juan Carlos Puerta, José Álvaro Saineda, Juan Carlos Ángel Jaramillo, Beatriz Lorena Buitrago, Mauricio Tejada). Todos los textos considerados en este proyecto reposan en los archivos de la Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad del Quindío.

•••

sus amarguras y dispuso sus imágenes. En todo este proceso estuvo presente la familia del poeta, que nos abrió camino para hallar muchos de los textos que queríamos encontrar, otros que no alcanzábamos a imaginar y algunos que quedan por descubrir.

Agradecemos a Sonia y a Darío Montoya Soto, hijos de Baudilio, por la confianza que depositaron en esta investigación, por la sencillez de sus palabras y por la calidez al abrirnos las puertas de la reminiscencia.

Finalmente, es claro que muchos de los avatares de Baudilio brillan en su poesía; sus vivencias se cruzan con su lírica, cada anécdota fue pretexto de creación, cada visión razón suficiente para proyectarse en el tiempo a través de la literatura; cada copa, cada amigo, cada tormento eran motivos para crear y crearse a sí mismo. Tal vez por esto, Juan Aurelio García aseguró en el documental del Cine Club Lumière que Baudilio “es todos, es un todos”.

Los investigadores esperamos, sin más preámbulos, que con este libro se divulgue y reconozca la vasta complejidad temática y estética de la tradición poética baudiliana.

Juan David Zambrano
Mayra Sarmiento Aguirre
Universidad del Quindío

Baudilio Montoya

HUMBERTO SENEGAL^[3]

Nació en Rionegro, Antioquia, el 26 de mayo de 1903. Residió en Calarcá desde 1906 hasta el 27 de septiembre de 1965, fecha en que falleció. Su ancestro literario más cercano fue don Eugenio Montoya, quien bajo el gobierno del dictador venezolano Juan Vicente Gómez fue pintor de temas religiosos en iglesias e instituciones venezolanas. Sus padres se llamaron Nacienceno Montoya Echeverry y Sorayda Botero Mejía, nacidos en Rionegro y Llanogrande respectivamente. Esta última, tenía parentesco con el poeta Epifanio Mejía. Baudilio Montoya Botero llegó al viejo Caldas en una travesía a lomo de mula que duró 14 días, radicándose con sus padres en “La Cabañita”, lugar cercano al sitio donde en la actualidad se encuentra su tumba. Tal predio fue adquirido por su padre en la suma de 7 pesos.

Baudilio Montoya realizó estudios hasta cuarto de primaria. Fue expulsado de la escuela por leer obras del novelista José María Vargas Vila. A la edad de 17 años se le nombró profesor. Alargó los pantalones, que en aquella época los jóvenes usaban de manga corta, para infundir respeto a sus alumnos. Inició su carrera de docente en Córdoba. Luego se le trasladó a la escuela de La Bella. Fue Profesor de la escuela Girardot, de Calarcá. Con los años, regresó a La Bella, donde funciona hoy una concentración escolar con su nombre. En diciembre de 1952, se le coronó en la plaza de Bolívar de Armenia con el Laurel de Oro. En Calarcá se le otorgó el Arpa de Oro, por

³ [Publicado en *Correo de Occidente*, Armenia, noviembre 1 de 1988, pág. 6.]

•••

sus méritos literarios. En 1950 viajó a Ecuador, por cuenta de la Sociedad de Mejoras Públicas. Asistió al congreso de poetas colombianos realizado por aquella época en Cali, junto con Ricardo Nieto, Julio Alfonso Cáceres y Víctor Mallarino. Ofreció recitales en los salones de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Fue asiduo colaborador de periódicos como *La Patria*, de Manizales; *Satanás* y *Diario del Quindío*, de Armenia. Textos suyos se publicaron en las principales revistas literarias de su época, dentro y fuera del Quindío. Muchos de sus poemas, aparecieron bajo los seudónimos de Benito Montes y Chucho Chaverra. Cruzó correspondencia con importantes poetas colombianos y suramericanos de su generación. Obras: *Lotos* (1938), *Canciones al viento* (1944), *Cenizas* (1949), *Niebla* (1952), *Antes de la noche* (1954), *Murales del recuerdo* (1963), *Rapsoda del Quindío*, una selección de sus poemas editada gracias a la colaboración del Comité de Cafeteros del Quindío y la Sociedad de Mejoras Públicas de Calarcá. Dejó inédito el libro *Sonetos de las horas amargas*. Sus restos reposan en el parque monumento que la sociedad calarqueña erigió en la vereda La Bella, en la carretera que de Calarcá conduce al Valle.

“En este poeta se siente pasar la inspiración [...] Tiene poemas de una delicadeza infinita”, escribió sobre su obra Luis Eduardo Nieto Caballero. El romántico Baudilio Montoya no es sólo el lírico de mayor popularidad en nuestra región, por su obra sentimental y emotiva donde se le canta con persistencia a la muerte y al amor, sino también uno de quienes ha sabido representar con sus poemas la materia y la angustia social del pueblo. El paisaje quindiano, en su obra, está enmarcado por las contradicciones socio-políticas y económicas del ser humano. Aunque careció de una sólida cultura literaria, que le hubiera permitido enriquecer su poesía, la innata sensibilidad poética de Baudilio Montoya le permitió crear hermosos poemas de intachable contenido y elegante estilo. Para la memoria literaria de nuestro departamento, Baudilio Montoya quedará como uno de los más intensos y descriptivos sonetistas.

I. Recuerdos



Baudilio Montoya

RODOLFO JARAMILLO ÁNGEL^[4]

Fue por allá en el año de 1929 ó 1930 cuando leí los primeros versos de Baudilio Montoya, en un semanario que veía la luz pública en mi ciudad bajo el pomposo nombre de *El Faro*, en cuyas páginas se rendían tributo de mutua admiración Francisco Luis Gallo, su director, y Gonzalo Uribe Mejía (Luis Yagarí), el más asiduo de los colaboradores. Los versos de Baudilio aparecían en un rincón del periódico, sencillos, humildes, pero llenos de emotividad, de belleza y de un profundo lirismo, notándose en ellos la marcada influencia que ejercía sobre el naciente cantor *Tierra de promisión*, el libro de sonetos de José Eustasio Rivera, recién publicado.

Sin tener entonces un criterio definido sobre cuestiones de arte, sin conocer ni poder apreciar escuelas literarias, los versos de Baudilio me gustaban. Los encontraba sencillos, ingeniosos, rebosantes de sinceridad, impregnados de un sentido panteísta que se deslizaba por entre las estrofas dándoles colorido y vitalidad, panteísmo que fue desapareciendo cuando el poeta logró encauzar su vena lírica y librarse de la coyunda voluntaria que se había impuesto tratando de seguir los pasos del autor de «La paloma torcaz» y «Los potros».

La admiración que desde un principio sentí por la obra poética de Baudilio, ha continuado vigente. Desde los comienzos se vislumbraba que Baudilio había nacido poeta. Y buen poeta. Retraído en un villorrio gastaba sus horas mejores en

⁴ [*Diario del Quindío*, Armenia, noviembre 27 de 1952.]

••

el ejercicio del magisterio, profesión ejercida durante toda su vida, con devoción, con cariño, llevando los pocos conocimientos que poseía al alma cándida de los párvulos, y dejando viajar su espíritu por los caminos de la fantasía, trayendo de sus viajes sólo un poco de conmovida ternura y de amarga desilusión. Así nacieron sus primeros versos y así se formó el poeta.

En febrero del año 1932, cuando aún no conocía a Baudilio personalmente sino sólo a través de sus versos, tuvo a bien escribirme dándome un poco de estímulo. La casualidad hizo llegar a sus manos un par de sonetos escritos por mí y que rodaron con la fortuna de agradar al poeta. Este bello gesto no se me ha olvidado ni se me olvidará jamás. Eran mis primeros versos, inéditos, hurtados por una mano amiga que violó así el secreto de mis veinte años, versos escritos durante los momentos de descanso de mis labores campesinas, cuando la pobreza me obligaba a ganarme el sustento diario quemando carbón y arreando bueyes, sembrando repollos y desmalezando potreros.

A su carta adjuntó el poeta cuatro de sus sonetos. Cuatro pequeñas joyas que aún conservo y que posteriormente incluyó en sus libros de versos. Ingenuo como todo poeta, Baudilio, al hacerme el envío de sus cantos, pensó que yo tendría la suficiente cultura para apreciarlos, ignorando, como ignoraba, que los enviaba a un pobre muchacho campesino cuyos pies descalzos sólo habían pisado las aulas de una escuela primaria, que apenas si sabía leer en forma rudimentaria, pero que amaba la literatura y quería por sobre todo hacerse a una cultura.

Han transcurrido, desde entonces, veinte años, y no en balde. Mi pobreza congénita no me permitió estudiar. Tuve que contentarme con cuatro años de escuela primaria. De los seis a los diez años de existencia. De los diez a los veintitrés, el trabajo material durante el día y durante la noche la lectura de cuanto papel escrito caía a mis manos. Poesía, historia, novela, filosofía, religiones, de todo. Y los versos de Baudilio,

cuya trayectoria he seguido en silencio, me fueron entregando todo su lírico contenido, toda su emoción estética, ya con elementos de juicio para valorarlos y justipreciarlos, porque los buenos libros me habían enseñado a comprender y a amar la buena literatura.

Baudilio ha publicado tres libros y tiene preparados otros. Al pan de sus hijos carnales ha restado migajas para alimentar y dar vida a los hijos de su espíritu. A los pequeñuelos, durante más de cuatro lustros, les ha enseñado el alfabeto y les ha enseñado a amar la belleza en sus poemas. Las gentes humildes, las gentes buenas, quieren al poeta porque saben que él es bueno y sencillo y porque el dolor de los humildes, de los atormentados por la suerte, es el mismo dolor que destilan muchos de sus poemas. El poeta ha cantado a las cosas pequeñas, a los seres amados, con una suave entonación lírica y un sacrosanto orgullo que lo ennoblece.

Mi primer encuentro con la poesía de Baudilio Montoya me hizo intuir en él un verdadero poeta. Mi primer encuentro con el hombre me confirmó esta apreciación. Una tarde de verano, de sol ardiente y luminoso, fui hasta su casa rural de La Bella, donde regentaba una modesta escuela que me tocó, años más tarde, ordenar derruir. Al poeta lo encontramos en plena vía pública, bajo el ardiente sol, puliendo un verso con devoto afecto, con sincera emoción. Mi acompañante me dijo: “Aquel que va allí es Baudilio y va puliendo unos versos”. Estreché su mano, esa mano que minutos más tarde me entregaría un rústico cajón de madera repleto de versos para que yo escogiera los que más me agradaran para publicarlos en la revista *Luz*, que redactaba.

El nombre de Baudilio Montoya se fue haciendo familiar para las gentes de mi pueblo que de memoria se aprendían sus versos, versos que recitados por su autor adquieren una vida maravillosa, fantásticamente subyugadora. Luego esos poemas llenos de las más puras emociones trascendieron las lindes municipales, y la fama del poeta se extendió por toda

••

la América Hispana. Había llegado el momento del triunfo, la consagración definitiva, esa consagración que ya en 1932 intuía al estampar en una carta que desde Córdoba me dirigiera, esta frase: “una íntima serenidad nos ampara cuando llegamos a la cumbre soñada”.

La obra poética de Baudilio no puede ser encajada, con propiedad, en ninguna escuela literaria. Ni parnasiana, ni decadente, ni romántica, ni vanguardista. Es, simplemente, la obra de un espíritu exquisito, de un soñador, de un atormentado, de un temperamento altamente sensible a los llamados del Arte y la Belleza; en una palabra, la obra de un poeta.

Y como poeta Baudilio va a ser coronado. Al recibir la tarjeta donde se me invita al acto, he pensado que el homenaje que va a rendírsele es merecido y he querido, con estos párrafos que el bardo sabe son sinceros porque yo ignoro los caminos de la adulación y el servilismo, sumarme al número, no de sus admiradores porque siempre lo he sido, sino al de los leales amigos que conmovidos lo rodean en el momento de su definitiva consagración.

Calarcá, noviembre de 1952.

Ante la tumba de Baudilio Montoya

ÓSCAR PIEDRAHÍTA GONZÁLEZ^[5]

Baudilio Montoya, amigo:

Generosa como fue conmigo tu vida, que me hizo el regalo maravilloso de tu amistad, de la bondad de tu corazón, de tu fulgurante transparencia humana, tu muerte me hace ahora el regalo de poder presenciar este acto, este homenaje inolvidable e innominable, con el que tus gentes de Calarcá, tus hermanos de la Villa Luminosa, rinden culto a tu nombre como al más alto símbolo de su ideal y de su aspiración.

Poeta del verso diáfano: fuiste sencillo, y tu sencillez te la pagan ahora con rosas; tuviste fe en la bondad del corazón humano, y tu fe te la pagan ahora con bondad, con rezos y con lágrimas.

Yo, que templé mi verso al fuego de todas las insurrecciones; que desterré de mi corazón el ídolo frío de los dioses atávicos; que me hice una oración de las reclamaciones sociales para implorar la caída de los poderosos; que, como en la terrífica leyenda histórica, donde pisa mi verso no crece la hierba de la injusticia; no puedo ahora menos que deponer mi verso, acallar mi ira, darle una tregua a la vendetta de las reivindicaciones para sumarme a este homenaje, y decir en coro con todas tus gentes: Baudilio Montoya, poeta: los hombres como tú no se van ni siquiera cuando se mueren, porque se quedan incrustados en el corazón y en el recuerdo de sus amigos y de sus

⁵ [De un manuscrito autógrafo (Museo de Baudilio Montoya).]

•••

conciudadanos; porque son el alma y el habla de sus pueblos; porque, como en el cruento anatema de Carlyle y de Emerson, son la concreción, el cerebro y la síntesis de las grandes multitudes acéfalas. Porque los pueblos piensan con sus poetas. Porque los pueblos sienten con sus poetas. Porque los pueblos nacen con sus poetas. Calarcá nace, habla y piensa con tu verso y el de Vidales; como Chile nace, habla y piensa con el verso de Neruda; como Francia y el mundo nacen, hablan y piensan con el verso de Saint-John y de Rimbaud.

Recibe, Baudilio Montoya, este homenaje; esta elación ritual; este culto al ideal de tu pueblo, nacido en la almendra sencilla de tu nombre; esta hermosa traducción humana; esta contradicción a la injusticia y a la ingratitud de los pueblos; este vivac para los ataráxicos sociales, para los dispépticos de la reivindicación; esta alerta a los tibios y a los sobornados. Recibe este homenaje de tu pueblo, que es mi pueblo, que yo también amo, y deja que yo deshoje sobre tu tumba, como una rosa mustia pero franca, el soneto cabalístico y premonitorio con que un día celebré tu verso, que es pan de amor:

Tal vez te irás muy pronto, antes que el huerto
suelte el aroma de la flor más bella,
y antes de que la lumbre de la estrella
colme de luz la soledad del puerto.

Volverás a la tierra como el yerto
lirio que el viento abate en su querella;
mas tu canción, que en el cenit destella,
será otro sol en el espacio incierto.

En el Quindío que escuchó tus ruegos,
pronunciarán tu nombre los labriegos
como una elemental jaculatoria...

No habrá dolor para tu sangre, hermano,
sino un pan amasado por tu mano
y dorado en las llamas de tu gloria.

27 de junio de 1967.

Me niego a llamarlo Rapsoda

JUAN DE J. HERRERA G.^[6]

El privilegio de haber sido alumno del maestro y poeta Baudilio Montoya, me da elementos para conceptuar sobre situaciones que han sido marcadas por la impronta de estudiosos de la obra poética del bardo de La Bella.

En primera instancia, quiero manifestar, frente a definiciones aparentemente aceptadas, mi desacuerdo sobre el título de Rapsoda dado a nuestro bardo por Lino Gil Jaramillo a instancias de otros, que califica definiendo su personalidad como sinónimo del viajador, bohemio, trashumante de pueblos y aldeas entre copas y versos, en este entorno quindiano de maravilloso paisaje descubierto por su pluma y ratificado por hordas de turistas que llegan de otras latitudes a mirar lo que el poeta vio y cantó hace muchos años.

Rapsoda o narrador errante de épocas históricas es una definición que toca tangencialmente al maestro; llamar rapsoda a aquel que cambiaba sus versos por una copa de rubio vino o una rútila moneda, no toca para nada su personalidad. Baudilio era el invitado de honor en cada hogar donde hombres nobles y románticos (los muchachos de antes) elevaban el sentimiento por su familia, cuando en serenatas inolvidables intervenía con un soneto creado al amparo de vibrantes guitarras y sentidos boleros.

⁶ [De un plegable en homenaje al poeta en su Centenario, Calarcá (2003), p. 5.]

••

Me niego a llamarlo rapsoda por el significado de la acepción; para mí, su discípulo, fue y será el maestro de quien conocí el *a, b, c*, a través del sentimiento plasmado en un poema donde convertía acontecimientos sencillos en cascadas de pasión y en cuadros de maravilla una quema, o la siembra o el simple canto de un pajarillo.

Fue el pionero de una larga fila de poetas que engalanan el parnaso regional, que a principios del siglo pasado tuvieron para mostrarnos el camino de la inmortalidad y el título sagrado de maestro.

No cabe en mi mente llamarlo rapsoda; su pluma comarcana estaba en cada romance adolescente, en la serenata reconciliadora, en la tertulia culta y en el bar de medio pelo; era de todos nosotros como el pan de cada mañana y como el rezo vespertino. No puedo llamarlo trashumante porque era nuestro patrimonio romántico, no iba y venía con su verso fatigado como el juglar sin destino fijo; no vagaba como el trovador sudoroso de acordeón al hombro; era nuestro poeta, nuestro maestro e iba con nosotros a cantar sus rimas melodiosas y perfectas sin ambages, sin estereotipos, sin otro combustible que ese volcán de sensaciones que bullían en su alma pegada a su tierra y a sus amigos como la hiedra a la piedra húmeda.

Antología de Baudilio Montoya

ÓSCAR PIEDRAHÍTA GONZÁLEZ^[7]

Tuve la suerte de ser el amigo íntimo y cotidiano de Baudilio Montoya durante los últimos ocho años de su existencia. Tiempo más que suficiente para conocer y analizar —con cariño y desprevención— la vida, la obra y la personalidad excepcional del hombre y del poeta. Un concepto elegíaco de la vida y una angustia permanente, casi mística, nos identificaron de tal manera que la amistad se hizo entrañable desde sus comienzos.

Acababa de llegar yo de Bogotá cuando nos conocimos. Traía la maleta repleta de versos y el ánimo herida por la vanidad, el egoísmo y la mediocridad de las gentes de letras que había tratado y conocido. Venía hartado hasta el asco, del “homo sapiens” y del mono sabihondo que por aquella época proliferaban en la capital con una abundancia rayana en la epidemia. El calificativo de poeta sonaba a mis oídos como un término de cotarro y alimentaba en mi alma la naciente misantropía adquirida en las jornadas capitalinas.

Así las cosas, la amistad de Baudilio se me ofrecía como un baño purificador, con el más pródigo remedio para mi terapia espiritual. Era él el poeta con que yo soñaba, influido como estaba ya por la diáfana hondura humana de Walt Whitman. La transparencia de su alma, la bondad de su corazón, la sencillez y la humildad de su vida y de su trato, contrastaban con su

⁷ [Se reproduce la evocación del poeta que precede a la antología. “Magazine Dominical”, *El Espectador*, Bogotá, enero 2 de 1966, p. 5E.]

••

fama de poeta laureado y con el atuendo impecable y pintoresco que distinguía su figura. (Usaba siempre vestido de paño, camisa de cuello almidonado, corbatín de lazo y sombrero de fieltro inclinado sobre la frente).

Este hombre humilde, con estampa de abuelo bíblico, a veces rústico, evocaba en mi memoria al gigante de Long Island, al Whitman campechano y populachero, amigo de todos y apolo-gista sublime de lo elemental.

¡Baudilio era la encarnación suprema de la sencillez! Tal vez por eso sus versos nos gustaban más salidos de sus labios que en letra de imprenta... Por el hábito humano que los envolvía y por el contraste y el deslumbramiento que acompañan a la belleza cuando brota de cosas o de seres sencillos. Por lo sorprendidos... Pues él era, ante todo, un campesino quindiano. Él mismo lo decía con orgullo. La tierra sujetaba sus plantas, aunque su espíritu se remontara al infinito. El poeta soñaba sus mundos ideales tendido su cuerpo sobre el surco, rodeado de savias vitales y de los simples elementos de la cotidianidad agreste. Su alma había sido hecha para las cosas pequeñas, elementales, donde la naturaleza ha probado su ingenio de orfebre y de miniaturista, pero se ha cuidado de exigirles mucho esfuerzo a sus admiradores...

Bondadoso como Juan XXIII, humano y solidario como Cristo, este hombre sin humos no reprochaba ni repudiaba a nadie. Su casa y su haza tenían puerta franca y en su mesa —como en la de Whitman— cabían todos, sin discriminaciones ni odios. Su alma era la claridad, la mañana del mundo:

Yo soy todo de luz; verás, Hermano,
cómo al tender la suplicante mano
rogándome por todas tus querellas,

mi claridad te inundará a ti mismo;
pues de mirar al infinito abismo
se me ha llenado el corazón de estrellas.

Esa limpia y desprevenida personalidad suya —anacrónica en una época en que la fatuidad y el orgullo son el atuendo de moda— hacía que su casa y su mesa no se vaciaran de amigos y admiradores, y que su presencia fuera imprescindible en todas las justas regionales.

Baudilio había llegado a ser en el Quindío esa especie de man tutelar que presidía las celebraciones paganas. Su presencia le daba realce a la fiesta, unificaba los sentimientos de los contertulios y sosegaba con su música, como Orfeo, las fieras de los abismos alcohólicos... Este cariz de su vida (el más importante, en mi concepto) explica hasta la saciedad el carácter de improvisación que tiene casi toda su obra.

Mientras el hombre sencillo y solitario prodigaba su tiempo y su vitalidad entre amigos y paisanos, el poeta desbordaba su inspiración en estrofas generosas, hechas al descuido, con la sola intención de complacer y magnificar. Era que Baudilio, el hombre, hacía del arpa del poeta una puerta de música, franca como la de su casa, a través de la cual el poeta competía con el hombre en generosidad y largueza... De esto dan testimonio centenares de poemas manuscritos, que sus amigos y admiradores guardan como a reliquias beatíficas.

El poeta no era, sin embargo, un hombre culto en la acepción moderna, ni un hombre sabio en el sentido académico de la palabra. Para los letrados resultaba, a veces, hasta rústico e ignorante... ¡Había leído tan poco que no tenía siquiera una biblioteca!

Evitaba, con humildad, las altas disquisiciones culturalistas o las aplastaba con un chispazo o con un verso guasón de los muchos que brotó su vena humorística (otro cariz de su talento, que él descuidó).

Su sabiduría era otra, bien distinta por cierto... No se parecía en nada a la de las cotorras universitarias, ni a la de los jumentos titulados; no podía exhibirse en un cartón impreso,

••

ni expresarse en palabras; no la había aprendido en los libros, ni de los labios de los maestros a sueldo... ¡Era la sabiduría del amor! Como quien dice, la solidaridad llevada al ápice. Esa amalgama sublime de la piedad, la caridad y la generosidad, que no conoce la probeta del laboratorio ni se deja descubrir por las gafas turbias de jején y de polilla de los críticos “cientifistas”.

Y a la sabiduría del amor le agregaba la de la experiencia. Esa experiencia que Rilke añoraba en las postrimerías de su vida, sin la cual la poesía es barro sin alma y el verso es “ánfora vacía”. Era que Baudilio había dedicado su vida a otear las reconditeces del corazón humano, a convivir con sus gentes, a sufrir y a gozar sus experiencias y las de su pueblo. No era culto ni sabio, porque había leído muy poco. Encarnaba, simplemente, el concepto de Saint-Exupéry: había necesitado vivir muchos años para llegar a ser un hombre... ¡Y estaba satisfecho!

Pero la incultura no le impidió a este hombre sencillo llegar a ser un maestro. Le dejó entrever que el maestro, en Colombia, no necesita sino estar condicionado a la escasez, al sacrificio, al apostolado. Que el maestro, entre nosotros, no es sino un heraldo paupérrimo de la diosa Palas... ¿Y los maestros del Evangelio, discípulos de Cristo —su maestro—, no habían sido hombres sencillos, incultos, llenos sólo de la sabiduría del amor?

Baudilio dedicó su vida al magisterio, desde su mocedad hasta su muerte, con devoción, con amor, con sacrificio, con apostolado. De la cátedra de la escuelita rural de La Bella, su vereda amada, la muerte lo arrancó ante los ojos absortos de los párvulos campesinos, sus discípulos.

El poeta en la escuela Girardot

JUAN DE J. HERRERA G.^[8]

Corría el año 52 del siglo pasado; el maderamen de la escuela Girardot acogía nuestra niñez, maestros de verdad guiaban nuestras almas: Gonzalo Gutiérrez, Fabiola Palacio, Graciela Gutiérrez, Tobías Trejos y Baudilio Montoya, entre otros.

El segundo año elemental era el grado donde el poeta ejercía su noble tarea educadora y donde, en horas de silencioso arrebato, arrancaba del aire o de la breve luz del pebetero anclado a su escritorio, versos de musicalidad extrema que nuestro débil entender de entonces apenas comprendía.

Pero fueron forjando en nuestras almas amor a la poesía e inmensos deseos de escribir cosas bonitas como aquellas que el maestro poeta consignaba día a día en ese tablero, testigo de sus afanes por enseñar y de nuestra resistencia por ver más allá de la simple caligrafía.

Las décadas alejan los hechos, pero los recuerdos mantienen viva la figura del poeta ejemplar que marcó nuestra existencia hacia rutas románticas; la imagen del maestro severo que al sentir nuestro bullicio infantil, por encima de su habitual tolerancia, blandía una maciza regla que al sacarnos lagrimones parecía decirnos sin la menor duda: “La letra con sangre entra”. Así fuimos aprendiendo aquello de la zanahoria y el garrote, tan actual en este nuevo siglo.

⁸ [De un plegable en homenaje al poeta en su Centenario, Calarcá (2003), p. 4.]

••

De niño, en esa vieja escuela, a través de la lumbrera de su pebetero, encontré al bardo absorto en sus cósmicas visiones, jugando con su rima de perfección, encarcelando imágenes, paisajes e ilusiones en catorce versos de su vasto archivo de sonetos.

Adolescente, comprendí su mensaje de maestro, coloqué mi brújula por su recto derrotero y al amparo de sus versos pude enamorarme algunas veces en esos días en que la poesía era un valor por encima de títulos, joyas o dinero.

De hombre, con más pasado que futuro, siento la creciente admiración por aquel prohombre forjador de un inmenso amor por la tierra cuna, por este entorno de maravilla reconocido hoy por millares de visitantes, y por su obra, compendio extraordinario de sencillez puesto en canciones que parecen sonreír al arrullo de la quebrada o se adornan como niñas campesinas con el azahar del cafeto florecido, o quizás van y vienen con el trino mañanero de las tórtolas y jilgueros acompañando el tañer de la campana que llama a misa, a trabajo, a esperanza.

Haber conocido al maestro, al poeta, al amigo, es una de aquellas cosas que Dios nos concedió sin merecerlo y por las cuales nuestra alma agradecida eleva sus preces para que el Arcano tenga en vigencia su alma plena de música y amor.

Baudilio Montoya

ADEL LÓPEZ GÓMEZ^[9]

Baudilio Montoya tiene una significación especial en la lírica de Caldas: la de su fidelidad permanente y sin vacilaciones a la tarea poética dentro de unas normas y un acento que, en cierto modo, son esencialmente propios de nuestra comarca, de nuestra tradición, de nuestra emoción, de nuestro paisaje. Baudilio es, por excelencia, un poeta de Caldas, y más aún un poeta quindiano. La provincia nativa está en él, en el color y la temperatura de sus canciones, en el equipo de sus imágenes, en el itinerario emocional que ellas transitan, en el idioma y en [...] ¹⁰ además geográfico.

Nadie ha sido más quindiano que este poeta de La Bella, su luminosa vereda. Ni Antonio Cardona Jaramillo, en cuyos cuentos mejores viven los personajes regionales, con su gracia y su violencia. Ni Jaime Buitrago, que escribió sobre el colonizaje. Ni Eduardo Arias, que, sin alardes de localismo, acertó a presentar una provincia, la provincia, sin nombrarla, en «Envejecer», «El Niño Dios» y otras novelescas joyas. Baudilio Montoya es otra cosa, quizá menos física, menos concreta pero de ningún modo menos expresiva.

Baudilio ha vivido la comarca nativa en forma más total que nadie. Ha sido el poeta a la antigua manera, a quien las gentes reconocen por las calles, lo saludan, lo quieren, lo admiran.

⁹ [De su columna “Pauta del domingo”, *La Patria*, Manizales (1965?).]

¹⁰ [Falta un fragmento en el texto original.]

••

El que ama los rincones y las barriadas, que es amigo de los campesinos como que él también lo es real y verdaderamente; que se tutea con los comerciantes y los artesanos y ha sido toda su vida maestro de escuela, sabe que, aparte de ser uno de los buenos poetas de Colombia, es ante todo el poeta del Quindío.

Quizá es esa certidumbre —la de serlo— lo que más le agrada. Está siempre en función y ejercicio de su carácter lírico. ¿Por qué no ha de estarlo? Esto no significa vanidad ni artificio. Es sencillamente su misión y Baudilio está en ella, con su atuendo romántico, con su leve sonrisa de bondad, con su sencillez de poeta de todos, lo cual no es ningún título divino sino — todo lo contrario— una dignidad muy humana.

Además es campesino —ya se ha dicho— y está contento de serlo. Desde que yo sé de él vive en su parcela de La Bella, a la orilla del camino que conduce a una de las regiones más hermosas del mapa colombiano. El cafetal de Baudilio no es solamente una entelequia poética sino algo que le rinde frutos concretos y le obliga a utilizar determinado color y modelo de formulario en la declaración anual de la renta.

Además tiene su fonda, el rinconcito donde se reúne con los amigos calarqueños cuando ellos bajan a visitarlo. Tiene veredas, ríos, turpiales y crepúsculos. Y tiene su capacidad de canto que le ha dado una corona verdadera. No es poco para un poeta que, además, se lo merece.

Baudilio Montoya está enfermo ahora. Dicen las noticias que gravemente enfermo. Pero Dios ha de guiarlo para que vuelva a sus matas de La Bella y pueda contemplar los crepúsculos que le fabrica todos los días a la medida.

Baudilio, cien años

JAIME LOPERA GUTIÉRREZ^[11]

El centenario de nacimiento del poeta Baudilio Montoya, que se conmemoró este domingo, es una ocasión magnífica para la cultura quindiana. La imagen de este lírico calarqueño tiene ya un reconocimiento nacional innegable, y sus poemas se anuncian en la voz de un recitador o en la guitarra de un bambuquero.

El que lo hubiesen llamado rapsoda (recitador de versos) dice muy poco de los aportes que Baudilio hiciera en muchos campos de la cultura y del folclore regional. Si bien era un poeta inspirado, que garrapateaba sus versos en servilletas y manteles, también ejerció como maestro de escuela por muchos años y a quienes lo recuerdan en ese papel se les hizo inolvidable el contacto afectuoso que tenía con los alumnos.

Nacido en 1903, cuando Calarcá era apenas un corregimiento y Armenia se estaba convirtiendo en distrito, Baudilio antecedió a casi todos los poetas del Quindío y fue un año mayor que Luis Vidales y Bernardo Palacio Mejía, ambos nacidos en 1904. Es entonces, por progenitura, el primer poeta de la región quindiana a quien se le reconoce como tal al punto de ser el creador de una escuela de romanceros que abrió caminos en la literatura de Caldas. Hace poco, en la famosa *Antología* Castrillón, se hizo evidente que el espacio de los 81 poetas quindianos allí reseñados estaba dominado por un

¹¹ [De *Postigos: Asomos y presencias literarias*. Biblioteca de Autores Quindianos. Armenia: Universidad del Quindío, 2010, pp. 181–183. El original está fechado en 2003.]

●●

grupo admirable de escritores cuya estética local empieza a trascender los linderos de esta comarca: Baudilio Montoya y Luis Vidales, principalmente, dominan ese panorama con la misma suficiencia de los consagrados. Hay en ellos dos una representación quindiana que todavía se nos reconoce. Local el uno, más mundano el otro, ambos fueron dejando una huella en las letras regionales sin que nadie les disputara la riqueza dramática de sus inspiraciones. El aura romántica de Baudilio hace pareja con las innovaciones autónomas de Vidales.

Alguna persona que lo conoció reconoce haberlo escuchado hablar de Baudelaire (Baudilio, Baudelaire: la misma raíz, un prefijo similar), de Rimbaud, de Apollinaire, y otros poetas europeos que, antes de Rubén Darío, ensanchaban desde allá el ámbito de la poesía. Por alguna parte le debió venir la idea a Baudilio de que esos poetas se moldeaban alrededor del ajeno y que en la bohemia encontraban su mejor roce y expresión. Esa índole errante produjo un fenómeno de aceptación de la poesía de Baudilio que lo vinculaba a los estratos populares, como esos juglares del medioevo que cantaban en las ferias los pesares de la gente y luego acompañaban a los príncipes en las serenatas bajo un balcón. Como se trataba de una poesía sencilla, despojada de rimbombancia, sin adjetivos extraños y palabras que todos entendían, la gente se aprendió de memoria los versos de Baudilio confirmando con ello su condición como el poeta del pueblo.

Pero, además, pensar en Baudilio es como pensar en una ciudad que vive su pesadumbre. El poeta fue un testigo excepcional de la violencia que asoló nuestros campos quindianos. Desde una mesa de café en Calarcá, donde a veces confeccionaba sus alegorías, vio pasar por la calle esa sombra cruel que hoy se despliega en nuestros campos por otros motivos. Por eso él comprendió bien la pesadilla colectiva de su comunidad y la hizo poemas urbanos y metáforas rurales con su espíritu agobiado por la desesperanza. La muerte preside muchas de sus congojas, porque vivió la tragedia de los suyos tan de cerca que sus rimas parecían ser una forma de sortilegio.

Si van a escasear flores en su tumba, no faltará en cambio el recuerdo de las baladas que las incluyen. Si aún restan voces rebeldes, no es sino descender a los versos populares con los cuales Baudilio se acercaba a sus gentes: encarnó una protesta singular que domina sus libros cuando se paseaba, con su voz limpia y honesta, por los infiernos de los desposeídos. Ahí tenemos el «Poema negro» como un testimonio de esa condición. Con este poeta calarqueño se rescatan hoy en el Quindío muchos valores intelectuales que los pragmáticos desdeñan (con ese mismo desprecio como un general nazi decía: “cuando oigo hablar de cultura, saco la pistola”). Hay muchos de ellos por ahí, disfrutando su frivolidad, sacudiendo el árbol de sus intereses y negándose a la democracia.

Hacia el final de su vida Baudilio nos declaró que el poema basado en sentimientos personales valía la pena: por eso nos llegaba al ánimo cuando el poder de las cosas amenazaba con condenar al espíritu. Los quindianos tenemos entonces motivos para congratularnos con su alegría. Baudilio Montoya, en sus cien años, será en definitiva perdurable.

II. Reseñas



Baudilio Montoya o el ángel vengador.

Lotos

RODRIGO DE TRIANA^[12]

Ya Nieto Caballero consagró en las páginas de *El Gráfico* de Bogotá a este bardo errante y popular, el segundo de esta laya en Caldas, pues el primero fue el Negro Botero, el cantor del Ruiz, salido de las entrañas de la gleba como el diamante de la hullera; verdaderos aedos a la manera antigua, pues van prodiendo sus cantos millonarios por doquiera, como un rajá la rica pedrería de sus joyeles.

El libro de Baudilio bien podría ponerse bajo el epígrafe de Valencia para el de Diego Uribe: “Este libro es un dolor cristalizado”. Pues aquí también sublimase el dolor y todo lo que con él se relaciona, como sus dos gemelos el amor y la muerte, esto es nuestra sensación varia y múltiple, realizándose así la virtud genial sintetizada por Freud en «Sublimación del instinto». En efecto, amor, dolor, gozo, padecer, angustia, rebeldía, protesta, inconformidad, en fin, lo que es instinto sencillamente humano y animal podría decirse, treme y palpita como un arpegio o más aún una rapsodia de Liszt, en la obra de Baudilio que conviértese así en un eco clamoroso y cordial de nuestro ser atormentado, y con el leitmotiv del dolor ruge en ella amenazante la protesta sorda de los desvalidos, los desheredados y los desposeídos, “la caterva” como llama lapidariamente, ácrate vocablo que repercute monorrítmicamente como un cencerro fatídico. Es la voz de protesta que el poeta eleva tremebundo contra la desigualdad y la injusticia humana,

¹² [*Celajes*, Armenia (1938?), pp. 8–13.]

••

apostólicamente pues para él no pide nada ya que ha mucho tiempo se encuentra retirado del tráfago humano en su apacible mansión campestre de La Bella, “más allá del bien y del mal”, como el Anticristo germano; es el sentimiento retaliador y reivindicacionista por sus hermanos, que le obsede en medio de su relativa holgura conquistada a fuerza de trabajo, de resignación y de fatiga haciéndole sentirse “el ángel destructor de los incendios”, como él mismo se personifica al final de algún soneto, que hace evocar al tremendo Stochetti que gustaba traducir el atildado y pulquísimo Carlos Arturo Torres:

S'io fosse foco, ardarei al mondo,
[...]
s'io fosse acqua, i' l'annegherei.

Mas no deja la obra una impresión de amargura o acidez, como pudiera desprenderse del espíritu retaliador de ella, gracias al estilo suelto, espontáneo, ligero, diáfano, inefable, en fin, pero especialmente por el fervor panteísta y cuasi-místico del poeta que nos hace unimismarnos y purificarnos con él, contagiados del alma seráfica del Poverello y del Rabino, a quienes invoca férvidamente en uno de sus más hermosos cantos; pero es que además, la obra está dividida en cuatro partes admirablemente dispuestas para ir llevando al catador desde la exultación pánica al ponerle en contacto con la Madre Común en la primera, “Sonetos de la tierra”; hasta la cuarta que contiene los “Cantos de desolación” y de ira santa en que aparece el vengador, rematado con el dulce poema «Emoción». Aquí el poeta se sosiega y serena, después de ese continuo restallar del vapuleador «Rebenque», para cantar desolado mas con cristiana resignación, un sí es no, es masoquista, el lote de dolor que como a todos los ungidos cúpole en el reparto de los dones, con que vienen signados a la vida...

Pero ya todo es ido; el rencor de los días
en mi avena melódica suplició la canción;
ahora sólo quiero para el torvo minuto,
un dolor, más dolor...

Y una firme sapiencia, un sentido profundo
que me advierte la sombra de una noche sin fin,
y el clamor de una fuente que interceda por mi alma
cuando vaya a morir...

La primera parte iníciase con un suave arpegio, el soneto «Acuarela». Y tanto en este como en los demás sonetos, el poeta desnuda su alma panteísta y soñadora, para ir por los campos como un efebo loco coronado de pámpanos y madre-selvas silvestres, contagiándonos de su divina alegría que no es báquica sino pánica, hasta hacernos sentir unos en el seno amoroso de la Madre Común, como cuando exclama unciosamente en el fastuoso soneto «Tierra», que vale por toda esa parte:

Deja, compensadora, por tu amparo que alivia,
que tienda mi locura sobre tu alfombra tibia
para purificarme de todos mis pecados.

En la segunda parte, “Sonetos de la vida”, canta el poeta la vida plena e intensa que le ha tocado vivir en sus treinta primaveras, alucinado por el amor de la compañera, a la que invita en el primer soneto, «Motivo», a la casita que tiene “en medio de la umbría”, y como quiera que cumplió su misión de amor dándole “dos hijos blondos, como extrañas gemas”, canta este prodigio en el soneto «Mis hijos», que hace evocar el «Cuadro familiar» de Rasch Isla, quien describe así sus dos renuevos:

Duerme mi tierno infanzón como un cordero,
cual cervatilla cándida mi hija...

Con este y con el Cantor del Trópico, el lamentado Rivera, tiene Baudilio notorias afinidades, que le hacen llegar a afortunadas coincidencias que quien no conozca al poeta, podría tomarle por un vil plagiaro; especialmente con Rivera las coincidencias son asombrosas y hubieran sorprendido al mismo autor de *Tierra de Promisión*, por lo que algunos críticos le

consideran imitador de este, pero Baudilio es más espontáneo y sensitivo que José Eustasio, por lo que no es cincelador como él. Y si bien tan objetivo como este para captar los motivos de los cuadros que describe con precisión exacta, como el «Cementerio de la aldea de Córdoba» semejante al «Cementerio campesino» de Rivera, pero más conmovedor el descrito por Baudilio; y es porque este es más lírico o subjetivista, lo que explica que todos sus cantos estén tocados de un temblor extraño que confina con el misticismo panteísta, como se insinúa desde el principio de esta glosa, confirmando cabalmente su inconfundible figura de abacial bardo atormentado, en quien el “Quid divinum” se descubre al ojo como en el desmelenado y ya aquietado para siempre, Eduardo Castillo.

La tercera parte la integran los “Sonetos del dolor y de la muerte”, en la que sin apartarse de la Madre Común, que es la que le anima y comunica fuerzas como en el mito de Anteo, canta a esos dos gemelos del amor, invocando de paso a la Madre Tierra en el soneto así llamado, en cuyo último verso la apostrofa así pensando siempre en la muerte: “tierra buena y fecunda que me habrás de podrir”. Esta parte acendra todo el sentimiento del poeta, herido por el dolor acerbo del hijo muerto en flor, que le inspiró «Junto a la cuna», joya destacada por Nieto Caballero como una preciosa gema, pues halló cabalmente interpretado allí su propio dolor en reciente ocasión semejante. Todo en esta parte es triste y desolado hasta el soneto final, «Desolación», que concluye patéticamente:

Llena ya la orfandad de mi sentido,
un universo triste, desteñido
como el paisaje sin color de un ciego.

Aquí se descubre su predilección por El Pobre Lelián, especialmente en la «Oración a Verlaine», pero también tiene reminiscencias del autor de *Las flores del mal*, como en su soneto «Satán», influido seguramente por la oración de Baudelaire al príncipe de las tinieblas.

Finalmente, en la cuarta parte, “Cantos”, descúbrese el vengador que hay en el poeta ante la injusticia y la estulticia humanas que hacen su agosto en los humildes, víctimas de los explotadores, sobre los cuales descarga el látigo con que Jesús vapuleó a los mercaderes, haciéndolo chasquear sobre sus carnes tumefactas; es la parte culminante, pues en ella vemos en toda su gama la sensibilidad social del bardo, preocupado por todos los problemas de esta índole y llamando a los proletarios a la rebelión, clasificándose así de un salto entre los poetas revolucionarios que hoy agitan el cielo del país con el ruido de las hélices y los motores, como Ciro Mendía con su *Escuadrilla de poemas*. Tiene Baudilio entre esos cantos una visión de España y una elegía a García Lorca, verdaderamente felices; pero el que más vale por el sabor nacionalista o americanista, es la admonición o «Canto para el indio», que hará gemir a Armando Solano, cerrado con este grito de guerra:

Indio del campo;
carne tatuada para la escarpia:
confunde el surco que estás abriendo
con el esfuerzo que no te pagan,
grita tu angustia,
cobra tu raza,
y enseña al hijo la rebeldía
que sea un rebenque para las castas.

[...]

En el acero de los arados
se esconde el filo de las espadas.

Aquí está pintado, de cuerpo entero, este inofensivo y bodeleiriano ángel tutelar de los incendios. Como concluye el digno prologuista del poeta, Julio Alfonso Cáceres, “Baudilio Montoya es un poeta que abandonó los confortables latifundios del ensueño para situarse en esencia de poema sobre los engranajes vertiginosos de la época actual”.

Lotos

LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO^[13]

Poeta del alto vuelo, Baudilio Montoya acaba de publicar en Cali, con el nombre de *Lotos*, un libro de poemas, anunciados en el prólogo con una descarga de adjetivos. Loto, ¡flor del Nilo, flor de los estanques! Loto, ¡árbol cuyos frutos hacían olvidar la patria a aquel que los comiera! ¿Por qué tal nombre para este libro? Nada tiene que ver con él sino lo hermoso. Porque los sonetos, aun los sacudidos por la pasión, pudieran ser, como las hojas de la planta acuática, un tapiz de maravilla sobre las aguas quietas. Más adelante se presentan los poemas proletarios, los cantos de rebeldía, de indignación y de protesta. Desaparecen los lotos. Pero con el nombre siguen.

En este poeta se siente pasar la inspiración. Dejan sus poemas la impresión de cosa rápida, que salió de impecable factura, con imágenes felices, sonoras, ensoñadoras, porque él estaba lleno de lo que deseaba verter en esos vasos frágiles. Frágiles y transparentes, con un ritmo y un sentido que traen el recuerdo de poetas consagrados: Rivera, Castillo, Céspedes, Rasch Isla. En los poemas, no de mayor aliento, porque en los sonetos hay mucho aliento, sino de mayor extensión, hay algunos que hacen pensar en Valencia. «Mendiga», «Miseria», tienen el estremecimiento de «Anarkos». En algunos romances se piensa en García Lorca.

No queremos sugerir la idea del plagio, ni la de la influencia, ni la del recuerdo siquiera. Queremos, por el contrario,

¹³ [*El Gráfico*, Bogotá (1938?).]

hacer un cálido elogio de un autor y de un libro que nos ha impresionado. Impresionado por el acento e impresionado por el vuelo. Nadie puede imaginarse a este poeta en lucha por los consonantes, ni por palabras destinadas a prestar otros servicios. En su carrera tras de la imagen que huye, las inventa. No nos gustan *abstraccionada* en «Tierra quindiana» y «Ya para qué las rosas», *oraciona* en «Cantares» y «Guitarra», *áuricos* por *aúreos* en alguna otra parte. Pero el máximo error, tan fácilmente corregible, está en el canto «Madre Antioquia»: “Es a ti, la potente, es a ti, la opulenta, que te doy la tonada”. “A quien doy la tonada” es lo gramaticalmente correcto y lo realmente sonoro.

Reparos ínfimos son estos, a un poeta muy rico en temas, en metros, en rima y en imágenes. Sus sonetos tienen de ordinario un final suntuoso. En «Angelus»: “se oye un responso lírico del agua”. En «Estío»: “afanan su lujuria las cigarras”. En «Cromo»: “una opulenta catedral en llamas”. En «Acuarela»: “la azul virginidad de la mañana”. En «Vespertina»: “su oloroso cansancio la vacada”. En «La Conquista»: “enreda sus relámpagos el hacha”. En «Matinal»: “la oliente doncellez de los maizales”. En «Blasón»: “la bella aristocracia de ser distinto a todos”. En «Reino interior»: “porque desde mi torre, se ve la Eternidad”. En «Ego»: “este bello pecado de ser triste”. En «Señor»: “la admonición fatal de la Sirena que apacienta el rebaño de mis vicios”.

Tiene poemas de una delicadeza infinita. «Junto a la cuna» es una joya. Le dice a la Amada, ante el hijo muerto, que no llore más, sino que acerque su pena a la trágica herida que él lleva en el pecho, para terminar con este arrullo tan bello y tan profundo: “mezamos otra vez la cuna sola y verás que se duerme su recuerdo”. Tiene versos fulgurantes. Aquel de «Minuto emocional», cuando le dice a la doncella que la miran todas las colinas, “porque segura en tu poder, caminas en el lampo de luz que te sostiene”. Aquel de «El carpintero», cuando le ruega que labre su ataúd celosamente, “para que mi alma, al ascender al cielo lleve todo el olor de tu madera”. Aquel

de «Yo soy de luz»: “pues de mirar al infinito abismo se me ha llenado el corazón de estrellas”. Aquel de la «Admonición al hijo»: “Ilénate de la santa soledad del camino”. Aquel de «Locura»: “y en mí tiembla la llama que fundirá tu nieve”. Y aquel, para no hacer interminables las citas, en que al hablar del «El hijo imposible», por las miserias de la vida a que vendría destinado, le grita a la compañera: “para que no nos duela, que no nazca jamás, sí, que no nazca”.

En los poemas del dolor, de la miseria, del trabajo agobiador, descuelga el látigo. Es un vengador y es un misántropo. Ríe sardónicamente de la farsa de la vida. El viejo Noel no conoce a los niños proletarios. Su leyenda, tan dulce, es para los niños ricos. Los otros son los hijos de parias, de los que todo lo crean y apenas reciben lo indispensable para no morir. De los mendigos, de los tísicos, de los que agonizan en los hospitales. De los indios desposeídos, de las doncellas deshonradas, productos del amor clandestino, abandonados por altas damas de virtud mentirosa en el torno de los orfanatos.

Y tiene un gran amor este poeta y una grande ilusión. Y no pide sino lo sencillo, lo fácil, la casita para albergar sus cariños, la flauta para celebrarlos, la estrella para que los alumbre. No los consigue. Se torna sombrío. Y en «Solo» estalla:

Cabalgo mi destino, que es un corcel de espanto.
Vengo de no sé dónde, y voy hasta el silencio.

No me reclame nada, ninguna voz me llame,
que nadie me conozca, yo no conozco a nadie.

Lo mismo en «Desencanto», donde el estribillo “pero ya para qué” tiene la angustia, la desolación, del Nevermore de Poe. O el soneto a «Satán», en donde después de llamarle el desterrado de una ciudad profunda y el naufrago de un mar proceloso, le pide, como en un acceso de demencia, al gran Rebelde: “Lleva bajo tus alas mi desesperación”.

¿En Baudilio Montoya es así el hombre o es así el poeta? Preferimos que lo sea el último, es decir, un atormentado con el laúd, porque sabe que los sones vengadores son bellos, pero no un atormentado con la vida, de la que su numen y su ingenio merecen esperar galardones. Mientras tanto su libro irá prendiendo incendios y regalando banderas, aunque en algunos tendrá mejor eco lo romántico: “No nos digamos nada, para que el sueño dure”. O el ansia de ser labrador y de cambiar la gloria por la azada. O la dulzura del «Aria Nocturna», cuando “y hasta parece que la noche huraña se hace mejor para saber mi duelo”. Y nada más. El don de cantar tan lindamente, se paga. Ya hace mucho tiempo fue dicho que no se puede ser poeta impunemente...

Lotos. Un libro de versos

ALBERTO TRUJILLO ESCOBAR^[14]

Los linotipos están de plácemes, Baudilio Montoya, un poeta de nuestras breñas adustas, les ha lanzado un puñado de esmeraldinos cantos; ya en los círculos literarios adictos al poeta, no se escucha otro comentario que el que gira alrededor de tal obra poética, cuyo nombre es toda una evocación de leyendas simbólicas, que se remontan a las más brillantes etapas del renacimiento egipcio, cuando los grandes monumentos anunciaban el más glorioso amanecer en la cultura antigua: *Lotos*; que es la encarnación misma de una larga tradición artística, en la que se refleja la belleza arquitectónica de toda una época.

Es una obra de vibraciones sonoras en las que el paisaje nativo adquiere las palpitations orquestales de los cantos terrigenos inspirados en el parpadeo constante de los ramajes del plantío y en la que el crepúsculo semeja la enrojecida mejilla del abigarrado labriego.

Se acopla aquí todo ese divagar campesino en torno a los surcos temblorosos que se detienen en contemplaciones absortas y empiezan a agrietarse para dejar franca ruta a los maizales, cuyo empinado vuelo hacia regiones de vacío compacto, se inicia en las mañanas otoñales al son clamoroso del villancico de los turpiales y de los afrecheros del trópico. Es una obra de variaciones permanentes, en la que se movilizan las vacadas de exuberantes ubres hacia las casuchas destartaladas y hambrientas, a apaciguar el frío atorrante de las chiquilladas informes, con su vaho de afectos cálidos y poner paz en los

¹⁴ [*Atalaya*, Manizales (1938), pp. 39–40.]

abdómenes desiertos de una niña exhausta, pálida y enferma como una luna de invierno, y en la que los pastales aparecen como las carnes hinchadas de las nalgas de la tierra.

Por sus páginas desfilan notas poéticas, en las que se siente estremecer de un sudor frío, el viento vagabundo de los anocheceres y en las que surge como una mueca volteriana la miseria, taladrando en las conciencias atormentadas de las ancianas cuyos descarnados y temblorosos brazos se estiran en imploraciones de misericordiosa angustia. Es una obra en la que se canta a la naturaleza como a una divinidad ecuménica, en la que el hombre encuentra los más bellos y sugestivos encantos, a la vez que se manifiesta una contracción violenta de músculos, cuando se asiste al hosco festín de los potentados avaros que se amparan en su aristocracia farisea para prostituir muchachuelas humildes que no tienen otro pecado que el de haber nacido en una choza, sin más abrigo que el viento que se carcajea por entre los agujeros de los paredones oscuros y sin más pan que la leche parafinada y escasa de los pechos de una mujer agonizante de anemia tropical, cuyo cuerpo se ha disecado en los lavaderos enlodazados o en las cocinas opacas de los mayordomos lascivos, envilecidos en el abuso.

De todo hay en este libro, en el que se escrutan las rutas de un romanticismo evocador y melancólico y se cruzan los caminos adoloridos por la injusticia, la villanía y la miseria. Tan pronto se canta al paisaje, como se maldice a un adinerado enloquecido por las pasiones de la carne, realizando sus actos grotescos sobre los cuerpos núbiles de una campesina que ha salido al poblado a buscar su sustento en las grasientas reconditeces de una fábrica o en los guisadores repletos de los acomodados, donde se le obliga a satisfacer los deseos lúbricos del amo, como único medio de asegurar su subsistencia.

En cantos encendidos y coléricos se pinta el dolor de estas clases humildes y de estas mujercitas proletarias, a quienes se lanza a la desgracia, para más tarde verlas en los pórticos suntuosos, testigos mudos del delito, implorando una limosna

•••

que ha de negárseles en medio de reniegos, mientras se esgrime el puntapié, cuyo eco se pierde al chirrido inmisericorde del portalón que se ajusta en implacable gesto. Muchos de sus poemas son plegarias revolucionarias de altivez proletaria, donde se maldice y blasfema contra la injusticia y la desigualdad social, que hacen de las masas obreras el blanco para la consumación de todos los desmanes.

Su verso es una silueta perfecta del hombre, la naturaleza y la vida; se pintan cuadros panorámicos de paisajes movedizos y se decoran tempestades con crepúsculos sangrientos, elevados a temperaturas motorizadas por la inquietud de los colores naturales, a la vez que se lleva al lienzo de la frase una tragedia social que deprime el espíritu y vigoriza el ánimo en afanes de rabia frente al dolor de una clase que lleva sobre sus hombros la miseria como un estandarte de adquisiciones futuras, incitador de tumultos de protesta y acariciador de tormentas redentoras.

Sus sonetos son labios que besan la tierra morena que se bifurca en contorsiones de parto y se empinan como cañaduzales a golpear a los dueños de ella por la explotación establecida en contra de quienes la trabajan sin más esperanza de descanso que la que les brinda la tarde en su agonía, cuando las aves entonan su plegaria doliente.

A través de las páginas de este libro, de fina estructuración poética, pasan rimando cadencias dos escuelas contrapuestas caprichosamente en sus sonidos. Se empieza con el ritmo asonantado de la poesía romántica de fines de siglo y se concluye con cantos vigorosos, repletos de protestas, en los que se refleja el sentido social de la lucha contemporánea, y es entonces cuando la poesía de Montoya deja de ser el potaje lírico del espiritualismo romántico, para convertirse en un arma de filo pulido y de elegante empuñadura al servicio de la redención moral, política y económica de una clase de luchadores agueridos y constantes.

Manizales, 1938.

El libro de Baudilio Montoya

ALBERTO CARDONA JARAMILLO^[15]

Nos ha llegado el libro de poesías de Baudilio Montoya. Pulcramente editado, como corresponde a la calidad de la obra poética que en él se pregona, con sus ilustraciones al carbón de Abel Ortega. Artista excelente que contribuyó con su colaboración a acrecentar la forma atrayente de la obra en mención. Y una carátula —demasiado romántica de verdad— que hace categórica alusión a su nombre: *Lotos*.

De este libro de poesías del poeta quindiano, más espontáneo y más alto, en el sentido de ascensión intelectual con que cuenta Caldas en la actualidad, puede afirmarse lo que Maurice Maeterlink afirmó ver relucir en el horizonte de las páginas de Ruysbroeck: los picos más azules del alma.

Porque es la irradiación de la criatura espiritual, la lumbre pura sin conexiones con la tierra, con la sangre y con la carne, el fuego que transparenta el cuerpo diáfano de las páginas en las que el poeta ha escrito las voces de su corazón, la suprema emoción intrínseca de su ánimo. Y ambas cosas, las voces del corazón y la emoción interior que rectora el tránsito hacia una medida exacta de los dominios estéticos, son elementos que coadyuvan a darle fisonomía propia —y dicho sea de paso, cómo carece el siglo de poetas que tengan como este que comentamos, un original principio de individuación poética— a las colinas azules de la poesía; y esta, como lo es en Baudilio Montoya, es un pico de la cima del alma.

¹⁵ [Sin datos de publicación (1938?).]

••

Las páginas de *Lotos* son la base sobre la que se levanta, nítidamente trazada y con toda la fidelidad modelada, la colina azul de su poesía o lo que también equivale a decir, según lo que se afirma, el pico azul de su alma.

Sin tiempo para leerlo detenidamente, con la atención y la asiduidad que su lectura supone necesarios, prometemos para luego abordar un juicio más concienzudo de la obra.

Por ahora nos limitamos a agradecerle a Baudilio Montoya el envío de su libro, lo felicitamos por el acierto editorial de él, ya que el intelectual es una bandera, esta sí “tejida con el hilo de los propios sueños”, que ya había ondeado a la vista de Caldas, y recomendamos su lectura a quienes gusten de una pura atmósfera de poesía, fuertemente saturada por los aromas terrígenos, bajo la cual todos los ritmos interiores que asordinan el tránsito del verbo humano por la vías de la inspiración, obedecen a una orden rigurosa del canto.

Por ahora nuestro mejor elogio es este: usted, tal vez sin saber lo que aconseja Novalis, ha logrado conseguir con las múltiples dificultades que ello supone necesarias, la culminación de una obra, nave de conquista, en la que arriba hasta nuestra admiración el poeta que nos revela su “yo” trascendental: el de su poesía, hoja nacida en América pero de raíz en España.

Lotos

CAMILO OROZCO^[16]

Baudilio Montoya, el soñador ermitaño, que como un druida escondido oficia con devoción artística el templo verde de la naturaleza, ha vaciado todos sus vinos interiores en el ánfora de un volumen que llevará el nombre simbólico de *Lotos*.

Allí está resumida la más exquisita savia del Parnaso caldense: versos que abarcan toda la emoción de la vida; el susurro indolente de la hoja que cae, el murmullo cantarino de la fuente escondida y el sordo rumor de la colmena distante... Negros unos como el turbio porvenir de una clase vencida, diáfanos otros como el paisaje ideal de la tierra nativa.

Fruto de amarga lucha es este libro, nacido en el anónimo pegujal, en donde el panida que no necesita pasaporte para entrar en la regia mansión de Apolo, se entretiene rumiando dolores ancestrales y jugando con las musas, con la casta ingenuidad del niño que persigue mariposas invisibles.

Intentar un laudo para este cantor nobilísimo, sería tarea innecesaria, ya que su obra lo perfila como uno de los más grandes poetas románticos de la América. Muerto José Eustasio Rivera —que era el alma misma del paisaje— no quedó en el país quién interpretara con mayor emoción y sentimiento el hondo sentido de las cosas, que este atormentado forjador de ritmos, cuyo pecado primordial es comulgar con lingotes de inspiración en la copa translúcida de Alba.

¹⁶ [*El Cincuentenario*, Armenia (1939).]

•••
Cantor rebelde y orgullosamente humilde, Baudilio Montoya, a la manera de Almafuerte, pone toques de fuego a sus poemas torturados, cuando trata de fustigar a las castas dominantes y llevar una nota de alegría al alma desgarrada de los oprimidos.

Ama a los tristes, a los que padecen en silencio la flagelación desollante de encontrarse solos, porque comprende que de ellos no es el reino de la tierra, y porque su lira fue templada por un Dios satánico para que exaltara la belleza ignota del dolor, y no el gesto vil de los esclavos.

El autor de *Lotos* nunca será coronado en los areópagos siniestros de la envidia proterva, donde los versificadores comerciantes inclinan las testas laureadas al paso inquisidor de los tetrarcas del medro. Baudilio Montoya, como un volcán de inspiración, lanza la armonía de su estilo anchuroso, sin esperar que el eco le devuelva la onda inútil del aplauso estéril.

El Quindío, ese venero prolífico de Caldas, que nutrió de sonrisas el alma cristalina de este Tagore tropical, debe sentirse orgulloso al ver que su hijo dilecto se despoja de su morral de canciones, para distribuirlas a los lectores asiduos, en las páginas dolidas de un libro, que son primicias de la literatura autóctona.

Baudilio Montoya, poeta egregio. A propósito de su libro *Canciones al viento*

LUIS MARTÍNEZ MUTIS^[17]

Por ciertos aspectos, está muy bien el título de este hermoso volumen del gran poeta quindiano y universal, Baudilio Montoya: *Canciones al viento*.

Son, efectivamente, prodigiosas notas, melodías en ocasiones de una ternura jamás oída o voces vertidas por el inmenso corazón del mundo, que sólo los músicos y los poetas pueden sentir en toda su plenitud. Empero, hay joyas en la producción del escritor caldense que dejan de ser simples canciones, para superar el tumultuoso éxodo de los vocablos y convertirse, sublimadas, en rapsodias o cánticos de bronce, que respetará la eternidad. Y así le dice a una diestra pecadora, pasional y desdeñosa:

No llevas como ayer el albo lino
que dio firmezas a tu porte amado,
ya es más fácil la seda del pecado
y más alegre la emoción del vino.

Está el «Romance de la Canchelo», apto para figurar en cualquier antología junto a las mejores producciones de su género:

Doncella de carne endrina,
arisca virgen de ébano

[...]

¹⁷ [Publicado en Armenia (sin datos, 1944).]

•••
Canchelo, muestra mejor
la promisión de tus senos
labrados en carne dura
para el altar de tu cuerpo;
Sulamita de tu sol,
con pulpa de durazneros,
en ti se esconde el peligro
como un ofidio en acechos...

Baudilio canta en versos inmortales a esa mujer ideal que busca siempre el corazón insatisfecho:

[...] me parece que vives florecida en mi anhelo
o en el mundo armonioso que vigila mi voz.

Me parece que te oigo cuando arrulla la fuente
y que beso tus manos cuando beso la flor

[...]

Yo no sé por qué tardas en llegar a mi vida
trayéndome en los ojos tu regalo de paz.

Aseméjase su inspiración a un torrente que, con leve inicio en las montañas de hielo de su desdén (“bien puedo ser altivo, porque en la sangre tengo / el señorial orgullo de parecerme a mí”), cruza los valles, se despeña en abruptas e imprevisibles serranías, húndese luego en soterradas regiones o reaparece en fragorosas lides, sin que el poeta pueda contener su propio alud sentimental.

Indudablemente, Baudilio logra en muchas ocasiones superar este desbordamiento lírico, en pasajes que dan firme elegancia a sus sonetos. Al azar, tomamos este brochazo de «Danzarina»:

Abierto ritmo de severa altura
viene hacia ti, porque tu gracia excedas,
y de pronto, en un éxtasis te quedas
bajo la luz que afina tu figura.

“Ya casi no resistes el fuego de mi llama”, le dice en estrofas inmortales, que recuerdan el dorado acento de Jorge Rojas, a la mujer única:

Estás temblando toda como un retoño nuevo,
como una liana tierna, como una espuma clara.

Sonríes con dulce miedo,
y vibras como un arpa,
porque en ti hay un cordaje de encendidos deseos
que apenas sabe darse por temblorosa escala.

Y orquestando a su propio espíritu, exquisito y perfumado, tiene el vate estas palabras que pudieran ser consagradas en el mármol perenne:

Loa el fervor del día
que exorna la pureza de la gracia estival

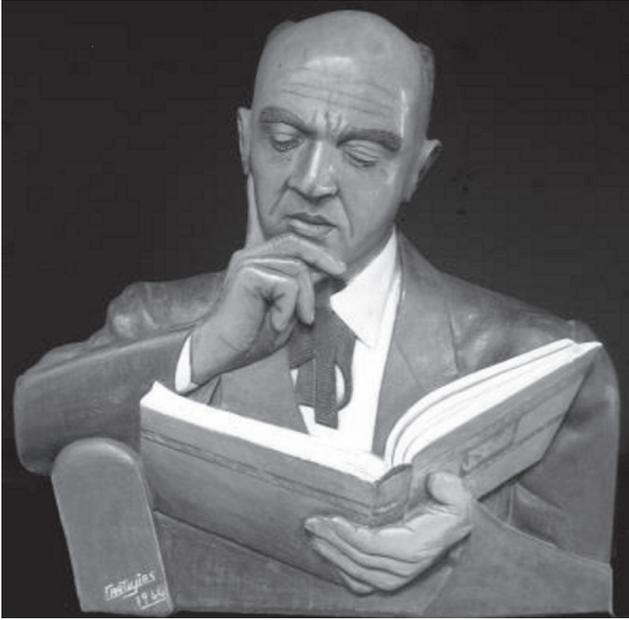
[...]

Da tus gozos sin tasa; tu encendido cariño

porque en la honda fatiga, una leve sonrisa
vale más para el duelo que un pedazo de pan.

Desde el fondo sincero de nuestra ánima sencilla, enviamos a Baudilio Montoya el más cálido homenaje y los mejores votos porque su inspiración tramonte las más duras colinas del ambiente impropicio y siga extendiendo el fulgor emocional, a modo de arpegio engastado en corazón vibrátil, que habrá de cimentar aún más su dilatada fama por el mundo entero.

Armenia, agosto de 1944.



Baudilio Montoya. Talla en madera del maestro Cartujas (1966)



Baudilio Montoya recibe el Laurel de Oro (1952)

III. Notas críticas



¡Camino de la posteridad!

LUIS RAMÍREZ R.^[18]

*Yo fui un poeta; canté a las rosas
y a las gozosas
flores que se abren en el alcor;
canté a los montes, canté al aprisco,
y fui sencillo como Francisco
oyendo el trino de un ruiseñor.
Baudilio Montoya, «Del éxodo»*

He aquí una sentida micro-autobiografía del poeta quindiano que hoy, cumplida su misión de cantar en la tierra, fue llamado a escribir las letras de las canciones para los coros angélicos.

Consagró su inspiración a los motivos vernáculos dándoles pasaporte para la posteridad y de su suelo nativo, de su Calarcá, cuyo nombre parece ser sinónimo del de Baudilio Montoya, levantó el vuelo el numen armonioso de su poesía y va ya trasmontando el continente americano.

Por eso en este día de duelo, no es Calarcá solamente la que llora la ausencia definitiva del rapsoda sino toda Latinoamérica, donde su canto va profundizando en el sentimiento del pueblo a medida que se abre paso su obra, que un día tendrá el honor de la consagración universal como la tuvo a su debido tiempo la sencillez de Francisco el de Asís.

No otra cosa merece el bardo quindiano que supo atesorar, en el cofre transparente de la lírica, dándoles pulimentos mágicos y visos de claridad eterna, los motivos humildes del diario

¹⁸ [Publicado en Manizales (sin datos), octubre 16 de 1965.]

•••

acaecer comarcano, lo mismo que el artista pule la piedra arrancada a las canteras. Así en sus libros *Lotos*, su primera publicación, *Canciones al viento*, *Cenizas*, *Niebla*, *Antes de la noche* y *Murales del recuerdo*, su última obra, le canta al entierro sencillo de “Pachito García”; a la niña de la posada caminera cuyo amor se disputaban Antonio Gil y Luis Cuervo; a la muerte de su perro por el carro de un magnate engreído; a las neblinas de la serranía; al paisaje millonario del Quindío; al arroyo que derrama sus cristales por la pendiente, semejante a su incansable inspiración que le da vida y renombre a la tierra de sus grandes afectos.

Porque Baudilio Montoya fue, además de poeta romántico en todo el significado de esta palabra, un corazón que vivió una intensa vida afectiva. Al recordarlo en esta hora de gran dolor, sí que no es lugar común sino afirmación sincera hablar del esposo incomparable, del padre amantísimo, del amigo sin limitaciones, del patriarca bondadoso de La Bella, sitio de su casa en medio de jardines —un día debe erigirse en reliquia histórica—, el hijo de altos y nobles sentimientos que a la muerte de su padre dijera:

Te estoy viendo partir, ya silencioso
por esa extraña ruta incognocida
a tí, que en otros términos, gozoso
fuiste para nosotros un piadoso
árbol de venturanza florecido.

Releyendo la obra del vate nativo, encontramos en toda ella el presentimiento de la muerte como en José Asunción Silva y en otros grandes poetas. En «Alma» del libro *Niebla* dice:

Un día nos iremos
por una senda clara
que lleva a las estrellas
de la divina estancia,
donde hay eternas músicas
en angélicas arpas.

Y se ha ido este hijo dilecto de Apolo, camino de la gloria. El que les cantó a las cosas humildes puestas por Dios sobre la tierra.

Hoy en la desolada realidad, recordamos estas palabras de Antonio Cardona Jaramillo escritas hace tiempo en homenaje cordial a Baudilio Montoya: “El autodidacta ha triunfado con *Lotos* y parecen para la hora de su muerte escritos los versos de la inefable Ibarbourou”:

Dulce hermana Agua, anda a acompañarlo;
buen hermano Viento, vete a hablar con él.
A ese hermano nuestro no hay que abandonarlo
con su enorme fardo de bronce y laurel.

Habladle del campo, del cielo y del trigo.
Llevalde noticias de fuentes y estrellas.
¡Era tan amigo
de las cosas bellas!

Calarcá, septiembre 27 de 1965.

Baudilio Montoya. Otro año

HUMBERTO JARAMILLO ÁNGEL^[19]

Un sauce fiel que se levante grave
señalando la paz de mi silencio.

No ha tenido, la tumba del poeta, en su callado retiro del camino rural, el sauce fiel que proyecte, de tarde, sobre su propia tierra mortuoria, un poco de sombra o un poco de tenue y azul melancolía. Todo sauce, aun los verdes sauces de las cantarinas fuentes o de las orillas de los ríos, tiene, siempre, un extraño tono de íntima melancolía. El poeta, en sus horas de tedio —y las tuvo a diario— más que soñar con la quieta presencia de un sauce, exigió para su final compañía, la dulce sombra de un sauce. Pero ni siquiera el sauce. Nada. Dos años de muerto Baudilio Montoya, el tierno y suspirante poeta que escribió, una vez, hablando de su hastío, la errante canción de la soledad, de la tristeza y del olvido.

De todo estoy distante, de todo desprendido,
del aura de la Gloria, tan leve, tan sutil,
le dije “adiós” a todo, porque ya no es posible
volver al universo lejano de mi abril.

Y, sobre su tumba, situada frente a su casita de campo, no crece, todavía, el húmedo rosal que para sí les pidió, a los hombres, Ana de Noailles, en París. No crece el sauce. Ni el laurel. Ni el pino verde. Ni el exótico tirso. Nada crece. Pero en cambio, tampoco crece, en torno al nombre del poeta, el olvido: no es de poetas honrados, de escritores honrados,

¹⁹ [En Aparicio, Hugo H. (Comp.). *Humberto Jaramillo Ángel. El escritor y Calarcá*. Calarcá: Cuadernos Negros, 2008, pp. 44–45.]

presumible, entre ellos, el olvido total para con este cantor de penas y de lágrimas con cuya imagen, viva en lo más limpio del recuerdo, se llena, de norte a sur y de oriente a occidente, el fecundo suelo de la natal comarca. No es presumible que a Baudilio Montoya se le olvide, ni ahora, ni nunca, ni en su tierra, ni en la lírica de nuestro tiempo. No. Jamás.

En efecto, pasa, la sombra del poeta, por nuestros caminos y nuestras ciudades. Pasa a la vera de su plantío familiar. Pasa a lo largo, por el valle de leve tafetán y de zafir. Pasa, lentamente, por el jardín lleno de blancas margaritas. Pasa, doliente, y taciturna, por el huerto doméstico. Pasa, cantando, como Antonio Machado o como César Vallejo, por su tiempo y por su horizonte sin medidas ni límites. Y canta, porque ese fue su destino, una silenciosa canción, de zingaros enfermos que perdieron, una tarde de invierno, su juventud y su anhelo.

Nada hemos hecho, en verdad, por la memoria de nuestro romántico poeta. Acaso nada haremos, ya, en el futuro. Los pueblos y los hombres olvidan. La gloria, escribió, en vano, Balzac, es el sol de los muertos. Y Oscar Wilde aseguró, en una hermosa paradoja, que para toda gloria poética hay necesidad de dejar pasar, al menos, y para que surja resplandeciente y viva la imagen de un poeta o de un artista, veinticinco años. Para Baudilio Montoya, para que su gloria se perpetúe, en mármol o en bronce, no podemos, de ninguna manera, dejar que transcurra, sobre el limo de su tumba, el cuarto siglo de que habló el atormentado proscrito de la dorada isla, patria de Shakespeare. No.

¿Cómo olvidar, por un instante siquiera, al hermano, al hermano triste, al hermano grande, al hermano a quien acompañamos, en turbias noches de bohemia, en su augusta soledad? ¿Cómo olvidar al poeta que le cantó, en el colmo de la humana zozobra, a la trágica desolación del inútil vivir sobre la tierra?

Ya para realizar nada me queda,
hasta mi juventud enardecida
la jugué en el tapete de la vida
así como se juega una moneda.

Baudilio

R.^[20]

1

Me parece que no se necesita apelar a la hipérbole para decir que Baudilio Montoya fue un poeta. Y un hombre bueno. Hermosamente bueno. Y claro. Sin complejidades verbales. Sin enredos filosóficos. Comparado con los poetas actuales, con los últimos para que la comparación sea más exacta, tenía la ventaja densísima de que carecía por completo de “mensaje” y de “hondura”. Baudilio escribía al pasitrote de su corazón. Esencialmente, era eso: un hombre que sentía. Un poeta que sabía sentir. Sus libros, su poesía, son el testimonio de esta verdad.

¡Qué gran poeta cristiano hubiera sido este hombre! Tenía la estampa, la voz, el limpio acento y el lúcido caramillo, para ello. Desgraciadamente, su “pensamiento”, lo que pudiéramos llamar su “pensamiento”, y su estética, estaban en la línea de los “poetas malditos”. Y presidido todo su quehacer lírico, por Paul Verlaine. Digo, sin embargo, que en sus últimos días estuvo seguramente más cerca de Dios, que del propio Verlaine. Inexorablemente, así tenía que ocurrir.

A mi juicio, hay dos sonetos que nos dan el diseño interior, así como la dimensión estética de Baudilio Montoya. El uno se llama «Todo», y dice:

²⁰ [De autor desconocido. Se publicó en Manizales (*La Patria*?) el 29 de septiembre de 1965.]

Todo fue en mi jornada tempestuosa; la inmundatención que preside los dominios del mal; me apedrearón yangüeses y escuché la iracunda maldición que me dijo la caterva fatal.

Como el Príncipe apuesto de una historia profunda, le arrebaté una virgen a un dragón de cristal, escancié vinos crueles y en la carne fecunda apacentó sus vicios mi locura sensual.

Hoy en las soledades potentes de mi altura sellé los folios mustios de mi torva amargura bajo el claror ligero del último arrebol;

y porque ya a mi vida la juventud no alegra, estoy mirando absorto desde la torre negra, la fuga ensangrentada de mi lejano sol.

El otro soneto se llama «Oración a Verlaine»:

Verlaine, padre sombrío: Mira los luminosos hijos de tu luctuosa bohemia atormentada, cómo van taciturnos tras la eterna Enlutada soñando sus divinos exámetros gloriosos.

Creo sinceramente que no se necesita más para una ubicación del hombre y del poeta.

2

Algo más, sin embargo: siempre que se hable de Baudilio Montoya, habrá que aludir a su soledad. Todo él estaba hecho de soledades. Su misma voz, la que fluía de su garganta, era soledad pura. Se acompañaba a sí misma. Y tal vez por eso, tenía él la tendencia a rodearse poéticamente de Satanes supéstites, de suaves monstruos, de aéreas e inasibles mujeres.

3

Finalmente, en la entraña poética de Baudilio Montoya, se hizo carne el crepúsculo.

Baudilio y La Bella

GUSTAVO PÁEZ ESCOBAR^[21]

Hace cien años, el 26 de mayo de 1903, nacía en Rionegro (Antioquia) el poeta Baudilio Montoya. En Calarcá vivió a partir de 1906, y allí murió el 27 de septiembre de 1965, después de cumplir un brillante itinerario poético —con seis libros publicados, cuatro inéditos y numerosos poemas sueltos que al calor de generosas copas solía elaborar en las fondas camineras o en acontecimientos diversos—, vocación inequívoca que le hizo ganar la distinción de “Rapsoda del Quindío”. Con este título el Comité de Cafeteros publicó una antología suya en 1973.

La poesía de Baudilio Montoya, de profunda inspiración romántica, estimulada por las bellas mujeres de la comarca y el soberbio esplendor de los paisajes, capta en versos rebosantes de calor humano la esperanza, la angustia y las querencias del pueblo. Otras páginas poseen un acentuado carácter social, como «Poema negro» y «Querella de Navidad», traducidas al ruso. Vate popular en el más amplio sentido de la palabra, nadie como él ha sabido interpretar en el Quindío, con tanta sencillez, donaire y autenticidad, las cotidianas querellas de los enamorados y las sublimes emociones del corazón.

Su facilidad versificadora se refleja en la espontánea y constante producción con que pintaba, con lírico estremecimiento, cuanto acontecía a su alrededor, bien fuera la congoja del amor frustrado, el idilio candoroso de la campesina, el espectáculo

²¹ [*El Espectador*, Bogotá, mayo 29 de 2003.]

cautivante de la naturaleza o los perdigones que dejaban muerte y desolación en los campos (con un romance excelente en este género, a la altura de García Lorca: «José Dolores Naranjo»). Su obra está constituida —aparte del material inédito— por los libros *Lotos*, *Canciones al viento*, *Cenizas*, *Niebla*, *Antes de la noche* y *Murales del recuerdo*. Cantor de la melancolía, la soledad, la honda tristeza, el tedio, la angustia y la muerte, esas expresiones son un eco de su propia alma bohemía y dolorida.

Baudilio Montoya fue bohemio pleno, como lo fueron Gabriel D'Annunzio, Gómez Carrillo, Rubén Darío, Barba Jacob o Julio Flórez. Pasaba por las aldeas y las campiñas quindianas como uno de esos trovadores de la antigüedad, libando licores y recitando poemas. Se fue por todos los caminos y todos los horizontes como un encantador de la vida, que lo mismo arrancaba un suspiro de ilusión que una lágrima de despecho. Vivió la comarca con intensidad, deleite y amor —y pudiera decirse que se la bebió en versos—, no sólo como el rapsoda auténtico, sino como el sembrador fecundo que entregaba la mies entre iluminadas embriagueces, a la sombra de los cafetales y bajo el cobijo de la tierra pródiga. Por allí esparció, como una semilla al viento, infinidad de poemas repentistas, que manos enamoradas se encargaron de guardar y que quizá nunca logren rescatarse.

Fue el poeta del dolor y el silencio, pero también de la esperanza y el regocijo. Cantor de la aldea y cuanto cabe en ella, tiene derecho al sitio de recordación que para siempre tiene asignado en La Bella, vereda calarqueña donde ofició de maestro de escuela y donde residió por largos años, protegido contra las asperezas del mundo como en un inexpugnable refugio sentimental. Saliendo de Calarcá, por la carretera que lleva al Valle, está La Bella, un hermoso paraje cubierto de vegetación tropical, en el cual resplandece, frente a la cordillera, el parque-monumento que guarda su tumba.

••

Mi dilecto amigo Fidel Botero Vallejo, quien junto con Constantino Botero, su padre, compartió con Baudilio muchos episodios memorables, me contaba hace poco los últimos días del personaje calarqueño. En esa conversación supe que cuando la cirrosis redujo al poeta a la última expresión, manifestó el deseo de ser enterrado en el mismo lugar donde había residido y escrito su obra, como una manera de permanecer para siempre en la comarca amada. Nada tan justo y tan poético.

Ese deseo pudo cumplirse, por fortuna, a pesar de la negativa del sacerdote para bendecir la tumba, por no encontrarse en campo santo. En esa forma, Baudilio dejó su alma, más que su propio cuerpo que desintegró la cirrosis, en el edén quindiano que él tanto quiso, y que sus palabras siguen evocando desde más allá de la vida:

Cuando paso por “La Bella”,
la vereda abandonada
que fue fiesta en otro tiempo
abundosa de confianza,
las pupilas se me llenan
de congojas y de lágrimas.

Carta del viajero

CARLOS FERNANDO GUTIÉRREZ TRUJILLO^[22]

*Fue por la vida diferente a todos...
Nadie dijo como él, cantos tan hondos.*

Querido poeta Baudilio Montoya:

Escribo estas líneas para reconocerlo y no pasar, por la huella de sus palabras, con olvidos y silencios. Sólo hasta hoy me atrevo a describirlo con otra mirada. La fatalidad de nuestras provincias es que sólo reconocemos lo foráneo; validamos las modas impuestas por los centros de poder intelectual. Escudriñando papeles y notas, descubro que en el año de 1906, tres años después de su nacimiento en Rionegro, Antioquia, su familia emigró hacia la comarca quindiana, en busca de tierras y futuro. Dieciséis días duró aquel periplo, entre trochas y selvas. Luego, a golpe de hacha y machete, usted participó de la evolución de un caserío perdido al pie de la Cordillera Central, que don Segundo Henao, nuestro primer escritor oficial, y otros fundadores llamaron Calarcá. Allí trascurrieron sus años, en medio de olores campesinos; viendo las montañas dibujadas por neblinas mañaneras, sintiendo el rugir de los ríos que bajaban de los páramos y labrando el campo con manos de viento y tierra.

A más de cien años de su nacimiento, a cuarenta desde que su presencia dejó de latir entre flores de batatilla y caminos de tierra, trato, desde mi visión de lector “contemporáneo”, de entender y valorar sus huellas más íntimas. Si me acerco a sus libros publicados, encuentro, por parte de críticos y

²² [La Crónica, Armenia, noviembre 14 de 2004, p. 3A.]

•••

prologuistas, adjetivos y etiquetas, que de manera simplista tratan de definirlo como “bardo popular”, “genuino sentimental”, “poeta telúrico”. Hoy se diría que su poesía no tiene la misma vigencia porque han cambiado las circunstancias que le dieron origen, “que cierto regionalismo es enemigo de la poesía”. Otros han pensado que usted es de esos escritores que “han exagerado entre nosotros el influjo del paisaje”; pero no, desde mi visión de lector joven y sin traicionar la herencia literaria de nuestro contexto, pienso que si alguna vez un autor de mi región estaba destinado a trascender o inmortalizarse con la poesía es usted. Hoy, luego de homenajes, reconocimientos coyunturales y emotivos, valoro su vida y su obra. Ningún poeta de nuestro departamento ha sido tan admirado, conocido y leído como usted. Es necesaria una nueva mirada a su producción literaria. En una región que apenas se construye, válido que usted nunca renunció a su esencia de hombre sencillo y transparente.

En una modernidad incesante, donde lo efímero y lo veloz son parte de nuestra cotidianidad, en un mundo que no se detiene en lo simple y lo natural, debemos validar su poesía. Quizás necesitamos de palabras cercanas a nuestra idiosincrasia; de imágenes emotivas que nos permitan detenernos, un poco, en las cosas leves de la vida. Usted con su poesía nos demostró que en la palabra sencilla pueden hablar los sentimientos más profundos y efímeros del hombre elemental. Por sus versos descubrimos que las vivencias sencillas y simples también pueden ser poesía. Con sus palabras nos enseñó que ser poeta no es asunto de iluminados o intelectuales que necesitan de ampulosos lenguajes; que para ser escritor basta, muchas veces, con despojarnos de tantos artificios.

Si existe un motivo para valorarlo en el siglo XXI, como ser humano y artista, es el hecho de conjugar muy bien lo ético y lo estético. El gran dilema humano ha sido conjugar la vida y la obra; ambas deben ser ecuanímenes con la vivencia diaria. Un artista sin un corazón que testimonie el dolor y la injusticia humana, está condenado a ser silenciado. Como quindiano

valoro su pródiga labor de maestro de escuela. Aún hoy se escuchan elogiosos testimonios sobre cómo compartía su saber y sensibilidad con los alumnos y vecinos de la vereda La Bella en Calarcá. Tiene razón Adel López Gómez, ese gran cuentista y escritor nuestro, cuando lo definía: “poeta a la antigua manera, a quien todas las gentes reconocen por las calles, lo saludan, lo quieren, lo admiran”.

Le elogio, en su poesía, que jamás se dejó obnubilar por la moda de los poetas Grecoquimbayas; de aquellos intelectuales que afloraron en el Gran Caldas, imitando los modelos y los lenguajes de un modernismo deformante; bardos que trasladaron lugares exóticos y modas intelectuales foráneas a nuestras comarcas, donde apenas se empezaba a descuajar la montaña. Usted, junto con Rafael Arango Villegas, Adel López Gómez, Aquilino Villegas, Luis Carlos González, Euclides Jaramillo Arango y otros hijos de Risaralda y Antioquia, se empeñaron en construir una literatura que diera cuenta de nuestra verdadera realidad. Herederos de Tomás Carrasquilla, crearon una conciencia de valorar nuestras costumbres, idiosincrasias campesinas y pueblos en formación.

Si tenemos una deuda con su labor de educador y hombre de letras, es la de hacer pública su obra social y literaria. Nos falta reconocer aquellos poemas donde personajes, paisajes y lugares de nuestra región aún siguen conviviendo con nosotros.

Hoy, cuando diversas personas del Quindío tenemos una conciencia más clara sobre nuestras herencias y valoramos los patrimonios materiales y espirituales que hemos construido, es necesario empezar a estudiar y crear una cultura y una conciencia de estudio sobre nuestros valores más destacados.

Quizás en su tiempo el mundo no apabullaba con su desarrollo tecnológico y los hombres tenían una vida más simple y sencilla. Quizás el viento se paseaba más tranquilo por guadales y páramos. Usted entendió que para ser poeta sólo bastaba ser sincero con una palabra en la que el verso fuera sentido por el hombre sencillo.

••

Volviendo a sus imágenes me he descubierto entre caminos veredales, rozando el viento con mi cara, escuchando una canción de hojas en el verano, abrigando una mirada de campesina tímida, un golpe claro de hachas en los montes, un olor a fogón de leña, un sabor de fruta dulce. Si quisiéramos volver hacia atrás, para fortalecer nuestro porvenir, sería necesario visitar los símbolos que han guiado nuestro *ethos* más profundo.

Quizás una pausa en nuestras rutinas y leer su obra nos abra la posibilidad de ser otros, de nutrir nuestras herencias académicas y personales con nuevas visiones de sentido y contenido.

Bienvenidos entonces sus poemas: nacidos de un hombre que vivió y soñó en poesía.

Quimbaya, julio de 2004.

Una corona de laurel

PEDRO GARCÍA MONTOYA^[23]

Un viento aromado de espirituales rumores vaga ahora por toda la comarca quindiana recogiendo de los pájaros, de las flores, de las fuentes, de los paisajes embrujados y de los graves atardeceres, su rico aporte de ternuras, ritmos y sueños, para esta fiesta galante que como testimonio de admiración a un poeta, va a celebrarse a las siete de la noche del día seis de este diciembre en una de las plazas de Armenia, ciudad capital del Quindío.

Es un rumor delgado y suavísimo que está derramando Pegaso desde sus olímpicas moradas sobre una tierra privilegiada, que ahora se apresta a rendir homenaje a uno de sus magníficos hijos. Es la casta y bellísima Laurel que hurtándose a las vilezas de un Dios lascivo y cantor, se transforma en verde ramazón y hecha corona viene a ceñir la cabeza de un hombre que con una cítara en la mano canta inmensamente desde un collado de su comarca, para toda su hermosa tierra colombiana.

Es el estruendo callado de nuestra señora Poesía que viene a besar el corazón de uno de sus más bien logrados hijos, en estos últimos tiempos. Baudilio Montoya, eterno insomne de las voces calladas, donde quiera esté siempre está tañendo su pródiga lira con esa fácil y natural sencillez que tiene la fuente cuando derrama su canción por donde corre. Canta a la colegiala de risa cristalina; a la niña de vestiduras albas y alargadas, que tiene en sus manos un ramo de flores porque hizo su

²³ [Publicado en Manizales (sin datos).]

••

primera comunión; a la muchacha provinciana que llora saudades porque tiene su novio ausente; al amigo que compartió con él una copa y una sonrisa cordial. ¡A todo le fabrica Belleza de qué modo!

Le vimos primero junto a la amada cantando al hijo muerto y haciendo dormir el recuerdo al vaivén de una cuna vacía; hundido después en la “nebulosa melancolía del desolado corazón humano”, le oímos su sollozante «Oración a Verlaine», a quien llamó “padre sombrío”; iluminado luego con la llama de inefables ternuras, le vemos cantar a las zagalas de su comarca que pasan por su lado “exornadas de blancas muselinas”; ora suspira en preciso romance por la pobre «Luz Marina», que murió posiblemente de amor cuando “ya le apuntaban los senos como mirando a la vida”; ya impreca a Noel en su «Querella de Navidad» por injusto con los niños que no juraron, con los parvulillos que nada ni a nadie tuvieron en la vida, y llora después por la mujer vencida y abandonada que en mitad del camino, va arrastrando “un hijo de quién sabe qué oscuro sacrificio”.

Y canta pura y libremente con esa ardentía con lo que lo hiciera una cigarra en la copa de un árbol secular, que alarga su sombra por sobre la desolación de un playón olvidado. Para él no existe escuela distinta a la de su corazón y a la de su propia angustia. Artista nato, sabe que no existen escuelas sino que simplemente nacen y viven los Artistas que crean “lo que es más brillante que el oro”, como dice Oscar Wilde.

Pero la zona tórrida de su alto corazón, siempre fue la Bien Amada, la eterna compañera de su vida.

Así le canta:

Te seguiré llamando tras la Muerte
para verte en la luz de la mañana,
te hallaré en el dolor de mi alarido,
en mi queja, en mi angustia y en mis lágrimas,

en los ojos del hijo que me diste
y en la suave razón que me cantabas,
en la cuna sencilla que mecimos
y que tanto quisieron nuestras almas [...]

¿Quién podrá pintarnos mejor la angustia, el temor, la ilímite ternura de quien está celoso de la muerte junto al ser mil veces querido? Necesario sería no haber pasado por el doloroso y a la vez dulcísimo tamiz en estos sentimientos, para no sentir hasta el desangre de las lágrimas versos de este linaje.

Viendo cómo esta poesía se precipita sencilla y purísima por las verdes florestas de una inspiración virgen de escorias literarias, aflora a los labios aquella exclamación del poeta latino: “Oh, hija más hermosa que su madre hermosa”. Sólo el que haya comulgado con la Hostia sacra de la Belleza, puede comprender al poeta, porque lo comparte de corazón a corazón.

Bien está que cantores de este linaje sean ungidos con el máximo galardón. Benditas sean las manos que el Dios justiciero, padre de todas las Gracias, ha destinado para exornar con guirnalda de laurel la cabeza de Baudilio Montoya, en la tarde del día seis de este claro diciembre en una de las plazas de Armenia, ciudad capital del Quindío.

Quimbaya, diciembre 3 de 1952.

Baudilio Montoya

EL TIEMPO^[24]

Debió de ser bajo el influjo inebriativo de una de esas templadas tardes de su entrañable región quindiana, donde el esplendor telúrico estimula inevitablemente las más puras y sinceras elaciones espirituales, como a Baudilio Montoya —el insigne lírico fallecido anteayer— se le ocurrió despetalar en el viento, pero confiándola al tiempo, aquella fina, típica rosa de su jardín interior: “Dame un árbol, Amada, cuando muera / que me acompañe en mi reposo eterno. / Un sauce fiel que se levante grave / señalando la paz de mi silencio”. Anheló mussetiano, solicitud impenitentemente romántica y, en síntesis, poesía elemental pero de quilates imponderables.

De Baudilio Montoya se dijo casi premonitoriamente, hace poco, que era el último de los rapsodas colombianos. Calificación bien intencionada, pero manifiestamente inexacta. Los rapsodas solían ir de pueblo en pueblo, diciendo sus versos y, acaso, tendiendo la mano, seguramente más dadivosa que pedigüña, por lo que hacían. Baudilio Montoya fue, con notas honrosamente peculiares, un poeta de su ámbito, aferrado a él con una infrangibilidad rayana en lo terco. Pero ahí radica la eximia autenticidad de su poderosa, inconfundible y trascendente personalidad poética. Viendo, sintiendo y expresando todo cuanto lo circuía próximamente Baudilio Montoya logró, con plenitud magnífica, su vocación poética. Es bien posible que no alcanzaran perfiles eruditos sus conocimientos preceptivos ni sus informaciones sobre los “ismos” de novísima data.

²⁴ [De autor desconocido. Se publicó en *El Tiempo*, Bogotá.]

Pero como poeta de verdad, lo intuyó todo con sorprendente plenitud. Y es así como su obra lírica —urgida, luctuosa, de compilación y divulgación— resulta de una originalidad, de una coherencia y de un alcance sorprendente. Se le debe ese homenaje.

Tributado, también ineluctable y justicieramente se cumplirá el destino de aquel árbol amigo que el poeta aspiraba a ver crecer junto a su tumba: “Un día sus raíces, blandamente / horadarán el cedro de mi caja, / buscando las cenizas de mis huesos”. Un punto de referencia algo más que simbólico de la poesía verdadera: la de origen cordial, la incomprendida, la inteligible por todos, la que ya es digna de permanencia en la sensibilidad y en la memoria de todo pueblo. Esa fue, es y habrá de ser la de Baudilio Montoya.

Baudilio Montoya

J. M. ÁLVAREZ DORSONVILLE^[25]

Sensualmente emotivo, el poeta Baudilio Montoya comprende y traduce el espíritu de la tierra desde los principios vírgenes hasta los estertores maravillosos de la maternidad. Todo un proceso sentimental con su alarde colorístico: El viento hila pensamientos en rueca de árboles; el brillo del trino con sordinas de hojas; el rumor de las oquedades calzando las plantas de la selva; “la paz vespéral, las luces bermejas que sobre el flanco feraz de la montaña entretejen sus célicas madejas en una delicada telaraña”; el tintineo de la lluvia con sus vapores grises; la distancia del sol...

El fervor anhelante del poeta que aprehende en bellas y luminosas imágenes, todas las expresiones de la naturaleza con habilidad de suma descripción, con regocijo pictórico. Lleva tantos y tan variados paisajes dentro de sí crecidos al calor de su propia experiencia, fundidos sobre su carne inteligente al deambular de muchos horizontes, que fácil le resulta la escogida empresa de volcar su consonancia en las redomas balanceantes de la realidad. Por eso los versos de Baudilio Montoya exhalan un olor natural, son espontáneos, claros de corazón, artificiales como un fino licor noctámbulo, y amanecidos en una orgía romántica al borde de la propia soledad; soledad del lirida que a ella se consagra para cortar en el jardín de la inspiración las pomas que adormecen la sensibilidad material, cierran heridas corporales, y abren el orgullo de ser por el desdén, el desprecio y el hastío.

²⁵ [*Espejismo* (edición en homenaje a Baudilio Montoya), Colegio Robledo, Calarcá (1965), p. 13.]

La muerte acompaña al son de sus ritmos desolados, el de-nuedo vital que crece y se fructifica en la subconsciencia pictórica, no le aminora su tensión, ni le acobarda responsabilidades; a medida que avanza cercenando ritos, resucita la voluptuosa eternidad individual y prolongada en goces que ya se cumplieron, y que al producir milagros en su multiplicidad inagotable, bien puede atropellar con ecos versificados lo inerte y lo insondable, la zozobra confusa de toda eternidad.

[...] ²⁶

la tierra; se descifró el rictus doliente de la vida en una perenne estrofa de belleza.

Los vicios también han agredido con armas valerosas, el ángulo de la verdad; y entre los gritos locos de las heridas se ha domeñado el soneto, se ha estilizado la concepción, se ha encontrado la sinceridad de ser humano.

La alianza del amor y del dolor, de la virtud y el vicio, han formado las vertientes que expanden su claridad, su sencillez, su humedad compasiva, a través de los acantilados de la estrofa.

El poeta mira y siente la realidad del triste, del abatido, del trabajador, que suelda los días con grumos de sangre. Entona el poema al labrador que ha aprendido “la gran sabiduría / que a sus hijos enseña Naturaleza pía”, y quien noblemente dice:

Toma toda mi gloria, pero dame la azada
para ir en la mañana con leche perfumada
a trazar paralelas sobre la tierra tibia
que el pecado perdona y del mal nos alivia.

El aliento rimado del artífice cobra acentos de melodías revolucionarias, cuando solicita justicia e igualdad; se posa sobre el vivir del indio, y eleva sus vientos turbulentos:

²⁶ [Falta un folio en el original.]

•••
[...] en el abismo de tu tragedia
llora tu alma,
llora la pena del atavismo,
la amarga lágrima
del desespero que no se agota,
de los pesares que no se acaban.

Y tú la escuchas, y nada dices,
y siempre callas,
y contra el amo que te flagela
nunca te alzas,
ni alzas los puños estremecidos
llenos de furia, como las dagas
que en manos fuertes dicen solemnes
el evangelio de las venganzas.

Así el poeta Baudilio Montoya versifica la vida. Sube al cielo, oye el rumor de las luces siderales, y por sus lampos habita la tierra. Convive con los elementos naturales, los comprende y ama. Se humaniza al lado de la mujer; se deifica a las lumbres del vino; se hace hombre cabal en las admoniciones paternas; y sexualiza sus sentimientos a la mirada de Dios...

En el XXV aniversario de la muerte de *El poeta del Quindío*

NOEL ESTRADA ROLDÁN^[27]

El fervor unánime que aquí nos congrega, para conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la muerte del poeta Baudilio Montoya, además de ser el obligado testimonio de admiración que su obra poética suscita, tiene la connotación histórica de convertir el culto a su memoria en imperativo categórico de sus admiradores.

Quienes fuimos sus amigos y confidentes, sabemos del soberano desprecio, del estoico desdén, de gran señor del renacimiento, que el poeta sentía por los fariseos de la literatura, por los arrendatarios de la gloria. Sabía que si esta, al decir de Víctor Hugo, es el sol de los muertos, permite al menos soportar la caducidad física con la entereza de quien se sabe vengado de la macabra zancadilla de la muerte, por el rescate de la obra que dejó.

Los «Cinco sonetos a la Muerte» corroboran el aserto anterior y en ellos Baudilio Montoya condensa el evangelio soteriológico del auténtico poeta. Bastarían estos cinco sonetos para consagrarlo definitivamente en la lírica española. Al escribirlos, en el apacible retiro de La Bella, debió acordarse de Horacio y Virgilio en las granjas de la campiña romana, quienes sabían, como Baudilio, el “Ars Moriendi”, el arte de morir sin desaparecer.

²⁷ [*Correo de Occidente*, Armenia, octubre 1 de 1990, p. 10.]

••

En los poemas de Baudilio Montoya, desde «Muchacha del Quindío», «La niña de Puerto Espejo», «La niña del campo», etc., existe como leit-motiv un desgarrado amor, una solidaria confraternidad con los humildes y desposeídos. Si ser poeta es estar sorprendido cada día por la perpetua novedad del mundo, el amor a los seres que lo habitan refrenda esta condición y Baudilio asumió ese privilegio para plasmarlo y vivirlo en bellísimas estrofas de autenticidad inalienable.

Nadie como “El Poeta del Quindío” comprendió, encarnándola y magnificándola hasta la excelencia, aquella sentencia de que “el poeta es un gentil hombre que escribe”. En esta preeminencia existencial, sin pedantería libresca, contempló desde su bucólica heredad, ajeno a los sarcasmos de los perdonavidas literarios, la rapacidad mercantilista con que en la capital el escalafón de los poetas reparte sus lauros y zalemas.

Si hubiera vivido en Bogotá, como turiferario del “Automático” y los demás cenáculos de moda, alimentando con lisonjas el Leviatán del *boom* publicitario, habría encabezado la nómina de los grandes maestros. Méritos le sobran. Pero a la manera de Luis Astrana Marín, que nunca fue miembro de ninguna academia, siendo excelso humanista, prefirió quedarse en la provincia, con la humilde potestad de su grandeza.

Los boticarios de la fama prescribirían su obra como panacea de la inmortalidad y su nombre encabezaría los textos literarios y las antología poéticas. Baudilio Montoya, gran poeta y señor de la amistad, tuvo la suerte de desaparecer del prosenio de la vida, antes de ver mancillada la dignidad de la verdadera poesía por la caterva de seudoversificadores, cuyas greguerías del verso libre y otras supercherías envilecen el panorama poético colombiano.

Tuvo la suerte de irse sin conocer el horrible soneto que escribió Luis Vidales en el suplemento literario de *El Tiempo*, con el desdichado título y oprobioso contenido de «Muera el soneto».

Baudilio: Hermano mío en el numen y en la muerte. ¡Aquí estamos para reverenciarte porque la gloria es tuya y no se usurpa!

IV. Ensayos



Tres carteles para hablar de un poeta

JULIO ALFONSO CÁCERES^[28]

I

Para hablar de un poeta yo exigiría una pagoda de encantados vitrales, uno de esos retiros donde Kalidassa reunía a sus discípulos para iniciarlos en la ciencia de la Belleza y de la Muerte, en el remoto país de los sagrados elefantes y los lotos impasibles. Para hablar de un poeta, yo exigiría una reverente genuflexión de violines y una curiosidad de aguas en viaje, que se pararan de pronto y comenzaran a danzar como esquivas bayaderas de cristal. Para hablar de un poeta, yo exigiría el verdor de las campiñas griegas y el caramillo de un pastor entre las frondas, llorando...

Porque el poeta, mitad dios y mitad hombre, reclama para la dimensión de su estatura la congregación de todas las fuerzas vivas de la naturaleza y el festejo de la mágica y honda armonía universal.

El viento se precipita en la palabra como una borrasca de horizontales espejos y da a la expresión su claridad y su fuerza, el agua rueda sobre las guijas del acento y lleva hasta nuestra lengua la canción enigmática de los juncos lejanos. Y el sol, el viejo sol de siempre, nos regala su violencia fecunda, para iluminar el espíritu que aprendió los caminos del arpa frente al cobre violento de un mismo crepúsculo.

²⁸ [*Espejismo* (edición en homenaje a Baudilio Montoya), Colegio Robledo, Calarcá (1965), p. 4.]

II

Ronda de doncellas sutiles. Desesperanza de lagos inmutables que soñaron el amor bajo el opio sentimental del plenilunio. Alboroto de alondras en las claras ventas del alba. Copas cansadas de bohemios ajenjos, que un día alindaron la angustia vagabunda de Verlaine el torturado. Mujeres de pecado, midiendo a estallidos de *rouge* la estatura del beso. Lámparas agonizantes sobre mesas en desorden de copas y poemas. Albas de pesadilla dejadas junto al lecho donde el corazón encontró su abandonado puerto de retama. Puñales bajo la noche cayendo. Puertas que se cierran y retratos de niñas azules que la magia del sueño nos cuelga en los desiertos pabellones del alma. Guitarras envenenadas de melancolía, que dejaron su sangre melodiosa al pie de la reja florecida de pañuelos y besos... Y la ventana inmensa de la soledad mirando nuestra vida desde el atrio del llanto y de las golondrinas...

Todo este universo de color y sonido, lo hemos visto desfilarse por los versos de Baudilio Montoya. Un día, cuando embarcamos los sueños en la primera fragata de ilusión, la voz del poeta nos empujó el corazón repleto de veleidosos violines a todo lo largo de nuestro itinerario. Buscábamos, como los viejos argonautas, en la lejanía de las aguas nuestra alta ciudad de espuma y melodía. Eran los 20 años que se movían con sus pies de banderas intrépidas y marchitos jazmines... Era la juventud en la sangre creciendo. Era esta etapa desorbitada de los mapas y las esquelas encantadas. Era el ayer del corazón deshojándose, como una margarita de sangre sobre el agua inexacta de nuestras propias lágrimas...

III

Y por este conocimiento de Baudilio Montoya, por esta cercanía que siempre nos ha tenido a pocos pasos de su amargura y de su canto, vengo esta noche a dejar en los umbrales de este ágape cordial, estas palabras de añoranza y de afecto. Y porque todos los que aquí estamos, no somos extraños a la lírica

dimensión de esta fiesta, porque con todos hemos jugado el corazón y la sonrisa sobre los brumosos tapetes del amanecer. Nadie ha sido extraño al crecimiento del verso en la intimidad de la tertulia de café. Nadie ha entregado definitivamente el ensueño para que se lo clasifiquen en las arcas de Pluto. Aquí estamos todos, como banderas y como espadas. Somos la brigada de choque de una juventud que no llegó con botas de campo a los dominios de la inteligencia. Somos, Baudilio Montoya, los mismos que ayer no más, en la ruta de piedra, sembramos de espinas las frentes de los mercenarios y pusimos nuestra marca indeleble en el anca de los vendedores de paraísos. Nosotros somos, Baudilio Montoya, los que te hicimos coro en el «Poema negro» y en «Mendiga», para que las gentes de nuestra parroquia prendieran la redentora melodía de la dinamita.

Aquí estamos todos. Los firmes. Los que destruimos los atajos para no correr la aventura sino sobre la espalda de un solo camino. Y hemos venido esta noche a darte este pequeño parte sentimental y a decirte con la misma voz de ahora diez años, Salve, Poeta.

(Del álbum personal de Baudilio).

Texto provocador en la conmemoración del centenario del nacimiento de Baudilio Montoya

CARLOS ALBERTO VILLEGAS URIBE^[29]

Antes de iniciar mis palabras provocadoras, quiero afirmar de entrada que, a pesar de ellas, donde señalo una deuda del Quindío con Baudilio Montoya, tengo referencias y me conmueven profundamente las bellas jornadas y actos culturales que distintas instituciones y colectivos han desarrollado como homenaje local a este entrañable poeta quindiano. Sin embargo, quiero traer a colación las mismas palabras de Baudilio para señalar con sus versos una profecía autocumplida en su poema «El entierro».

Estoy viendo el proceso de mi muerte
y asistiendo a la farsa del entierro.

Un desfile de gentes
que hacen ostentación de sentimiento.

Yo descanso, rendido para siempre
en mi ataúd de cedro;
del cedro laborado en la montaña
antes de la llegada del invierno.

Y comentan en péfido susurro:
Era sencillo, suave, cordial y generoso.
Y haber muerto.

²⁹ [En Ocampo Marín, H., Castrillón, C. A., Ramos, B. C. y Villanueva, I. (2004). *La poesía, el teatro y el ensayo en el Quindío*. Armenia: Editorial Universitaria de Colombia, pp. 143–152.]

Dicen así los que restaron fuerzas
a mis alas, cuando iban en su vuelo,

los mismos Zoilos de la humana feria,
los oscuros y sordos fariseos.

No hay duda de que el Quindío ama a Baudilio Montoya, pero como a uno de los fantásticos personajes de un cuento cortazariano, le da vergüenza sacarlo a la calle y llevarlo de la mano más allá de la esquina. A este personaje, que no nos explica el cuento de Cortazar qué cosa es, se le siente como un fardo, una penosa carga que el afecto debe soportar y que en el primer descuido quisiera el protagonista dejarlo olvidado en el centro de la plaza de Buenos Aires. Así mismo nos pasa con Baudilio. Cada vez que se intenta una valoración de su obra, los encargados de hacerlo reafirman la penosa tarea de exaltarlo. Siempre se recurre a vocablos que señalan la condición anacrónica del poeta, su desfase histórico, su vida bohemia, su entraña campesina, su condición de autodidacto, su oficio de maestro de escuela, para relegarlo definitivamente a la comarca quindiana. Basta con señalar su condición creadora como romántica, para estigmatizarlo y colocarlo fuera de la órbita literaria nacional, como si el romanticismo no fuera una concepción filosófica y estética, con la que se puede estar o no de acuerdo, sino una enfermedad contagiosa.

Por ejemplo, Adel López Gómez —citado por Lino Gil Jaramillo en la antología poética del Comité Departamental de Cafeteros del Quindío, en 1973— en palabras que a golpe de voz parecieran justipreciar al poeta, pero que analizadas con la lupa de la polisemia terminan cerrándole el paso a sus posibilidades de vuelo, afirma que “Baudilio Montoya ha vivido la comarca nativa en forma más total que nadie. Ha sido el poeta a la antigua manera, a quien todas las gentes reconocen por las calles, lo saludan, lo quieren, lo admiran. Él, que ama los rincones y las barricadas, que es amigo de los campesinos como que él también lo es real y verdaderamente, que se tutea con los comerciantes y los artesanos y ha sido toda su vida maestro

de escuela, sabe que, aparte de ser uno de los buenos poetas de Colombia, es ante todo el poeta del Quindío”.

Y dice el prologuista Lino Gil Jaramillo que “fue Baudilio Montoya el rapsoda del Quindío por antonomasia. Transubstanció en sus canciones las inquietudes sentimentales de las gentes del agro y de la aldea, de los campos y los caminos, por los cuales anduvo de pueblo en pueblo y de mesón en mesón escanciando copas y diciendo versos, cantando y soñando, viviendo y muriendo, como los rapsodas antiguos o los trovadores medievales”. A él, a Lino Gil Jaramillo, le debemos el bautizo del poeta quindiano como el Rapsoda del Quindío. A él, que sabía que la poesía es transmutación “porque los vocablos cambian de significado intrínseco, no tanto por el lugar que les señale la metáfora cuanto por la corriente emocional que nos conducen a manera de alambres electrizados”. Y repetimos los vocablos de Lino Gil Jaramillo con sus cargas semánticas para subrayar su verdadera valoración del quehacer poético de Baudilio: “Como los rapsodas antiguos o los trovadores medievales”. Y Baudilio y su lenguaje poético, en su justa dimensión, son mucho más que un poeta antiguo o un trovador medieval.

Ahora que hemos atendido la cita de Lino Gil Jaramillo sobre la carga semántica de las palabras, leamos el texto de Héctor Ocampo Marín en la reseña de la Antología mencionada: “La poesía de Baudilio Montoya es de corte romántico, concebida con notable dignidad; interpreta con sincero dramatismo la angustia del pueblo, los sentimientos de su gente, calidad que le da prestancia y prolonga la vigencia de esta poesía sencilla y trémula, pero auténtica y honrada”. Si reconstruimos la frase, para establecer la verdadera valoración de Héctor Ocampo, entenderemos que Baudilio hacía una poesía auténtica y honrada, pero sencilla y trémula. Y con esta frase verdaderamente lapidaria, se condena una obra que cree exaltarse.

Así mismo, el poeta y amigo Carlos A. Castrillón, en la antología poética *El Quindío vive en su poesía*, publicada en el

2000 por la Gobernación del Quindío, cuando quiere hablar de “las voces robustas de los poetas indudables [de esta tierra], quienes merecen una mirada más atenta” (para él, las de Baudilio Montoya, Julio Alfonso Cáceres, Bernardo Pareja, Carmelina Soto, Noel Estrada Roldán y Juan Restrepo) señala en un pie de página, casi excusándose de reseñarlos: “No nos referimos aquí a Luis Vidales [...] que es poeta de otro rango”, y uno podría pensar a partir de esta digresión que Castrillón nos sugiere dos clases de poesía, la de alto rango, que se hace en Bogotá copiando a los franceses, y la poesía rústica que se produce aquí, como diría el escritor Guillermo Gavilán, en los poetales del Quindío.

Cómo nos cuesta valorar lo nuestro. Claro que nosotros no somos culpables de ello, tenemos una historia de eurocentrismo que subyuga nuestra capacidad de valoración, de autoestima, de autoafirmación. Como lo afirma William Ospina: “Todavía el elemento principal que define a nuestro país es la persistencia de sus traumas coloniales. Después de la ocupación militar de la Conquista, y de la subordinación administrativa y política de la Colonia, fuimos subyugados por los discursos de las metrópolis en nuestra primera edad republicana, y uncidos al cortejo de sus economías. A partir de cierto momento ese resabio colonial ya no se debió a la presión exterior sino que empezó a movernos hacia una actitud imitativa y subordinada. Siempre sintiéndonos rezagados ante los avances de la modernidad, y periféricos con respecto a los centros de gravedad de cada época, creciendo en la negación del mundo al que pertenecíamos, en la incapacidad de advertir nuestras originalidades frente a la historia contemporánea”.

En esa actitud de negación radica nuestra incapacidad para estimar en su contexto y su justa dimensión la poesía de Baudilio Montoya. Nos cuesta reconocer que Baudilio Montoya vivió en un lugar paradisíaco, alejado de los afanes ciudadanos y de la angustia existencial propia de los suburbios y sus cloacas. Nos asustan las muchachas del campo, de largas trenzas, cuidando sus jardineras de lirios, malvas, geranios y sus tazones de

•••

albahacas, y los hombres de abarcas y muleras, y las haciendas patriarcales de Constantino Botero y las peleas de machete de Antonio Gil y Luis Cuervo y la serie de toponimias municipales y veredales que se asoman a los versos de Baudilio. Espejo de un pasado no muy remoto que consideramos tropical y folclórico, cuando todavía tenemos la ventaja de vivir en pequeños poblados, donde se goza del sol, se respira aire puro, no se conocen los psicoanalistas y donde a las doce del día se acallan los afanes para consentir los afectos. Y nos incomoda ese ritmo de romancero —¿nos recuerda acaso a Federico García Lorca?—, que le susurra a la niña del campo: “Niña, no vayas al pueblo, no vayas nunca, muchacha”.

Nos cuesta creer que en «El árbol» o «Mañana», esos dos poemas cosmogónicos y panteístas de Baudilio, vibre una visión trascendente que lo hermana con el gran Walt Whitman. Para ser justo con Carlos A. Castrillón, uno de los mejores y más formados críticos literarios del Quindío junto a Zahyra Camargo, es necesario reafirmar que su juiciosa y selectiva admiración por Baudilio lo lleva a señalar no sólo la índole lugareña de los versos baudilianos, sino también a reconocer la indagación metafísica de este poeta. Dice Castrillón en su prólogo a *Quindío vive en su poesía*: “El solar es el espacio de sus versos, el ámbito de los recuerdos que alegran el dolor, el lugar de la cotidianidad. Es el sol, el campesino con su carreta, la mujer en su diaria labor, las estrellas que apenas se asoman y el crepúsculo como una ‘opulenta catedral en llamas’. Pero es también el atardecer, no sólo como el último aliento cromático del sol, sino como la puerta de entrada a los misterios nocturnos. Es el árbol que crece con la savia de los muertos, y desde el cual el alma puede asomarse de nuevo al mundo. Son las cosas en las que se hace perenne la memoria de los muertos. Es la intuición metafísica que ve la armonía del cosmos que se repite en la flor y en la semilla”.

Dame un árbol, Amada, cuando muera,
que me acompañe en mi reposo eterno.
Un sauce fiel que se levante grave
señalando la paz de mi silencio.

Quiero verlo avanzar desde mi sombra,
lo quiero contemplar desde mi sueño.

Un día, sus raíces, blandamente,
hundiéndose en el suelo,
horadarán el cedro de mi caja
buscando las cenizas de mis huesos.

Por su tronco, tatuado por los años,
todo cicatrizado por el tiempo,
ascenderá mi espíritu anheloso
a ver la azul diafanidad del cielo.

Un poco más allá va el crítico Jaime Mejía Duque, quien comprende el concepto romántico, no como un epíteto peyorativo, sino como una escuela literaria, y desde esta perspectiva de respeto vindica la producción poética de Baudilio Montoya, afirmando: “Con ostensible coherencia estética y moral siguió siendo romántico y braceando como tal por entre los desajustes y las fisuras de una modernidad que definía ya las avanzadas literarias de América Latina”. Aseveración que permite validar y releer desde otro contexto y con una posición más equitativa la obra producida por un autodidacto, que nació, creció y expresó sus vivencias en una Colombia que aún no iniciaba su tránsito definitivo de lo rural a lo urbano. No aparecen en la obra de Baudilio Montoya —no podrían aparecer sin sonar a impostación, a falsedad, a producción libresca, a ampulosa retórica— las angustias del hombre ciudadano, pero sí una concepción metafísica que le permite acariciar y expresar, desde la realidad vegetal que lo circunda, una relación profunda con el cosmos.

Sin duda alguna su carácter de poeta social, en el doble sentido de la palabra, aquel que participa de la vida cotidiana de un grupo humano y aquel que da sentido a su obra denunciando atropellos y tropelías de los poderosos, es lo que ha hecho perdurar su legado literario en el corazón de sus coterráneos sobre la obra de otros poetas, considerados por los académicos, de mayor proyección nacional. En su comentario sobre

Baudilio, Carlos A. Castrillón agrega: “El magnetismo natural de su persona y la presencia en su obra del sentir conjunto de un pueblo, lo convirtieron en el poeta más popular entre nosotros. Ningún poeta quindiano ha sido tan conocido, admirado y leído, ni sus versos aprendidos por todos como los de Baudilio Montoya”.

En el capítulo “Poemas de la Gleba”, de la Antología del Comité, la voz de Baudilio se alza con su arsenal poético para denunciar el engaño social del mito navideño, se apoya en versos menores que reiteran la nadería de la costurera frente a quienes se lucran de su trabajo y recurre al soneto para realizar en un apunte rápido, que tiene el encanto de los bocetos, la inicua existencia del perro proletario condenado a la limpieza social, símbolo absoluto del desarraigo y la miseria. En «Poema negro» acude al barroquismo para pintar el fausto al que no será invitado el hijo de algún lejano y oculto sacrificio. El poema «Guardián» participa en su esencia de ese sentimiento cuando expresa la tristeza de la pérdida de uno de sus perros por culpa de un magnate engrdeído por el triste poder de su dinero. Y falta en la antología la inclusión de un poema que señala la farsa social de una religión que tiene como mandato la caridad, un poema dedicado a Pacheco el Carbonero, cuyos hijos no tuvieron suficiente dinero para pagar a los clérigos venales los gastos de su entierro.

Baudilio clama por su tierra, por su paisaje, por su gente, por una violencia secular que se ensaña con el más pobre, con ese «José Dolores Naranjo», que también fue símbolo nacional en los grafismos de Hernando Turriago (Chapete) y de Hernán Merino, en un periodo de la historia colombiana, que parece duplicarse en la actualidad con ese horror de los espejos que lamenta Borges. Un tiempo detenido en la barbarie que permite al poeta perpetuar su voz para reclamar por sus pescadores, por sus carboneros, por sus costureras, por los miles y miles de desplazados, campesinos sencillos, sencillos como su campo, de esos que cantan y siembran y que rezan el rosario y a ninguno le hacen mal, porque detestan el daño, hombres buenos que

no saben qué vientos los han arrancado de sus parcelas. Hoy, cien años después de su nacimiento, regresa la voz del poeta para gritar de nuevo la premonición que ahora nos alcanza:

Pero será mañana. Ciego el mundo,
tras vivo paroxismo,
rodará en encendido cataclismo
al vórtice profundo
que ensancha la justicia que demora,
y en el medroso grito de la hora,
confundiendo mezquinos privilegios,
con hórridos afanes
dirá alegre sus bárbaros arpegios
un loco torbellino de huracanes.

La Antología del Comité se preocupó por recuperar de los libros publicados entre 1938 y 1963, lo mejor de su poesía, entendida en términos canónicos. Sin embargo, también hizo circular entre los quindianos centenares de poemas repentistas que ganaron la gloria y el olvido del instante, poemas festivos que ahora no parecen gustarles a acartonados intelectuales y a algunos familiares que quieren preservar la imagen del poeta como vate iluminado y parnasiano. Pero en realidad, a Baudilio le interesaba más la poesía viva porque la entendía como una forma vital de comunicarse con sus amigos, con su gente, con su pueblo. Por eso aún perviven poemas festivos dignos de las mismas alabanzas y reconocimientos que reciben los famosos anatemas del caricalomista cartagenero, Luis Carlos “El Tuerto” López. El caricatógrafo Jairo Peláez (Jarape), quindiano con trayectoria internacional y admirador de Baudilio, ha conservado una de estas joyas festivas. Cuenta que en Montenegro, en uno de los muchos bazares con los cuales se construyeron los templos, hospitales y cuerpos de bomberos del Quindío, se inventaron un reinado de feos. Gilberto Peláez, su tío, a quien llamaban “Paleto”, feo entre los feos, fue el ganador del concurso. En el acto de coronación, entre risas y silbidos licorosos, el poeta Baudilio Montoya leyó este poema, hasta ahora inédito.

Exaltación

A Gilberto Peláez, en su coronación

Nunca pensé, Paleta, que tuvieras
tamaño contenido de feura
ni esa cara terrífica y oscura,
hecha quizá para espantar las fieras.

No fueron en tu ser las primaveras
sino el agravio de la noche dura,
es por eso, Paleta, que en ti apura
el agüero sus cábalas severas.

No hay otro mal que como el tuyo duela,
no morirás de tifo ni viruela
ni sabrás el dolor de Prometeo

porque tú, mi simpático esqueleto,
mi candidato, mi sin par Paleta,
alguna vez te morirás de feo.

Mayo 18 de 1942.

¿Nos avergüenzan los poemas lúdicos, repentistas, jocosos de nuestro poeta? ¿No fue el celebrado Quevedo y Villegas un caricalomista de versos humorísticos y verdaderamente escatológicos?

La condición ambivalente de amor y vergüenza ante lo que somos explica que celebremos con júbilo en la parroquia las bondades de nuestro poeta, pero que las instituciones culturales del Quindío no se hayan unido para conmemorar nacionalmente una fecha tan importante como el centenario de su nacimiento.

El 26 de mayo de 2003, fecha exacta para la conmemoración del centenario del nacimiento, se realizaba en Bogotá la Feria Internacional del Libro, el escenario más importante de las

letras en Latinoamérica, con la presencia de escritores como Susan Sontag, Mario Vargas Llosa, William Ospina, Jesús Martín Barbero, entre otros de talla continental, y miles y miles de visitantes interesados en el aprendizaje y la cultura; escenario propicio para revitalizar la presencia de Baudilio Montoya en el panorama literario nacional y promover su obra internacionalmente; y sin embargo, no hubo ni el menor gesto del Departamento del Quindío con este poeta que nos puede representar, sin complejos, en el universo literario de los pueblos y las naciones. El Quindío desaprovechó la mejor oportunidad y el más apropiado de los escenarios culturales para tributarle un merecido homenaje a Baudilio, acompañado de una serie de conferencias y expresiones artísticas en el ámbito nacional, tanto para perpetuar su obra como para exaltar y validar en otros contextos la actual producción artística y cultural de este departamento. Un departamento que avanza, con el silencio cómplice de los creadores y gestores culturales, en una oferta agroturística sin un proyecto cultural como correlato, una oferta agroturística sin memoria y sin respeto por sus valores demosóficos, artísticos, arquitectónicos, históricos y sociales.

Por la ambivalencia e incapacidad para valorar y promocionar nuestras más auténticas expresiones, por la falta de sinergia y el individualismo de las instituciones culturales con poder de convocatoria, por nuestra negligencia como gestores culturales —una negligencia que reafirma el poder de los Carrieles y nos convierte en cómplices del arrasamiento de nuestro patrimonio cultural—, Baudilio padece ahora otros cien años de confinamiento regional e inicia otro siglo de olvido y desconocimiento nacional.

Un siglo en el que los propios creadores (poetas, cuentistas, pintores, escultores, ensayistas, músicos, danzarines, investigadores) podremos afirmar, acudiendo a la visión profética de Baudilio Montoya:

•••
Después, la soledad, el campo solo,
las cruces azotadas por el viento.

Ah... si en la realidad de mi jornada,
cuando suceda todo lo que pienso,
desde el gélido lecho de mi tumba
me pudiera reír, como yo quiero.

Sí, señores, el Quindío está en deuda con Baudilio Montoya.

Baudilio Montoya, poeta de la soledad

GONZALO RÍOS OCAMPO^[30]

*Baudilio Montoya es, ante todo, un producto del paisaje.
Del paisaje quindiano, acuarela de pintor embrujado.*

Censurando distancias, la fosca cumbre de Peñasblancas asciende en busca del añil del cielo como la cúpula de alguna catedral diseñada por subterráneos arquitectos. Dintornos de hechizamiento llevan hasta horizontes foráneos una sombra bruja redactada por el sol de las mitologías indianas; la escarpada colina rupestre domina la totalidad del panorama, como el púlpito de los templos; y desde su distancia sabia y reflexiva cuenta a los sucesores del cacique historias de sangre y de amor.

Existe allí, si confiamos en la vieja leyenda, un tesoro desconocido, escondido por el cacique Calarcá a la rapacidad de las tribus limítrofes. Hace algunos años se constituyó por escritura pública una sociedad encaminada a localizar, con taladro y dinamita, el oculto pasillo por donde se llega hasta la sala del milagro. Los accionistas abandonaron más tarde sus labores y no faltó quien señalara como causa de su fracaso una supuesta influencia mágica que custodia desde hace muchos siglos el sueño del tesoro perdido. Escolares temerarios dicen que la entrada de la caverna está guarnecida de murciélagos gigantescos, de serpientes venenosas y de ruidos inexplicables. En compañía de algunos amigos tratamos de organizar en 1946 una expedición hacia la célebre montaña con el fin de retorcer el cuello a la leyenda o de confirmar, con intención

³⁰ [Publicado en *El Siglo*, Bogotá (1950).]

escrituraria, la verdad de la aparente mentira. La excursión no pudo hacerse debido a que las vacaciones escolares finalizaron cuando empezábamos los preparativos: el viaje se aplazó para los asuetos inmediatamente posteriores. Han transcurrido cuatro años y el misterio sigue arrebujado en su poncho de silencio inexpresable.

Sobre este fondo de misterio y de leyenda campea la silueta del lírico caldense. La virtud de su paisaje infundió en su gaita pastoril un dejo de nostalgia arrobadora que sabiduría melancólica trasvasa a sus sonetos, elaborados a la sombra de la vida, bajo los tilos del atardecer. Sus tres libros de versos, *Lotos*, *Canciones al viento* y *Cenizas*, son como una biografía de sus recuerdos, de sus amores, de sus desolaciones. Leamos por ejemplo este soneto elemental:

Remembranza

Novia de ayer, muchacha provinciana,
que en las tardes románticas tenías
una voz y un amor que me decías
desde el marco feliz de tu ventana.

Hoy estás en mis lágrimas lejana,
ausente al fin de las congojas mías,
no puedes ver la sombra de mis días
ni conocer mi pesadumbre, Hermana...

Ya eres una visión remota y grave;
estela clara que dejó la nave
en cuya dulce evocación me pierdo;

te advierto así desde la rota prora,
mientras pasa tu imagen soñadora
por el diáfano azul de mi recuerdo.

Sus amigos no hemos podido saber nunca si esta niña es obra de su fantasía o producto de la realidad. El poeta la nombra en muchos de sus versos y habla de ella como se habla de los

sueños, como se habla de las sombras tristes que deambulan por bosques alunados, vestidas de soledad y de hermosura, y que flotan sobre el silencio como el fulgor de los astros sobre las aguas dormidas. ¿Y quién negará que esta imagen frágil y transparente puede ser el fantasma de un amor antiguo, de una novia de juventud, diluida ya en aire, en perfume o en horizonte evocador?

Baudilio Montoya ha permanecido siempre ajeno a las innovaciones protocolizadas en Colombia por los poetas de las últimas generaciones. Y ajeno también a las influencias exteriores. Al revés, la ha ejercido dentro de numerosos grupos poéticos de la América India; en el Perú, por ejemplo, donde, según afirmaciones de un renombrado crítico colombiano, se escribe poesía al estilo de Baudilio Montoya. Su nombre es conocido y su obra comentada en todos los sitios americanos de habla castellana.

Esta noticia puede parecer exagerada a todo aquel que desconozca la obra de Baudilio, esmaltada por todas las lumbres del espíritu. Desafortunadamente su poesía es poco conocida en Colombia si excluimos un grupo de colombianos que integran la nómina de sus amigos. Pero al poeta le basta la compañía de su paisaje y de sus hijos; el rumor discretísimo del riachuelo que surca sus predios rurales dice más a su corazón que el estruendo de los aplausos. No obstante, ha tenido oportunidad de presentarse ante el público en numerosas ocasiones con éxitos delirantes. Su recital en la Biblioteca Municipal de Manizales convocó en torno suyo a las gentes de Caldas; y en su reciente viaje al Ecuador, todos los grupos intelectuales le rindieron homenajes perdurables.

Una característica personal del poeta es su visible acratismo llevado hasta enojos extremos. Uno de sus sonetos, titulado «Así», quiso terminarlo de la siguiente manera, como para explicar de una vez una actitud poética:

•••
Yo sueño para mí; no me interesa
el convencionalismo de belleza
que pueda darme el preceptivo celo,

estoy como el zorzal en su acomodo,
que cuando canta, lo desdeña todo
por atender la inmensidad del cielo.

Con sus sonetos admirables, sus cantos a la tierra, a la desesperanza y a la muerte, Baudilio Montoya vive reclutando corazones para su aureola triste y perenne. De ahí que sea el poeta popular por antonomasia, el intérprete de los elementales sentimientos y el consuelo de los que callan sus nostalgias de amor. Quien haya atravesado los campos del Quindío en horas crepusculares habrá tenido oportunidad de oír, llegada desde las distancias campesinas, la queja de los tiples con que las gentes del surco visten de música los poemas de Baudilio. Y es que ha logrado llegar hasta el alma de su pueblo como los grandes poetas representativos; y por el camino de lo popular ha penetrado, quizás sin quererlo, hasta las mansiones, hasta el corazón de los poderosos. Hermoso destino el de este hombre que así proyecta hacia el porvenir de la patria su nombre de guitarra y su voz de bandola convaleciente. No sería aventurado afirmar que en Colombia, después de Julio Flórez, no ha aparecido un poeta tan querido de sus gentes como Baudilio Montoya. Con una salvedad incoercible: que su poesía difiere hondamente de la poesía de Flórez porque este fue un poeta “sepulturero y doliente” (como dijera de alguien Ramón del Valle Inclán) y Montoya es el lírico de la raza militante, un traductor de inquietudes ocultas, el campeón del trabajo y de la vida. Walt Whitman y Henry David Thoreau son sus maestros más visibles. Podría afirmarse que ejercen sobre su obra una clandestina maestría aunque el poeta lo ignore de buena fe.

En su último libro, publicado a fines del año pasado, se encuentra la producción última del infatigable artista caldense. Vamos a transcribir, desglosado del libro aludido (*Cenizas*, 1949), uno de sus sonetos:

Dolor

Esta tristeza de seguir viviendo,
este acrecer de la melancolía,
esta amargura de mirar el día
que nunca siente lo que estoy sintiendo.

Este ciego pesar que no comprendo
porque se esconde entre la pena mía,
es el mismo dolor que me decía
la dulce fe que se me está muriendo.

Congoja de sentir; sed infinita
del corazón que encadenado grita
la voz profunda de su ritmo fuerte,

afán de huir de la jornada dura,
y un ansia firme de encontrar la pura
mañana florecida de la Muerte.

En este soneto transparente podemos sorprender un momento espiritual del poeta. La muerte lo acecha agazapada entre la lírica fronda y él la presiente, oye sus pasos desnudos y cautelosos con que suscribe el pergamino oscuro de la tierra. Tampoco ha podido librarse de su influjo porque para el artista la musa de la sombra tiene resplandores inéditos, una belleza de madrugada boreal que lo invita y que lo atrae como la llama en que se borra la acuarela de las mariposas errantes. La Muerte apetece las voces melodiosas porque necesita para sus capitales de silencio un poco de música que la conserve despierta, lista a cobrarse las vidas de plazo vencido.

Leamos otro de sus sonetos que lo identifican como un poeta de la soledad. Se llama «Vida plena»:

Este placer de soledad que siento
en el suave cortijo que me ampara,
pone en mi corazón la ciencia cara
que he de llevar al postrimer momento.

•••
Puedo escuchar, si quiero, el pensamiento
que se me pierde entre la tarde clara,
como que si de pronto lo llamara
alguna voz universal del viento.

Vivo como la luz de mis linderos
atento a los traslúcidos luceros
que me separan del humano dolo,

y así paso, sereno hacia la Muerte,
llevando como escudo de mi suerte
el hondo orgullo de sentirme solo.

He aquí, ligeramente esbozada, la poesía de Baudilio Montoya. Ni petulancia modernista ni fronda parnasiana. Sólo sencillez eterna, amor a lo que sigue siendo bellamente antiguo. Y a las normas que no morirán nunca porque fueron escritas sobre el corazón de los hombres.

Croquis al fondo de un poema de Baudilio Montoya

ALFONSO RODRÍGUEZ^[31]

Porque lo miro en tus pupilas, deja
que yo le diga mi romanza breve;
él está en las blanduras de tu queja
y en las virginidades de tu nieve.

Melodioso estilo el del poeta que lleno de emotividades y sugerencias ve en los ojos de la mujer amada el hijo imposible que ha de nacer quién sabe si con el mismo sino o iluminado quizá por mejores lumbres.

El poeta se idealiza en otros mundos y siente, después de recorrer la estepa triste de su vida, algo como pesares extraños que conviven su tragedia seguidos quién sabe de cuántos desencuentros y remordimientos.

Desde tu voz, alegre las esperas
de la ingenua canción que lo reclama,
es el sueño de muchas primaveras
que palpita en tu ser, como una llama.

Ejemplarísimo poeta, poeta de la montaña que ha sabido cantar, con su lira vivificante y dulcísima, el dolor de la tierra, la fatiga de la brega y la jornada proletaria. Ahora en este poema purísimo en que demuestra la fragilidad del misterio y que por medio de su inspiración escruta el porvenir de su hijo, quiere fundir toda su humanidad y sentimiento en el vientre fecundo de la que ha de ser madre.

³¹ [Publicado en *Campaña* (sin datos, 1938?).]

•••
Vívidos soles de lejanos mundos
para acallar tu maternal reproche,
sus ojos milagrosos y profundos
nunca podrán iluminar mi noche.

Él adivina en su sentido la expresión tal vez melancólica del hijo imposible que quiere que no nazca para evitarle su misma desesperación y para que no lleve, como él, la emotividad de sus versos.

Baudilio Montoya se profundizó en este canto que más bien parece un himno a la mujer que lleva en sus entrañas el fruto de su cariño, y se humanizó como Federico García Lorca en su «Romance de la pena negra».

No le llares, Amada. Que no venga
a la mísera estepa
donde aúllan las culpas en su orgía;
que en tí, y hasta que mueras, se detenga,
para que el hijo de los dos, no sepa
todo el suplicio de la angustia mía.

Bello, emotivo. Este canto tristísimo que trasciende a vida olorosa a calamidades, a tragedias esperadas y a suplicios mayores largamente contenidos en corazones que han sufrido, es uno de los más sentidos que el poeta quindiano ha dado a luz.

En él, el poeta se convierte en pesimista, mira en las pupilas de la mujer que le dio toda su savia y que hace entrega como fruto de su cariño el vientre fecundo en donde acuna al hijo imposible que quiere que no nazca, todas las opacidades de un destino lleno de tragedias, y deja toda aquella vida nueva que él mismo idealizó cuando sus versos llevaron el perfume de una caricia de hembra y que de sus campos robaron la sonata de los maizales mecidos por el viento como abanicos en manos de cortesanas. [...] ³²

Girardot, diciembre 23 de 1938.

³² [La parte final de la copia es ilegible.]

Baudilio Montoya, el rapsoda del Quindío

LINO GIL JARAMILLO^[33]

El quehacer poético es más que todo magia, alquimia, transmutación. No es cosa solamente de colocar palabras una tras otra en renglones de cabos rimados que expresen los avatares adversos o felices del destino del hombre, los eternos temas no por manidos menos vigentes de la vida y la muerte, el placer y el dolor, el goce y la pena, la dádiva del beso o el helado desdén, la esperanza falaz o el cruel olvido, la fantasía, el ensueño, la desilusión —todo aquello que oprime y exprime diariamente el corazón como una araña voluptuosa—, sino de hacerlo en forma tal que se produzca esa extraña fosforescencia de los vocablos que trasluce la belleza del poema, a la manera como la sabia disposición de volúmenes, planos, líneas y colores, determina la armonía del cuadro, o la mágica ordenación de los compases y los instrumentos produce el hechizo de la sonata.

La poesía es magia porque se produce en secretos laboratorios a cuyo influjo las cosas más triviales, los motivos más baladíos, las más sencillas emociones, se transforman en belleza pura y transparente, en prisma que refracta sus rayos hacia el corazón y lo convierte en brasa incandescente. Es flor de alquimia porque su esencia se decanta en filtros misteriosos. Y es transmutación porque los vocablos cambian de significado intrínseco, no tanto por el lugar que les señale la metáfora cuanto por la corriente emocional que conducen a manera de alambres electrizados. Todo lo cual suele llevar al gran poema y determinar al gran poeta.

³³ [Prólogo, en Ocampo Marín, Héctor (Comp.). *Baudilio Montoya: Rapsoda del Quindío*. Armenia: Quingráficas, 1973, pp. 7–12.]

••

Merced a muchas de estas virtudes líricas fue Baudilio Montoya el rapsoda del Quindío por antonomasia. Transubstanció en sus canciones las inquietudes sentimentales de las gentes del agro y la aldea, de los campos y los caminos, por los cuales anduvo de pueblo en pueblo y de mesón en mesón escanciando copas y diciendo versos, cantando y soñando, viviendo y muriendo, como los rapsodas antiguos o los trovadores medievales. De estos tuvo mucho el bohemio de La Bella, no importa que por cerca de medio siglo hubiera permanecido allí, atado como un Cristo sonámbulo al madero de la prosaica actividad pedagógica. La Bella, eglógica vereda calarqueña, fue su residencia en la tierra mientras vivió, y sigue siéndolo para la posteridad, ahora cuando su presencia inmaterial vigila a través de un símbolo el paisaje maravilloso que sirvió de marco a su quehacer poético y recibe la constante adhesión de quienes le conocieron y amaron y admiraron porque su poesía copiaba como el más fiel de los espejos las propias inquietudes del corazón.

El rapsoda del Quindío, hemos dicho sumándonos a un consenso crítico que no queremos romper por simple prurito de originalidad y porque entre quienes sostienen esta opinión hay plumas de tan buena tinta como las de Adel López Gómez, Héctor Ocampo Marín y Héctor Moreno. Adel, por ejemplo, afirma: “Baudilio ha vivido la comarca nativa en forma más total que nadie. Ha sido el poeta a la antigua manera, a quien todas las gentes reconocen por las calles, lo saludan, lo quieren, lo admiran. Él, que ama los rincones y las barridas, que es amigo de los campesinos como que él también lo es real y verdaderamente; que se tutea con los comerciantes y los artesanos y ha sido toda su vida maestro de escuela, sabe que, aparte de ser uno de los buenos poetas de Colombia, es ante todo el poeta del Quindío”.

Así como este cantor de aire rústico y bondad contagiosa, debió de ser Paul Fort, el imponderable lirido de las *Baladas Francesas* que, tocado a la usanza campesina —zuecos burdos, sombrero de anchas alas, morral de peregrino y cayado de

pastor— se echaba año tras año a hacer su cosecha de emociones elementales a través de su entrañable tierra francesa que él amaba en su fecundidad tradicional, en el hechizo cromático de sus paisajes, en el milagro constante del sol que orea los sembrados y acendra el sabor en la uva y la manzana, en los collados de cabeza patriarcal que platea la luna o condecora la estrella, en la alondra que despierta al alba los trigales al cruzar rozándolos con sus alas como en un cuadro de Van Gogh, en el camino solitario, el puente abandonado, la piedra silente, el arroyo trovador.

Sólo que el nuestro no basaba sus rapsodias en relatos guerreros o leyendas heroicas como los homéridas, o en la santa trinidad del Renacimiento —Mujer, Botella, Gloria— como los descendientes de los trovadores provenzales sino en sus propias experiencias íntimas acopiadas en viajes interiores por los territorios del alma, galerías oscurecidas de pasiones o iluminadas de bondades, valles de ensueño o escarpados senderos hacia un azul inaccesible. Y es que Baudilio Montoya pudo decir como Eduardo Castillo: “He corrido tras más de un espejismo / y puse el pie en más de un sendero, / pero / las mayores distancias las recorrí en mí mismo”. Sus viajes más largos fueron por el interior de su ser. Aclaremos de una vez, por lo tanto, que el rapsoda del Quindío no lo fue por haber recorrido sus cafetales en flor, las calles de sus ciudades y aldeas y sus caminos vecinales, ni por haber descrito la majestad de sus montañas, ni por transcribir los conciertos de las aves, ni por copiar con docto pincel las luces vivas del alba o los matices desvaídos del crepúsculo, pues nunca fue un poeta descriptivo, sino por haber sido el traductor emocional de las gentes de su comarca, el cronista de sus reacciones cotidianas, el relator fiel de sus alegrías y congojas.

Sin una amplia cultura literaria, sin rigor autocrítico, siempre emocional y espontáneo, Baudilio Montoya hizo su obra fuera de todo plan, al capricho del tiempo y al influjo de las corrientes romántico-modernistas que influyeron y determinaron a los poetas posteriores a Rubén Darío, en general, y en

particular a los de la llamada Generación del Centenario en Colombia. Por eso se advierte en ella, tanto por lo que respeta a los temas como a la manera de realizarlos, la semejanza ocasional o deliberada con poetas de su tiempo. A título de ejemplo podemos ver cómo sobre los tercetos finales de «Zaidé» (“y hoy pienso, que en mi vida que la nombra / fue tan leve y fugaz, como la sombra / que hace un pájaro en vuelo sobre el agua”), y de «A ti» (“y fue al claror de vívidos reflejos, / cuando te vio mi corazón de lejos / así como a una Tierra Prometida”) se insinúan fugazmente los fantasmas de Eduardo Castillo y Carlos Villafañe. Del mismo modo como el soneto «Un día» nos trae inmediatamente a la memoria el titulado «Mañana», de Luis Alzate Noreña, uno de los poetas que han hablado de la muerte en términos más precisos, patéticos e impresionantes, igual que un grabado de Durero.

No demerita esto, sin embargo, la obra de Baudilio Montoya, ya que las influencias literarias ambientales de cada época, como las modernas contaminaciones atmosféricas, se manifiestan en mayor o menor grado en quienes las reciben, y son contados los que se libran de ellas en forma absoluta. Así ha sido siempre. Ni Goethe ni Shakespeare, auténticos genios creadores de siglos pasados, ni Darío ni Silva, entre muchos, en los tiempos modernos, pudieron evitar su contagio. Sirve, sí, para dar mayor validez al título de rapsoda que le han asignado sus admiradores comarcanos.

Rapsoda, es decir, narrador lírico de hazañas legendarias, musicalizador de temas épicos, y en este caso particular, traductor de las emociones comunes a las gentes de una comarca, sus inefables congojas sentimentales, los tatuajes íntimos que dejaron en el corazón los rasgos de una mujer vista sólo una vez en cualquier puerto o al cruzar por una plaza de aldea, los matices inaprehensibles de un paisaje que deshace a nuestra vista el esfumino del anochecer, la insistencia de un perfume añorante, la música terca que nos atornilla en el asiento del bar al trasladar su saudade a nuestro vaso, todos esos agentes de la desazón cotidiana que conspiran para hacer de nosotros unos

pobres seres sentimentalmente vencidos, derrotados, aniquilados, entes alados que deben confiar sus querellas íntimas al poeta para que las exprese en su idioma inefable.

Baudilio Montoya fue el rapsoda del Quindío, es decir, el vocero de todo un pueblo, y por eso se le recuerda, se le quiere, se le admira. La publicación de su antología poética es como la protocolización de un afecto que a manera de halo circuye su nombre e ilumina su imagen.

Carta a Baudilio Montoya

PLÁCIDO VIDAL^[34]

Diciembre 8 de 1952

Señor Don
Baudilio Montoya
Calarcá

Poeta y amigo:

Hoy que luces sobre tus sienes la corona de la consagración literaria —impuesta emocionadamente por el pueblo que te admira— quiero expresarte mi sincera complacencia por tan merecido y trascendental homenaje. La glorificación recibida, fue expresión unánime de los que estimamos tu labor de artífice de las letras patrias en el Edén luminoso de la Poesía.

Después de que todos manifestaron sus anhelos y devociones por el amigo y poeta del Quindío, y más amplia y cumplidamente de Indo-América, soy yo quien llega hasta ti, en igual acto de reconocimiento y de regocijo manifestado.

Desde el rincón donde medito y lucho silenciosamente por la dignidad de la existencia, al calor del hogar querido y de la queja diaria del enfermo; desde el lugar a donde los acontecimientos huracanados me arrojaron, pude observar y valorar lo que las gentes amigas te aprecian. El brillante apunte, de castizo corte castellano, «Dos coronas», del escritor Darío

³⁴ [Publicado en Armenia (sin datos, diciembre 12 de 1952).]

Lenis Escobar, fue uno, el más feliz ensayo que sobre tu personalidad literaria se haya publicado. El concepto y galanura del estilo calaron hondamente en el ánimo de los que cuidadosamente lo leímos. Fue una estampa fiel del bardo romántico y altivo, que estremece con sus versos y sus prosas cuando inspiradamente mariposea en los jardines del ensueño o nos habla de las desolaciones que lleva a la tierra la violencia de los apocalípticos mensajeros del odio y la crueldad.

Romántico en la concepción artística del verso y en el idealismo de la vida, sin lugar a duda, podríamos decir que del Divino Hugo, del Lord Byron, de Enrique Heine, de Federico Schiller, de Bécquer, de Espronceda y de Don Salvador Díaz Mirón, heredaste la majestad de la forma literaria y la alta inspiración; el gesto libertario ante el dolor de los humildes y oprimidos y por la insania de los modernos esclavistas. Tu romance a «Manuel Antonio Buitrago» y breve estampa de los «Gamines»; tu «Poema negro», «Golfos» y «Gleba», atestiguan el porqué de mi afirmación sobre la brillantez de tus estrofas y rebelde contenido social a través de ellas.

Las irradiaciones cósmicas y fuerzas telúricas, invaden los centros vitales de tu estructura anatómo-fisiológica, poniendo en actividad pensante tu cerebro soñador, en cuyas circunvoluciones el alma se despereza en forma alada, llenando de sonoridades los mundos interiores del espíritu. Cuando cantas, el verso estremecido representa lo inmenso de tus desolaciones, ternuras y admoniciones.

Como Don Antonio Trueba, José Selgas, José Eustasio Rivera y el malagueño Salvador Rueda, diluyes el colorido de tus versos en la paleta multicolor de los paisajes, en un desfile magnífico de imágenes bucólicas. Parece que la geórgica y égloga virgiliana quisieran arrebatarte despiadadamente hacia el clasicismo, alejándote del vívido romanticismo, que felizmente ha orientado lo mejor de tus producciones líricas. La montaña, el ave, la colina, la llanura, la fuente y la enramada, forman parte y todo de lo que emocionadamente describes,

●●

influido del poder biológico—sonoro que del cielo de la vereda florecida de La Bella, saturó el espíritu de la fragancia poética del campo; los ojos claros de las muchachas campesinas; la rusticidad e inocente vida de los labriegos; el rosicler de las mañanas; el crepúsculo de los atardeceres de invierno y primavera; el canto mañanero de los gallos; el mugido de los toros y vacadas en las alquerías; el susurro, como voces quedas, en las enramadas agitadas por los cierzos descendidos de los páramos lejanos; las leyendas sobre trasgos juguetones que, al filo de la medianoche, cabalgan veloces sobre el viento por los caminos veredanos, llenando de pavor las campiñas adormiladas. En los ventorros —los tiples, bandolas y guitarras, en vibrante trilogía—, oíste desgranar los aires y tonadas que evocaban las glorias y saudades de los tiempos idos. Músicas que se adentraron en lo profundo de tu alma, haciéndote fantasear de lo divino, al conjuro de los mimos y requiebres de las muchachas alebrestadas, olorosas como tú a picante resacao, del que hace florecer en el corazón los más difíciles amoríos.

He pensado que cada uno de tus hijos, nacidos en la vereda encantada de La Bella, llevará sobre el átomo simiente de su corazón un álbum de paisajes sentimentales, traídos al influjo de las emociones líricas, sentidas y vividas en ese rincón de ensueño, haciéndote eternamente vivo, a través de las etapas de la vida y de la muerte, del espíritu y de la materia, tu acento poético.

Asomado a la ventana de tu galán prosa, desvivido siempre por el dolor de los humildes de la tierra, perseguidos y oprobados, he podido contemplar cómo te adoleces de los dolores que embargan a los exiliados que huyeron de sus labrantíos, ignominiosamente devorados por el fuego, el plomo y la blasfemia de los hombres—fieras. Tú, como Caballero Calderón en su *Cristo de espaldas*, ensayas extender tus actividades literarias por los caminos de lo social—cristiano universalista; así como en tus tres libros publicados dedicas estrofas, a manera de proclamas líricas, por el dolor de los de abajo. «Manuel Antonio Buitrago» es el personaje que en realidad existe; como

este, hay muchos por todos los rincones de Colombia, de la América de habla castellana, en donde las botas férreas de los dictadores tropicales rompieron los fueros de la dignidad humana. Tus personajes son de carne y hueso; muñecos humanos que se mueven nerviosamente por las veredas de Callelarga y Tres Esquinas, de Puerto Rico y Quebradanegra, La Revancha y Pueblo Tapao, El Paraíso y El Robledal, Ceilán y Betania, el Líbano y Roncesvalles. Conquistadores ayer, de la selva y la manigua, huyen hoy hacia los centros urbanos a morir de nostalgia y miseria. Detrás de ellos quedó la desolación de los pegujales incendiados; quedaron los cadáveres de los inocentes asesinados por las hordas de presidiarios, aventados como tambochas sobre los campos, rebelados contra Dios, la Ley, la Dignidad y la Piedad.

La tierra rezuma la sangre de los labriegos sacrificados; no quiere alimentarse de tanpreciado líquido, que en sí lleva la esencia de la tragedia vindicatoria. El sol la quema, descomponiéndola en sus elementos alquímicos para alimentar con ellos, hemáticamente, las tempestades del futuro.

[...] ³⁵

fugio de campo, a llevarte un sencillo manojito de lotos. Desde entonces, han pasado sobre el calendario ocho años fugaces. Cada uno de nosotros quisimos expresarte nuestra admiración y afecto, frente a un micrófono ficticio, improvisado por el entusiasmo de aquella noche sin sobresalto ni tribulaciones. ¿Recuerdas que con ágape servido sobre hojas de congo, embalsamadas aún por los perfumes del monte, terminamos aquella jornada de fraterno cariño hacia el poeta y amigo? Piensa cuál pudo ser la emoción que embargó mi espíritu cuando Julio Alfonso Cáceres, cantor de las insurgencias e imágenes luminosas, colocó sobre tus sienes la corona de laurel que nuestro afecto desde años anteriores había tejido al calor de las más grandes devociones.

³⁵ [La copia está incompleta.]

••

Tu misión de poeta de América apenas ha empezado. Desaparecido Ricardo Nieto, el ave canora del Valle del Cauca, el más puro de los seguidores de Amado Nervo; descorazonado Carlos Villafañe, para seguir tañendo la lira que otrora emocionadamente pusiera en vibración, corresponde a ti, fiel intérprete de la ensoñación romántica, proseguir sobre la ruta de la inspiración. De cuando en vez serás Don Alonso Quijano, El Bueno, que cabalgando sobre el rocín de la esperanza por los desolados caminos de la vida, encontrarás malandrines y villanos que tratarán de irrespetar tu figura de andante caballero.

Así irás por tu camino:

En las bohemias noches escanciarás las copas de vinos generosos, que harán tu mente pródiga. Asido suavemente del brazo de Minerva, de Erato y de Polimnia, irás buscando inquieto olímpicas mansiones, en donde serenamente tu Amada poesía te espera con anhelo para colmar tus ansias de ritmos y canciones; para iniciar el rito, en las grutas de Castalia, con los aedas mustios y genios de rútilas imágenes.

Allá estarás con Shakespeare, con Goethe y con Leopardi, con el séquito de los iluminados en la confusa fiesta de todas las edades del verso, del pincel, del pentagrama, del cincel y de la prosa. Allá estarás con Hugo y Espronceda; con Esteban Echeverría y José Mármol; con Díaz Mirón y Altamirano; con Rafael María de Mendive y Pedro Santacilia, en lucha abierta por la Libertad. En las barricadas de París; en los rincones de Extremadura y calles de Madrid; en brava lidia contra los mazorqueros del tirano Rosas; en los cañaduzales y estancias de Camagüey, Pinar del Río y La Habana, como alones de insurgenencia contra el dominio español; desde Yucatán a Chihuahua, desde Veracruz a Guerrero, en gesta heroica ora contra Maximiliano de Austria el invasor, ora contra el General Díaz del Anáhuac, tormentoso y libertario.

Fraternalmente, el amigo de siempre.

Vigencia de Baudilio Montoya

CARLOS A. CASTRILLÓN^[36]

No es difícil hablar hoy de un hombre que consideraba como su mayor satisfacción el haber dedicado 40 años de vida a la labor docente en su escuela rural. Si es verdad que cada poeta crea sus lectores y que la crítica literaria es un acto de amor, una aproximación a la obra de Baudilio Montoya sólo debería estar sustentada en la levedad y en la intuición, pues levedad en la imagen e intuición metafísica son, en mi opinión, el fundamento de sus versos.

Este poeta, casi bohemio, casi autodidacta, ausente de la academia y de la persecución de la gloria, estuvo siempre ligado a la tierra, al solar, a los anhelos de la gente que lo rodeaba con admiración y que lo consideró con razón “El Poeta del Quindío”. Ningún poeta quindiano ha sido tan conocido, admirado y leído, ni sus versos aprendidos por todos como los de Baudilio Montoya.

Y es que Baudilio Montoya fue el poeta de todos. Noel Estrada recuerda que para sus contemporáneos era un poeta magnético: “Ninguna malquerencia gravitaba en torno a su personalidad ni a su obra. Fue un aglutinante, un imán, por la condición humana y atrayente de su obra”. Por su parte, Alirio Gallego lo describió como un hombre “humilde en su talante aunque enhiesto en su quehacer literario, vivió, trabajó y se ocultó a la

³⁶ [“Dominical” de *La República*, Bogotá, mayo 9 de 1993, p. 5. Leído en el homenaje a Baudilio Montoya, 28 de abril de 1993, V Feria Internacional del Libro, Bogotá.]

•••
percepción de sus semejantes en este idílico lugar denominado La Bella”³⁷.

Baudilio Montoya fue el primer poeta del Quindío que supo configurar un público lector, de tal modo que su obra aún prevalece por sobre las nuevas tendencias. La conciencia colectiva reconoce en él a un poeta que interpretó la voz plural, al mismo tiempo que buscaba en el romanticismo la universalidad que diera sustento a su oficio de poeta dentro de una tradición más vasta. Una prueba de ello es la icasticidad de sus imágenes, construidas al margen de la retórica y el retruécano, y la intuición metafísica que se expresa con hondura, especialmente en sus sonetos:

Cromo

Con gráciles encajes, el verano
exorna las vertientes campesinas,
y un torrente de luces vespertinas
dispersa sus granates en el llano.

Suena su ruego el esquilón lejano
en la tristeza de la Ermita en ruinas,
y silbando tonadas peregrinas
pasa tras su carreta el rusticano.

En el abismo, rutilante broche,
la estrella anunciadora de la noche
fulge sobre los vagos panoramas;

y cuando el sueño de la tarde crece,
el crepúsculo agónico, parece
una opulenta catedral en llamas.

Hace 40 años, cuando Baudilio Montoya publicaba su último libro, *Murales del recuerdo*, la poesía colombiana había dado ya vuelcos radicales en su concepción de una realidad

³⁷ Gallego Valencia, Alirio (1986). *Huellas en la historia*. Armenia: Editorial Cosmográfica, p. 157.

cambiante; pero el maestro de Calarcá seguía fiel a la tradición del poeta unido a su entorno cristalizado por unos lazos que se extendían más allá del simple afán de deslumbrar. Fue esto lo que lo hizo inmortal en la memoria de sus coterráneos, que repetían —y repiten— sus versos con la pasión sincera que sólo puede surgir de una identificación plena. Como afirma Jaime Mejía Duque en el mejor estudio que se ha hecho sobre la obra de Baudilio, “con ostensible coherencia estética y moral siguió siendo romántico y braceando como tal por entre los desajustes y las fisuras de una modernidad que definía ya las avanzadas literarias de América Latina”³⁸.

Baudilio Montoya ha sido ubicado por la crítica dentro de la generación de poetas de provincia que retomaron la tradición romántica y modernista, ya abandonada para entonces por los escritores nuevos. Sin embargo, ese “romanticismo tardío” que permea su visión del mundo no anula el valor de su obra si se tiene en cuenta que él escribió siempre con un amor sincero por su pueblo y sus tradiciones, recreando el paisaje y los afectos del hombre de la comarca. Estuvo siempre alejado de la retórica ancestral y de la palabra ampulosa que cultivaron muchos de sus contemporáneos, y prefirió la búsqueda individual a partir de la mezcla particular de su lírica con acentos épicos y populares. Héctor Ocampo Marín señala en la poesía de Baudilio Montoya la dignidad y la sencillez. La palabra espontánea, sin florituras; sólo la palabra que fluye desde la voz inspirada en el conocimiento profundo y auténtico que nace del diario trato con la gente del común y del continuo admirar del paisaje, a lo cual se dedicó con fidelidad virgiliana. Por eso pudo afirmar de sí mismo en «Altivez»:

De nadie he recogido ni el porte ni la altura
que afirman para el tiempo mi lírico blasón,
como logré la norma de exquisitez segura,
estoy distante siempre de toda tradición.

³⁸ Mejía Duque, Jaime (1992). “Semblanza poética de Baudilio Montoya”. En *Baudilio Montoya, Antología poética*. Bogotá: Editorial Tiempo Presente, p. 4.

•••
Si por razón de estética mi vida ha sido pura,
y entre hijosdalgos digo mi fiel admonición,
también en el peligro de trágica locura
yo puedo con la Muerte jugar el corazón.

Porque gasté las horas siguiendo la armonía,
alguna voz extraña que me recuerde un día
exaltará la entrega que a la belleza di;

mas hoy que con la humana falacia no convengo,
bien puedo ser altivo, porque en la sangre tengo
el señorial orgullo de parecerme a mí.

Baudilio cantó a los sentimientos concretos, no a las vivencias abstractas. Sus versos son para el corazón sin complejidades, no para el intelecto que mira y compara en intrincada red de referencias librescas.

Estas canciones

Estas canciones que le doy al viento
y que fueron en mí cosa imprecisa,
ahora son un puñado de ceniza
clausurando mi ardiente pensamiento.

Como ya nunca del triunfal conuento
tendré la fútil voz que sublimiza,
sólo me importa proseguir a prisa
para llegar al último momento.

Porque nada me afana ni me mueve,
porque está lleno el corazón de nieve
en estos cantos mi sentir resumo;

ya sé que en la jornada transitoria
todo es humo y dolor, humo la Gloria
y la vida también, un poco de humo.

El solar es el espacio de sus versos, el ámbito de los recuerdos que alegran el dolor, el lugar de la cotidianidad. Es el rojo del crepúsculo, el campesino con su carreta, la mujer en su diaria

labor, las estrellas que apenas se asoman y el sol como una “opulenta catedral en llamas”. Pero es también el anochecer, no sólo como el último aliento cromático del sol, sino como la puerta de entrada a los misterios nocturnos. Es el árbol que crece con la savia de los muertos, desde el cual el alma puede asomarse de nuevo al mundo. Son las cosas en las que se hace perenne la memoria de los muertos. Es, como lo afirmaba antes, la intuición metafísica que ve la armonía del cosmos repitiéndose en la flor y en la semilla. Baudilio Montoya arropaba con su fervor lírico las más prosaicas visiones del trabajo y del transcurrir de la vida parroquial.

Si la sinceridad y la fidelidad pueden considerarse todavía virtudes en el trabajo poético, pocos poetas del Viejo Caldas son tan virtuosos como Baudilio Montoya. Las formas de la lírica del tardío romanticismo, que abarca casi toda nuestra tradición poética, fueron en sus manos apenas el pretexto para convertir en canto las voces de los campesinos, de los obreros, las voces elementales de los hombres elementales, las voces viejas y cansadas que entienden la poesía no como forma pura sino como alimento diario.

No vaciló en dar cabida en su obra a los temas populares, quizás porque intuía que en poesía la pureza es falso brillo y mortal asepsia. Y fue profundo con la naturalidad que es común a los poetas, quizás porque sabía que la profundidad no se alcanza cuando uno se propone ser profundo.

Fue el poeta de nuestro pasado, el definidor de las mezquindades de nuestras pequeñas glorias, el que nos salvó de la mitología espuria de castas y blasones, el que no nos dejó himnos inútiles y vergonzosos. Sólo dejó su voz y sus versos. Por eso, como lo define Jaime Mejía Duque, sus gentes lo hubieran amado del mismo modo aunque no hubiese escrito poemas.

Palabras Iniciales

JULIO ALFONSO CÁCERES^[39]

Extraídos de fecundas canteras de emoción y tragedia, Baudilio Montoya, un poeta espontáneo de atormentado corazón de arpa, ha cautivado en el reducido perímetro de este libro cuyo nombre me hace pensar en un Nilo triste atardecido de palmas lisonjeras, la mayor parte de su obra poética, la cual ha encuadrado caprichosamente, según la manufactura de la arcilla musical, en cuatro estremecidos panoramas de angustia.

La Belleza sin mancillas de la voz en trance de alumbramientos cósmicos, se acuna voluptuosamente en las páginas de este libro que tiene sabor de amargas rutas distantes y de besos abruptos como la vida de un pirata. No es esta la obra depilada y muellemente femenina de ciertos amañados porta-liras que al amparo de ricas bibliotecas han amasado el estilo como si se tratara de una crema facial para el uso exclusivo de musas aristocráticas. Este libro es más bien un inspirado aquelarre de brebajes sonoros, destilados en audaces alambiques de pena, frente a la viñeta acogedora de la Naturaleza grávida de ofrendas y al dolor sin esquinas de los que prematuramente supieron la salobre alegría de las lágrimas.

Y es que Baudilio Montoya, catador de las aguas millonarias del ensueño hecho martirio desde que su alma, en desnudeces de asfódelo hambriento de rocío, se nutrió de absconditos arpegios al roce fortuito de las alas del canto, ha logrado, esquivando circunflejas peripecias idiomáticas, construir una poesía

³⁹ [Prólogo, en *Lotos* (1938). Cali: Editorial América, pp. VII-X.]

delicadamente nueva en el sentido emotivo de las sugerencias, sin necesidad de inmolar a la perfección de las imágenes la camisa ferrada de la métrica que tan desdeñosamente latigara Darío. Su verso es cálido vaso de porcelanas exquisitas repleto hasta el borde de viejos vinos policromos. Cuando canta a la tierra, el paisaje es apenas un trampolín sobre el cual salta la imaginación del aeda, impregnando el recinto de la estrofa con todos los perfumes de sus íntimos tedios. Él ha puesto como divisa en la elaboración de sus líricos camafeos, aquella sentida expresión de Federico Amiel: el paisaje es un estado del alma. Y es verdaderamente del influjo directo de sus colores espirituales que toman tintes extraños sus visiones terrígenas.

En la primera etapa de este libro, el poeta nos sitúa en armónica camaradería con su fe anhelante de Belleza suprema, frente al dolor vertical del horizonte alinderado de melancólicas espigas que aprendieron la perfecta filosofía del arrullo en los regazos ingenuos del crepúsculo, donde el viento acaricia con leves manos de ausencia la esperada fertilidad de las cosechas. Demoran allí sus congojas las cascadas aborígenes, que van musitando cristalinas endechas por entre el verde corazón de los plantíos promisorios. Llegan al corazón estrofas castigadas de una lasitud tan indulgente, que el sueño se retuerce en las pupilas en tediosas espirales de nostalgia, alargándose hacia la hora lujuriosa en que las aspas biliosas del sol decapitan la canción de las alondras y el invisible temor del hastío y de la muerte va fluyendo como un vaho cordial de encantamiento.

Baudilio, poeta que fue desde sus años iniciales en humano tránsito por los caminos sin retórica de la adversidad, sabe muy bien de todas las querellas ingénitas de la Naturaleza, que, como el hombre, recata pesares hondos que sólo se flotanizan cuando la vida nos emplaza sobre la desnuda colina de la sinceridad.

Por un extraño poder de asimilación con todo lo creado, el poeta, ese ser universal que dijo Schopenhauer, no precisa de ingentes esfuerzos para compaginar en el subconsciente

••

la emoción de las cosas con el temblor abstracto que retoza en su inspiración. Y es por efectos de esa fraternidad anímica que, cuando seguimos tras la estela cadenciosa de un verso de Baudilio, enrutamos el alma en pos de un anhelo apenas presentido y cuya realización definitiva es una brega que toca a los sentidos.

Y así, con la misma impalpable volubilidad con que nos trasladamos de los espejos claros de la risa a las turbias cisternas del llanto, dejando atrás el paisaje atormentado de bucólicas reminiscencias, se arriba, en la goleta de este libro, a un diferente plano emotivo.

Aquí se asiste a una vaporosa orgía de trémulos ruegos, de infinitos cansancios, esbozada sobre luctuosos cromos de duda y resignadas esperas del término fatal. En este trance aciago, el poeta evoca la ternura de las mujeres largo tiempo requeridas en férvidos afectos, las noches bohemias gozadas al amparo del alma vagabunda del viejo Verlaine, llegando al fin por quebradas rutas de desesperación y de olvido hasta el recinto medroso del divino Padre Satán.

Sin embargo, todo este recorrido sentimental lo ha realizado el poeta con los ojos clavados en su dolor y en sus panoramas íntimos. La tragedia colectiva del pueblo, no asoma por ninguna de las claraboyas de este manojo de sonetos. Mas al final, en la parte señalada con el nombre de “Cantos”, Baudilio se aparta de su iluminado recental opulento de fantasías y entonces, rota la cuerda azul de su ilusión urgida de románticos sonos, nos regala con la beligerante sinfonía de algunos poemas esculpidos con agresivos cinceles de llamas sobre la carne cotizada de una clase que se alarga con rencorosa sumisión sobre las maceradas paralelas del hambre. Aquí, desposeída la voz colérica de todo arreo de ornamental melancolía, el canto adquiere la seguridad de un martillazo en la noche. Los perfiles estilizados de las Amadas núbiles, el frívolo inventario de las caricias febriles y el lamento nocturno de las cuitas galantes, se licúan ante el avance arrollador del hijo paria que aprendió

en las famélicas aulas del abandono la redentora sabiduría de la venganza.

«Mendiga», «Poema negro», «Visión heroica de España», «Canto para el Indio», son jirones de púrpura agitados al viento loco de la insurrección e izados en la desafiadora rectitud de un puño proletario. Para mí tengo que la parte de este libro más a tono con la tensión social de la época, es aquella donde la serenata de los besos de la mujer esperada, es sustituida por el *allegro* intermitente de las bocas de los fusiles que dibujan sobre el espacio altanero de la lucha los gobelinos sangrientos de la revolución.

Baudilio, poeta salido de la entraña mártir y corajuda del pueblo, no podía quemar toda su mirra poética en alegóricos pebeteros burgueses, mientras la carne de una clase se pudre como un huérfano fruto sobre la mestiza geografía del planeta. Él tenía que ser el Sacha legendario de corazón puro y de resoluciones violentas que alzara en la grúa armoniosa de su verso el dolor de los hijos sin prosapia.

Y así, mezcla de ese arte realístico preconizado por Altamira, y de ese arte de masas teorizado admirablemente por Plejanov, nació el estilo de barricada de este poeta de la montaña como lo apellidó un día un esclarecido agitador de vanguardia.

Réstame ahora solamente, ya para finar mi esquemática odisea interpretativa a través de este libro, mitad breviarío, mitad proclama, prender sobre las carteleras de los cuatro puntos cardinales este *affiche* de revelatoria verdad: Baudilio Montoya es un poeta que abandonó los confortables latifundios del ensueño para situarse en esencia de poema sobre los engranajes vertiginosos de la época actual.

Manizales, MCMXXXVIII.

El paisaje, el poeta y el hombre (Baudilio Montoya)

ANTONIO CARDONA JARAMILLO^[40]

La tierra

El Quindío es una comarca numerosa en promesas y multiplicada en horizontes. Abundosa en temas originales, parece que hubiese derramado en ella el cosmos de sus misterios eternos. Sus montañas empinadas, parecen un intermediario del contacto entre la tierra y el cielo.

Allá, en lo más agrio del faldón andino, como poeta solitario, un estremecimiento ejemplar de greda humana aprisionado en fuertes trabazones de robles, recoge el parpadeo de frías estrellas.

Sus ríos, de aguas azuladas con entrañas de oro, corren como una *Kodak* ambulante, mostrándonos en su fondo amarillo y arena, vaciado el firmamento; su paisaje, de suaves tintes, parece una cromotilografía aferrada con vida a la mañana y envuelta con orgullo en los crepúsculos; sus prados, finos y verdes como esmeraldas enjoyadas, son alimento de las vacadas sencillas que del pensador no conocen sino las meditaciones profundas; sus mujeres, prolongación de esas saleras de Andalucía, son un salmo de garbo y de belleza. Quien caiga en sus ojos o en sus bocas, apreciará de cerca el arrobamiento del pecado y del abismo.

⁴⁰ [Sin datos de publicación. El texto aparece fechado en Calarcá, 11 de noviembre de 1934?]

El hombre

Pero algo más sustantivo y fuerte que la montaña, el río, el paisaje, el prado y las mujeres, es el hombre, el poeta de “Los sonetos amargos”, que canta su tristeza terrena en versos saturados de dolor y de angustia, como si el profeta del Eclesiastés rasguñara su alma sensitiva y buena. Dejémoslo explicar su pesadumbre:

Lívida sombra que a ninguno aterra,
voy por los arenales de la tierra
que el gran dolor inexorable asiste,

llevando ante la humana indiferencia,
como única razón de mi existencia
este bello pecado de ser triste.

Indudablemente es Baudilio Montoya el único poeta de forma y de fondo de estas crenchas quindianas. Por extraña coincidencia, su vida es una copia de la de Gabriel y Galán antes de su triunfo decisivo. Maestro rural, arranca de la acuarela múltiple de su imaginación motivos grandiosos en su pasmosa sencillez; allá por las tardes, en el local rural, en un salón asfixiado, apretujados sus discípulos montañeros, les recita sus versos de amor y de muerte. No se han hecho para él las salas rumbosas vestidas con productos de oriente ni las urbes fastuosas. Ama el monte y lo confiesa con ingenuidad de inocente:

Nadie sabe este encanto de vagar por el monte
sin sufrir la tortura del brumoso horizonte
ni el empeño siniestro de fatales congojas,

y correr como un genio por floridos atajos,
inquietando los nidos, dislocando los gajos,
abrazando los troncos y besando las hojas.

Encontramos en los versos del poeta una estructuración fuerte y maciza, propia para fundir poemas bucólicos, que arranquen con sus frases embadurnadas de amargura, como puñales

••

trágicos, la vida de todos los pastores. Quizá tengan algunas de sus producciones, no todas, un poco de romanticismo, perjudicial en esta avanzada poética del siglo. En nuestro concepto, dos cosas esencialísimas faltan a nuestro poeta quindiano: leer y viajar. Y no es que queramos con este aserto aseverar que nunca ha leído. No. Lo ha hecho y tal vez en demasía. Pero ha llegado la hora de abandonar definitivamente esos libros enmelotados y gritones de la escuela del nacido en Besanzón. Hay que saborear páginas fuertes como raíces vegetales, que tengan todo el encanto de una ola: murmuradoras y agresivas, que venzan la orilla con fuerza natural y violenta. *El Tiempo*, periódico editado en la capital sabanera, se ocupó en su primera página con dos notas irónicas de la personalidad emotiva de nuestro cantante terrígeno. Fue una aventura de los señores periodistas y no literatos, que ya quieren hasta centralizar el caudal de la inspiración colombianista, olvidando que en la rivera derecha del río de La Magdalena, en la parte occidentalista, tenemos los más auténticos valores de la generación representada en el autor de «Catay» y Antonio Llanos. Parece escrito para ellos el soneto de nuestro bardo:

Soy un cantor errante que en mi éxodo no siento
los dardos que me arroja la turba de impotentes;
yo paso con tiorva tañendo ante las gentes
desafiador y solo como a través de un cuento.

Y le hace falta viajar. Conocer otros paisajes, meterse por la multiplicidad de nuevos horizontes. Tocar puertos extraños, acariciar mujeres hermosas como frases pulidas, ver rostros de hombres marinos con todas las tempestades del mar derramadas en las arrugas de sus caras, imbuirse en el alma loca de una rumba cubana, mientras una ñañaiga de dientes perlados quiebre sus morbideces en un pedazo tostado de arena. Pisar costas azules, visitar suburbios, hermanarse con todos aquellos que en la oscuridad de una taberna aplacan con líquidos morenos el dolor de vivir, y entonces exclamar airoso, como un lienzo mecido en el simún:

Y pues nada me resta, y todo ha sido,
por esta sed de venturoso olvido,
apágame, Señor, cuando tú quieras.

Una verdadera sorpresa en la lírica colombiana irá a ser la obra de Baudilio Montoya cuando sea un poco difundida, pues aunque mal prosista es un insuperable poeta que adjetiviza con propiedad, arrancando a las canteras de Apolo todo cuanto ellas tienen de básico y eterno. Como respaldo están sus sonetos «La Conquista», «Esta noche soy malo», «Yo soy de luz», «Errante», «Satán» y «Oración a Verlaine». No se equivocó el hombre trashumante de «La canción de la vida profunda» cuando afirmó al conocer algunos de los productos líricos de Baudilio Montoya: “en esa testa picada de calvicie, se mece un volcán arrollador”.

Baudilio Montoya es el más claro timbre orgulloso de esta comarca de oro, por su “Flauta de cristal” se aparecen las excelencias de una raza que lleva en “súplica unas manos que no aprendieron a matar”.

El subtítulo de este apunte crítico, bien podría ser “Verdades biográficas sintéticas de la juventud del Quindío”.

Breve sobre Baudilio Montoya. El último rapsoda

HÉCTOR OCAMPO MARÍN^[41]

*En el Quindío que escuchó tus ruegos,
pronunciarán tu nombre los labriegos
como una elemental jaculatoria.*

Oscar Piedrahíta

El viejo Baudilio Montoya es el poeta por antonomasia de Calarcá, del Quindío y de Caldas. Su voz personalísima por su ingenua identificación finisecular, se ha impuesto entre sus gentes y se escucha con trémula parsimonia en los certámenes cívicos, en los onomásticos, esponsales e inhumaciones y en las grandes horas de sus amigos y de su pueblo.

El romance elegíaco a las cosas elementales de la existencia aldeana, la canción vernácula elaborada con sencillos materiales idiomáticos, la balada ocasional y el poema amasado con simples levaduras de sentimentalidad y de filosofía de la angustia, constituyen el itinerario de la obra de este poeta bohemio y romántico llegado tardíamente con el siglo para cumplir un conmovedor peregrinaje de lirismo cogitabundo con genuino sabor popular, sin originalidades fulmíneas, ni gazonerías retóricas, pero sincero y persuasivo.

En medio de un mundo extraño y desdeñoso para las lágrimas, el poeta ha sabido mantener erguida su doliente torre de piedra sentimental y destaca desde allí su canto doloroso y vegetal con

⁴¹ [“Magazine Dominical”, *El Espectador*, Bogotá, septiembre 26 de 1965, p. 7E.]

rumores de cencerro lejano, perfumes rurales y primitivamente sensiblero como una limpia canción de la gleba clamorosa.

Canta en sus versos cordiales motivaciones domésticas, los trasuntos familiares y con persistencia enfermiza a la noche caliginosa, a la soledad neurótica y a la muerte y transmutación de los seres y de las cosas. Para el reposo final, el poeta reclama el sosegado silencio del árbol tutelar:

Dame un árbol, Amada, cuando muera,
que me acompañe en mi reposo eterno.

Un sauce fiel que se levante grave
señalando la paz de mi silencio.

Quiero verlo avanzar desde mi sombra,
lo quiero contemplar desde mi sueño.

Un día, sus raíces, blandamente,
hundiéndose en el suelo,
horadarán el cedro de mi caja
buscando las cenizas de mis huesos.

Para el fin trágico del lebrél amigo, tiene el canto de las altas ternuras:

Ayer cuando la tarde comenzaba
a teñir el silencio de los cerros,
un magnate engreído
por el triste poder de su dinero,
con la violencia de su carro airoso
salvajemente me mató mi perro.
[...]

Conteniendo el dolor que me causaba
el brutal atropello,
abrí una fosa en mi jardín añoso
cerca a la sombra del rosal más viejo,
y lo enterré yo mismo con mis manos,
—yo fui el sepulturero—
cubriéndolo con tierra, suavemente,
como con un piadoso terciopelo.

••

En los días largos y oscuros de la cruel violencia que conmovió su fiel comarca quindiana, el poeta fue el grito melodioso y la voz persistente en medio de la angustia colectiva:

Los campos que otra vez se parecían
a jardines de ensueño,
florecidos de rosas y de lirios,
llenos de frutecidos naranjeros,
hoy son planos signados por la sombra,
callados cementerios
en donde ahora ni decir se puede
el suspirado nombre de los muertos.

«Nada»

Ah, caminos de mi tierra,
caminos hoy sin amparo,
caminos ayer tan buenos
pero ahora tan amargos,
caminos que yo viví
y por los que estoy llorando,
en donde tantos caerán
al empezar el ocaso,
como cayó sin saberlo
José Dolores Naranjo.

«José Dolores Naranjo»

En el poema «Del éxodo» el bardo una vez más, enuncia los motivos simples de su inspiración primitiva, y hace de sí un breve y fiel autorretrato:

Yo fui un poeta, canté a las rosas
y a las gozosas
flores que se abren en el alcor,
canté a los montes, canté al aprisco,
y fui sencillo como Francisco
oyendo el trino de un ruiseñor.

En el poema «Desencanto» se retrotrae a la reminiscencia porfiriana y con Julio Flórez logra la confirmación angustiosa de que “todo nos llega tarde, hasta la muerte”. El poema, dice:

Ya sé todas las ciencias que fecundan hastío,
y en la noche sin alba del espíritu mío
el dolor de la clave filosófica sé;
estoy lleno de ritmos y de pródigos sonos,
la visión de la Muerte maduró mis canciones;
pero ya para qué.

Te esperaba hace mucho, con mi cántiga lenta,
por el agrio camino de la estepa sangrienta
te busqué... te busqué...
hoy te acercas sonriente con los brazos abiertos
a llenar de sonrisas mis jardines desiertos;
pero ya para qué.

No has venido, Enlutada. He lanzado mi grito
porque el signo luctuoso del arcano infinito
tu silencio me dé;
sé que al hosco recinto que en su sombra me arredra,
llegarás una tarde con tu alfanje de piedra;
pero ya para qué.

Baudilio Montoya como todo poeta de pura identificación romántica, se siente solitario en mitad del universo y destaca con insistencia el presentimiento de la muerte, en el cual presentimiento ningún poeta, desde luego, se ha equivocado todavía. La inminencia de la destrucción corpórea tiene una clara resonancia y tenaz persistencia en toda su poemática de la juventud, la madurez y la senilidad:

Ya estoy en la colina silenciosa
de la serenidad; sin un reparo
para el último viaje me preparo
como para una fiesta esplendorosa.

«Plenitud»

Sopla sobre mi ser un aire yerto
y en la ruinosa torre de mi vida
hay como una campana adolorida
que no se cansa de tocar a muerto.

«Ahora»

•••
[...] este grito sin nombre que me afana,
este pesar inmenso que comienza
en el alma, en la carne, en el recuerdo,
en lo poco que queda
ya para mí, me dicen con sus voces
que la noche sin alba ya está cerca,
que están agonizando los rosales
que vio el ensueño embellecer las eras,
y que van a morir las alondras,
—las cordiales alondras mañaneras—
que en los viejos almendros
no quieren ya cantar porque están ciegas.

Y yo quiero mirar todas las cosas
que celebró el embrujo de mis cuerdas,
cantar el monte azul, donde en la tarde
se asienta el trono de oro de la estrella
que dirige a los nautas extraviados
entre los tumbos de la mar soberbia,
el camino lejano que se borra
entre el velo de brumas de la sierra,
y las aguas humildes que no imploran,
y el rumor vespéral de la colmena,
los lirios que agonizan sobre el tallo,
los troncos viejos y las hojas secas.

[...] Todo eso habrá de ser antes del viaje
al lejano país de adormideras
que tiene barcas rotas enclavadas
en la entraña fatal de las arenas,
todo esto habrá de ser, por el sentido
que creyó alguna vez la vida buena,
mientras se van muriendo mis alondras
que no cantarán más porque están ciegas.
«Presentimiento»

En Baudilio Montoya hay, además, un fino y clandestino humorista. Muchas estrofas impregnadas de espíritu risueño ha dejado esparcidas con distintos seudónimos en revistas y publicaciones regionales. Hace humor fácil y de buena ley sobre las personas y las cosas localistas, sin prevenciones, ni

intención trascendental. Se ha cuidado mucho de establecer públicamente una peligrosa antinomia entre su frondosa poesía sentimental y las estrofas jocosas que cotidianamente salen de su pluma siempre generosa y gratuita.

Ha escrito, así mismo, una serie de poemas con marcada intención social como el «Poema negro» y la «Querella de Navidad», tal vez los más populares y conocidos de su obra y que en muchas partes de América han sido recogidos en antologías con pueril destinación político-revolucionaria. En el «Poema negro» canta el pavoroso destino de los desheredados:

Guñapo de esa oscura caterva de infelices
que ordena en escuadrones famélicos la tisis,
apenas es un punto del miserable enjambre
que surte a todas horas la gran legión del hambre.

Y en la «Querella de Navidad», increpa finalmente al viejo Noel por su conducta discriminatoria con los niños del mundo:

Noel: Tú nunca fuiste
a la casita mía
a suavizar las íntimas esperas
de mi lejana Navidad tan triste,
sólo porque mi casa no tenía
finos damascos ni bombillas rojas,
y aunque sumiso a la materna idea
te esperaba con púdicos recatos,
al pié de la hogareña chimenea
nunca hallé tu juguete en mis zapatos.

Baudilio Montoya, a la merecida aureola de poeta, agrega otra de oro puro, su nobilísimo y anchuroso corazón de amigo y su franciscana bondad y modestia, corolarios del comprensivo maestro de escuela, jubilado y meritorio, curado de las fútiles vanidades del mundo.

Ya sé que en la jornada transitoria
todo es humo y dolor; humo a la Gloria,
y la vida también... un poco de humo.

El habla lírica del pueblo

BELISARIO BETANCUR^[42]

Tal vez fuera posible detener el olvido...

Baudilio Montoya

La poesía de Baudilio Montoya está escrita en el corazón de los caldenses y, especialmente, de los quindianos, a lo largo de los años y los años. Elaborada con los elementos vivenciales simples pero vibrantes de la hermosa comarca, de sus habitantes, de su quehacer de cada día, lo mismo aparecen en sus cantos los labriegos que sus ilusiones; o se detiene en los niños ávidos y los juguetes ricos; o se esquivo en la banalidad de los escuetos caminos de la mansedumbre y la pobreza. Tales tribulaciones hacen la esencia de esta poesía, porque Montoya gozó de otras posibilidades existenciales pero gustaba más de demorarse en la tristeza de las situaciones. Por lo mismo, digamos en su propio lenguaje que su tiempo él lo vivió con privaciones pero sin agravios. Había la resignación de la realidad cotidiana y al tiempo la inconformidad con las desigualdades establecidas.

No fue propiamente un luchador contra esas realidades sino su doliente, su fotógrafo objetivo y acongojado. Más tarde llegaría su prójimo, su vecino Luis Vidales, el de *Suenan Timbres*, a alertar y a protestar, incluso a erigir su poesía en programa revolucionario. Mientras tanto, Baudilio era un recolector de pesares —la muerte, la noche, la angustia—, que cantaba ensimismado en su inermidad, en la certidumbre de la ineficacia de su denuncia. En Vidales era la bandera de subversión lírica.

⁴² [Prólogo, en Montoya, Orlando (Comp.). *Baudilio Montoya, 100 años*. Armenia: Gobernación del Quindío, pp. 15-18.]

En Montoya eran el trino y el treno para cantar en la penumbra de las fondas campesinas o en la cadencia de los tiples parroquiales.

Sin embargo, no eran odas, ni canciones que tuvieran sólo el valor de un testimonio y la fugacidad de una lágrima. Fugaces eran, como el llanto de amor. Eran testimoniales como el lamento dicembrino y, desde luego, el memorial de agravios al Noel ampuloso.

Doy fe de que en las montañas donde nació y crecí y en el pueblo en donde comencé a tener ilusión de razón, ese era el sentimiento unamuniano trágico de la vida. Así se vivía y así se cantaba, e incluso así se canta y se vive hoy, cien años desde el nacimiento de Baudilio, entre las gentes de su estirpe en Antioquia y en el antiguo Caldas.

La vena lírica le venía de atrás: del loco Epifanio Mejía, los dolores de «La tórtola» y el épico acento del «Himno Antioqueño» cadencia que emociona y enfervoriza dondequiera, desde el Golfo de Urabá hasta el norte del Valle y el Quindío y la cordillera del Tolima y el Viejo Caldas, a todos los que llevan el sello de los grandes colonizadores del occidente colombiano. Y del humorista Juan José Botero le llegaron al poeta Montoya los ecos de su sentimentalismo y de su picardía lírica. Lo que se hereda no se hurta, dice la sabiduría popular, y Mejía y Botero, parientes fueron de Montoya.

Era un maestro antes que nada. No sólo en la maestría de su obra literaria, sino en el menester de la enseñanza, en una escuela rural. Era también un clásico en el sentido del culto que rendía a la preceptiva: la rima como elemento de trabajo pero no como pleitesía. Sin haber sido un *poeta social*, lo social hacía parte importante de su inspiración. Por lo mismo, sus versos están recorridos por un caudal de melancolía, como ocurriera en buena parte de nuestro tardío romanticismo y principalmente en los miembros de *La Gruta Simbólica*. Tales temas le llegaban de manera simple, fluían del manantial

•••

campesino que bebió, en donde nació y en donde vivió. Y en el cual, desde apenas adolescente, se distinguió por la vivacidad de su inteligencia que lo llevó a ocupar cargos sobresalientes en el ámbito municipal. Y, por supuesto, a emprender tareas líricas con precocidad. Pudiera decirse que nació poeta. Y que, autodidacta, fue la poesía que recogía del paisaje y de las costumbres de su gente, su primer aliento.

Es justo que en el centenario del nacimiento de Baudilio Montoya en la vereda Llanogrande de Rionegro, en mitad de Antioquia, en el Quindío se rinda culto a su memoria. Su sobrino Orlando destaca en un hermoso escrito las calidades altas de su canto y cuenta cómo lo ha hecho conocer en el continente americano y aun países europeos.

Repitamos, en fin, que bien está que el Quindío, comarca ejemplar en la idiosincrasia colombiana, recoja en este libro los poemas de quien cantó a su gente, cantó a su paisaje, cantó a su destino. Cantándose a sí mismo, exaltaba el espíritu de su gente, el brío emprendedor de sus habitantes. Baudilio Montoya, cantor del Quindío, es, por ello, cantor de quejumbres y alegrías del pueblo colombiano. A su manera, sí, desde luego a su personal manera, que es como la poesía anida e irradia, de lo subjetivo a lo universal.

Esquemática a los versos de Baudilio Montoya

ANTONIO CARDONA JARAMILLO^[43]

A la luz de la estrella, a los rumores del río, a las manos del viento, a los ojos y a la sonrisa y a los percales de la zagala comarca, a la naturaleza oliente a abrojos y enmarcada en sus majestuosas montañas, van los versos de Baudilio Montoya, endulzados como gargantas de pájaros.

Madura sus hastíos en discreto y silencioso pueblo quindiano y pule sus joyas a la vera de los caminos, a las llamaradas de las “quemadas”, a la algarabía de sus discípulos ruraleños, a la sombra tardecina de las colinas cupulares.

Un día, al paso de sus ocho años, cuando traviesa niñez, esculcaba en los árboles cosechas de frutas y de nidos, le salió al paso el verso. Y desde entonces no hubo para el adolescente más amor que toda su hoya quindiana, donde el paisaje anda loco llevando en sus sienas la frescura de las florestas y la tez desgajada de la cordillera. Fue el génesis de su tragedia interior. Ya la tristeza empezó a mirar por sus pupilas los misterios de la creación y el corazón le pesó, repleto de canciones. Una mañana fueron los abuelos nostalgia en el cisco de sus recuerdos y el soneto «La conquista» plasmó sus figuras viriles de descuajadores. En veces se siente bueno y el esposo amantísimo que hay en el poeta surge en «Junto a la cuna» para consolar así a su compañera por la muerte del hijo:

Ya no llores, Amada; une tu pena
a mi trágica herida nazarena;
y mientras yo en la evocación me pierdo,

⁴³ [*La Patria*, Manizales, 1938.]

•••
y en ti se aviva del dolor la ola,
mezamos otra vez la cuna sola
y verás que se duerme su recuerdo.

Embriagado por el cariño a los cielos que lo vieron nacer, temple sus cuerdas líricas y como una cascada que se bota por los despeñaderos abruptos, nace su canto a la «Tierra quindiana», donde la delicadeza de ritmo y la emoción de motivo caminan como gemelas.

Los dolores, los sufrimientos, operan en su alma sensitiva escalando tales alturas, hasta hacerle exclamar en «Desencanto»:

Tal vez fuera posible detener el olvido,
y apagar el sentido
que me ha roto la fe;
tal vez fuera posible querer algo la vida,
y tornar a los predios de la dicha perdida;
pero ya para qué.

El poeta de perversidades que hay en «Esta noche», se torna musical y como si llevara en su imaginación el alma del sonido para dar libre fuga a «Rosalía», su más fácil y encantador soneto.

Pudiérase decir que como intelectual responsable, Baudilio Montoya conserva en su estilo el secreto de los cantores del siglo diez y nueve. Nada en sus producciones de la vanguardia lírica de los días que corren. Ni influenciado por Salinas, ni por Bernárdez, ni por Huidobro. Ni por Neruda, García Lorca o Altolaguirre. En Colombia De Greiff, Maya, Germán Pardo García, Carranza, Rojas, Varela y Carlos Martín, son la paralela poética del siglo veinte. Tal vez ejerza gran poderío en la fantasía del cantor quindiano el raudal gemado de Manuel Machado, como fácil puede constatarse en el medallón intitulado «Elogio Galante».

Todos sus poemas son de una absoluta originalidad y ni una coincidencia nos muestra en él ese feo pecado del hurto. Ya

alguien pontificó que en literatura es permitido el asesinato pero no el robo. Mas el hombre que siente en su ánima un permanente caudal de motivos, se tiene por sabido que no tendrá que acudir a firmar nada ajeno. Y se nos viene a la memoria que en su libro de versos permanece un soneto bajo el nombre de «En el baño» y que la poetisa muy excelsa Laura Victoria, en su última publicación, trae una composición titulada «El baño», en la cual se puede ver sin mayores trabajos el nombre de José Eustasio Rivera, y copiamos:

Airosa en la realeza de sus gracias pagana
desata el irisado ceñidor de cintillos,
y al rodar los encajes de su veste liviana
en la albura del seno tiemblan dos servatillos (sic).

En el dócil remanso de móviles anillos,
su helénica escultura de morbidez ufana
esconde presurosa con afanes sencillos
mientras reza aleluyas de emoción la mañana.

Al conjuro de un sueño cabalístico y grato
resbala por la espalda su virginal recato
de la áurea cabellera las oportunas tramas,

y en su nieve magnífica de venustos hechizos,
se agitan confundidos suavemente los rizos
como un estremecido glomérulo de llamas.

Y leamos ahora a Laura Victoria:

En la limpia totuma pone el peine rosado
que locuaz mercachifle le cambió por carey
y del brazo suspende su amuleto tallado
con ritual morrocota en un cuerno de buey.

No es doncella. Revive con su cuerpo apretado
todo el sol que calienta el enjuto caney.
Una tarde cualquiera un vaquero embriagado
desflóre los senos de color de mamey.

•••

Baja lento el desnudo por la firme cintura,
y al abrir a la tarde su mulata hermosura
muestra el caño impaciente fresca virilidad.

Con un ritmo felino de frutales caderas,
bajo el chal amarillo de tostadas palmeras
hunde en el agua tibia su agreste mocedad...^[44]

Y ahora recordemos a Rivera, el más suave, el más lírico, el más excelso de nuestros poetas americanos en su “Indiana” para que el público juzgue sobre lo uniforme de su estilo con el de Laura Victoria. (Ya de mucho tiempo atrás se nos dijo que a una mujer no se le puede herir ni con un pétalo de rosa).

Por saciar los ardores de mi carne liviana
y alegrar la penumbra del vetusto caney,
un indio malicioso me ha traído una indiana
de senos florecidos, que se llama Riguey.

Sueltan sus desnudeces ondas de mejorana;
siempre el rostro me oculta por atávica ley,
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana
por clavarme las uñas de rosada carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo.
La indiecita solloza presa de mi deseo,
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre... ¡Ya me agasaja! Es mi lecho un andamio,
mas la brisa y la noche cantan mi epitalamio
y la montaña púber huele a virginidad.

Algunos críticos primerizos se obstinan en mostrar vertientes de la poesía de Montoya hacia algunos poetas franceses: Baudelaire, Rimbaud, Verlaine. Nosotros creemos que la melancolía con la cual el iluminado cantor hace su arte es

⁴⁴ [El poema de Laura Victoria transcrito por Cardona Jaramillo no se titula «En el baño» sino «Cráter sellado» (Ignacio Rodríguez Guerrero, *Estudios literarios*, 1947, p. 88).]

esencialmente diferente. Y es de anotarse en Montoya la más organizada ciclotimia a través de sus poemas. Si no tuviera esta nota la intención firme de un bosquejo, haríamos estudio comparativo de la escuela francesa de los poetas malditos con el estilo que nos ocupa, para salir con más airoso en el aserto.

¿Y el temperamento y la manera de ser y las características predominantes en el ánimo de Montoya? Él mismo se desnuda hasta mostrar el corazón en esos versos limpios de conciencia que llevan en el portalón el nombre de «Mi vida». Oigámoslo en el segundo cuarteto y el primer terceto:

Ante el procaz asedio del arcano
signo, que ya presiento, no me aflijo;
mañana cantará también el hijo
que yo sembré como sembrara un grano.

Llenan la plenitud de mi universo
para que alienten mi soñar, un verso,
una fuente, un rosal, y un horizonte.

Hay partes de la obra de Baudilio en que vienen a los labios los decires stornianos, ante sus deseos de muerte y su sed de vivir:

Tienes un deseo: morir.
Y una esperanza: no morir.

El poeta es sentimental y le da consejos a su hijo a la manera del gran Rubén. Es tierno y se soslaya mirando la luz de una estrella. Es dulce, y marcha por los campos acariciando lirios y margaritas. Es triste, y se interna por los montes buscando la misteriosa voz de su soledad. Ama con intensidad, y les canta a los gorriones humildes, a los arboles que ponen su múrice en los balcones de occidente, a la orilla arenada del río, a las calles del viejo pueblo y a la casona que acunó sus sueños infantiles. La poesía de Baudilio Montoya tórnase así en una vitrina donde se muestra y se encierra al mismo tiempo el ambiente de una comarca que ha producido su cantor: el Quindío.

••

Con melificante sentido panalero, el poeta quindiano es una prolongación de Amado Nervo. Temprano aprendió que los campesinos de las provincias españolas guardaban en su memoria los cantos de León, como los colombianos los de Arciniegas, y su empeño fue de superación por la decantación del soneto. Hoy todos los enamorados de las bellezas de nuestras comarcas ubérrimas, algo llevamos en el límite de las frentes pergeñado por Montoya.

Nosotros no entendemos la sensibilidad de la rima al servicio de ideas políticas. El partidarismo, ora de derechas, ya de izquierdas, es algo que disloca la forma del verso. Lo que unos llaman adelanto en Montoya por sus cantos proletarios, nosotros no vacilamos en apodarlo peligroso influenciamiento. Quienes conocemos la suavidad y dulzura de Montoya, no podemos justificar esta veleidad. Por lo demás, él se debe a su tierra, al paisaje del Quindío, y un necio será quien afirme que en esas laderas ha florecido nunca la miseria a la usanza de estepas rusas. En esas comarcas, tan sólo siente hambre y se codea con la miseria el holgazán. Y estos no merecen la más absoluta compasión. Pero las escuelas literarias de hoy marchan con la más pasmosa irresponsabilidad. No será extraño ver mañana sindicatos revolucionarios de abejas.

El libro de versos de Montoya en este yermo año de mil novecientos treinta y ocho, tiene para el Quindío un sabroso perfume de laurel. El autodidacta ha triunfado con *Lotos* y parecen para la hora de su muerte escritos los versos de la inefable Ibarbourou:

Duele hermana Agua, anda acompañarlo;
buen hermano viento, vete a hablar con él.
A ese hermano nuestro no hay que abandonarlo
con su enorme fardo de bronce y laurel.

Habladle del campo, del cielo y del trigo.
Llevadle noticias de fuentes y estrellas.
¡Era tan amigo
de las cosas bellas!

¡Corre, hermana Agua! ¡Vuela, hermano Viento!
Yo iré tras vosotros con mazos de dalias,
de nardos y lirios. Demoro un momento
Tan solo, en ceñirme túnica y sandalias.

¡Acaso el poeta sonría en la sombra
fría y prieta, al ver,
que el agua le habla, que el viento le nombra,
y le llevan flores manos de mujer!

Bogotá, diciembre de 1938.

Baudilio Montoya o la pasión poética

FERNANDO MEJÍA MEJÍA^[45]

Hermano atormentado de Carlos Baudelaire y de Alfredo de Musset, Baudilio Montoya sintió, como el creador de *Las flores del mal*, esa “punta acerada del infinito” y como el autor del poema a «Lucía» quiso que sobre su silencio definitivo se levantara vigilante el sauce hierático. Su alma desgarrada se nutrió de espantosas soledades y su corazón sintió el sombrío aletazo de Poe. Su voz impetuosa no se limitó, por el contrario, se desbordó sin medida y levantó su plenitud en oleadas de cordiales acentos. Estrujó en su garganta los racimos producidos en la estación agria del olvido y vertió entre redomas de concavidades abismales su vino de ebriedades nocturnas. Fue infatigable caminante de sus destierros interiores y colmó sus sueños de interminables monólogos.

Para llegar a sentir la poesía de Baudilio Montoya es necesario identificarse primero con su vida. Conocer el ámbito de su creación poética y sumirse en su mundo de interiores desig-nios. Su sensibilidad estuvo siempre sujeta al dolor cotidiano de las criaturas y de su estro se levantó el canto como un viento de oquedades sombrías. Su figura señera flotaba como un navío sobre las aguas letales de una agonía bordeada de alaridos convulsos y de memorias errátiles.

Su espíritu escanció espaciales asombros y su sangre padeció la tortura prometéica. Una lamentación de insondables

⁴⁵ [De *Perfiles y nostalgias*. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses, 1983, pp. 317-323.]

avatares prolonga el eco de la poesía de Baudilio Montoya y lo devuelve convertido en imágenes de evanescentes contornos.

Cantó los grandes temas y lo hizo con la hondura de quien camina asediado por la esperanza y luego ve la frustración y se sume en las ciegas auroras que preludian una noche despojada de tiempo y poblada de eternidad:

Este doliente corazón que ahora
entiende su propósito tardío,
es un abismo que llenó el hastío
después de ver palidecer la aurora.

Ya naufragó la nave triunfadora
que iba feliz con el ensueño mío,
como lo hace en el vórtice del río
la entrega humilde que el turbión desflora.

Mejor así para mi oscura suerte
hoy que se anuncia el sueño de la Muerte
tras de cumplirse la fatal jornada,

sé, por el sino que mi voz inspira,
que la vida es tan sólo una mentira
sobre una inmensa realidad de nada.

Así, Baudilio Montoya, canta la elegía de su vida y se acerca estoicamente a su destino. La muerte no sorprende su voz, convive con ella y la lleva en su sangre amorosamente. No es el fantasma temido por los que ignoran el misterio, sino la verdad que se encuentra a cada paso con el poeta. En la visión que invade su mundo alucinante crecen las parcas inmemoriales y el poeta las retiene para que canten con su voz el misere-re de su alma atribulada.

Baudilio Montoya hizo de la poesía un evangelio, porque nunca su expresión se quedó en el hermetismo. No aceptó el oscurantismo estéril, y el dolor y la angustia de sus gentes fueron los motivos eternos de su canto.

••

Su voz se estremece entre el patetismo de los que cruzan por los caminos áridos de la incomprensión y entonces su verbo se torna violento y surge la imprecación ante la injusticia que desgarrá lancinante el alma de los miserables:

Hoy sé, porque la vida me lo dijo
con un afán sangriento
como en medroso cuento
que tiene siempre el desencanto fijo,
que tú, dispensador de baratijas
en todas las veladas navideñas
agravias con tus vívidas sortijas,
y que siempre desdeñas
—muy dueño de tu grave poderío—
aquellos rapazuelos
que en la inclemencia de los duros suelos
se mueren de clorosis y de frío.

Cansados de esperar, bajo la oscura
noche febril, sus manecitas buenas
va angustiando el rencor de la amargura
como el cierzo a las claras azucenas,
y rendidos al fin, en los jergones
infectos, sus espíritus dolientes
se van a errar por célicas regiones
y mundos diferentes.
Hijos del hambre cuyo mal asombra,
carne fatal que tatuará el foete,
apenas ven en la agresiva sombra
el pérfido miraje de un juguete.

En este fragmento de su poema «Querrela de Navidad», Baudilio Montoya hace de su poesía una pasión de permanencia humana, porque nunca su expresión se desligó de los seres que habitaron el mundo doloroso de su cántico.

Manizales, noviembre de 1965.

Último rapsoda

HUMBERTO JARAMILLO ÁNGEL^[46]

Hoy, perdido lo poco que me dejó la suerte,
el afecto a la vida y el temor a la Muerte
no mengua aún mi orgullo que eleva mi altivez;

y rotas ya mis horas románticas y suaves,
con un soberbio gesto voy a quemar mis naves
así como en un día lo hiciera Hernán Cortés.

No fue el romántico poeta Baudilio Montoya, el bohemio puro a la manera de Emilio Carrete, en España. De Carlos Préndez Saldías, en Chile. De Humberto Fierro, en el Ecuador. De Ismael Urdaneta, en Venezuela. De Manuel Acuña, en México. De Paul Fort, en Francia. De Olavo Vilac, en el Brasil o de Antero de Quental, en Lisboa. No. Sin embargo, en determinados instantes de sus nocturnas embriagueces de sombras, melancolías, tristezas íntimas, soledad, desdén y soberbia, se acercó, y mucho, a la real bohemia elogiada, y defendida, por Enrique Gómez Carrillo.

Solía vivir, el gran poeta de *Lotos*, por lo general, y no durante la tenue luz del sol sino durante los negros crespones de las frías noches de invierno o de las claras noches de verano, ebrio de extraños males que no se sabía, a la postre, si eran del corazón, o de la sangre de donde se le escapaban, por eso de la ebriedad, amargos gritos de tempestad y de angustia.

⁴⁶ [De *Camino de imágenes*. Armenia: Ediciones Kanora, 1990, pp. 23–27.]

•••
Ebrio. Pero siempre poseído por el siniestro sabor del ajeno que lo llevó, un día de un mes de septiembre, a la tumba.

Pero, ¿por qué no fue, este raro poeta del dolor y el silencio, la honda tristeza y la muerte, un bohemio auténtico? Le faltó, acaso, ese calor humano, “demasiado humano”, como quería Nietzsche, sin el cual no le es posible, a poeta alguno de la tierra, alcanzar el máximo grado de elegancia que se requiere para llegar a ser bohemio puro. Bohemio a lo Gabriel D’Annunzio, el propio Gómez Carrillo y, ante todo, el genial y único Rubén Darío. Fue, el maestro de *Azul*, uno como príncipe de los poetas bohemios, muy a lo de Gerardo de Nerval o José de Espronceda.

Poeta ebrio, entonces, de cervezas, de vinos y alcoholes, a Montoya le hizo falta, para poder entrar a ese como prohibido jardín de las Hespérides a donde van los protegidos del dios Baco, la suprema elegancia tanto del traje como de los regios salones y los públicos sitios en donde más que el licor la que de veras embriaga a los románticos es la presencia de la musa que rige el ritmo de las danzas y las músicas que constituyeron, en el París de los dulces bohemios, la atracción y el encanto que fueron tan gratos a Emilio Bergharen o a George Rodembach, en la brumosa ciudad de Ginebra.

Sucedía que Baudilio era insaciable, o casi insaciable, a veces por mera culpa de grandes amigos suyos o, de pronto, para tratar de huir, en delirantes momentos de total soledad, de esa misma melancolía a la que le cantó y a la cual no dejó, nunca, de rendirle algo así como cierto culto de vasallaje y humildad.

Bebía licor, en efecto, no para ahogar sus penas sino para agradecerles a las divinas musas la voluptuosa gracia de la inspiración. Fue, bajo el muy tremendo influjo de la embriaguez con los comunes licores que Montoya vio llegar a su luminoso cerebro, esa como crepitante ráfaga de inspiración y facilidad para cantarle al dolor, la soledad, la tristeza y la muerte, constantes motivos de su lírica capacidad para escribir hermosa poesía.

Esta tristeza de seguir viviendo,
este acrecer de la melancolía,
esta amargura de mirar el día
que nunca siente lo que estoy sintiendo.

No fue, en realidad, el romántico poeta Baudilio Montoya, un bohemio sin tacha pero sí fue el eterno enamorado de una interior melancolía, la que esculpió Durero, una interior tristeza como la que le ayudó, a Bartrina, a soportar los trágicos flageolos de su espíritu, o la que se constituyó, en el día y en la noche, en inseparable amiga del atormentado creador de nuestro padre Zaratustra.

Pude creer entonces en la suerte,
y así anhelando la apolínea fama,
me fui sonriente a conquistar la fama
por todos los caminos de la Muerte.

Y, este sí es el Baudilio inmortal poeta, su lira no dejó, casi jamás, de cantarle a la eterna mensajera del olvido, la ceniza y la nada. Para ello, para poder cantarle a la muerte, tal como el poeta la quería, fue para lo que vagó, callado y triste, por ignotos senderos o por inciertas rutas que lo mismo podían conducir unas veces, al clamoroso infierno de Barbousse y otras al ansiado paraíso de los sueños y las quimeras. Su infierno fue la constancia diaria del licor o su paraíso, que no parece haber tenido, para la mortal angustia de su espíritu, fue sólo un minuto de paz y de reposo.

Este placer de soledad que siento
en el suave cortijo que me ampara,
pone en mi corazón la ciencia cara
que he de llevar al postrimer momento.

Por eso, sin duda, del “postrimer momento”, fue por lo que Montoya tuvo necesidad de apurar, en curtidas dosis, el cálido licor que produce la total embriaguez.

••

No le era posible, de pronto, al poeta, apartarse, por más de unas pocas horas, del mundo de las copas y los vasos repletos de cerveza. Nada importaba, para ello, que la noche fuera un brumoso arrecife de lúgubres sombras o que no brillara, en lugar alguno de los que siempre le fueron predilectos, el rutilante sol. La alegría. La paz. El descanso y la calma que buscó, también en vano, nuestro inolvidable e inmortal Rubén Darío.

Esta es la noche ciega, en donde nada
alcanza a consolar mis agonías,
porque el alma sin firmes alegrías
en su dolor está crucificada.

Sin haber sido, el gran poeta Baudilio Montoya, un bohemio sin rival sí constituyó, su tristeza, un motivo que si no conducía al suicidio —como a Silva, Acuña, Lugones, Larra y Nerval— sí llegaba, sin derecho a remediarlo, a los tácitos jardines de la desolación.

A Rubén Darío, y a Baudilio Montoya, no les causó la muerte una bala de revólver sino una prologada y abundante embriaguez con sencillos licores de cantina. A ambos les causó la muerte una cruda cirrosis sin remedio.

Noviembre 6 de 1986.

El rruiseñor de cristal

J. RAMÍREZ ROJAS^[47]

En una conferencia lejana, exponía de manera muy personal, aunque ingenua, la malhadada situación de nuestros más exquisitos valores humanos, víctimas de la proterva lucidez de los imagineros críticos de parroquia.

Años de gravitación por el apocalíptico cosmos de nuestra literatura, marcan un ligero despertar en el mundo de la creación lírica. Un subdesarrollo económico–social contrasta con la auténtica superación cultural que ha obsedido a los creadores de arte en los últimos 30 años. Y aquellos críticos de folletín pasaron a engrosar el proletariado folclórico de sus comarcas urgentes de progreso.

El modernismo superó la injusticia de los juicios y se realizaron sus exponentes más claros y definidos: Álvaro Mutis, Fernando Mejía, Gaitán Durán, Cote Lamus, reclaman no ya su deslumbramiento en el efímero renglón de Los Cuadernícolas, sino su ubicuidad en una poética mayor de edad.

Afirmar que estos artífices de la temática universal del hombre recorrieron su ambición creadora por la descarnada angustia de Vallejo, o el optimismo elemental de Whitman, sería recurrir a la más ingrata equivocación, si no palpáramos el trasegar luminoso del Simbolismo en sus iniciales devaneos de poetas vivenciales, Baudelaire alucinante, Rimbaud hiperestésico, Verlaine demoníaco, afirman su paternal dominio en las obras

⁴⁷ [*Espejismo* (edición en homenaje a Baudilio Montoya), Colegio Robledo, Calarcá (1965), p. 3.]

•••
primigenias, sobre todo de Mutis y de Mejía. Pero ellos se lanzaron al descubrimiento de nuevas formas, buscando en la fuerza vocal de sus acentos la gestación total de su avasallante lirismo.

Bastan estos breves lineamientos en consideración con nuestros poetas generacionales para confirmar que todas las novantes escuelas han hundido sus raíces más frescas en el limo iluminado del Simbolismo.

Pero el caso excepcional de una incólume permanencia en aquella promoción de alucinados apolonidas, lo sentimos en la refracción sutil que hay en los versos de Baudilio Montoya. Como Darío, se abrió su propio camino y nada lo detuvo en su marcha de profundo angustiado, que lo conduciría purificándolo en la pira del sufrimiento al sitial de los grandes liridas universales; breves detenimientos en un humorismo cordial no trataron de alcanzar el lontano horizonte de sus paisajes dolientes.

Desafiante incontenible, se creó su propio arte, rebosante de alcoholes inspirados, fue el poeta por excelencia de los contrastes que nos brinda un verdadero paraíso de deleites poéticos por lo hondamente humanos y porque en ellos sentimos plenamente nuestros padeceres espirituales, cuando la pasión se escapa de su estructura vulgar y ruin para convertirse en hermosas y etéreas formas de inefable belleza.

Un día ya desprendido del calendario, el extraordinario aeda místico, Rafael Lema Echeverri, lamentaba dolorosamente la posición de poeta maldito de Baudilio Montoya; es en lo único que disiento sobre la brillante página que el manizalita dedicó a nuestro ruiseñor crepusculado. A decir verdad, Baudilio fue el bravío vencedor de lo demoníaco, transformando su miseria humana en una inagotable fuente de amor y arte. Pues comprendió, como ninguno, que sólo en un mundo de dolores y sufrimientos se encuentra la ruta que nos conduce hasta la sideral corona del Creador, y que sólo espiritualizando ese dolor

y martirizando la carne nos ponemos en comunión constante con la incomprendida galaxia del espíritu.

Sensitivo e inconmensurable bardo, en medio de la desesperada zarabanda que fue su vida, supo conservar una parcela de pureza ideal, de mística y sublime elación, macerando su cuerpo en el rubio cristal de las cervezas por el afán de ignotas inspiraciones. Y porque sólo Baudilio fue capaz de registrar en sus cantos de perfecto aeda, “una angustia tan honda, un dolor tan sincero, un desnudismo sentimental tan pavoroso, un cruzar de llamas, un arder de luceros en lejanías inalcanzables, un exhibir de llagas”, un danzar de ninfetas, “en medio de la pávida agonía del hombre que se sacude hasta la médula por el remordimiento más humano”.

Por eso aquellos que se marginan íntegramente de la materia, nunca podrán comprender esta poesía, porque Baudilio se hizo únicamente espíritu en su infinito trochar por los caminos sensuales y tristes de su canto, fraguándose en cosas lúgubres, hondas y letales, para ser sabio en sus abismos y humilde, hermosamente humilde en su turbulenta nostalgia de incomprendido.

Ahora que una atarraya de luceros nos lo ha arrebatado de las manos, queda su recuerdo musical tañendo el arpegio de las más recientes voces que aún miran la eternidad de la verdadera poesía: Bernardo Echeverri Cardona, Noel Estrada Roldán, Óscar Piedrahíta González, han sacudido sus arterias bajo el sol crepuscular del maestro; de aquel ruiseñor de la verdad escueta y triste, que pesa amargamente sobre nuestro pobre corazón de barro. Ellos lo prolongarán en el incendio permanente de la sangre y en todas las latencias de su canto.

Calarcá, octubre de 1965.

Baudilio Montoya y su canto

BERNARDO ECHEVERRI CARDONA^[48]

Pasados muy pocos meses de su muerte, ya no se sabe si Baudilio Montoya era un hombre que cantaba al paisaje o un paisaje que cantaba al hombre. No sería aventurado decir que era las dos cosas, como que él mismo era una extraña conjugación de tierra y humanidad, en una suerte de poderosa y delicada alquimia poética.

Verlo una vez, fue ya asombrarme de que existiera un hombre tan parecido a su comarca, tanto en sus regiones interiores como en su rústica anatomía externa. Su silueta era tosca y morena como una acrestada colina del Quindío. Era como un enjuto roble que caminara por las calles de su Calarcá, con una solemnidad de imitado sabor franciscano. Pero si esa configuración tenía sus perfiles, su geografía interior tenía suavidades y dulzuras de un valle caldense recostado en la tarde.

Era en su corazón, como un paisaje mestizo y musical en una desatada tempestad de aromas. Así era el hombre y el poeta... Y así su poesía.

La poesía baudiliana descansa y trabaja fundamentalmente sobre dos elementos líricos esenciales: el elemento—muerte y el elemento—paisaje. El primero resume lo propiamente humano; y el segundo, lo propiamente telúrico, referencias auténticas de la verdadera poesía.

⁴⁸ [“Magazine Dominical”, *El Espectador*, Bogotá, enero 23 de 1966, p. 10E.]

No resulta necesario, pues, ningún buceo sofisticado ni académico, que estaría en contradicción con su constitución y sustancia eminentemente elementales, para hallar ese característico hálito vegetal y húmedo de lo vernáculo y ese rumor oscuro y en cierta manera nostálgico del máximo y más legítimo presentimiento de los hombres: el presentimiento de la muerte.

Pero si Baudilio Montoya insistió en su diálogo con la muerte, no lo hizo con ánimo trascendental a la manera de un Rilke, un César Vallejo o el mismo Barba Jacob, sino como legítima defensa contra ese presentimiento fatal, que tarde o temprano lo derribaría sobre un surco amoroso de su tierra, como a un hermoso labriego de Apolo. Al fin y al cabo, llamar a la muerte es una ingenua manera de evadir su presencia insistente, y en los poetas románticos, como una inveterada costumbre de protestarla.

La muerte no aparece como tema en la poemática de este exquisito cantor lírico, y sí más bien, y paradójicamente, como obsesiva querencia recelosa, estigma inequívoco de lo romántico auténtico. Su rebeldía permanente se expresa en un insistente desafío, en la apática y despectiva apuesta, de antemano perdida, con que la condición humana resigna su destino inevitable:

[...] y cuántas veces, con gesto fuerte,
llamé a la Muerte,
para jugarle mi corazón.

De «Del éxodo»

[...] ya estoy sereno en frente de la Muerte
sin temor a la hondura de su abismo.

De «Ahora»

Nada de vanas soberbias y sí mucho de grandiosa humildad:

Mejor así para mi oscura suerte
hoy que se anuncia el sueño de la Muerte
tras de cumplirse la fatal jornada [...]

De «En el Fin»

••

Nada de refinadas y lastimosas angustias barrocas y sí mucho de diáfana y purísima tristeza:

[...] sé, por el sino que mi voz inspira,
que la vida es tan sólo una mentira
sobre una inmensa realidad de nada.

De «En el Fin»

Vale aclarar que en este terceto providencialmente antológico, Baudilio Montoya bautiza su visión de la vida, con el insólito crisma de una filosofía personal, nítida y singular. No se trata aquí de un torpe sacudimiento existencialista, ni de un agnosticismo o pesimismo falsos. Es simple y llanamente el resultado de una profunda y clara elaboración vivencial, lograda a través de una atenta disciplina de los sentidos en contacto con el deslumbrante espectáculo de su naturaleza regional y la desesperada búsqueda de su sentido vital. Quizás no fue su intención hacer trascendentalismo, y en este caso filosófico, pero este terceto magistral, uno de los mayores destellos del poeta, bien puede poner en apuros a cualquier mecanicista congelado y emular muy por alto con un buen fenomenologista de solera.

Pero si Baudilio cantó y cuidó siempre y celosamente su muerte, no descuidó, ni por asomo, su otro elemento poético sustancial: el paisaje y más específicamente su paisaje comarcano. Porque siendo como fue, uno de sus hijos dilectísimos, su aquilatada filialidad echó raíces en sus vetustos solares a la manera de un maravilloso cafeto sinfónico. Y eso y no otra cosa fue el rapsoda crepuscular de Caldas: un árbol cargado de ruiseñores, frutecido de cantos eglógicos de una virgiliana exquisitez agraria:

[...] te veré en el primor de las naranjas,
y en el arrullo fiel de las palomas
que son sencillas porque son tan blancas;
te besaré en los lirios de las eras,
te aspiraré también en las albahacas,
y cuando vea volar las mariposas
sabré también que vas sobre sus alas.

En todo te hallaré cuando te mueras,
en todo te veré, cuando te vayas...

De «Un Día»

Baudilio Montoya, poeta–paisaje, desandó toda la geografía lunar de su región materna. En cada recodo de sus caminos reales, atrapó chapoleras de domingo con la estremecida y mágica red azul de sus sonetos:

Era toda de ensueño, de armonía,
de lumbre sideral, de alba temprana,
era suave lo mismo que una hermana
y por eso una hermana parecía.

De «Ella»

Amaba la tierra–madre con un amor casi incestuoso, saciado quizás con su último y definitivo viaje hacia sus vírgenes entrañas. Las dehesas de los apriscos campesinos, lo nominaron vocero incondicional de sus baladas melancólicas, que él supo interpretar con diáfana fidelidad en su prodigiosa siringa de pastor helénico. Asomaba su corazón y alma poética a los valles y colinas como a un horizonte de prístinos colores; a los riscos y cañadas donde silfos y ninfas hacen el amor en perfumada intimidad dorada; a los bosques y ríos donde las cigarras y cantáridas le inocularon su vocación más alta. Se asomaba, a su mundo inmediato y familiar, con el asombro sensitivo de un niño que mira una infinita y rizada esmeralda geográfica. Y se hundía en el rocío de las mañanas suyas, como un ruiseñor navegante, sumergido en una móvil piscina de zafiros.

Poeta irrenunciable del paisaje, no dejó alondra que no fuera herida por su canto, ni lucero escapado de su estremecida metáfora, ni tarde lenta y perfumada de olvidanzas que no conociera la cárcel rumorosa de sus sonetos, ni camino desprendido de su corazón.

Pero como fue amigo del paisaje y de la muerte y enemigo del traumático ajedrez asfáltico de la metrópolis, le bastaba una

•••

mesa en el pequeño y humilde bar anónimo de Calarcá, llena de emociones vivas, de amigos generosos y elementales a su imagen y semejanza, y acicalada de licores proletarios, que sirvieran de combustible a sus inspirados viajes por el continente insondable de la fantasía. Último rapsoda y bohemio finalista, sólo pedía un rincón baudeleriano y un amigo sensible, para irse en buena compañía y a “mediacaña” de sus sueños, a negociar su eternidad en sus “ciegos países”:

Canaanes perseguidas y doradas, donde quería paladear los dulces vinos azules de Engadí, con el zarco y divino poeta eterno de Galilea. Acuarimántimas barbajacobinas y etéreas, donde el ángel luciferino y pálido de Maín, lo invitara al nirvana de sus drogas heroicas y su dionisiaca bohemia. Verdes Erinias, antiguas Thules, lejanas Cólquides para su fecunda transhumancia de argonauta apolíneo.

En tales devaneos imaginativos, este memorable e inolvidable Baudilio, enredó en sus estremecidas cuerdas pastoriles, poemas de tan acabado lirismo y expresión como el que intitulara «Nancy», y que en nada tiene que envidiar a los mejores de Héctor Pedro Blomberg, el inmortal poeta argentino del mar:

Nancy

Soy el mismo marino que quisiste otros días,
en tiempos ya lejanos que no pueden tornar,
y esta tarde te pienso como pienso en los muertos
que ya están descansando para siempre en el mar.

Este es el mismo puerto que tiene barcos viejos
y veleros cansados que no sienten afán,
naves rotas y tristes que por largos caminos
a remotos países nunca más volverán.

Aquí tuve tus ojos y el primor de tus besos
una noche de ajenjos entre el ruido del Bar,
yo rendí mis locuras a tus suaves caricias
en el hondo cariño que empezó tu cantar.

Muchacha de Cienfuegos, pebeta de Tampico
que una vez me embrujaste cuando vi tu danzar,
yo sé que un marinero taciturno y errante
te vio en una sombría calleja de Dakar,

que conoció tu angustia y el temblor de tus manos
desteñidas lo mismo que un doliente azahar,
y que cuando te dijo nuestro amor ya perdido
recordándome acaso te pusiste a llorar.

Vuelve Nancy hasta el puerto donde digo tu nombre,
donde siempre anheloso yo te habré de esperar,
vuelve Nancy hasta el puerto donde ahora te pienso
como pienso en los muertos que ya están en el mar.

Murió hace muy poco el quizás último y más puro de los poetas románticos de América, dejando muchas cosas queridas, entre otras: sus maravillosos versos y el eco de su adamantina y nostálgica voz, chocando contra sus luminosos *Murales del Recuerdo*.

Baudilio Montoya

JAIME BUITRAGO^[49]

El maestro Ortega y Gasset, con su estilo depurado, cuenta en una parábola que Parny, en su viaje polar, avanzó un día entero en dirección norte, haciendo galopar valientemente los perros de su trineo. A la noche verificó las observaciones para determinar la altura a que se hallaba y, con gran sorpresa, notó que se encontraba más al sur que de mañana. Durante todo el día se había afanado hacia el norte corriendo sobre un inmenso témpano al que una corriente oceánica arrastraba hacia el sur.

Idéntica cosa sucede en la vida de algunos hombres. En tanto galopan hacia la conquista los bridones del entusiasmo, el hielo de los sufrimientos, empujado por la corriente de las vicisitudes, los va llevando hacia el piélago de las melancolías. Y cuando se va a ver el triunfo, el desencanto, como arteria rota, cunde y apostrofa la blanca página de los ensueños.

Tal sucede en el alma de Baudilio Montoya, alquitarada con los zumos delictuosos del desencanto. Alma nacida para cantar y hundir el hueso musical de la idea en la carne quejumbrosa, abullonada, de las palabras fugitivas, su estro no lude el tema de los arranques bélicos, ni el fausto múrice de las greguerías y aleluyas amorosas. Y así aprendió a dudar. Dudó de todo. Y como el Dragomir de Panait Istrati comprendió que la mano de un perro es la única mano sincera de la vida.

Alguna vez, en su camino, ardió la zarzamora del amor, y aunque Benvolio le había dicho que este, “¡el vapor de nuestros

⁴⁹ [Sin datos de publicación.]

tristes suspiros, el relámpago que brilla en la mirada amorosa, el océano tempestuoso que alimenta nuestras lágrimas!” cayó en la red dulcísima de las caricias honradamente compartidas. Y entonces el arrebato de los años primordiales, de esos años en que la guitarra de carne roja vibra al compás de los rondeles junto a la ventana de la hermosa, tomó colorido fútil de las cosas alegóricas. Empezó a vivir tortuosamente. Y su cerebro, como copa lúbrica, se nutrió de metáforas tornasoles para ser maceradas por el látigo de la meditación. Vino luego el cantar al herreñal jocundo, al conticinio vibrante y romántico de los cementerios camperos bañados en luz de luna y en músicas de meandro. Era que el alma de Baudilio se había empapado en la sonambulía de los lagos abandonados.

Hoy parece que el amigo desistió de las fruslerías de antaño para declararse rotundo cantor de la naturaleza, arsenal de afecciones y sensaciones, lo mismo que el malogrado José Eustasio Rivera, de quien dijo Tablada, leyendo *La Vorágine*, ser el autor del “Apocalipsis colombiano”.

¿Y quién, cuando yo muera, consolará el paisaje?... decía el enamorado de Riguey. Pero el numen de Baudilio es pulcro y multicolor. Prueba de ello es el soneto «Atardeciendo» que cabría en *Tierra de promisión*. Oigámoslo:

Cárdena luz, a la orfandad del llano
ponen los reflectores del poniente,
en tanto que una garza opalescente
rubrica el cielo con su vuelo ufano.

Alegre ante las gracias del verano,
un sapo en su lenguaje displicente,
le recuenta sus gozos al ambiente
desde los laberintos del pantano.

Relincha la yeguada en el otero;
prende la noche su primer lucero
y solloza del viento el organillo;

•••
mientras que, con monótona pereza,
taladra la quietud de la maleza
el sonoro berbiquí de un grillo.

Magníficos endecasílabos en cuyo varillaje se engarza la inspiración como la seda azul de un abanico.

Y para terminar esta pseudosemblanza, me atrevo a exhortar al amigo Baudilio a que inyecte siempre su ingenio en los catorce versos que tan diestramente enjaeza y sostiene, ya que por sus catorce pífanos brilla y luce la gran rosa del soneto. Y que no le ofusque la retórica porque ella está en sí mismo como los hilos tremantes en el gusano de seda.

Por otra parte, que atienda a la sinceridad expresada por Don Luigi Pirandello como el *todo en el arte*.

Y que olvide, para dar expansión a las ideas, que las cosas más próximas son, para la mayoría de las gentes, mal miradas y muy raramente estudiadas, como acusaba Federico Nietzsche.

Discurso en el acto de Coronación de Baudilio Montoya

JULIO ALFONSO CÁCERES^[50]

El acto que esta noche se cumple, me hace sentir más unido a la tierra, más compenetrado con la ciudad y su brillante destino. Porque la glorificación de un poeta es un episodio en el cual actúan solamente los pueblos de una avanzada cultura, que entienden el verdadero poderío como un armonioso equilibrio entre el oro de las monedas y el oro de las constelaciones.

Una ciudad que aspire a subir un peldaño en la historia, no puede ser el Nueva York de las finanzas sin ser también la Atenas del espíritu. Las dos fuerzas que mueven los engranajes de las grandes urbes, tienen que correr paralelas a su destino, pues donde se rompe esa unidad se eclipsa el porvenir. Un pueblo no puede ser esencialmente soñador, devoto de la égloga, contemplativo y desdeñoso de las ventajas de la técnica y el vigor de las industrias, sirviéndose únicamente del arte para medir la longitud de su grandeza; como tampoco puede ser un Wall Street en miniatura, donde todas las emociones se flotanizan sobre la bursátil tentación de las chequeras. Pueblos que se hacen duros y fríos como el metal que simboliza su jerarquía económica, son pueblos que pasan por la historia cargados de riqueza como los camellos de oriente, sin que la arena del desierto tome razón de su huella transitoria. De ahí que hoy podamos recitar de memoria una sentencia de Sócrates o un verso de Teócrito, mientras ignoramos el nombre de los grandes mercaderes de Grecia cuyo esplendor deslumbrante

⁵⁰ [*Diario del Quindío*, Armenia, diciembre 8 de 1952, p. 5.]

••

apenas fue un vuelo de luciérnaga en el dilatado devenir de los siglos.

Se han sobrevivido sí, los pueblos que utilizaron la riqueza para crear cultura y que supieron después de cada expedición comercial extasiarse frente al Doríforo de Policleto o gritar de terror bajo el centelleo cósmico de los héroes de Esquilo. Y fue en aquellos pueblos guerreros y artistas, trabajadores y letrados donde el oro encontró un nuevo cirulo para su grandeza. Escapado del diámetro convencional de las monedas y las joyas, se manifestó el laurel de las coronas, cuya misión fue servir de marco elocuente al imperio de la inteligencia, en cuyos vastos dominios “jamás se pone el sol”.

Y el viento huracanado del laurel aleteó sobre las frentes de Píndaro y Homero, de Horacio y de Petrarca, de Camões y Ercilla, de Julio Flórez y José Santos Chocano. A todos estos héroes pacíficos de la inteligencia, no se les premió su “dorada alcuernia”, sus oficios palaciegos, sus ferocidades banderizas. La gratitud unánime de esos pueblos se hizo presente no para reconocer efímeros servicios materiales, sino para dar testimonio de su admiración por todos esos hombres que supieron crear a la rotunda luz de sus sueños un horizonte nuevo a la Belleza.

Altamente me conmueve por eso el gesto de mi pueblo, al frenar los piafantes corceles de la inquietud bursátil, para escuchar el paso de una gota de rocío por el puente de perfume de un lirio. Armenia se ha detenido al pie de sus conquistas y ha creado como una orilla opuesta a la velocidad de la época, una corona de metal agradecido para alumbrar con su candela inmóvil la indiscutible gloria de un poeta.

De modo que esta ceremonia, como lo expresara en ocasión similar el maestro Rafael Maya, “es sólo la refrendación material de un hecho cumplido espiritualmente, y no va a agregar ornato alguno a la cabeza del poeta porque ya sus cantos la habían coronado, no de frágil metal sino de fama imperecedera

[...] Un pueblo que corona a su poeta consagra en él sus virtudes sociales y de hecho se liga al porvenir puesto que, al tiempo que muere la ley y el monumento, perdura el canto como el testimonio eterno de una cultura, y como huella viva del paso del espíritu a través de una raza”.

Rodolfo Jaramillo Ángel, en una página recordatoria y fraternal sobre algunos aspectos de la vida de Baudilio Montoya, me ha hecho viajar hacia el recuerdo en una distancia de 20 años, cuando los primeros versos del poeta irrumpían en la página literaria del *Diario del Quindío* de Bernardo Villa Álvarez, para luego ocupar sitio especial en *Mi Revista*, ese magnífico cuaderno de literatura que orientaba entonces Salvador Mesa Nicholls, pasando por el Rincón Espiritual de *El Centauro* de Roberto Caro Escobar, hasta remansar su honda lírica en el semanario *Transmisión* de Jesús López Dávila.

El poeta escribía desde el corregimiento de Córdoba una poesía esbelta y luminosa, cruzada a trechos por la neblina insinuante de la tristeza. Sus versos tomaban el camino del alma y allí instalaban su melodiosa hegemonía. Desde ellos comenzamos a intuir al poeta en su parcela lejana, dialogando en las noches con las sirenas amargas del viejo Verlaine o rezando bajo los astros fatales la oración satánica del padre Baudelaire.

Tal vez las noches limpias de la aldea le dieron a la poesía de Baudilio Montoya su insinuante diafanidad y la fallida trashumancia de los sueños llevó hasta los poemas su amarga tonalidad alucinada.

Y fue allá, en esa aldea lejana, arrimada a la montaña fecunda y lluviosa como un niño aterido, bajo la pupila atenta del cielo que en los veranos derrocha su engreída colección de medallas y en los inviernos enseña una arbitraria confabulación de surtidores; allá, en la aldea de calles desiguales donde la luz ambigua de la lámpara de kerosén se regaba a trechos como un barniz ilusorio y los perros de nadie horadaban con su miedo el agresivo betún de las sombras; allá, en esa aldea distante y

●●
recogida, el poeta Baudilio Montoya tuvo la portentosa revelación de su Destino.

Primero fue el éxodo de los sueños a través de las páginas de libros anhelantes. Fue la primera salida del poeta a la puerta de su propio universo. El encuentro inicial con el arpa de granizo sobre la cual el corazón deja caer su mensaje de espinas.

Después llega el amor y el mundo se reduce al tamaño romántico de la ventana, al zigzag comprensivo de una mirada, a la candela imborrable de una sonrisa y a la blancura de unas manos que confundían la nieve en un aleteo de palomas cautivas.

Y también fue allí la Muerte con la emboscada de su cruz exacta. Fue el minuto del grito sumergido y la espina indeleble. Las manos de las rosas mecieron en la tarde la cuna vacía de su perfume. El silencio fue entonces más alto y rencoroso porque faltaba un llanto. Un llanto pequeño que desde su alud de encajes le abría al poeta las puertas de la música.

Y después fue la escuela pequeña con su ronda de voces y campanas. La escuelita que salía del monte y trataba de ganar la carretera en un gesto desesperado por conocer la ciudad. La escuela hoy extinta que tendía a los viajeros las manos de sus enredaderas palpitantes de sol.

Después vinieron nuevos poemas, nuevos peldaños hacia el portal de la gloria y también nuevos lutos caídos en las calles del alma.

Así llega el poeta hoy a la cima de este homenaje, que es más significativo si se tiene en cuenta que con él no se premia un brillante hecho de armas, ni acertada intervención electoral, ni siquiera la aplicación de un nuevo engranaje. Se le rinde culto a lo más tangible y a la vez a lo más perdurable. A lo que no tiene forma en el mundo palpable de los objetos, pero que va esculpido con cinceles de música sobre el mármol del tiempo.

Es la poesía que levanta su velamen de nubes y conduce hacia Troya las galeras de Aquiles. Es la que sacude el corazón de un hombre pálido a las orillas del Arno y lo lleva a través del infierno hasta las gradas de su propio paraíso. Es la que calcina el perfil de Mefistófeles en las noches perfumadas de Weimar. Es la que infunde nueva vida a Caín y a Manfredo entre la niebla melancólica del Támesis. La que hizo eternas a las golondrinas y las madre selvas en los balcones de Andalucía. La que con su misterioso elixir puso alas en la espalda africana de Juana Duval. La que daba lecciones de piedad a los niños purpura. La que anda en puntillas tras el perfume de los cerezos en el “pabellón musical” de Wu Kien. Es la que se escalofría de aceros desnudos a las orillas líricas del Plata. Y es, en fin, la que cierra con llaves de desvelo la puerta de la angustia y se deslía en pentagramas de dolor en la flauta encantada de Baudilio Montoya.

Poesía eterna, ondeante y sigilosa que da sus mejores tonos verdes al sauce de Musset y a los lagos llorosos de Barrós. Que hace más asequibles las estepas en la voz tormentosa de Pushkin y da a la Naturaleza su especial jerarquía en las *Briznas de hierba* de Whitman.

La poesía va por el mundo agrandando los túneles donde el perfume mide la vida de las rosas.

Pone cristales nuevos a la angustia cuando las nieblas del primer olvido desatan en el alma su invierno irremediable.

Da a los retratos alevosamente recordados la fija orientación de las estatuas.

Se arrodilla al lado de las cunas para hacerle un sitio en el tiempo al ángel de la infancia.

Se torna en humo dulce de melodía para llevar al alma consternada la palabra de Dios.

••
Se desborda en el metal de los escudos y en la seda trémula de las banderas para nombrar la Patria.

Deslíe las cadenas y desconcierta las montañas para hacer visible la libertad.

Simplifica la tarde y la sujeta con una sola estrella frente a la ventana de una mujer enamorada.

Agranda el escalofrío de las campanas y apresura la sal en las pupilas que llevan luz adentro la exacta dimensión de nuestros muertos.

Y a la orilla sin fin del tiempo y del espacio, ella guía las palabras inextinguibles hacia la punzante eternidad del laurel.

Si nos fuera posible analizar con mayor amplitud la obra de Baudilio Montoya, encontraríamos en ella una variedad de matices y aciertos verbales, que la sitúan en un lugar de privilegio entre la lírica nacional [...] ⁵¹ o es ella simplemente romántica en su sentido de oposición a lo clásico, porque el poeta no se quedó mirando el espejo roto de su propio dolor de espaldas a las grandes inquietudes del mundo.

La poesía de Baudilio Montoya —y allí está la razón de su caudalosa raigambre popular— ha servido también para interpretar el paisaje y mostrar en sonetos perfectos el renovado embrujo de la naturaleza. Ha clamado con acento colérico contra el hambre y la miseria de una clase. En algunos de sus poemas, sin ser lo que últimamente se ha dado en llamar poesía de cartel, se plantea un tremendo interrogante social, poniendo al desnudo el desamparo, la desolación y la angustia de los desarraigados, de los que nunca han cultivado la paradójica flor de una caricia, de los que se amontonan en los quicios para que el dolor azuce sobre sus espaldas su alevosa jauría.

⁵¹ [Falta un fragmento en el texto original.]

También pasa por sus versos la viñeta portuaria con sus marinos inválidos y sus gaviotas vagabundas, escurriendo lecciones de cansancio en la inquieta pizarra del mar.

Y los marinos ebrios de ron y de naufragio que consumen recuerdos y alcohol entre un desleír de pianos constipados y un intento de caricia en las manos traslúcidas de una mujer infiel.

Poesía de puerto y de barriada; poesía de amor navegando a la deriva de una despedida; poesía de la tierra con dulzuras de nispero maduro y poesía del corazón, honda y consternada, porque en ella, como en un lago sin orillas, están cayendo todos los enigmas de la locura y de la muerte.

Por esa indeclinable vigencia de la poesía, por esa labor callada y rutilante de los versos, por la rectitud de una vida puesta al servicio incondicional de la belleza, por la estructuración de un hogar que es a manera de un puerto frente a los huracanes del Sino, por la voz de los hijos que ahora comienzan a llenar de nuevas hojas la lentitud del otoño, el homenaje de esta noche despierta en todos nosotros una estruendosa satisfacción.

Es el mérito conquistado después del viaje al país de la armonía, donde los dioses tutelares del canto entretejen la espina y el laurel, ya que el pensamiento es una expiación, según la frase lapidaria de Emerson.

Baudilio Montoya: Con el oro que alumbra en las entrañas de la tierra el tránsito de las sortijas y los cetos; con ese mismo oro usado por el cacique Calarcá a manera de rutilantes amuletos; con el oro que supo a través de los mineros el drama tremendo de los socavones; con ese oro limpio que los ríos de nuestra comarca iban dejando abandonado sobre la arena como si fuera un aserrín de luceros; con ese oro escapado a la codicia de los conquistadores y al celo de los banqueros, ha sido modelada esta corona que lleva entre su estático brillo el abrazo fraterno de todos los pueblos del Quindío.

••

Y no podía ser de otra manera, ya que vuestra obra, antes de zarpar hacia las tierras cordiales de César Vallejo y Amado Nervo, viajó en la voz de nuestros rapsodas criollos por toda la comarca, con su mensaje de ternura y dolor, flexible y rutilante como el río que recorta la viñeta del campo con sus alfanjes de cristal.

Y es esta tierra vestida de fiesta bajo el hechizo de vuestra flauta, la que me ordena colocar sobre vuestras sienes ya quemadas por el simún de todos los hastíos, el círculo de llamas de esta corona simbólica, que ahora no pregona el poderío transitorio de los emperadores, sino que marca la perennidad del canto que en el transcurso de los siglos sobrevive al naufragio de los reinos y al ocaso de las dinastías.

Recibidla, pues, con la seguridad de que ella os consagra como soberano del verso y os establece definitivamente en el imperio maravilloso de la poesía.

Baudilio Montoya

ALIRIO GALLEGO VALENCIA^[52]

Un hombre de piel morena, ancho de cráneo, casi ausente de cabellos, sencilla mirada y porte; humilde en su talante aunque enhiesto en su quehacer literario, vivió, trabajó y se ocultó a la percepción de sus semejantes en este mismo idílico lugar denominado La Bella.

Baudilio Montoya solicitó un árbol de sombra en su morada eterna:

Dame un árbol, Amada, cuando muera,
que me acompañe en mi reposo eterno.
Un sauce fiel que se levante grave
señalando la paz de mi silencio.

Quiero verlo avanzar desde mi sombra,
lo quiero contemplar desde mi sueño.
«El Árbol»

Nos reunimos quienes amamos y honramos el arte poético y la hermandad que fluye en nuestro propio interior, en la comunicación anímica del pensamiento, para enaltecer a quien cantó con impávida naturalidad al amor, a las cosas y a la naturaleza en odas plenas, por lo espontáneas; dulces, por la rima armónica de sus frases; profundas, por el contenido social de sus mensajes; eternas, porque en la medida en que el tiempo transcurra, su poesía, transmitida entre el pueblo que él interpretó, se amplía en la misma extensión humana de nuestros seres.

⁵² [De *Huellas en la historia*. Armenia: Editorial Cosmográfica, 1986, pp. 157–160.]

••

Nos agrupamos bajo la sombra protectora de los árboles multicolores del Quindío, en donde anidan las aves que en las mañanas y en las tardes saludan y despiden el día y acompañan el aedo que ennoblece la comarca, para reverenciar sus cantos en la conmemoración de su deceso el 27 de septiembre de 1965.

La Muerte me está llamando,
ahora me voy con la Muerte.

Ya en la lamparilla humilde
no hay una gota de aceite.

Anoche acabó la última
en una llamita verde.

«Con la Muerte»

Frente a la obra poética de Baudilio Montoya, ha de esquivarse, como homenaje al artista que la concibió, algún rigor académico así como la intrínseca interpretación metafísica de sus figuras literarias o de sus ideas filosóficas, porque él, por sobre todo, no pretendió cubrir con metáforas simbólicas su contenido y su mensaje. Escribió para quienes lo rodearon en su tránsito vivencial de parábola humana, de lento caminar, como si el bagaje de su pensamiento, rendido a la belleza y la exaltación de los humildes, pesara sobre su cuerpo. Baudilio entregó a los campesinos y a los hombres simples todo el contenido de su rico estado anímico y descuidó, para su gloria, el acopio de bienes terrenales. Sólo mantuvo con devoción patriarcal el culto a su hogar, templo de sus afectos:

Adorado solar, huerto sembrado
de leyendas, razón de mi nobleza,
donde la voz profunda del pasado
sobre un solemne antifonario reza.

«Solar familiar»

Su estilo romántico comprende extenso trabajo poético desde su primera publicación en 1938, *Lotos*, hasta *Murales del Recuerdo* en 1963.

El romanticismo, antiguo y nuevo, no se define, se siente, afirmó Sebastián Mercier⁵³, quien asistió a su nacimiento en el siglo XIX, así que su condición primigenia se encadena a través del tiempo, que no lo extermina, en razón a su autenticidad frente a las realidades, al calor local e individual sin que se ignoren los aspectos eternos del alma humana en busca de lo sublime:

Y afana tu máquina,
pobre costurera.

Recoge los hilos,
ordena la tela,
para que el judío
que colma su tienda,
le entregue a tu esfuerzo
la exigua moneda.

«La costurera»

Baudilio Montoya nació poeta sin requerimientos metodológicos; nutrió el sentimiento de su corazón romántico y noble, en cotidiano diálogo popular, en palacios de placer y en chozas de dolor; en la serena placidez de la enseñanza rural primaria y el desgarrado grito angustioso de la gleba.

Así resulta el canto simple del intérprete, que al mezclar tanto ingrediente de la vida, explota sus emociones, ora en plegarias, exultantes cánticos o en dramáticas admoniciones sociales:

Dame un pobre recinto de Cartuja,
donde al amparo de tu amor cristiano,
logre matar el lúbrico gusano
que la miseria de mi carne estruja.

«Señor»

Ando por rutas locas.
Por senderos ariscos erizados de rocas
afano mi canción;

⁵³ Picard, Roger (1947). *El romanticismo social*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 11.

•••
tengo un vivo deseo de encontrar otros puertos,
y de darle a mis ojos anhelosos y abiertos
una nueva emoción.

«De los júbilos hondos»

Con la miseria de su paso lento
cruza por la calleja bulliciosa,
donde el mal de la insidia criminosa
agravia el duelo de su paso hambriento.

«Perro proletario»

Fuimos amigos del poeta y lo sobrevivimos con nuestra veneración y afecto.

Recordamos su figura física, sólo porque no borre el recuerdo la materia que logró concebir y expresar la belleza telúrica del paisaje que nos circunda; la construcción temática del verso, el trino de los ruiseñores, el canto de la alondra, el susurro del bosque, la tenue pisada campesina de la niña o del gañán veredal.

Baudilio Montoya no muere. Su nombre es un símbolo de llama eterna que no apagan los vientos de la rivalidad, ni la envidia. Traspasó los linderos de la muerte y se yergue, hoy, como en el futuro, cual hizo de nuestra génesis campesina y literaria.

Desde el sagrado lugar de reposo eterno, de quien amó la tierra y a su pueblo, el rapsoda del Quindío velará el ritmo de campiña virgiliana que nos rodea.

Los poetas son los guardianes de la verdad humana como captores de la profunda identidad de la existencia; narradores de vital lucha acerada y tenaz de los pueblos que representan con fuerza imperecedera, milagrosa fusión de pesar, paciencia, sufrimiento y resolución.

Por todo esto, rendimos a la memoria y a la obra de quien nos conmueve en poesía, el tributo que enaltece su personalidad y trabajo intelectual.

Cenizas. Libro de Baudilio Montoya

HUMBERTO JARAMILLO ÁNGEL^[54]

Hay poetas que nacieron para vivir tristes y para cantarle al dolor, al hastío, a las supremas agonías del corazón, a la tenaz melancolía de las horas muertas, de los caminos solos y grises, de los crepúsculos de otoño, de los parques en ruinas y de las noches sin luna; las noches llenas de misterios, heladas, con largos silencios y con oscuros presagios de pesadillas y de crueles tormentos.

Tennyson, en Inglaterra, fue uno de estos raros poetas de dolor. En Francia lo fue Verlaine, el máximo cantor de la tristeza y del olvido. Bécquer lo fue en España. Nervo en América y, en Portugal, el viejo y colérico Luis de Camões. En Colombia, Silva le cantó al dolor y a las pesadumbres, al hastío y a la muerte. Y, ahora, en amargos y hermosos versos, Baudilio Montoya, el poeta que, de haber nacido en París, y en los tiempos del “pobre Lelián”, hubiera sido, quizás, como Rimbaud, uno de los poetas malditos, uno de los grandes enfermos del espíritu.

Baudilio Montoya, como poeta, es, en efecto, uno de los grandes enfermos del espíritu. Su mal, a veces, lo hace proférer duras quejas y ácidas blasfemias. Lo hace clamar al reino sombrío de Satán. Lo hace anhelar el infierno, desear horribles suplicios, amar los negros pecados, la zozobra humana o perderse, solo, en los jardines letales de la locura. ¡Lo hace vagar, como un desterrado, por los círculos del Dante o llorar, por el

⁵⁴ [De *Letras y letrados. Ensayos*. Manizales: Imprenta Departamental de Caldas, 1962, pp. 97–100.]

•••
paraíso que perdieron los hombres, en la infancia del mundo,
copiosas lágrimas de sangre!

¡Es un enfermo el poeta de *Cenizas*!

Cuántas veces, en sus cantos, llama a Lucifer. Otras, sin embargo, no lo impreca. Ni se queja. Ni profiere ardientes gritos de rebelde. ¡No! Es, así, entonces, cuando suele soñar con puertos remotos, con países lejanos, con mujeres frágiles, con niñas pálidas, con mulatas de Tampico y de Cienfuegos o con dulces criaturas que tienen, en los cuentos azules, una rosada curva en los senos, misteriosas fragancias de jazmines, bajo la tenue caricia de las lluvias de enero.

Una confirmación de todo lo anterior es la que resulta de la lectura, lenta y penetrante, de casi todos los poemas que integran el libro *Cenizas*, en donde el poeta ha recogido, como en una mágica fuente de cristal, el fruto armonioso de sus últimos años de trabajo poético. Allí, en ese volumen de singular belleza, hay cantos tan puros, de tan bella y suave frescura que, al ser leídos, uno a uno, dejan, en la mente del lector culto, un agrio aliento de manjares abolidos en la tierra. O un sabor jamás apurado en los festines del mundo.

Nada, en ese libro de poesía, deja de ser amargo, gris, profundo, con raíces en la pesadumbre de la carne, con savia que asciende hacia las pupilas, con humo de hoguera. Con crepitar de llamas o con frío rescoldo de cenizas que fueron quedando, en el pecho, tras una larga noche de amor, un día de soledad o una estación en la que se miraron caer las hojas de los castaños o en la que se contempló el vuelo de las palomas, en una silente tarde de nostalgias y de sufrimientos tremendos.

El poeta ha tenido que sufrir mucho para lograr todo lo que, en realidad, ha logrado en sus cantos. Su angustia no es fingida. Su tristeza no es mera forma poética. Su melancolía no es, tampoco, simple fórmula de un momento del vano y fugaz minuto que pasa. Cuando habla del dolor, está hablando de lo

que le es más grato a sus sentidos. Cuando llama a la muerte, cuando sus roncós alaridos claman hacia los vacíos profundos, es, de igual modo, sincero. Nunca interroga al porvenir antes de haber mirado en sus propios abismos. Su espíritu es, entonces, una zarza trémula y su acento es tan lúgubre que la sonrisa podría convertirse en llanto purísimo, en fuego las lágrimas y en cenizas las rosas pensativas que prefiere el corazón:

Señor, yo estoy ahora
igual a Prometeo,
encadenado por las siete culpas y vencido
por las almas que supe en el sendero;
tengo toda la podre
de Job, el idumeo.

La muerte, en los cantos del poeta Baudilio Montoya, está, siempre, presente. Y esa presencia nunca le sirve de espanto:

Ya no me espanta, Señor,
la Muerte que antes temía,
esa Muerte que tú hiciste
para curarnos la vida [...]

Mas... si fuera a extenderme en un ensayo sobre el libro *Cenizas*, necesitaría, sin duda, de mucho espacio y de muchas palabras. Sí. Es que para hablar de la poesía de Baudilio Montoya, las mejores palabras de nuestro idioma resultarían pocas y sin el brillo que ellas requieren para tan noble ejercicio de la inteligencia. En un próximo libro mío me propongo escribir un extenso ensayo sobre el poeta, su dolor, su soledad, su nostalgia y su tristeza.

Poeta de cadencias entrañables

BERNARDO PAREJA^[55]

Misteriosa incantación aflora de todo mensaje poético animado por el soplo supremo del espíritu, ese hacedor de inextinguibles claridades, secreta inmanencia reflejada en el convulso destino humano. El Estagirita, intelectualivo anímico, develó en la confusa oquedad del devenir una esencia sapiencial al intuir en una síntesis de pervivencias irradiantes que “la Poesía es más profunda que la Historia”. La poesía nos reveló los designios creadores de la mañana primordial del Génesis, que alimpia y espejea los nubarrones apocalípticos que apesadumbran el ánimo conturbada y escolia con licencias de aguas lustrales los inapelables veredictos de la muerte, con la entitativa resurrección de los sueños.

El poeta de clarividente numen canta los iniciales júbilos de la etnia cósmica de que hablara el Magíster azteca José Vasconcelos, un avizor de certidumbres futuradoras; y escala la helada cúspide del tiempo y siembra de voces fructuosas los eriales del espacio donde están en vigencia permanente los devorantes edictos del vacío. Ese poeta estuvo y sigue con nosotros. Su nombre: Baudilio Montoya. Su poesía en la noche canta el advenimiento de las estrellas y en el día florece en un bucolismo de efluviados cauros intimistas. De este poeta podemos decir, sin caer en ditirámicas apologías, que el tiempo no ha opacado su mensaje lírico de albas renacentistas; manantial en cuyas orillas renace la ensoñación; proyecta clarezas que horadan las densas umbras de las horas crepusculares,

⁵⁵ [De *Argonautas del Espíritu*. Biblioteca de Autores Quindianos. Armenia: Universidad del Quindío, 2010, pp. 42–46.]

no al ejemplo de fanal efulgente, sino como luminaria de primigenios destellos avivados por providentes atributos; venero espejado signado de entrañable originalidad natía, sustentada en elevación sin descensos, virilidad sin obnubilaciones, orgullo deslindado de la confusión de sentimientos a cuyo contacto sutiles manifestaciones intrínsecas se sienten en su armónico elemento.

Compartimos con el poeta Baudilio Montoya, el pan de su mesa y también en oscuros metejonos incontables copas llenas de innoble linaje etílico, en amaneceres alucinados por pávidas y fosforescentes pesadumbres existenciales. Al poeta siempre lo asistió un lacerado escepticismo nostálgico, añorante de las mansiones donde reposan los relámpagos. Ha ya cuasi cinco decenios nos revelaba el autor de *Lotos*, en carta subrayada de lancinantes atisbos, su atormentante visión de “un mundo que agoniza sin sangre entre las venas”, según la derelicta concepción de un cimero poeta nuestro de acentuados influjos parnasianos y dotado de viva y vasta cultura grecolatina. Recordemos aquí apartes de la citada carta: “No he querido, no he podido por lo mismo buscar a mi tonada el traje solicitado con afán por los flácidos acólitos de la moderna poesía. Porque yo entiendo mi verso como un producto superior de mi angustia y no como consecuencia de la demanda convencional que pueden establecerme estéticos preceptistas del ligero mercado”. Y agrega: “Entiendo que por las razones que te doy, puedes saber mi vida y el valor de mi obra. En su defensa tendrás que empeñarte mañana, cuando los gozquecillos de la crítica pretendan levantarse buscando la altura de mis zancajos. Tú estarás entonces empenachado de voces, diciendo el fuego satánico que inspiró mi palabra y ordenó el sentido tenebroso de mis poemas”. Una angustia abismática con acentuados lamentos demoniales modulados por la absintica desolación existencial del Pauvre Lelian, está latente en la sensibilidad lírica de Baudilio Montoya. Para Rubén Darío el genial y atormentado poeta francés fue “Padre y maestro mágico, liróforo celeste”. Y nuestro portalira, hialina fuente de canciones, clama así ante el artrósico lirida: “Tú que bruñir supiste las bellas

•••
maldiciones, / ruega desde tu reino de las constelaciones / por los desamparados enfermos de tu hastío”.

La aeria diafanidad poética y bullente numen creador de Baudilio Montoya, nos lleva y aproxima al dilecto elegido de las Helicónides y coronado por ellas, en el sagrado y nemoroso templo del Helicón, autor de la *Teogonía*: fue un infatigable sembrador de símbolos de fuerzas naturales y para quien la poesía era imponderable delectación, primordial reposo de propicias deidades, presencia unciosa de la euritmia universal después de las atafagantes jornadas de la vida. Fue un panida traductor fiel del poemario nutricio de los surcos fecundados por las lluvias siderales de Deméter. Él hizo conocer a la cultura occidental los precarios cimientos sobre los que se asentaba la rudimentaria sociedad griega, la extremada indigencia de los siervos y de los pequeños campesinos, cuyo esfuerzo esclavo alimentaba el tiránico esplendor de las aristocracias guerreras y reyes sibaritas.

El erguido y sagital poeta del «Poema negro», le hizo ligeras venias a la poesía de circunstancias; esa poesía jamás le agradó a Juan Ramón Jiménez, por su obsequiosa inanidad. Baudilio Montoya, le imprimió a esa poesía cortés sensibilidad duradera tamizada por una recóndita videncia de los seres y las cosas sutilizados por latitantes dilecciones cordiales.

Baudilio Montoya fue un poeta de nobiliaria estirpe lírica, escudriñó lo nebuloso y lejano donde se oculta el origen ignoto del misterio modulador del canto y no se dejó alienar por las pávidas ventiscas del odio de vitandas secuelas, porque su palabra poética de diamantados atributos de alumbramiento inicial, se adentró con su vendimia de ritmos sonoros en la dimensión convulsa de su época obnubilada por la absurdidad relapsa. Plasmó su verso en saudosa musicalidad y no contemporizó con el aparecimiento sofisticado del poema vanguardista; columbró en él los trampantojos del facilismo poético, que a intervalos tiene sedosas vibraciones de campana, pero como ella, hueco. Su poesía pincela los suntuosos

paisajes de la comarca nativa sin alinderar sus alcances universales, donde la limpidez del aire invita a exultar la vida con su acariciante caudal de brisas aromadas; la voz melódica de los ríos y manantiales se eleva en sus cantos dotados de una difícil sencillez: le abre florales ventanales a la vastedad abísica donde mora el silencio del más allá, nos esboza el camino ascensional del sol en el verde horizonte de los panoramas familiares como una dádiva de auras intangibles, expuesta en el ara ceremonial del paisaje raizal, donde la Natura canta lo esencial y eterno. Su delicado lirismo telúrico está modelado en dilectas evocaciones lares acunadas en vivenciados afectos inamisibles. Así está expresado en estos endecasílabos de limpidez depurada y decantado estro:

Todo lo dijo, ¡Oh Tierra!, el verso mío,
tu opulenta visión, tus panoramas,
tu fe en el porvenir, tu poderío,
y el oro de tu sol que en el vacío
ordena airoso su escuadrón de llamas,
y lo quise cantar porque tú cardas
la hebra sutil de mis amores ciertos,
y también, tierra buena, porque guardas
las amadas cenizas de mis muertos.

Es notable y con visos de perdurabilidad la esencia sensitiva latente en la obra poética de Baudilio Montoya: de ella no se ha hecho un juicio de explícita ecuanimidad que enaltezca las prístinas cualidades de su canto. Sus versos están revestidos de una unciosa claridad que lenifica los aciagos conflictos del hombre derelicto, y les abre aireados lucernarios a los dilúculos opresos en la soledad oracular de la noche que se acrece con las gélidas desolaciones del espíritu, que nos revela que la angustia no reside en el silencio esmorecido de la muerte sino en las umbrosas derelicciones de la vida. Con una primordial dilección cantó las fuentes campesinas de pececicos iridiscentes y cristalinas linfas orquestales; dialogó con el viento modulador de fraganciados rumores elementales que orquestan los caminos alumbrados por intermitentes cintilaciones de cocuyos, aladas lamparillas del crepúsculo; su lenguaje de

••

quedas reminiscencias, le imprime expresiva limpidez al poema que horada el hermetismo de las cosas irreveladas con el acumen buido de las certidumbres iluminantes. Fue un poeta de desalienado talante creador, con su poesía no se detuvo a interpretar el mundo, sino a enaltecerlo, porque en su tránsito terreno afloró la fulgurosa soberanía del espíritu que alumbraba el sino entenebrido del orbe.

El poeta, afirmó con arrogante énfasis un lírico alemán, es el supremo legislador del mundo. Esta afirmación de categóricos acentos se hizo en la época dorada del romanticismo orlado de una ecumenicidad de veros aurales orificados por los cantares de gesta acrisolados por las hogueras estelares del sol. Baudilio Montoya fue el poeta por antonomasia, creador de cadencias de órficas armonías; concertista de emociones paudadas por ritmos melicados esparcidos en suscitante multiplicidad de acordes. Pasan airadas rachas ululantes de lancinantes visajes satánicos por la poesía de Baudilio Montoya, de audibles acentos baudelairianos que defendieron y cantaron la raza de Caín y la incitaron a subir al cielo y arrojar a Dios sobre la tierra, donde proliferan con atosigante fecundidad las simientes de Abel, el de las mimosas complacencias adámicas. En la lírica angustiada del poeta de *Murales del recuerdo* prevalecen las hilazas desgarrantes de la túnica de Neso, sin esos encajes sensibleros tejidos con las heladas lágrimas de la clorótica Selene. La esencialidad poética de Baudilio Montoya transmuta su estro en canciones de recóndita musicalidad machadiana. Es inconfundible su caudal lírico sin inclinaciones metafísicas ni la embriaguez espiritosa de los símbolos. Esos genitivos atributos de divisas ascensionales le han deparado un abierto reconocimiento en el panorama de la poesía hispana donde clarea con proyecciones universales el alba del idioma.

V. Estudios



La estética de la transgresión en la obra poética de Baudilio Montoya

JUAN DAVID ZAMBRANO VALENCIA^[56]

*Primer principio de la transgresión. Es necesaria.
Sin transgresión es imposible ningún tipo de progreso
[...] Segundo principio: sólo le está permitido ser
transgresor a aquel que es capaz de escapar al castigo,
o a aquel que es más fuerte que los encargados de velar
por el orden y castigar.
Mariano Arnal⁵⁷*

En este ensayo se reflexionará sobre los valores estéticos de los poemas desacralizantes del escritor calarqueño Baudilio Montoya (también llamados poemas malditos, herejes, transgresores u oscuros), a la luz de los principios de la estética de la herejía desarrollados por Orfa Vanegas Vásquez (2007), los presupuestos de mal de Gustavo Pis–Diez Pretti (2003) y el discurso satanista de Anton Szandor LaVey (2007). Tal reflexión tendrá como referente los poemas «Oración a Verlaine», «Eros», «Locura» y «Pavor»⁵⁸. En consecuencia, primero se hablará sobre el periplo de Montoya en la literatura oficial y marginal y, más adelante, se ahondará en la estética transgresora de su obra poética.

⁵⁶ [Adaptación del original, publicado en Castrillón, Carlos A. (Comp.) (2011). *Marginalia. Encuentros con la literatura*. Armenia: Universidad del Quindío, pp. 259–270.]

⁵⁷ Arnal, Mariano (2006). “Transgresión”. Consultado el 23 de septiembre de 2009, en <http://www.elalmanaque.com/junio/29-6-eti.htm>

⁵⁸ Aun cuando me refiero a los poemas que el escritor dedicó a algunos poetas simbolistas franceses, acá se abordará el soneto a Verlaine y, para efectos del ensayo, los demás poemas citados.

Baudilio Montoya: del oficialismo a la marginalidad

Baudilio Montoya es un importante referente poético del departamento de Quindío, cuya vigencia es latente —aún más que otros poetas de antaño y escritores de nuevos tiempos— en tanto reflejó en sus poemas el sentir colectivo y las creencias de las gentes, las tradiciones de los calarqueños y, en el fondo, las circunstancias de su contexto. Montoya, un escritor romántico y moderno de trazos precisos, estética que raya con lo pomposo y se conjuga con la sencillez, ha sido el poeta quindiano más respetado en vida y el mejor recordado ahora que su cuerpo integra la tierra y que su voz se percibe en la esencia literaria:

Muchacha del Quindío

Muchachita campesina
flor de mi tierra quindiana,
que tienes olor de pomas
y dulce sabor de caña
y de piñas que maduran
al borde de la quebrada.

Tienes el mismo primor
de los lirios de la estancia,
y el contenido fecundo
de tentación y de gracia
que se encuentra en las mazorcas
que crecen en la labranza.

Niña de miel y de aromas,
orgullo de mi comarca
tú eres sencilla lo mismo
que el sueño breve del alba
y hermosa cual los bambucos
que se oyen en mi montaña.

[...]

—Muchacha de mi Quindío
no me atormentes el alma.

«Muchacha del Quindío» deja notar que Montoya es un escritor de moral inalienable, apasionado del paisaje vecino y amigo del pueblo. En efecto, ganó lectores, seguidores perennes y un lugar en el centro: en la “aldea canónica”.

Lo anterior supone que el escritor navegó sobre los patrones culturales aceptados por los calarqueños y, dicho viaje, estuvo tutelado por Apolo. Sin embargo, su periplo estético, al tiempo, fue acompañado por Dionisio. Esto es, por discursos transgresores, por configuraciones poéticas periféricas, por versos que rompían lo oficial y abrían camino a libertades ocultas. Es decir, a voces íntimas y a canciones oscuras: a la herejía. Por ende, Baudilio Montoya voló sobre el mal, manifestó lo puramente humano de su espíritu y lo meramente carnal de su razón:

Eros

Mientras crecemos los febriles dejos
que demoran la estada complaciente,
multiplican tus gracias de serpiente
con intención perversa, los espejos.

A nuestro loco afán, viene de lejos
un enervante aroma en el relente,
y así junto a tu ser, mi ánima siente
un suave embrujo de licores viejos.

Por el querer de mi ansiedad pagana,
el quinqué de severa porcelana
dora su faz de anhelos encendida;

y te llama mi voz al amor fuerte,
antes de que la mano de la Muerte
nos deshaga la llama de la vida.

Ello demuestra dos cosas. De un lado —rememorando parte del epígrafe— que únicamente “le está permitido ser transgresor a aquel que es capaz de escapar al castigo”; y Montoya

•••

escapó de la condena que la cultura le impone a quien no hace caso de lo que se ordena. De otro lado, que al transgredir se emancipó y, al escapar, conservó su libertad como poeta del canon y de la margen. Esto lo pone de parte del *mal* que cohabita en el seno de la sociedad y persiste en el conocimiento, en la creación artística y en la idea de progreso. Pero también de parte del *mal* que burla y ensordece la conciencia de la tradición, y del cual es inútil huir. Al respecto, Pis–Diez Pretti, en cavilaciones que penetran los ámbitos mitológico, teológico y filosófico, afirma que el mal:

aparece como algo con lo que irreductiblemente y *a priori* debemos contar, pues ya está ahí y es parte del argumento de la obra que la humanidad debe representar. En general, es imputable —en el discurso de las grandes religiones monoteístas— a una carencia, a un déficit ontológico originado en un mal uso de la libertad, esa camisa de fuego que a veces querríamos arrancarnos. Para el mundo oriental —menos propenso a deliberar sobre su justificación, es cierto— aparece como inevitable, como un rasgo de la creación. Su superación, el inimaginable estado en el que ya no existiría, aparece —en el nivel colectivo— como escatológicamente diferido en los relatos oficiales de las grandes religiones, aunque el esfuerzo individual puede contribuir a hacerlo visible ya mismo. Pero no se espere que se brinde una explicación, o que se le dé un contenido a ese esfuerzo, pues constituyen algo que cada uno deberá hallar, y perderlos, y volverlos a hallar⁵⁹.

Así que Montoya halló el mal, anidó en su centro; después lo perdió y lo volvió a encontrar. En resumidas cuentas, forjó una travesía estética entre opuestos, entre tensiones inevitables: la bondad y la malignidad, la blancura y la oscuridad, lo cual trasluce alternativas humanas que se repelen pero se necesitan para subsistir y, en consecuencia, se conectan internamente a través de una gama de grises: como hermanos indivisibles o

⁵⁹ Pis–Diez Pretti, Gustavo (2003). “El mal: una perspectiva antropológica”, p. 21. Consultado el 15 de agosto de 2009, en http://eprints.ucm.es/4950/1/EL_MAL.pdf

maridajes divorciados. En este sentido, nuestro autor no sólo fue alba sino crepúsculo, no sólo habló de lo aceptado sino de lo rechazado, no sólo fue oficial sino transgresor. Baudilio Montoya transitó de la mano de Apolo y de Dionisio.

La estética de la transgresión en la obra poética baudiliana

Orfa Vanegas considera que:

La práctica de la transgresión lleva consigo el elemento liberador, la sensación de libertad frente a lo impuesto, porque al contrario de lo que convencionalmente se cree, el espíritu libre no es el que se centra en el cumplimiento de las normas y las leyes como facilitadoras de una quietud existencial o paz interior, sino aquel que va contra lo establecido, puesto que la libertad, en su sentido profundo, es la desviación de lo normativo para entrar en la búsqueda de lo íntimo personal, es la activación total del libre albedrío, aunque ello signifique desasosiego y continuo desequilibrio. De esta forma, la libertad se asocia con la transgresión, por la capacidad de romper la norma para acceder a un devenir más propio, en el sentido de hacer lo deseado y no lo impuesto. Y como la transgresión se relaciona con la libertad, asimismo el Mal es parte inherente a ese estado libre y exclusivo del ser humano⁶⁰.

Bajo esta lente, veamos un fragmento de «Locura» de Baudilio Montoya:

Corre un sátiro en celo por mis venas; la linfa
purpurina apresura sus caudales de fuego,
y algo como una mano de traslúcida seda
despeina blandamente mis intensos deseos.

No sé de dónde viene la opulencia gloriosa
de tus mil tentaciones; vaso de zumos caros,
racimo promisorio de mortales deleites,
poma de fina esencia con sabor de pecados.

⁶⁰ Vanegas, Orfa K. (2007). *La estética de la herejía en Héctor Escobar Gutiérrez*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, p. 141.

••

Aquellos trazos poéticos transparentan otra forma de ver el mundo. Son versos liberadores que rompen ataduras impuestas y rebosan estructuras rígidas. Por ejemplo, el “sátiro”, “la linfa”, los “intensos deseos”, “la opulencia gloriosa” y las “mil tentaciones”, confeccionan una malla de intenciones que pretenden romper el orden, agredir ideológicamente el centro y permitir que la periferia filtre sus pulsaciones y despierte el mal. El bien merecido mal de un poeta cuya dedicación a la bondad convencional colisiona con la naturaleza carnal y con lo estrictamente instintivo: lujuria, “mortales deleites”, “sabor de pecados”, goce, Satanás (al decir de LaVey)⁶¹ el dios de la carne). El Satanás liberador que contraviene o, si se prefiere, el poeta liberador que desacraliza:

Como un clarín de la Muerte
se oye un aullido lejano;
por el dombo de carbón
pasan las brujas volando,
mostrando en obscuro gesto
sus semblantes desdentados,
mientras prosigue la noche
como si fuera un ahorcado
que mecen medrosamente
las manos secas del Diablo.

Como se atisba, el poeta ya no es la multitud, la muchacha quindiana, la carreta del campesino, el solar, el paisaje, la conciencia colectiva, el orden, la pulcritud o lo establecido. Ahora es él, el hombre, la bestia perfectible, el esteta marginal o el pensamiento de un entusiasta partidario de las maldiciones emergentes en las atmósferas parisinas del siglo XIX, del *yo*: su *yo*. Un *yo* con ideales que se redime y se convence de su naturaleza oscura: la de todo hombre y mujer. En otras palabras, la del esposo que bebe unas copas de licor, la de la novia que mira con deseo a otro hombre o la del hijo que engaña a su madre:

⁶¹ LaVey, Anton. S. (2007). *La Biblia satánica*, p. 51. Consultado el 25 de septiembre de 2008, en <http://darkmagicworld.files.wordpress.com/2007/04/la-biblia-satanica.pdf>

Oración a Verlaine

Verlaine, padre sombrío: Mira los luminosos
hijos de tu luctuosa bohemia atormentada,
cómo van taciturnos tras la eterna Enlutada
soñando sus divinos exámetros gloriosos.

Son tus pobres ungidos que en los sitios umbrosos
dialogan con los signos de la noche embrujada,
mientras dice su ensalmo la burbuja sagrada
en la suave acechanza de los vinos añosos.

Por la acerba tragedia de su atroz desventura,
por sus sueños en ruinas y la cruel amargura
de su mal incurable, clamo a ti, padre mío:

Tú que bruñir supiste las bellas maldiciones,
ruega desde tu reino de las constelaciones
por los desamparados enfermos de tu hastío.

Baudilio Montoya le oró a Verlaine, al “padre sombrío” y, al hacerlo, adhirió a su discurso, lo enaltecíó al punto de un dios. O sea, cristalizó sus “bellas maldiciones” y fabricó con ellas un collar de heresiarcas. Se transformó en un maldito, en Satán, en otro dios. Por cuanto admirar a un dios hombre es reconocerse a sí mismo como tal. Es creer en el intelecto, en la virtud humana. Es negar a Dios. Puesto en situación —al poeta—, es oponerse a la idiosincrasia conservadora y a la tradición cultural de una novel región (Calarcá). Es, en conclusión, situarse del lado de Dionisio o de Caín: quien desobedeció la ley, se rebeló contra Dios y se labró como su propia deidad.

Veámoslo así. Montoya, con poemas de este tinte, quebrantó la norma (ley divina o cultural), se rebeló contra su dios (poética colectiva, sociedad calarqueña) y se forjó a sí mismo uno (escribió a sus instintos, a su intimidad, al símbolo, a la erudición, a las tinieblas). Esto es, a propósito del satanismo, “otra forma de ver el mundo; otra manera de estar en él e interpretarlo. Una búsqueda de la verdad. Un continuo viajar sobre la

historia para conocerla y aprender de ella [...] un recorrido en dirección al perfeccionamiento humano —“la potenciación de sus facultades”—. Un encuentro del hombre consigo mismo a través de la estimulación instintiva controlada: un permanente retorno a la naturaleza humana”⁶². Concepción que, léase bien, se compagina con la estética hereje baudiliana y corrobora su impronta satanista: la de las metáforas que lo reafirman en la condición mundana.

Todavía más, con Montoya acontece algo singular puesto que al erigir en sus poemas, por una parte, la historia pública y, por otra, la “atroz desventura” o las imágenes bohemias, se perfila como el arquitecto de la casa y de la luna ebria, de la margen y del canon. Podría señalarse que ello lo reviste de cierto carácter “siamés”: con órganos que se repiten, hablan desde diferentes aristas y conviven en un solo cuerpo. (Es de advertir que suscitada contradicción es vital y permanente en la interacción social y en las lógicas de desarrollo humano, estético, científico...):

Locura

[...] Así junto al peligro de tus flancos serenos
donde demora el signo que mi emoción arranca,
encuentro más perfecta, más viva tu belleza
que la que el mármol firme le dio a la Venus manca.

Arde tu gracia ahora, consúmeme en la loca
premura del minuto, hazte nerviosa y leve.
Yo soy como un brasero, tú eres sándalo puro,
y en mí tiembla la llama que fundirá tu nieve.

Ojeemos a continuación una propuesta estética y discursiva contraria a la sugerida en el poema antepuesto que, más allá de resaltar la multiplicidad del escritor, prueba su “carácter siamés”:

⁶² Zambrano, Juan D. (2009). “El satanismo, una religión de lo humano. De la muerte de Satán y otras verdades”. *Revista Literaria Polilla*, Universidad del Quindío, (7): 69.

Señor

Dame un pobre recinto de Cartuja,
donde al amparo de tu amor cristiano,
logre matar el lúbrico gusano
que la miseria de mi carne estruja.

Y en donde tú, si alguna vez me embruja
la telaraña del deseo liviano,
me apagues con la gracia de tu mano,
así como se apaga una burbuja.

Montoya podría ser el traidor de la cultura que predica o el poeta del hogar que ama. O, quizás, el escritor que maldijo al pueblo que lo veneró o el poeta de las montañas quindianas. Pero no, es lo uno y es lo otro, no lo uno o lo otro. Es decir, la herejía de la herejía, la negación de la negación (la autonegación) y la transgresión de sí mismo y de su pueblo. Es Satanás: el demonio que se revela contra el padre para liberarse pero, al lograrlo, sigue siendo preso suyo. La estética desacralizante de Montoya, por tanto, constituye un híbrido de ciclos constantes.

La que antecede es una idea fija en «Pavor». En el poema, Montoya expresa su temor hacia el mal, pero lo enarbola con una configuración poética precisa. El razonamiento es este. El lenguaje loa pero huye de los “candiles de cráneos”. La palabra expresa terror por “arcángeles caídos [...] con alas sucias y rotas” (que bien pueden ser él o la humanidad íntegra) e hilvana caminos con lucidez poética para aminorar la miseria. El autor revierte la transgresión, pero la atiza con la apuesta estética del lenguaje.

Con las palabras repele el mal y lo arropa simultáneamente. Lo contempla, lo piensa y lo estampa en versos radiantes mediante un lenguaje oscuro. Con la palabra se aparta de lo maldito y lo adora al mismo tiempo:

●●

Pavor

Ya es la hora de los trasgos
que buscan brujas bohemias
con sus candiles de cráneos.

La noche se alza desnuda
como si fuera un ahorcado,
expuesto bajo los cielos
en pornográfico escarnio,
tiene los senos oscuros
sobre el mundo, descolgados,
para que tomen los hombres
el zumo de sus pecados,
mientras dilata su sexo
en un esfuerzo de espanto.

[...]

Yo avanzo por un camino
lleno de ruidos extraños,
que corta en veces la fuga
de los lobos esteparios,
el corazón me da vueltas
como un globo abandonado,
y se tiende en su pavor
como un orate extraviado.

Dos arcángeles caídos
terrificamente raros,
con alas sucias y rotas
y túnicas en harapos,
me salen en un recodo
para tomarme en sus brazos.
Yo los llamo quedamente
con voz que llega temblando,
y se me pierden de pronto
en el negror del espacio [...]

La estética maligna de Baudilio Montoya parece formar, entonces, un quiasma (suponiendo que tal vocablo sea aceptado en este caso): el entramado de grises que liga la margen con el

canon y les permite dialogar. No obstante, en un afán efímero regresa apresurado para fundar las fronteras de los discursos y regenerar las tensiones pasadas. Y, por consiguiente, tornarse la tensión transgresora (libertad) y la tensión esclavizante (norma), pues sin lo primero y lo segundo, es insostenible el mundo tal como hoy se muestra y, asimismo, el oficio del poeta.

Para terminar

Hasta aquí se ha desplegado una interpretación de la travesía de Baudilio Montoya por la estética de la herejía y la estética canónica, y una reflexión en torno a la presencia del mal y del satanismo en algunos de sus poemas.

Finalmente, conviene decir que el Quindío contó con un escritor de alto calibre que, junto a Luis Vidales, Bernardo Pareja, Carmelina Soto, Noel Estrada Roldan, Juan Restrepo, Julio Alfonso Cáceres y otros, engalanó el discurso poético de la región e imprimió una marca que bien vale recordar y que, por fortuna, patentó la historia literaria del departamento tanto oficial como periférica. La estética de Baudilio Montoya es una expresión cultural oficial de la región y él, para los calarqueños, un ídolo de buena cepa cuya obra se trabaja en el aula de clases y hace parte de los currículos, a más de que una Institución Educativa de Calarcá lleva su nombre.

Montoya elevó y desacralizó la cultura canónica. Se resistió a ella en una especie de autonegación inconsciente abrigada por el arte. Fue un hereje del imaginario que retrata en su obra poética, no sólo desde lo estético sino desde lo discursivo. Baudilio Montoya construyó poesía de la mano de Apolo y de Dionisio, de Dios y de Satán.

La temática en la obra de Baudilio Montoya

FRANCY LADY ROJAS LONDOÑO^[63]

La obra de Baudilio Montoya, abordada desde la óptica temática, se puede agrupar, de acuerdo con las constantes encontradas en los distintos acercamientos y lecturas personales, en cuatro temas reiterativos: el amor, la muerte, la injusticia social y el paisaje. Estos temas se analizan con la teoría de los “régimenes diurnos y nocturnos de la imagen”, de Gilbert Durand, para definir un *código de imágenes* literarias que caractericen la poesía de Baudilio Montoya.

Durand concibe en dos códigos la imaginación simbólica: “El régimen diurno” y “el régimen nocturno”, definidos según un método de convergencia por isomorfismo, esto es, imágenes con igual forma. Al respecto, Durand afirma: “El isomorfismo permite descubrir una convergencia ‘semántica–formal’, en medio de la divergencia manifestativa y polivalente de la variedad expresiva de las imágenes simbólicas”⁶⁴.

El régimen diurno de lo imaginario agrupa imágenes isomórficas *ascensionales*, que son afines por su orientación espacial con las imágenes espectaculares o de luz. Estas imágenes se contraponen a las *catamorfás* o de caída, las cuales devienen imágenes *nictomorfás* bajo la morfología semántica de la noche (v. gr., tiniebla, agua, luna), e imágenes *teriomorfás* que

⁶³ [Adaptación de un fragmento de la tesis de Maestría titulada *Baudilio Montoya: Expresión romántica del Quindío*, Pereira: Universidad Tecnológica, 2006, pp. 65–103.]

⁶⁴ Durand, Gilbert (1985). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus, p. 55.

suscitan el terror (v. gr., el caballo apocalíptico, el toro, el lobo, el jaguar).

El Código Imaginario propuesto por Durand tiene tendencia dualista al separar las fuerzas del bien, contenidas en las imágenes ascensionales y de iluminación, de las fuerzas del mal representadas en las imágenes cata, nicto y teriomorfias, bajo la lógica de incompatibilidad antitética. Los términos *Diurno* y *Nocturno* en esta teoría son utilizados en sus sentidos simbólicos: el día induce en la conciencia una tendencia ascendente y de iluminación; la noche induce una tendencia a la oscuridad, la caída y el misterio.

A continuación presentamos la obra poética en estudio, agrupada por los temas reiterativos según los parámetros anteriores, para especificar el código de imágenes que inscriben a Baudilio Montoya como poeta del paisaje, de la tierra, del pueblo y cantor e intérprete de emociones.

1. El amor

El amor es un tema constante en la obra de Baudilio Montoya, con la presencia de la nostalgia y el recuerdo como efectos incorporados en la intimidad del poeta. Los poemas «Memoria», «Querella de pena y de amor», «Nancy», «Un día», «Oye», «El árbol», «En la tarde», «Mañana», «A ti» y «Las cartas», son ejemplos de las manifestaciones del poeta hacia el amor.

El tono emocional con que el poeta manifiesta el amor en el poema «Querella de pena y de amor», está caracterizado por la construcción de las imágenes: mujer, naturaleza, cosmos, voz. Estas imágenes se ubican como ascendentes o de iluminación, para proyectar el amor como el sentimiento de inspiración en el que mujer y naturaleza se conjugan para exaltar la belleza y el sentir profundo del yo que canta y penetra en el cosmos:

[...] voy a contarle a las nubes
que pasan rayando el cielo,

•••
que te llamo, que te busco,
que te sigo y te deseo;
voy a entregar estas voces
que descoyuntan mis huesos,
para que sepan mañana
que le adoro, que te quiero.

Las imágenes ascendentes están implicadas una en otra para vislumbrar la posición sutil, dedicada, tierna y amorosa del poeta frente al amor.

tan hermosos, un lucero;
si se tomara la miel
de tus labios hechiceros
el colibrí que requiere
las flores del duraznero [...]

Existe una decisión, hay claridad en el sentir, conciencia que trasciende la vida y la misma muerte. El poeta acepta su condición, se reconoce enamorado y está dispuesto a que el pueblo, el mundo, el universo, se enteren de su amor:

Mira, que lo entienda el mundo,
que lo sepa el universo,
y que conozcan las gentes
y el sol, y el agua y el viento,
que sobre todas las cosas
te quiero mucho... te quiero...

Por otra parte, no existen en «Querella de pena y de amor» imágenes nocturnas, no hay esa disyuntiva entre el bien y el mal, porque el poeta lo que hace es anunciar, contar, sin sentirse lastimado por lo que siente; por ello contrasta la hermosura de sus sentimientos con la hermosura de la naturaleza y acude a ella para alcanzar el amor de su amada:

¡Ah!, si te asaltara un lirio,
si te estrangulara el viento,
si te robara esos ojos [...]
si celebrara ese talle

tan bellamente trianero
el verso jamás oído
de algún poeta bohemio.

En el tema del amor, la imagen nuclear es la naturaleza, que constituye el espacio que permite la exploración de la belleza, el yo íntimo del poeta, así como la tranquilidad, la seguridad, la armonía. Es el lugar perfecto para la auténtica expresión de una realidad subjetiva.

Otro poema, «Memoria», muestra una visión distinta del poeta frente al amor: la nostalgia, el recuerdo por un amor que fue y ya no es. Las imágenes del régimen diurno son *mujer* y *naturaleza*; las del régimen nocturno son *nave*, *voz* y *oscuridad*. Encontramos nuevamente a la mujer como el eje del sentimiento que existe en el poeta; la naturaleza protagoniza la confrontación de la pureza, la claridad, la ingenuidad, la delicadeza de la mujer. El poeta concibe el amor y la naturaleza como suyos y por ello resalta sus cualidades:

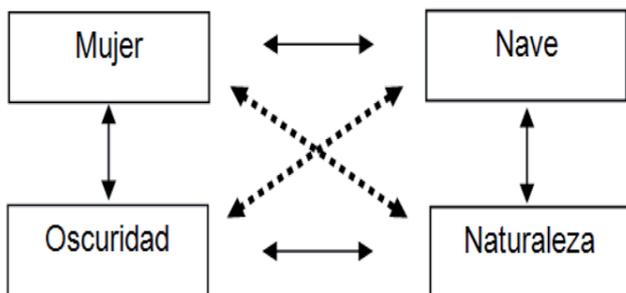
Era tan leve, tan sutil, tan mía,
tan ingenua, tan diáfana y tan suave,
como el trino cordial que dice el ave
cuando comienza a parpadear el día.

Las imágenes del régimen nocturno llegan para anunciar una partida, un dolor, una agonía, una tristeza, una pérdida, que hacen que el soneto se torne opaco, se pierda la armonía, la certeza, la belleza. Queda sólo la voz para reclamar, para llamar inútilmente al amor perdido a causa de la muerte. La nostalgia envuelve la palabra del poeta, su espíritu decae, se decepciona porque se pierde la luz, ahora todo es oscuridad:

[...] emoción de llegada de la nave,
y había en su ser, porque el amor lo sabe,
como una placidez de lejanía.

Una voz queda en mí que la reclama,
una voz dolorosa que la llama
y que en mis horas sin cesar la nombra.

Podemos observar en «Memoria» las siguientes relaciones que se establecen entre las imágenes de los regímenes diurno y nocturno:



Oscuridad–nave establecen una relación de implicación, igual que mujer–naturaleza. Entre ambos conjuntos existe una contradicción: uno enuncia vida, belleza, armonía (mujer–naturaleza), el otro muerte y tragedia (oscuridad–nave).

«Del ayer» es otro soneto en el cual el amor se presenta en tono de arrepentimiento, un sentimiento que con el transcurrir del tiempo se dilucida. En él, el poeta habla al amor desde las zonas profundas de su yo, deja manar sentimientos melancólicos. Concibe la imagen melancólica como imagen del régimen nocturno, rodeada de infelicidad, olvido y tristeza.

La melancolía se origina por la pérdida de un amor, también por el recuerdo de una mujer delicada y catalogada como pura. Es la melancolía lo que hace del poeta un ser desolado, acongojado y casi enfermo. El soneto cristaliza el profundo sentimiento del poeta en dos instantes de su vida: La juventud y el inicio de la madurez. En la juventud se presenta un amor que no fue valorado; en el inicio de la madurez comprende el valor de su amada; por ello el dolor, el recuerdo y el arrepentimiento están incrustados en su ser:

No supe conservar lo que me diste,
tu fe, tu amor, tu virginal dulzura [...]

2. La muerte

La muerte es otro tema que se despliega en la obra de Baudilio Montoya, en una concepción del camino oscuro donde la vida se apaga. «Un día», «Oye», «Señora muerte», «Cuando quieras, Señor», «Gris», «Carbón», «Tonada de la sombra final», «La oración», «Hora», «Soneto de la muerte», «El infierno» y «Cenizas», son algunos de los poemas que contrastan vida–muerte.

En «Señora muerte» el poeta nos presenta la muerte como un viaje con características de eternidad y misterio, un viaje enigmático y largo. Asume una actitud tranquila y segura porque sabe con certeza su partida; sin embargo, trata de detener esa partida y por ello reitera la espera como otro momento más para continuar viviendo.

Existe así mismo en el poeta respeto hacia la muerte cuando la designa “Señora”, la concibe como un acto mayor del ser humano, un acto que requiere atención y cuidado; por ello insta un acercamiento con cierta distancia hacia la muerte que ahora lo inspira. Trata de establecer un diálogo amistoso pero lo cubre el cuestionamiento que lo lanza y no lo detiene. Es la muerte el acto devastador de la vida. Las imágenes del régimen diurno, las ascendentes, confluyen en una sola: la naturaleza:

en una placida mañana
con vuelo lírico de pájaros
y con doradas mariposas
rondando pródigos duraznos;
creí que iría por un camino
todo florido de amarantos,
o por un mar claro y sereno
con hondo júbilo de barcos [...]

En ese orden de ideas, aparece la naturaleza como el eje de la vida, lugar que emana colorido, armonía, belleza, canto y

claridad. El poeta resalta ese camino para pensar en la muerte como el proseguir del mismo. Cierta ingenuidad trasluce el poeta y a la vez podemos detectar la existencia de la concepción del “Paraíso” como promesa de felicidad. Las imágenes cata, nicto y teriomorfias son: *viaje, reloj, noche*, que contienen la significación mayor del poema. La muerte es un viaje, viaje enigmático, misterioso, partida, viaje sin regreso, viaje final, viaje profundo de sueños, puerto eterno.

Señora Muerte, ya nos vamos
a tu país de adormideras
y de luctuosos jaramagos,
yo apago ahora mis recuerdos,
luego la lámpara del cuarto,
nadie sabrá nuestra partida
por esa ruta de guijarros
que cubren pávidas neblinas
y viejos árboles cansados.

Otra imagen catamorfa es el reloj de arena para representar el tiempo. Su transcurrir en sus últimos granos anuncia la llegada de la muerte. El reloj se detiene, no hay tiempo de regresar, se suspende el movimiento de caída armónica y se torna ahora lento; la vida se opaca y va indicando el hundimiento hacia los caminos inescrutables.

Ahora tú afanas la partida
y urges el ritmo de mí paso
porque el reloj de sorda arena
sus granos últimos va dando,
y está anunciándose la noche
sobre el lindero de mi ocaso.

Noche es otra imagen catamorfa que encierra oscuridad, imagen de caída para plasmar la muerte. Es la imagen misteriosa, funesta, lúgubre, aquella que marca la pauta para la llegada del ocaso:

[...] y está anunciándose la noche
sobre el lindero de mi ocaso.

Podemos decir que el poeta diserta acerca de la muerte reiterando oposiciones conceptuales que finalmente se implican; la vida conduce a la muerte; la vida es bien para el poeta, la muerte es mal. Existe así la dicotomía vida / muerte. El poeta también impregna la poesía con cierto toque de ingenuidad cuando anuncia que había pensado en ese viaje enigmático en un momento esplendoroso de su vida y creyó, para ese entonces, que la muerte era un camino también colorido, de descanso, un paraíso del cual tuvo referencia toda la vida y comprueba finalmente que es un camino oscuro, un viaje sin regreso:

Yo había pensado en este viaje
tan enigmático y tan largo
en una plácida mañana
rondando pródidos duraznos

[...]

todo lo dejo para el viaje
porque ya nada es necesario.

De esta manera desentrañamos la concepción funesta que el poeta teje alrededor de la muerte; aquí sobresale su melancolía, su nostalgia y su amargura, las cuales liga con la naturaleza, y construye alrededor de ellas las imágenes ascendentes llenas de luz, colorido y musicalidad; la naturaleza opaca, oscura, fría se contrapone a la anterior y forma la imagen de caída.

En otro soneto del autor, titulado «Cuando quieras, Señor», encontramos un nuevo matiz del poeta frente a la muerte. Experimenta la noción de muerte contenida en imágenes opuestas: *Señor* y *muerte* son imágenes del régimen diurno; *vida* es la imagen del régimen nocturno. La imagen *Señor* refleja la idea de un ser superior en la vida del hombre. El poeta emite juicios filosóficos sobre los caminos oscuros que trasegó su vida, directamente clama a Dios por su salvación y reconoce que es el camino de regreso a la luz. *Dios* constituye luz, salvación, verdad, perdón, amor bondad, poder, ternura:

●●
Ya estoy, Señor, retorno de la oscura
senda fragante que embrujó mis años

[...]

Sálvame del dolor que me consume;
tórname el alma en celestial perfume
para tus evangélicas esferas

[...]

apágame, Señor, cuando tú quieras.

En estas ideas, observamos la tendencia religiosa del poeta, su espiritualidad, su respeto y su falta de voluntad para decidir frente a Dios. La imagen *muerte* se presenta como imagen ascensional porque es la que posibilita el camino hacia la salvación, el encuentro con la esencia del ser, es la salida de la oscuridad, beneficio para el alma que propicia la calma, la serenidad: “Ya estoy, Señor, retorno de la oscura [...]”.

La *vida* en el soneto es la imagen catamorfa. Transferida por la oscuridad, producto de engaños y mentiras, es la profanación, el sendero del azar, la improvisación, el dolor, la amargura. La vida para el poeta obstruye la fe, aparta al hombre de las dimensiones reales de su existir:

senda fragante que embrujó mis años,
en donde me asaltaron los engaños
y estranguló mi fe la desventura.

Apurado ya el cáliz de mi amargura
por el querer de horóscopos extraños [...]

En conclusión, las imágenes *Señor* y *muerte* son imágenes dirigidas por la luz, ambas resplandecen. En oposición, la imagen *vida* enfrenta una visión del poeta afligido, manifestación errada, confusa y abismal. Así mismo, nos plantea la vida como lo efímero y banal.

3. La injusticia social

Baudilio Montoya incluye en su obra, además, la expresión de la miseria humana; teje alrededor de ella la voz que denuncia y reclama por aquellos menos favorecidos, aquellos que sufren el olvido social por poseer escasos recursos económicos, aquellos que trabajan la tierra y cuyos frutos no alcanzan a satisfacer las necesidades, ni siquiera el reconocimiento de la sociedad que los desconoce y maltrata. Él prolonga en sus versos la queja, el pesar, la desventura de las clases sociales marginadas.

Pertencen al tema de la injusticia social, entre otros, los siguientes poemas: «Querrela de Navidad», «En el fin», «Poema negro», «Mariposa del bar», «Guardián», «La costurera», «Miseria», «Mutiló», «Signo», «Perro proletario», «Guardián», «Noel», «José Dolores Naranjo».

Por ejemplo, en «Poema negro» Baudilio Montoya presenta la injusticia social en un tono de amargura que critica fuertemente a la clase social cuyo poder económico le permite pisotear los sentimientos puros y dignos de una mujer campesina y su hijo. Las imágenes de este poema son riqueza–miseria. *Riqueza* es imagen ascendente o de iluminación, con la cual el poeta introduce la historia de una mujer campesina–mendiga. Esta imagen en el poema connota fastuosidad, elegancia, abundancia, fiesta, alegría, danza:

Apura sus tonadas fantásticas la orquesta
que enciende la locura de la mansión en fiesta.
Galantes caballeros y férvidas mujeres
danzan la danza alegre de báquicos placeres
bajo la aristocracia de las bombillas claras
que agravian con sus iris las esmeraldas raras.

En vasos cincelados de hermoso corte griego
sirven el vino antiguo para el sensual sosiego,
y ornadas con orquídeas y anémonas ligeras
resaltan orgullosas las frentes altaneras.

••

El comportamiento de la imagen anterior se contrapone a la imagen de *miseria* y refleja la ironía que subyace en aquella porque toma la forma de apariencia; es decir, se presenta una farsa en la finura, la fiesta, la danza, porque escondida en la parte baja de la mansión, según el poeta, está la mujer campesina con su hijo. La *miseria* es imagen catamorfa porque contiene la angustia, el dolor, el hambre, el olvido, la mendicidad, la venganza:

Guiñapo de esa oscura caterva de infelices
que ordena en escuadrones famélicos la tisis,
apenas es un punto del miserable enjambre
que surte a todas horas la gran legión del hambre.

Resuelve con sus manos los andrajosos flecos
buscando de su madre los tristes senos secos
cansados por la pena de todas las fatigas,
que penden a manera de inútiles espigas.

De esta manera, el poeta nos conduce por el camino de la realidad cruel de la mujer campesina, cuya ingenuidad y temores la doblegan ante el magnate y la empujan a la miseria; su hijo es destinatario de la angustia y el hambre; no comprende su destino, lleva en sus venas el sabor amargo de la injusticia, de aquel que aprovechando su poder castiga sin clemencia la humildad y la pureza.

El poeta articula en la temática expuesta las voces del pueblo e ilustra las circunstancias que rodean sus vidas, quizás con el propósito de rectificar las actitudes de los poderosos, hacerlos más humanos y próximos al sentir de los otros; tal vez en su queja el poeta quiere transmitir su consideración y acompañamiento. No están solos, alguien canta para sus intimidades.

De este modo, el poeta condensa el mundo en oposiciones y refleja las desigualdades humanas. El bien y el mal circundan, el mundo no es armónico, en él subyace la queja, el abandono, el olvido. El poeta recurre entonces a sus posibilidades humanas y sensoriales para traducir lo íntimo de la sociedad.

La injusticia social también la podemos vivenciar en «Guardián». El poeta en un lenguaje sencillo, humilde y espontáneo crea la voz que reclama a causa de un sufrimiento y denuncia la injusticia humana. Confronta la humildad, la sencillez, la bondad y el amor de un campesino con la crueldad y perversidad del magnate, que poseído por sentimientos de superioridad pisotea el alma diáfana y transparente del campesino.

Baudilio Montoya circunscribe el poema en la imagen *campesino*, que pertenece al régimen diurno, y está acompañada de la imagen *naturaleza*. La imagen del régimen nocturno es proyectada en el magnate. En la imagen *campesino*, el poeta exalta las virtudes, sentimientos, nobleza, dedicación y amor hacia la naturaleza, específicamente un perro. De esta manera encontramos nuevamente la estrecha relación hombre–naturaleza. La imagen *campesino* refleja, a través de la voz del poeta, el maltrato y la humillación que soporta por parte del magnate que tiene poder y dinero para vulnerar la tranquilidad de la vida campesina. Por ello cuestiona al Señor sobre la función de los hombres, ironiza sobre su creación y finalmente sentencia:

Se llamaba “Guardián”, un can humilde,
sencillamente bueno,
que celebraba siempre mi llegada
al regreso del pueblo
encendiendo sus ojos en cariño,
sus ojos tan alegres, tan sinceros.

Y le recé: —“Guardián”, no te sorprenda
los hombres son así: malos y ciegos;
a imagen del Señor de los espacios
todos dizque están hechos,
y sin embargo violan sus sentencias,
todo lo que es elemental y bello.

La imagen *naturaleza* prevalece en el poema porque recrea la compaginación de sentimientos, el desarrollo de una vida, la comunicación constante entre todos los seres que la habitan. Se percibe cómo la casa, el camino, el huerto, las palomas, la

●●

tarde, el lucero, conjugan la convivencia con un perro. El poeta nos retrata en sus versos lo elemental y plácido de la vida campesina cuando aún no llegaba el magnate. Desde otra perspectiva, la naturaleza para el poeta es el lugar que también sufre y recibe en sus entrañas los seres que un día cobijó; por ello trata de consolar al campesino y al perro para que se dignifiquen y sea Dios quien valore las almas justas y buenas de la tierra:

un perro como tú, que vigilaba
la querida heredad con su desvelo,
y cuidaba la casa y los caminos,
la fuente, y el huerto,
y las tiernas palomas que arrullaban
de tarde, en el alero [...]

descansa ya bajo las verdes frondas
de mis rosales viejos,
que seguirán dejándote piadosos
todo el amor de sus retoños nuevos.

La imagen *magnate* es la imagen catamorfa por el atropello que implica, aquel que castiga la inocencia y quebranta la calidez del sentimiento. El poeta desacredita al magnate, lo percibe envenenado y contaminado por el poder que le otorga el dinero, lo sumerge en el laberinto de la maldad porque daña y destruye el compás armónico de la relación hombre–naturaleza:

un magnate engreído
por el triste poder de su dinero,
con la violencia de su carro airoso
salvajemente me mató mi perro.

[...]

Conteniendo el dolor que me causaba
el brutal atropello,
abrí una fosa en el jardín añoso

El poeta utiliza su voz y en ella está presente el sentir de su pueblo; su voz expande la agonía del campesino frente al patrón que lo sumerge en la amargura y la tribulación.

4. El paisaje

En todo el proceso creativo de su obra, Baudilio Montoya demuestra su apego a la naturaleza, bien para cantar su hermosura, para cantar a la vida, bien para cantar a la muerte o ser testigo de la injusticia humana. La naturaleza es la fuente de inspiración del poeta. Poemas como «Acuarela», «Cromo», «Guardián», «Cielo», «José Dolores Naranjo», «Muchacha del Quindío», «Palabras a la niña del campo», «Casa de La Bella», «Poema del labrador», «Invierno», «Rosalía», «Ángelus», «Quema», «Hora», «Medio día», entre otros, componen su canto lírico asociado a las más sentidas expresiones del paisaje.

«Acuarela» enmarca el concepto intelectual consciente del poeta acerca del paisaje rodeado de naturaleza; aquí el poeta expresa la hermosura del paisaje que entrega en bellos contrastes su colorido en una actitud espontánea. El paisaje en este soneto se vincula con la imagen *naturaleza*, símbolo en el que todos sus elementos se unen, se funden para conformar el paisaje. El símbolo *naturaleza* dimensiona la iluminación de imagen ascendente en el poema; pertenece al régimen diurno en este caso por el contexto en el cual se pinta con palabras un atardecer reflejado en una laguna:

La luz errante de la tarde, en una
viva oblación de tonos encendidos,
pone una suave lasitud de olvidos
en el espejo gris de la laguna.

Una celeste voluntad aduna
la fragancia de cámbulos floridos,
mientras sobre los límites dormidos
surge una vaga anunciación de luna.

El poeta, a través del icono *naturaleza*, representa el mundo con una visión arraigada al paisaje; los sentidos (visión, olor, tacto, audición) difuminan el sentir en un proceso exuberante que trasciende la relación hombre–naturaleza.

En otro poema, «Poema del labrador», encontramos nuevamente la naturaleza como imagen ascendente que vincula hombre–tierra en estrecha relación. El hombre como el campesino sabio, conocedor de los secretos de la tierra, traductor de sus designios; es el labrador a quien dirige el poeta su canto para exaltar su vida, su labor y el contacto con la naturaleza en un compás de armonía, paz y tranquilidad:

Oh, tú, desconocido labrador fervoroso
que labras tu cortijo paciente y sudoroso;
hombre que has aprendido la gran sabiduría
que a sus hijos enseña Naturaleza pía,
que tienes una casa con mastín y palomas
y un huerto con naranjos y zuribios y pomas;
que en el hogar conoces de la ventura el sello
cuando tus hijos cuelgan amantes de tu cuello
como pámpanos tiernos, y el dolor no te humilla
porque te da sus mimos una mujer sencilla
toda llena de gracia, fecundadora y buena
como los surcos que abres en la tierra morena.

5. A manera de cierre

Los poemas anteriores no presentan oposiciones ni contradicciones en la constitución de sus imágenes simbólicas. La naturaleza es el símbolo dominante, la imagen nuclear de la obra de Baudilio Montoya a través de la cual se conjugan diversos sentimientos e ideas del poeta.

Observamos que la poesía de Baudilio Montoya está enmarcada por el símbolo *naturaleza* en oposición al símbolo *noche*, según el modelo de Gilbert Durand. Estas constantes nos presentan un poeta de la luz influenciado totalmente por el paisaje, y un poeta captado por la profundidad de la noche, en la cual subyace la reminiscencia, el valor de la tumba, el misterio en el cual no existe tiempo ni espacio.

La poesía de Baudilio Montoya presenta una constante en el código de la imaginación simbólica del régimen diurno para

exaltar la naturaleza y su relación con el hombre. Baudilio Montoya es un poeta de la luz en la que se asimila la calma, el reposo, los colores que contrastan la relación íntima hombre–naturaleza, hombre–cosmos. Así, explota la riqueza de la tierra y sus frutos para exaltar el ambiente físico y geográfico y la labor del campesino, con efectos poéticos que involucran los sentidos en forma integradora. De esta manera percibimos un pensamiento tradicionalista del poeta frente a la evolución de dicha relación, pues trata de mostrar y rescatar los valores ancestrales y quiere prolongarlos a la vez que conservarlos.

En cuanto al régimen nocturno, encontramos la presencia de imágenes cata, nicto y teriomorfias, como la *noche*, que proyectan un poeta melancólico que sufre, reclama y se agobia. Un poeta cuyo espíritu que a veces se torna débil, otras es fuerte para llevar la voz de la angustia y el dolor de sus gentes. Ello lo torna popular, asequible y sencillo.

De esta manera, el poeta trata de crear conciencia en el hombre de la estrecha relación con el medio y sus beneficios; algunos instantes prolongan dicha relación para pintar el amor, otros para plasmar el dolor. El símbolo *naturaleza* expresa la emoción, la proyección anímica del poeta que observa y admira su entorno y no quiere irse, desea conservar esos momentos en los que la inocencia se vuelve alegría, satisfacción. Es la naturaleza consuelo para los afligidos y felicidad para quienes gozan de las sustancias cósmicas que connotan la existencia y la armonía.

En esta concepción, el poeta se aleja de la vida citadina y prefiere la rural por la pureza, la igualdad, la humildad, la sinceridad y la reconciliación. Además porque es rebelde y evade la realidad que enfrenta; por ello su yo se instala en la vida rural e interpreta sus secretos en una constante indagación psicológica y cósmica.

Semblanza mínima de Baudilio Montoya

JAIME MEJÍA DUQUE^[65]

*Ya sé que en la jornada transitoria
todo es humo y dolor; humo la Gloria,
y la vida también... un poco de humo.*
Baudilio Montoya

Baudilio Montoya, a quien con justicia se llamó por antonomasia “El Poeta del Quindío”, y quien fuera, desde luego, uno de los líricos más espontáneos y puros de la Colombia de su tiempo, constituye hoy sin duda una de las figuras tutelares de su comarca. En este sentido le podemos aplicar el título de personalidad representativa de unas tradiciones, una época y un pueblo.

Nacido en Antioquia el 26 de mayo de 1903, dos años antes de la creación del departamento de Caldas, fue traído por sus padres a la región quindiana hacia 1906. Murió en una edad de plenitud, a los 62 años, el día lunes 27 de septiembre de 1965. Remirando hoy el conjunto de su obra, bien podemos afirmar que en el devenir de su sencillo estilo las frecuentes entonaciones melancólicas constituyen apenas uno de los elementos esenciales de su felicidad ante el espectáculo del Mundo. Y este mundo, el suyo, cupo completamente en aquella franja histórica que se extiende entre la última fase de la sociedad campesina y patriarcal y la lenta, desigual y contradictoria emergencia de nuestra distorsionada sociedad urbana. Su infancia estuvo anclada en el universo rural y aldeano de

⁶⁵ [De un manuscrito autógrafo. Se publicó, con el título “Semblanza poética de Baudilio Montoya”, en *Baudilio Montoya, Antología poética*. Bogotá: Editorial Tiempo Presente, 1992, pp. 3–8.]

las leyendas candorosas y el imperio de los sencillos utensilios en el marco de una cotidianidad en donde el espíritu bucólico hacía todavía humanamente llevaderas las naturales pesadumbres del subdesarrollo y el anacronismo.

Alcanzó a publicar en vida seis libros de poemas:

1938, *Lotos*, el cual fue bien acogido dentro y fuera del país.

1944, *Canciones al viento*

1949, *Cenizas*

1952, *Niebla*

1954, *Antes de la noche*

1963, *Murales del recuerdo*

Y en 1973, editada por el Comité Departamental de Cafeteros del Quindío, seleccionada por Héctor Ocampo Marín y prologada por Lino Gil Jaramillo, salió la Antología de su obra, bajo el título de *El rapsoda del Quindío*.

Desde este punto de vista, el de la oportuna difusión de su obra, Baudilio tuvo pues lo que se dice buena fortuna. No padeció, durante sus años postreros, la amargura de saberse inédito. Su pueblo, sus amigos, supieron hacerle justicia oportuna y cumplida a su trabajo creativo.

Por ello, su amable y campechana figura se nos aparece en el recuerdo sonreída siempre y, a veces, llorosa de nostalgia y ternura cuando decía en las tertulias bohemias su propia poesía. Porque, como genuino sentimental perteneciente a una generación que se negaba a despedirse del todo del candoroso mundo de las fraternidades aldeanas, con ostensible coherencia estética y moral siguió siendo romántico y braceado como tal por entre los desajustes y las fisuras de una modernidad que definía ya las avanzadas literarias de América Latina.

También se teñían de romanticismo y límpida idealidad sus conatos de rebeldía social y beligerancia política. Así exaltó el sacrificio de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, en el poema

intitulado «La muerte del caudillo», que permaneció inédito, al parecer, hasta cuando Arturo Serna Osorio lo difundió en el *Diario del Quindío*, el 9 de abril de 1991.

Su visión del mundo era, en general, demasiado amable como para comprender realmente el *pathos* de lo trágico. De ahí el que me resulte perfectamente posible que sus gentes le hubieran amado lo mismo aunque no hubiese escrito poesía. Porque su natural bonhomía fue un constante e implícito llamado a la reconciliación entre el hombre y el hombre, y entre éste y la Naturaleza. En tal sentido, su innata metafísica bien hubiese podido considerarse a sí misma como auténtica cosmogonía.

Cantor de la Naturaleza, inclusive en la forma ortodoxa del soneto, pero no al modo “escultural” —con parnasianas reminiscencias— del autor de *Tierra de promisión*, sino con una inmediatez próxima al sentir de la gente común (o sea, con menos mediaciones estilísticas), Baudilio deja fluir su verso al impulso de la primera emoción. En su copiosa escritura sucede siempre así, de un mundo casi coloquial, hasta el punto de que a menudo tenemos la impresión de que la endecha, la copla repentista de los juglares criollos, no queda tan lejos, como en un principio tal vez pudiera parecernos, de poemas como el soneto titulado «Paisaje», del ciclo de *Canciones al viento*:

Pasó la racha aleve del huracán violento
doblando, enfurecida, los gajos del plantío,
y ahora se está quejando con un dolor sombrío
entre las frondas húmedas, el órgano del viento.

Lo *popular*, en la acepción de nuestra provincia, es decir, pre-urbano, o premoderno, sin duda constituye lo vivencial en la poética baudiliana. En esto radican los méritos en no menor medida que las limitaciones de su lirismo, tan genuino por lo demás en cuanto se refiere a su “don”, que es lo innatamente lírico.

Pulsó todas las cuerdas del sentir popular y lo hizo además dentro de la escala valorativa de sus coterráneos y coetáneos: sus lugares comunes de juicio y de emoción, tan vivos en aquella cotidianidad en permanente trance de idealización; sus mitos y supersticiones; en suma, el espíritu *acrítico* de toda su cultura: ese espíritu eternamente romántico y fetichista de donde sigue manando nuestro folclor de amores, premoniciones fúnebres y nostalgias. De ahí también el que, en un momento dado, cualquier poema de Baudilio pueda musicalizarse con las tonadas populares, para volverse canción.

Es pues en esta amplia perspectiva de lo popular andino, en la que debemos comprender y celebrar ese “don” del lirismo baudiliano.

Nadie más distante que Baudilio del *literato* —en ninguna de sus versiones posibles: la del diletante, o la del profesional—. Antes que un “literato” de gabinete y academia, él era un *cantor* “orgánico” del paisanaje, conviviente con éste en fondas y caminos, en la fiesta familiar y comunitaria y, de paso por la ciudad, en la tertulia bohemia, en la celebración y en el duelo. Él mismo suele decirlo a su manera, como sucede en el soneto «Recuento» (del libro *Cenizas*), que comienza:

Seguí como un rapsoda por todos los caminos
que señalan la carne rugosa de la tierra;
bajo todos los cielos di mi voz a los vientos
y en todas las distancias hice vibrar mi cuerda.

Al hablar de sí mismo, casi siempre nos alude a todos, según acabará haciéndolo el auténtico poeta, aun sin proponérselo. Pues toda emoción que intenta manifestarse, por este solo hecho deriva hacia el *nosotros*. No existe ni ha existido canto “para uno mismo”. Lo colectivo arrebató al Poeta su canto y le confiere sentido. En sus emociones se reconocen quienes, incapaces de expresarlas, buscan en la voz del Poeta la corroboración trascendente de su propio ser sensible: su identidad humana.

••

El tedio del poeta, una vez que él lo dice desde su compulsión más íntima y solitaria, es también *nuestro* tedio:

Qué pequeño, qué efímero, qué vano
este vivir que el corazón disfruta,
qué mentido el halago de la ruta,
y qué falaz el límite lejano.

(Del soneto, «Tedio», en *Antes de la noche*)

He insinuado que Baudilio, en su espontaneidad sentimental, es portador de una metafísica en acto, que implica de suyo una cosmogonía. Y, según suele ocurrir con personas así constituidas por causa de una cierta infancia, a menudo en su conservación y en sus fáciles versos resultaba siendo más profundo de lo que él sospechaba. Era, sin duda, ese tipo de *profundidad* pre-reflexiva que comporta la plenitud de un sentimiento verdadero. Aquella misma profundidad de la *vivencia*, anterior y posterior a toda filosofía, cualidad originaria del espíritu poético desde la más nebulosa antigüedad.

Después de Baudilio, y entre sus coterráneos, el quehacer poético se ha refinado en su intencionalidad y se ha tornado más reflexivo; y, obviamente, grávido de presupuestos y referencias culturales. Lo vivencial, lo terrígeno, lo provinciano, se vierten ya a través de más complejas mediaciones sobreestructurales. Crear poesía es ahora menos el mágico arrebató de la inspiración (compulsión) momentánea —instante único de epifanía y sortilegio—, que el apersonarse de la trascendencia del verbo poético, cada vez más sabiamente.

¿Querrá esto decir que la poética baudiliana ha sido por sus descendientes “superada”? Obviamente, no. En el sentido más propio, en poesía no hay nada equivalente a lo que en el orden de lo institucional y de lo material denominamos “progreso”.

Hay textos de mayor calidad estética que otros, claro está. Pero cuando se da la presencia de una sensibilidad genuinamente lírica y no —como sucede con frecuencia— de una mera proyección voluntarista hacia la configuración literaria

en cuestión (el *género*), lo que tendremos que considerar es sí dentro de esa peculiar cosmovisión o tendencia fuertemente individualizada, *este* poema en particular se justifica en su propósito y si genera en nosotros, lectores o auditores, la chispa del goce y el puro estremecimiento.

En lo plenamente logrado de su obra, justamente es eso lo que nos brinda Baudilio. Veamos al menos un ejemplo de lo que viene a ser una de sus visiones fundamentales. Me refiero a su acento bucólico, que lo es en la acepción más clásica del concepto: el virgiliano. He aquí pues uno de sus sonetos sobre motivos campestres, que son verdaderas ofrendas litúrgicas al espíritu de lo Primigenio, de lo ancestral y más terrestre:

La fuerza del arado que cuida el rusticano
extiende sus estrías sobre tu piel rugosa,
y absorto en sus esperas, con ansia candorosa
musita los responsos de su fervor ufano.

A la nutricia entraña la ciencia de su mano
entrega la semilla feliz y milagrosa,
porque aprendió en su vida sencilla y generosa
la gracia de la suave parábola del grano.

Aquí, como acontece en la visión bucólica propiamente dicha, la relación nutricia del Hombre con la Tierra (modelo y transposición al mismo tiempo de la relación madre-hijo, edipismo cosmogónico, idea arquetipo de la condición humana más arcaica) se expresa, como si dijéramos, de primera intención, mediante unas pocas, muy pocas metáforas de la mayor simplicidad. No por esto el testimonio baulidiano pierde validez poética, ni, por supuesto, veracidad mítica.

Finalmente, el Amor y la Mujer, potencias mayores que preceden —como la Madre al Hijo, justamente— los brotes líricos de adolescente y se reiteran con inexhausto dominio —y eterna pertinencia— en todo el periplo vital del Poeta y a través de todas las vicisitudes del estilo. Así leemos en el poema de cinco cuartetas, titulado «Canción a ella» (del libro *Canciones al viento*):

•••
Sostenida en mi canto siento toda tu euritmia
y entiendo tu belleza vagando en mi emoción,
me parece que vives florecida en mi anhelo
o en el mundo armonioso que vigila mi voz.

[...] Mujer desconocida; te iré siguiendo siempre
porque eres el motivo de mi peregrinar,
aunque sé que al buscarte con los brazos abiertos,
en las rutas del mundo no te habré de encontrar.

Desde la perspectiva de los modernos rigores de la poesía, es fácil advertir, por ejemplo en estos cuartetos —como acontece frecuentemente a lo largo de todo el *opus* baudiliano—, vocablos, rimas y giros obvios, previsibles en ocasiones como automatismos. Sucede así por la sencilla razón de que provienen del habla cotidiana, antes que el laboratorio estético propiamente dicho. Aquí el sentido común de la inmediatez sentimental va articulándose hasta conformar un conjunto armónico de fácil memorización. Aunque podríamos reconocer que los sentimientos que ahí se contienen son *universales* puesto que pertenecen a todos los hombres, e *intemporales* porque atraviesan todas las épocas sin perder su identidad como amor, nostalgia, tristeza, anhelo, etc.; aunque todo ello es cierto, *la forma estética del poema resultante* no alcanza a superar su posición intermedia entre el folclor y la denominada poesía absoluta, o universal. Sin embargo, ni aun este determinismo o gravamen estético logrará, salvo algunas excepciones —en donde la improvisación se entregó por entera a sí misma— opacar el *aura* de aquel genuino lirismo de entre dos épocas que sigue manteniendo en su lugar el mérito consustancial de Baudilio.

Aquella entrañable humanidad, cuya corriente simpática irradiaba de la persona tan representativa y típica de Baudilio Montoya, seguirá latiendo —inextinguible pulso de la vida más recóndita de un pueblo— bajo la tersa epidermis de su poesía.

Bogotá, julio de 1992.

El corpus poético de Baudilio Montoya

CARLOS A. CASTRILLÓN

MAYRA SARMIENTO AGUIRRE^[66]

El proyecto de bibliografía comentada sobre Baudilio Montoya tiene como propósito establecer el conjunto de referentes críticos que sirven de marco a una valoración múltiple de la obra del poeta. El compendio incluye los escritos y estudios sobre el autor y su obra, la revisión de las recopilaciones, el rastreo de los poemas dispersos y de los escritos en prosa publicados en periódicos y revistas (con nombre y con seudónimo), la presencia del autor en antologías de poesía colombiana e hispanoamericana, los productos audiovisuales sobre el universo poético baudiliano y los poemas de homenaje.

En el recorrido por esa amplia bibliografía, dispersa y de utilidad muy dispar, se hace necesario definir el corpus de la poesía baudiliana. Esto es más importante si se tiene en cuenta que la obra del autor corre por tres tradiciones distintas: los seis libros publicados, las cuatro recopilaciones que se conocen hasta hoy y los incontables poemas que el autor decidió dejar por fuera de sus libros (poemas de ocasión y repentizaciones), algunos de los cuales aparecieron en revistas locales, pero que en su mayoría permanecen inéditos, en poder de los destinatarios directos, porque no fueron escritos para ser publicados.

A la percepción del autor desde esas tradiciones encontradas debe agregarse que muchas lecturas actuales de la obra de

⁶⁶ [Informe de los *Apuntes para un proyecto de bibliografía sobre Baudilio Montoya*; se reproduce el capítulo correspondiente al corpus poético canónico.]

••

Baudilio Montoya se basan en las recopilaciones —que, como veremos, son poco confiables por sus muchas inconsistencias—, y no en los libros originales, lo que acentúa la mirada parcial a una poesía diversa.

Denominamos “corpus poético canónico” de Baudilio Montoya al conjunto de 406 poemas de los seis libros publicados en vida del autor, al cual se podrían sumar los poemas no recogidos en libro, luego de evaluar su pertinencia, para tener el corpus completo.

Baudilio Montoya excluyó de su obra publicada en libro muchos poemas que se conocen de fuentes diversas. Por ejemplo, para citar sólo dos casos que han recibido alguna atención, el poema a Gaitán al que alude Mejía Duque (*Vid. supra*, p. 230), «La muerte del Caudillo», que data al parecer de 1948, pudo ser incluido en cualquiera de los cuatro libros que el autor publicó desde entonces; al no hacerlo, se marca una voluntad expresa con respecto al lugar que ese poema, y otros similares, debe ocupar en su obra. Lo mismo ocurre con el poema de ocasión citado por Villegas, el soneto festivo «Exaltación», fechado en 1942, que no fue tenido en cuenta en ninguno de los libros publicados después. Villegas habla de “centenares de poemas repentistas que ganaron la gloria y el olvido del instante, poemas festivos que ahora no parecen gustarles a acartonados intelectuales y a algunos familiares que quieren preservar la imagen del poeta como vate iluminado y parnasiano”, y afirma que “a Baudilio le interesaba más la poesía viva porque la entendía como una forma vital de comunicarse con sus amigos, con su gente, con su pueblo” (*Vid. supra*, p. 109).

En los libros publicados por Baudilio Montoya no quedó prueba de ese supuesto interés, que pertenece más bien a la imaginación histórica sobre el poeta y al anecdotario de su vida, del cual no subsisten rastros en la obra que el autor se esmeró en conservar: la que lo acerca más a la imagen de poeta complejo y oscuro. Esto se nota no sólo en el cuidado que Baudilio Montoya puso en su obra, sino también en sus escritos

personales, como la bella carta que le dirigió a Bernardo Pareja hacia 1940 (*Vid. supra*, p. 195): “Yo entiendo mi verso como un producto superior de mi angustia y no como consecuencia de la demanda convencional que pueden establecerme estéticos preceptistas del ligero mercado [...] Entiendo que por las razones que te doy, puedes saber mi vida y el valor de mi obra. En su defensa tendrás que empeñarte mañana, cuando los gozquecillos de la crítica pretendan levantarse buscando la altura de mis zancajos. Tú estarás entonces empenachado de voces, diciendo el fuego satánico que inspiró mi palabra y ordenó el sentido tenebroso de mis poemas”. En otra carta, fechada el 23 de marzo de 1938, antes de la publicación de *Lotos*, le cuenta a Teófilo Gil que está preparando un “canto sobre la vida” de Pelón Santamaría, con el que quiere triunfar en Manizales: “todo mi corazón, mi sentido y mi sangre estarán en él. Tengo la seguridad de que impondré de manera más firme mi nombre”; cuenta también que leyó en una emisora local el «Romance del Príncipe», homenaje a Bernardo Arias Trujillo, que “me lo quitaron para la prensa y hasta el momento no ha vuelto a mi poder”⁶⁷. En la selección para *Lotos* quedó el romance, pero el canto no aparece en ningún libro.

El grueso de la poesía baudiliana está compuesto por sonetos de hondo lirismo y palabras atormentadas, llenas de la luz del mundo y de la oscuridad del destino, por lo que se puede afirmar que, al menos cuantitativamente, el conjunto es más equilibrado de lo que se cree⁶⁸. El hecho de que Baudilio Montoya hubiera utilizado los seudónimos Benito Montes y Chucho Chaverra para firmar sus prosas humorísticas y algunos poemas de ocasión, indica una voluntad de escisión que transforma esos seudónimos en verdaderos heterónimos que multiplican la complejidad. Parece claro, entonces, que el poeta seleccionaba lo que quería publicar y decidió dejar por fuera de su obra

⁶⁷ “Carta del poeta Baudilio Montoya” (1982). *Termita*, Armenia, 3(8): 48-49.

⁶⁸ El conteo indica que de los 406 poemas publicados, 204 son sonetos; el número sube a 226 si tenemos en cuenta las series.

••

canónica los versos que escribía al impulso de su vida pública y como retribución al amor que sus contemporáneos le profesaban; de esos poemas pocas veces conservaba copias y nunca quiso incluirlos en sus libros. Como no se tienen evidencias de manuscritos dispuestos para publicación, la hipótesis del corpus canónico, aunque implica una limitación, permanece como punto de partida para definir aquello por lo cual el poeta aspiraba a ser reconocido y juzgado. Se debe tener en cuenta que el recorrido por la crítica sobre el poeta demuestra que quienes se ocuparon de su poesía desde 1938 destacaron siempre la profundidad del lirismo, la estética atormentada y la perfección de los versos; sólo al final de su vida y después de su muerte se impuso en la imaginación colectiva la idea del “rapsoda” y versificador prolífico, lo que, convertido en lugar común, afecta la percepción de complejidad en la obra de un poeta que supo separar el lirismo íntimo del verso público como dos facetas igualmente importantes, pero claramente diferenciadas. Los frecuentes reclamos para que se incluya en el corpus canónico lo que el poeta excluyó son el resultado de un proceso de apropiación popular que nace del estatus del autor como figura pública y de la diversidad de la obra misma.

Como los poemas de ocasión salen con regularidad a la luz, una investigación como esta, que debe acotar el campo de trabajo y circunscribirse a sus propios criterios, afronta un problema metodológico. Sólo un rastreo exhaustivo, que no se propone aquí, podría ofrecer datos ciertos acerca de los alcances de la obra que no se conoce, aunque acogemos la tesis de Mejía Duque: el lirismo de Baudilio Montoya se opaca allí “donde la improvisación se entregó por entera a sí misma”, más cerca del folclor que de la poesía (*Vid. supra*, p. 235).

Sirva como ejemplo un solo caso, surgido de un encuentro de Alfredo Cardona Tobón con Baudilio Montoya en Calarcá (1961): “Una noche decembrina varios jóvenes, que estudiábamos en Medellín, nos reunimos con el poeta en el Café Granada. Entre trago y trago hablamos de la Pontificia Universidad Bolivariana, de Manrique y de Lovaina. Pasaron las

horas y con el correr del aguardiente, entre tangos y milongas, le abrí mi corazón a Baudilio para hacerlo cómplice de un amor lejano. Al anverso de un papel arrugado, lleno de cuentas canceladas, que nos dio el cantinero, Baudilio empezó a desgarnar poesía con la facilidad, con la naturalidad con que trina el turpial o perfuma la rosa”⁶⁹. El poema, escrito en romance, comienza así:

Te cuento que aquí en Colombia
que es una tierra de alondras
con paisajes musicales
cercada de aguas sonoras,
tú tienes un corazón
que a todas horas te nombra
por la bondad que tú tienes
y tu pureza de aurora
y tus ojos nazarenos
tan llenos ellos de sombra.

Nos parece evidente que estos versos, que reciclan imágenes de poemas publicados, que no fueron depurados ni ajustados en el ritmo y conservan ripios y asperezas sintácticas, sirven para juzgar a Baudilio como agente del sentir popular, pero no como poeta.

1. Libros publicados

El corpus poético canónico de Baudilio Montoya se encuentra en los siguientes libros, publicados todos en vida del autor:

Lotos (1938). Cali: Editorial América. Ediciones Selectas. 206 pp.
Sin índice de contenido.

Ilustraciones al carbón de Abel Ortega. Portada de Israel Bernal
“Palabras iniciales” de Julio Alfonso Cáceres (pp. VII-X).

114 poemas, agrupados en 4 partes: “Sonetos de la tierra” (18),
“Sonetos de la vida” (38), “Sonetos del dolor y de la muerte”
(20) y “Cantos” (38).

⁶⁹ Cardona Tobón, Alfredo (2009, enero 18). “Historia de un poema”. Papel Salmón, *La Patria*, Manizales, p. 7.

•••
Canciones al viento (1944). Manizales: Imprenta Oficial. 157 pp.
Poema de homenaje de Carlos Alberto Fonseca («Pórtico: A Baudilio Montoya», dos sonetos, pp. 9-10).
Contiene 13 fragmentos de notas críticas (“Conceptos”, pp. 147-153).
96 poemas.

Cenizas (1949). Armenia: Tipografía Vigig. 128 pp.
Poema de homenaje de Ovidio Moreno («Medallón», p. 5).
Dedicatoria global: “A dos amores que iluminan mi corazón: Mi Madre y mi Esposa”.
Se anuncian cuatro obras para publicar: *Arrecifes de espuma*, *Acantilado sonoro*, *Canciones del crepúsculo* y *Lámparas*.
80 poemas.

Niebla (1952). Armenia: Editorial Armenia. 112 pp.
Sin índice de contenido.
“Se publica bajos los auspicios del Club de Leones de la ciudad de Armenia”.
Se anuncian tres obras para publicar: *Acantilado sonoro*, *Lámparas* y *Antes de la noche*.
73 poemas.

Antes de la noche (1954). Calarcá: Editorial Época. 91 pp.
Edición cedida por el autor al Club de Leones de Calarcá, “en beneficio del Aguinaldo de los Niños Pobres”.
Es una antología personal de sonetos publicados en los libros anteriores, más 4 que aparecen por primera vez en libro: «De luz», «Elogio para ti», «Jornada» y «Mis cantos».
78 sonetos.

Murales del recuerdo (1963). Manizales: Biblioteca de Escritores Caldenses. Tercera época. Volumen 13. 268 pp.
Sin índice de contenido.
Nota de solapa sin firma (“Noticia”).
Poemas de homenaje de Carlos Alberto Fonseca («Pórtico», dos sonetos, pp. 5-6, los mismos de *Canciones al viento*), Luis Carlos González («A Baudilio Montoya», dos sonetos, pp. 7-8) y Óscar Piedrahíta González («A Baudilio Montoya», p. 9).
58 poemas, de los cuales 40 aparecen por primera vez en libro.

2. Las operaciones autógrafas

En el transcurso de su vida Baudilio Montoya modificó sus poemas publicados: quitó, agregó y cambió paratextos (dedicatorias, epígrafes y declaraciones de motivo); hizo ajustes lexicales y de puntuación; corrigió erratas y detalles tipográficos, pulió el ritmo y las imágenes. Los cambios afectan el sentido, el ritmo y la estructura de los poemas, en especial los sonetos y romances, porque el poeta cuidaba la perfección del alejandrino y el endecasílabo, diseñaba con cuidado sus imágenes y evitaba los rípios. Esos retoques se pueden seguir para comprender cómo operaba la voluntad del autor en el diseño de una obra destinada a perdurar. Como no disponemos de manuscritos anotados, nos orientamos sólo por las variaciones introducidas por el autor, que solía repetir poemas en sus libros. En total son 89 los poemas que Baudilio Montoya reeditó con modificaciones de algún tipo; 46 de esos poemas sufrieron transformaciones lexicales y estructurales importantes.

Los poemas iniciales de Baudilio Montoya fueron publicados en revistas y periódicos antes de 1938. En su primer libro, *Lotos* (1938), el autor distribuyó en conjuntos nominados los poemas dispersos, separando los temas épico-populares bajo el título genérico de “Cantos”. Esto indica que existió en él conciencia acerca de los ámbitos de su estética y del nivel de emoción y compromiso; así se configuraban las audiencias para un poeta complejo, como lo advirtieron los críticos de la época. Las recopilaciones posteriores a la muerte del poeta, con excepción de la de Jaime Mejía Duque, siguieron el mismo esquema. En *Antes de la noche* (1954) el poeta, además de seleccionar sus sonetos para una nueva edición, retocó los versos para ofrecer las versiones definitivas y eliminó todos los paratextos, con excepción del poema «No sé», que conserva el epígrafe. Algo similar ocurrió con los 18 poemas reeditados en *Murales del recuerdo* (1963).

La conciencia poética abarca también los libros como etapas de un proceso de evolución estética y como productos de un

trabajo cuidadoso en lo que publicaba; así lo demuestran el carácter conclusivo del último soneto de *Canciones al viento* (1944), «Fin», y el cierre temático del soneto «Mis cantos» al final de *Antes de la noche*. La profusión de errores de todo tipo en su último libro, *Murales del recuerdo* (1963), permite suponer que el poeta tuvo menos control sobre esa edición.

Las operaciones autógrafas se clasifican en tres niveles:

Notacionales. Cambios en las grafías, corrección de erratas, ajustes de puntuación, uso de mayúscula inicial y depuración de la disposición tipográfica. Por ejemplo, en «Tú...», de *Lotos* (p. 82), aparece el verso “dos *falanges* de luz, limpios y claros”, que se corrige luego en *Antes de la noche* (p. 23): dos *alfanjes*. Los cambios notacionales son innumerables y no se detallan en este estudio.

Lexicales. Sustitución de palabras y ajuste de categorías gramaticales. Por ejemplo, algunos versos del poema «Cuando quieras, Señor...», de *Lotos* (p. 89), se transforman en *Antes de la noche* (p. 17):

senda *azarosa* que embujó mis años
senda *fragante* que embujó mis años

tórname el alma en celestial perfume
tórnase el alma en celestial perfume

y *destrozó* mi fe la desventura
y *estranguló* mi fe la desventura

Los cambios lexicales suelen reforzar el marco estilístico y afinar el efecto estético, como en el tercero de los «Sonetos de la Muerte», que dice así en la versión inicial (*Niebla*, p. 56):

Que no veré ya más las vespertinas
lumbres, de las románticas jornadas,
ni el errátil seguir de las bandadas
raudas, de *las alegres* golondrinas.

En *Antes de la noche* (p. 84) se refuerza la aliteración, con lo cual el poema adquiere un nuevo movimiento en el paralelismo sonoro de los dos últimos versos:

Que no veré ya más las vespertinas
lumbres, de las románticas jornadas,
ni el *errátil* seguir de las bandadas
raudas, de *las errantes* golondrinas.

En algunos casos los cambios son más que estilísticos y aportan gran significado, como en «Satán» (*Lotos*, p. 94), que en *Antes de la noche* (p. 14) pasa de: “por eso, ¡Oh *gran Rebelde!*, mientras mi grito aumenta”, a: “¡Oh *Gran Monarca!*”, lo que permite una doble lectura de la imagen del réprobo arquetípico.

Una mirada cuidadosa a la poesía de Baudilio Montoya no puede desdeñar estos cambios, por más pequeños que parezcan. Un posesivo (“*su* mano”) que se cambia por un artículo (“*la* mano”) en el soneto «El retrato» (*Cenizas*, p. 37, y *Murales del recuerdo*, p. 169) no es algo banal: el movimiento perceptivo del soneto original va del retrato al observador; con el cambio, la percepción se funde en el segundo cuarteto, lo que revela la intención de ubicar al observador *en el retrato* desde el principio.

Estructurales. Eliminación, adición o cambio de disposición de versos y estrofas; modificación de los paratextos y cambios en la estructura interna del poema. Por ejemplo, «El carpintero» (*Lotos*, p. 72) tiene la declaración: “Motivo de Luis Tejada”; en *Antes de la noche* (p. 24) esa declaración desaparece. Otras operaciones estructurales muy frecuentes son más significativas: La versión de «Gitanos» que aparece en *Lotos* (p. 127) tiene los versos: “que sólo alegran su vivir en ruinas / con el lúgubre son de los panderos”, que se suprimen en *Murales del recuerdo* (p. 249); igualmente, la disposición de las estrofas es diferente, lo que afecta el paralelismo marcado en el original por la división del poema en dos partes: la comparación

de la vida del poeta con la errancia de los gitanos. En «Del éxodo» (*Cenizas*, p. 7, y *Murales del recuerdo*, p. 55), la dedicatoria cambia (de Roberto Torres Vargas a Apolinar Londoño E.), y se suprime una estrofa completa:

Fui un bandolero de stirpe airosa,
de una altanera vida azarosa
por las bellezas que hallé en el mal,
y en mis jornadas rudas y fieras,
sostuve el gesto de mis maneras
y la elegancia de mi puñal.

En «Motivo» (*Lotos*, p. 43), que se reescribe para *Antes de la noche* (p. 42), podemos ver los tres niveles de operación autógrafa. El soneto original dice:

Yo tengo, Amada, en medio de la umbría
que asiste la humildad de unos senderos,
entre los florecidos *jazmineros*,
como un ensueño, la casita mía,

donde llegan balando su alegría
en un tropel de nieve mis corderos,
mientras charlan alegres los jilgueros
a los fulgores últimos del día.

Vén conmigo si quieres, y extasiados
miraremos el “*sol de los venados*”
cuando *tienda* sus gasas por las lomas,

y con mis manos en tus manos puras,
te enseñaré las íntimas ternuras
que saben en la tarde mis palomas.

Luego de la edición, el soneto en *Antes de la noche* queda así:

Yo tengo, Amada, en medio de la umbría
que asiste la humildad de unos senderos,
entre los florecidos *jazmineros*
como un ensueño, la casita mía,

donde llegan balando su alegría
en un tropel de nieve mis corderos,
mientras charlan alegres los jilgueros
ante las luces últimas del día.

Ven conmigo si quieres, y extasiados
cuando *extienda* sus gasas por las lomas,
miraremos *el sol de los venados*

y con mis manos en tus manos puras,
te enseñaré las íntimas ternuras
que una tarde aprendí de mis palomas.

En el proceso, el poeta actualiza la ortografía de “ven”, elimina comas y comillas, cambia una palabra (“*tienda* > *extienda*”), reescribe los versos 8 y 14 y permuta el orden de los versos 10 y 11, lo que convierte un soneto maróptico (CCD EED en los tercetos) en otro con estructura CDC EED.

Finalmente, el poeta solía utilizar *títulos idénticos* para poemas *distintos* en el mismo libro y entre los libros. No nos referimos a títulos convencionales, como «Hoy» (cuatro poemas distintos en cuatro libros) o «Mañana» (tres poemas distintos en *Niebla*), sino a construcciones menos previsibles, como «El inútil empeño», que apunta a un soneto en *Lotos* (p. 58) y a una serie de silvas en *Niebla* (p. 88). Por ejemplo, el título «Un día» sirve para tres poemas diferentes: en *Lotos* (p. 104), *Canciones al viento* (p. 36) y *Cenizas* (p. 84); pero el tercero es el mismo poema en *Niebla* (p. 66), sin variaciones, y en *Murales del recuerdo* (p. 11), con la adición de una dedicatoria y dos cambios lexicales:

y sabías suspirar, cuando *en las noches*
y sabías suspirar, cuando *en las tardes*

en mi pena, en mi angustia y en mis lágrimas
en mi queja, en mi angustia y en mis lágrimas

Lo anterior permite afirmar que se requiere una edición crítica de la obra poética de Baudilio Montoya que se base en la

selección y ajuste de las versiones dubitativas, corrija los errores encontrados y anote los cambios para seguir la historia de una obra que el poeta se esforzó en construir y a cuya parte pública trató con cuidado. Una edición de ese tipo deberá considerar también la pertinencia de incluir o no la abundante obra dispersa, si algún día logra recogerse en un buen porcentaje.

3. Recopilaciones

Son cuatro las recopilaciones que se conocen de la obra de Baudilio Montoya, todas posteriores a su muerte. Ninguna de ellas contiene poemas que no se hubieran publicado en los libros originales. Para posteriores referencias, cada una se identifica con una letra:

- (A). Ocampo Marín, Héctor [Comp.] (1973). *Baudilio Montoya: Rapsoda del Quindío*. Armenia: Quingráficas. 315 pp.
Publicado por el Comité de Cafeteros del Quindío y la Sociedad de Mejoras Públicas de Calarcá.
Prólogo de Lino Gil Jaramillo (“Baudilio Montoya, el rapsoda del Quindío”, pp. 7-12). Nota de solapa de Héctor Ocampo Marín.
Contiene 22 fragmentos de notas críticas (pp. 301-310).
119 poemas, agrupados en capítulos temáticos: “El amor” (25), “El paisaje” (17), “La desolación” (33), “Serenidad” (32) y “Poemas de la gleba” (12).
- (B). Mejía Duque, Jaime [Comp.] (1992). *Baudilio Montoya. Antología poética*. Bogotá: Editorial Tiempo Presente. 46 pp.
Colección de Poesía Quinto Centenario, vol. 43.
Introducción de Jaime Mejía Duque (“Semblanza poética de Baudilio Montoya”, pp. 3-8).
37 poemas, agrupados por libros de origen: *Lotos* (10), *Murales del recuerdo* (11), *Niebla* (11), *Antes de la noche* (3), *Cenizas* (2).
- (C). Montoya, Orlando [Comp.] (1996). *Baudilio Montoya. Antología*. Calarcá: Ediciones Aleda. 95 pp.
Prólogo de Elías Mejía (“Nuestro Baudilio”, pp. 9-11). Ensayo de Noel Estrada (“Baudilio Montoya o la perennidad de la poesía”, pp. 13-15). Nota de solapa de Humberto Senegal (“Baudilio, siempre”).
50 poemas.

(D). Montoya, Orlando [Comp.] (2003). *Baudilio Montoya, 100 años*. Armenia: Gobernación del Quindío. 110 pp.

Presentación de Luis Fernando Velásquez (p. 11). Prólogo de Belisario Betancur (“El habla lírica del pueblo”, pp. 15-18). Nota de solapa de Jorge Julio Echeverri (“Vigencia de Baudilio”).

43 poemas, agrupados en capítulos temáticos: “El amor” (18), “El reclamo” (13) y “La muerte” (11), con «Estas canciones [Fin]» como portada.

El problema con estas recopilaciones es que introducen cambios ajenos a la voluntad del poeta: estropean la disposición de los versos (lo cual afecta de modo particular a los sonetos), cambian los títulos, eliminan paratextos, entremezclan versos de poemas o versiones distintas, afectan el ritmo y la métrica por el exceso de erratas, introducen extraños cambios lexicales, mutilan los textos y las series y no reparan en las operaciones autógrafas. Se debe tener en cuenta que las recopilaciones toman poemas de sus versiones originales y de las variaciones, sin que se pueda inferir algún criterio.

Veamos algunos ejemplos que muestran la diversidad de inconsistencias y el grado de compromiso.

En *Rapsoda del Quindío (A)*, primera gran selección de la obra de Baudilio Montoya, los poemas se toman indistintamente de los originales y de sus variaciones. Un poema ya comentado, «Motivo» (de *Lotos*), cuya sonoridad se ajustó en *Antes de la noche*, se toma del original; mientras que «Un día», que sufrió cambios lexicales, se toma de la variación en *Murales del recuerdo*. Otro, «Así...» (*Lotos*, p. 196), aparece mutilado: sólo se transcriben 13 de los 25 versos; lo mismo ocurre con los «Sonetos de la muerte», de los cuales sólo aparece el primero, lo que anula el sentido, que sólo se percibe en la serie completa. En «Vida plena» (*Cenizas*, p. 77) se estropea un endecasílabo y en «El entierro» (*Cenizas*, p. 48) un alejandrino desaparece por la omisión de una palabra: “era sencillo, suave, cordial y generoso” se convierte en “era sencillo, cordial y generoso”. En «Mariposa del bar» el cambio es más radical: dos endecasílabos del original se convierten en uno; los versos

“en nada crees, *porque tu fe está rota, / ni pides nada*, porque nada esperas” se resumen en uno: “en nada crees, porque nada esperas” (p. 279). En total son 26 los poemas de esta recopilación que tienen algún problema, lo que disminuye su índice de fiabilidad a un 79%.

El asunto es más grave en la *Antología poética (B)*. Un solo ejemplo de lo que ocurre en todo el libro: A «Presencia del laurel» se le cambia el título por «Presentimiento» (p. 24) y aparece mutilado (se omiten dos páginas del original); además, el compilador introduce cuatro cambios lexicales, uno de los cuales merece comentario: el cultismo “venturos”, que Baudilio Montoya usaba con frecuencia en sus poemas, es leído como error y sustituido por “venturosos”: “cargadas de *venturos* poderíos” se transcribe como “cargadas de *venturosos* poderíos”, lo que destruye el endecasílabo y afecta la simetría de un poema particularmente rítmico. En esta antología 18 de los 37 poemas presentan inconsistencias, lo que ofrece un índice de fiabilidad de sólo el 52%.

Las otras dos antologías (*C* y *D*) son completamente anómalas por el exceso de inexactitudes. Las dos parecen pertenecer a un solo esfuerzo del compilador, pues comparten la mayoría de los poemas y todos los errores, que son innumerables. Al comparar sus versiones con las originales, se tiene la impresión de que el compilador quiso “corregir” los poemas. Por ejemplo, en «Guardián», en el verso “*cerca a la sombra* del rosal más viejo”, la construcción “cerca a” es tomada como impropia y corregida: “*cerca de la sombra* del rosal más viejo”, sin importar que en el proceso se pierda el endecasílabo. Lo mismo ocurre en «Querrela de Navidad», que en las dos versiones de Baudilio Montoya (*Lotos*, p. 185, y *Murales del recuerdo*, p. 89) comienza así: “*Surte* mi queja amarga, porque un día”; como en ese contexto “surtir” parece un error, en las dos antologías el poema comienza: “*Surge* mi queja amarga, porque un día”. El compilador olvida que “surtir”, como verbo intransitivo, significa “brotar, saltar, o simplemente salir, y más en particular hacia arriba” (DRAE).

Los problemas se multiplican: Puntuación errática, cambios lexicales inaceptables, ruptura de la estructura del verso, destrucción del ritmo, manipulación de la métrica, eliminación de todos los paratextos, desmantelamiento de las imágenes.

Con estas dos antologías se erosiona la imagen de Baudilio Montoya como poeta. Baste decir que en *Baudilio Montoya. Antología (C)*, 34 de los 50 poemas no corresponden con exactitud a *ninguno* de los poemas que Baudilio Montoya publicó en sus libros, lo que sitúa el índice de fiabilidad en un 32%; en *Baudilio Montoya, 100 años (D)* el índice es de sólo el 19%: 35 de los 43 poemas de la antología son ajenos a la voluntad del autor.

El caso de un poema que aparece en todas las recopilaciones muestra cómo funcionan esas variantes. «Poema negro» tiene dos versiones autógrafas (*Lotos*, p. 141, y *Murales del recuerdo*, p. 15); el poeta realizó cambios lexicales que agregan matices al poema; por ejemplo, de “soberbio y *vengativo*” se pasa a “soberbio y *agresivo*”. *Rapsoda del Quindío* (p. 273) toma el poema de *Lotos* y le abre una variante: el verso “y así cuando comience *su gesto tu reproche*” se transforma en “y así cuando comience *tu gesto de reproche*”, lo que arrasa el hipébaton con una nueva sintaxis y un nuevo sentido. En *Baudilio Montoya. Antología poética* (p. 14) se toma la versión de *Murales del recuerdo*, pero el alejandrino, que es la base de la arquitectura del poema, con sus hemistiquios perfectos y sus cesuras marcadas, sufre varias afrentas; por ejemplo, el verso original “*que agravian con sus iris las esmeraldas raras*” se convierte en “*que se agravian con sus iris las esmeraldas raras*”.

Finalmente, en *Baudilio Montoya. Antología* (p. 39) y *Baudilio Montoya, 100 años* (p. 65) se toma el poema de *Murales del recuerdo*, pero el ritmo acompasado de un verso como “y sólo les da sombras *a los que tienen frío*” se hace pedestre en el segundo hemistiquio con una variante extraña: “y sólo les da sombras *a quienes tienen frío*”.

4. El corpus poético canónico

De acuerdo con todo lo anterior, y luego de cruzar las versiones, el corpus poético canónico de Baudilio Montoya comprende 406 poemas o series de poemas publicados en seis libros. No se incluyen los poemas dispersos que la voluntad del autor dejó por fuera de esos libros ni los que han aparecido con heterónimos. Se toma como versión definitiva la última publicada como resultado de las operaciones autógrafas de edición, salvo los errores evidentes.

Sólo consideramos confiables como referentes de estudio esos poemas y las variaciones que el mismo poeta hizo en ellos, porque las depuraciones y ajustes corresponden a la forma del poema, conservan el ritmo, la métrica y la rima y resguardan la intención poética potestativa del autor. No son confiables las recopilaciones posteriores porque introducen cambios ajenos a la voluntad del poeta, por lo que esas variaciones se tratan como errores y no hacen parte de la discusión acerca del corpus canónico. Como ninguna de las cuatro recopilaciones agrega poemas nuevos al conjunto de lo publicado, las disparidades entre ellas no afectan el listado final, pero sus inconsistencias permiten afirmar que no pueden tomarse como referentes para el ejercicio crítico.

A continuación se presenta el listado del corpus canónico. Se registra el título del poema, entre paréntesis los paratextos (epígrafes, dedicatorias y motivos), entre corchetes los libros en los que aparece, en orden cronológico y con la página de origen, y luego las notas sobre los cambios entre las versiones si es el caso; un asterisco indica que en ese libro se presenta una variación con respecto a las versiones anteriores. En el segundo bloque se agregan las recopilaciones [*A, B, C, D*] en las que se encuentra el poema, las páginas de origen, el libro del cual fue tomada la versión y las inconsistencias si las hay; un asterisco marca si en la recopilación aparece una variante que no corresponde a ninguna de las publicadas en los libros originales.

El signo “>” en los libros indica la diferencia entre los versos que fueron editados por el autor; el mismo signo en las recopilaciones indica la distancia entre los versos autógrafos y los que transcribe el compilador.

Las notas de variación en los libros sirven para determinar la voluntad implícita del poeta en el ajuste a sus textos destinados a la publicación. No se detallan las variaciones notacionales en los libros y en las recopilaciones por ser innumerables, por lo que la ausencia del asterisco indica que el poema no muestra operaciones lexicales ni estructurales, aunque haya cambios notacionales. La modificación en la estructura interna se marca en las recopilaciones cuando afecta gravemente el poema (versos y estrofas que se juntan, se separan o cambian de lugar, omisión de las divisiones o los paralelismos marcados en el original, pérdida total o parcial de la forma poética, ruptura de la métrica o el ritmo).

A ti [*Niebla*, 84] [*Antes*, 33] [*A*, 47*]: Cambia la estructura interna.

A un árbol [*Cenizas*, 22] [*A*, 177*]: Cambia la estructura interna.

A una mujer [*Cenizas*, 41] [*Antes*, 61*]: “ya de suaves primaveras”
> de fieles.

Abolengo [*Canciones*, 96]

Acuarela [*Lotos*, 15]

Acuarela [*Canciones*, 21] [*A*, 71]

Acuarela [*Niebla*, 98]

Admonición [*Canciones*, 122]

Admonición al hijo [*Lotos*, 113]

Admonición fraterna [*Cenizas*, 44]

Agosto [*Cenizas*, 101]

Ahora [*Canciones*, 118]

Ahora [*Cenizas*, 38] [*Antes*, 70]

Ahora [*Murales*, 85] [*A*, 123]

Al oído del alma (A Enrique González) [*Niebla*, 50]

Al regreso (“Todo lo vuelvo a ver, pero no existe, / todo ha pasado ahora, y no lo creo”) [*Niebla*, 39] [*B*, 31] [*C*, 53* y *D*, 72*]: Cambian la estructura interna; “antes de hundirse en la inmensa noche” > entre. En *D* el epígrafe se incorpora al cuerpo del poema.

Al retorno [*Lotos*, 100] [*A*, 165*]: Cambia la estructura interna. [*B*, 13]

Alabanza [*Lotos*, 52]

Alabanza [*Canciones*, 120]
 Alegría [*Canciones*, 78]
 Alma [*Lotos*, 97]
 Alma [*Niebla*, 13]
 Almas de tropa [*Canciones*, 70]
 Altivez (A Gonzalo Ríos Ocampo) [*Canciones*, 67] [*Antes*, 26*]: Se suprime la dedicatoria. [*Murales*, 115] [*A*, 129; *C*, 73 y *D*, 79]: De *Antes*.
 Amargo [*Niebla*, 82] [*Antes*, 31]
 Ambición (A Pedro Gómez Corena) [*Canciones*, 41]
 América [*Canciones*, 56]
 Ana del puerto [*Murales*, 199] [*C*, 43]
 Anabel Santacoloma [*Niebla*, 76]
 Ángelus [*Lotos*, 18] [*A*, 99]
 Angustia [*Lotos*, 103] [*Antes*, 11] [*A*, 141]
 Angustia [*Niebla*, 90]
 Ánima expectante [*Lotos*, 203] [*B*, 14]
 Ánima triste (A Helio Fabio Gómez) [*Niebla*, 68]
 Anoche [*Cenizas*, 82]
 Ansias (A Carlos Ángel Garré) [*Canciones*, 124]
 Ansiedad [*Canciones*, 13]
 Antífona [*Cenizas*, 80] [*A*, 181] [*C*, 59]
 Arcano [*Murales*, 225] [*A*, 137] [*B*, 27]
 Aria nocturna [*Lotos*, 55] [*B*, 10]
 Ashavero (A Gilberto Agudelo) [*Lotos*, 122]
 Así... [*Lotos*, 196] [*A*, 169*]: El poema aparece mutilado.
 Así [*Cenizas*, 35] [*Antes*, 69]
 Así era... [*Cenizas*, 29]
 Atardeciendo [*Lotos*, 20] [*B*, 9*]: “una garza opalescente / rubrica el cielo” > *lubrica*; “alegre ante las gracias del verano” > *alegres*; “le recuenta sus gozos al ambiente” > *le recuerda*; “el sonosoro berbiquí de un grillo” > *el sonoro*.
 Ayer [*Cenizas*, 61]
 Blasón [*Lotos*, 77]
 Camino de ensueño [*Lotos*, 66]
 Camino de Julio Alfonso Cáceres (En su coronación). 5 sonetos. [*Murales*, 233] [*A*, 197*]: Tercer soneto: “que floreció de sonos tu camino” > *de flores*.
 Campanas (A César Salazar) [*Niebla*, 12]
 Canción a ella [*Canciones*, 16]
 Canción de la tarde [*Niebla*, 70] [*B*, 39*]: El poema aparece mutilado.

- Canción de vida y de mar [Murales, 187] [C, 36* y D, 38*]: Cambian la estructura interna; “este es *el lugar* abierto” > *un lugar*; “y enloquece *al corazón*” > *el corazón*.
- Canción del crepúsculo [Lotos, 109]
- Canción del recuerdo [Cenizas, 25]
- Canción para la nieta [Murales, 139]
- Canción para la niña rural [Cenizas, 96] [A, 255*]: “Escucha cómo comienzan / su cantinela, *las ranas*” > *escuchan, las ramas*.
- Canción para una niña [Canciones, 80] [A, 243]
- Cantar para una gitana [Cenizas, 103]
- Cantares [Lotos, 197]
- Canto de la desolación [Cenizas, 54] [C, 57] [D, 41]
- Canto para el indio (A Camilo Orozco) [Lotos, 135]
- Carbón [Niebla, 16] [C, 44* y D, 100*]: “su clarinada *de celos*” > *de cielos*.
- Cauchero (Para José Lombardo) [Niebla, 74]
- Cenizas (Para Antonio Londoño P.) [Niebla, 20]
- Cenizas [Cenizas, 123] [Murales, 245*]: Se agrega la dedicatoria (A Alberto Trujillo Escobar); “Qué importa; fue un momento tan sólo *la jornada*” > *mi jornada*. [A, 205]
- Cielo [Murales, 45] [A, 79*]: Corrige un error en el orden de los versos 3 y 4 de la primera estrofa (ABBA); “Te dio *su hechizo* matinal la rosa” > *un hechizo*.
- Clemente Silva (A Roberto Quintero Villa) [Niebla, 26] [B, 30]
- Como Job [Cenizas, 31] [B, 44*]: “*tras de tentar* mi sumisión cristiana” > *tratas de tentar*.
- Con la muerte [Murales, 173] [A, 135] [C, 34* y D, 98*]: Cambian la estructura interna; “sin pedir nada *a la muerte*” > *a la suerte*.
- Contrición [Canciones, 86]
- Corazón [Lotos, 105] [Antes, 67]
- Cromo [Lotos, 22] [Antes, 47] [A, 73]
- Cuando quieras, Señor... [Lotos, 89] [Antes, 17*]: “senda *azarosa* que embrujó mis años” > *fragante*; “*tórname* el alma en celestial perfume” > *tórname*; “y *destrozó* mi fe la desventura” > *y estranguló*. [A, 149]: De *Antes*. [C, 26* y D, 97*]: De *Lotos*; “y *pues* nada me resta, y todo ha sido” > *y si* nada me resta.
- Danzarina [Canciones, 114] [A, 247*]: “*urgen* tu danza de sutiles dejos” > *urges*.
- De entonces... [Canciones, 72]
- De la romería [Canciones, 65] [A, 173]
- De los júbilos hondos [Lotos, 159] [A, 233]
- De luz [Antes, 21] [A, 217]

- De quién [*Canciones*, 127]
- De tarde [*Lotos*, 54] [*Antes*, 81]
- Del ayer [*Canciones*, 22]
- Del ayer [*Murales*, 191] [*A*, 31] [*C*, 30* y *D*, 33*]: “sin ser conmigo tormentosa y dura” > *o dura*.
- Del camino [*Canciones*, 111] [*Antes*, 73]
- Del éxodo (A Roberto Torres Vargas) [*Cenizas*, 7] [*Murales*, 55*]: La dedicatoria cambia: “A Apolinar Londoño E.”; se suprime la sexta estrofa: “Fui un bandolero de estirpe airosa, / de una altanera vida azarosa / por las bellezas que hallé en el mal, / y en mis jornadas rudas y fieras, / sostuve el gesto de mis maneras / y la elegancia de mi puñal”. [*A*, 113*]: De *Murales*; se suprime la dedicatoria. [*B*, 19*]: De *Murales*; se suprime la dedicatoria; cambia de título: «Yo fui Argonauta». [*C*, 87* y *D*, 81*]: De *Murales*; se suprime la dedicatoria.
- Desdén [*Cenizas*, 119]
- Desencanto [*Lotos*, 129] [*Murales*, 77] [*A*, 119] [*C*, 42] [*D*, 68]
- Deseo [*Niebla*, 44]
- Desfile taciturno (A Humberto Jaramillo Ángel) [*Cenizas*, 59]
- Desolación [*Lotos*, 106] [*Antes*, 48]
- Después... [*Lotos*, 120] [*Murales*, 253*]: Se suprimen 4 versos: “cuando te llene la melancolía / que tienen los paisajes otoñales / y te acuerdes de mí, de mí que supe / dejarte mis angustias en la sangre...”. [*A*, 207]: De *Murales*.
- Después... [*Canciones*, 24]
- Después [*Canciones*, 101] [*A*, 175]
- Destino [*Cenizas*, 46]
- Destino (A Miguel A. Capacho) [*Niebla*, 15]
- Destino [*Niebla*, 23]
- Dolor [*Cenizas*, 98] [*Antes*, 36] [*A*, 155]
- Dolor [*Niebla*, 22]
- Dolor [*Murales*, 103] [*C*, 20*]: “mujer fatal en la vida” > *en mi vida*; “en los ocasos de fuego” > *del fuego*.
- Egipán [*Canciones*, 64]
- Eglógica (A Félix Torres Rosado) [*Canciones*, 76]
- Ego [*Lotos*, 88] [*Antes*, 20] [*A*, 151]
- El árbol [*Canciones*, 138]
- El árbol [*Cenizas*, 39] [*Murales*, 69*]: Se invierten las estrofas 4 y 5 y cambia un verso: “a ver la azul diafanidad del cielo” > *a contemplar la inmensidad del cielo*. [*A*, 19*]: De *Murales*; cambia el orden del verso: “Por su tronco, tatuado por los años”. [*B*, 20]: De *Murales*. [*C*, 69* y *D*, 44*]: De *Murales*; “que lo pueda mirar

- desde mi sueño” > *y lo pueda*.
- El carpintero (Motivo de Luis Tejada) [*Lotos*, 72] [*Antes*, 24*]: Se suprime la declaración de motivo; “acreciendo *el empeño* de las horas” > *las ansias*; “*púlelo así* con encendido celo” > *púlelo sí*. [*A*, 219*]: De *Antes*; “lleve todo el olor de *tu madera*” > *la madera*.
- El cuento [*Canciones*, 58]
- El deseo [*Lotos*, 48] [*A*, 231]
- El entierro (A Oscar Ponce de León) [*Cenizas*, 48] [*A*, 179*]: “era sencillo, *suave*, cordial y generoso” > era sencillo, cordial y generoso. [*C*, 60* y *D*, 74*]: Se suprime la dedicatoria; “y asistiendo a la farsa *del entierro*” > *de mi entierro*; “después, la soledad, *el campo solo*” > *los campos solos*.
- El fauno [*Canciones*, 74]
- El hijo imposible [*Lotos*, 139]
- El hijo muerto [*Lotos*, 133]
- El inútil empeño [*Lotos*, 58]
- El inútil empeño [*Niebla*, 88]
- El marino muerto [*Niebla*, 85]
- El minuto divino [*Lotos*, 47] [*A*, 229]
- El padre [*Murales*, 177] [*A*, 195*]: Cambia la estructura interna.
- El pescador [*Lotos*, 37]
- El retiro [*Cenizas*, 64]
- El retrato [*Cenizas*, 37] [*Antes*, 57] [*Murales*, 169*]: “y el desdén de *su mano* alabastrina” > *la mano*. [*A*, 193]: De *Murales*.
- El ruego [*Lotos*, 92] [*Antes*, 16] [*A*, 185] [*B*, 42] [*C*, 38]
- El temor de la niña [*Murales*, 161] [*A*, 29] [*C*, 31*]: Cambia la estructura interna; “Ay, *Madre*, yo tengo *miedo*” > “Ay! Yo tengo *tanto miedo*”.
- El velorio [*Lotos*, 73]
- Ella [*Canciones*, 89] [*Antes*, 30]
- Ella [*Murales*, 21] [*A*, 17] [*D*, 30]
- Elogio galante. 3 sonetos. [*Lotos*, 61]
- Elogio para ti [*Antes*, 71] [*A*, 225]
- Emoción [*Lotos*, 205] [*A*, 237]
- En el baño [*Lotos*, 68]
- En el fin (A Gilberto Garrido) [*Cenizas*, 99] [*A*, 133*]: Se suprimen los versos: “Es un cantar que saben solamente / las almas melancólicas que sueñan”. [*C*, 27* y *D*, 63*]: Se suprime la dedicatoria; “nada pesó porque vivió de prisa” > *nada pasó*; “*no se supo jamás* sobre la tierra” > *nadie supo jamás*.
- En el fin [*Murales*, 127]

En el monte [*Lotos*, 36]
 En la fiesta [*Niebla*, 11]
 En la noche [*Cenizas*, 27]
 En la tarde [*Niebla*, 62]
 En la tarde [*Murales*, 211] [*A*, 35] [*C*, 29]
 En la torre [*Lotos*, 76]
 En los líricos flecos... [*Lotos*, 16]
 En nada (A Ciro Bautista Villamizar) [*Canciones*, 30] [*Antes*, 10*]:
 Se suprime la dedicatoria.
 En un puerto... [*Canciones*, 68]
 En viaje [*Lotos*, 44] [*Antes*, 80*]: “que escuché en una senda *oscurecida*” > *anochecida*. [*A*, 57]: De *Lotos*.
 Entendimiento (A Ovidio Moreno) [*Canciones*, 110]
 Eros [*Lotos*, 80] [*C*, 33* y *D*, 37*]: “dora *tu faz* de anhelos encendidos” > *su faz*.
 Errante [*Lotos*, 69] [*Antes*, 62] [*A*, 223]
 Escudo [*Cenizas*, 6] [*Antes*, 78] [*A*, 249]
 Esta mujer [*Cenizas*, 58]
 Esta noche... [*Lotos*, 78] [*Antes*, 19]
 Estas canciones / Fin⁷⁰ [*Canciones*, 147] [*Antes*, 5] [*Murales*, 241]
 [*A*, 203] [*D*, 21]
 Estío [*Lotos*, 19] [*A*, 101]
 Estival [*Canciones*, 38]
 Estos versos (A Carlos López García) [*Cenizas*, 125]
 Evocación [*Lotos*, 93] [*B*, 12*]: “y en tanto que el recuerdo *mis horas* martiriza” > *de mis horas*.
 Evocación (A Joaquín Londoño) [*Cenizas*, 52] [*Antes*, 43*]: Se suprime la dedicatoria.
 Exaltación [*Canciones*, 91] [*Antes*, 27]
 Fantasía [*Canciones*, 116]
 Fe de vida [*Lotos*, 70]
 Fiebre [*Lotos*, 118]
 Fiebre [*Cenizas*, 50]
 Francisco (A Agenor Argüello) [*Canciones*, 28]
 Frío [*Cenizas*, 24]
 García Lorca (A Gerardo Rancruel Pérez) [*Lotos*, 176]
 Georgette [*Cenizas*, 15] [*B*, 43*]: “para un rito *pagano* de locuras de amor” > *pagado*.

⁷⁰ En *Canciones al viento* aparece como último poema de la serie de “Canciones” con el título «Fin». En *Antes de la noche y Murales del recuerdo* cambia de título: «Estas canciones».

- Gitana [*Niebla*, 45] [*Antes*, 58]
- Gitanos [*Lotos*, 127] [*Murales*, 249*]: “*Cíngaros* taciturnos que perdieron su *Norte*, / su juventud, su *sueño*, / errando *por hostiles* lejanías” > *Zíngaros* taciturnos que perdieron su *norte*, / su juventud, su *ensueño*, / errando *hacia imposibles* lejanías; “cuando *evocan* los montes *imposibles*” > cuando *advierten* los montes *de otras horas*; “puede saber *la angustia de tus ruegos*” > *las ansias de tu duelo*; se suprimen los versos: “que sólo alegran su vivir en ruinas / con el lúgubre son de los panderos”; cambia la disposición estrófica, lo que destruye el paralelismo marcado en el original por la división del poema en dos partes. [*A*, 139]: De *Murales*.
- Gleba [*Cenizas*, 106] [*A*, 295]
- Golfos [*Canciones*, 40]
- Gris [*Cenizas*, 93] [*C*, 17* y *D*, 93*]: Cambian la estructura interna; se suprime un verso: “árboles mustios”.
- Grito [*Cenizas*, 53]
- Guardián [*Murales*, 35] [*A*, 75] [*B*, 17*]: Cambia la estructura interna; “*Se llamaba* Guardián, un can humilde” > *se llama*. [*D*, 83*]: “*cerca a la sombra* del rosal más viejo” > *cerca de la sombra*; “y no tengas en cuenta *al criminoso*” > *el criminoso*.
- Guitarra (En memoria del artista Rafael Moncada) [*Lotos*, 191]
- Ha llegado el invierno [*Niebla*, 52]
- Hacia ti. 2 sonetos. [*Canciones*, 18] [*A*, 61]
- Hermanos [*Niebla*, 61]
- Hierro, carne... [*Lotos*, 131]
- Hija [*Niebla*, 48]
- Hora [*Lotos*, 173] [*A*, 107] [*D*, 107*]: Cambia la estructura interna.
- Hoy [*Canciones*, 25]
- Hoy (A Ricardo Nieto) [*Cenizas*, 17] [*Antes*, 74*]: Se suprime la dedicatoria.
- Hoy [*Niebla*, 108] [*Antes*, 35]
- Hoy [*Murales*, 61] [*A*, 117] [*C*, 19* y *D*, 36*]: Cambian la estructura interna.
- Hoy habrá de venir [*Canciones*, 53] [*A*, 65]
- Inquietud [*Lotos*, 98] [*B*, 12]
- Inquietud (A la Bien Amada) [*Canciones*, 112] [*C*, 79* y *D*, 46*]: Se suprime la dedicatoria; se suprimen los versos: “escondamos el hijo, para que no lo agravien / los acechos humanos”; “y le haremos un nido *de vellones* de luna” > *con vellones*; “por el que apenas mira me está diciendo *el alma*” > *el alba*.
- Intención [*Canciones*, 90] [*C*, 74* y *D*, 80*]: Cambian la estructura interna; “que *para mí* levantan los perversos” > *contra mí*; “y una

-
-
- suave bondad para mi perro*" > *y una cierta bondad*.
- Invierno [*Lotos*, 35] [*Antes*, 55] [*A*, 95]
- Invitación [*Canciones*, 97] [*C*, 75]
- Invocación a Cristo [*Murales*, 29] [*B*, 16*]: "y los hombres *de bien* que en esta hora" > *que bien*.
- Iván ("Oh Padre de los vivos, / ¿a dónde van los muertos? / Las almas de los muertos, / Señor, ¿a dónde van?". Amado Nervo) [*Murales*, 203]
- Jaculatoria [*Cenizas*, 81]
- Jornada [*Antes*, 46]
- José Dolores Naranjo [*Murales*, 49] [*A*, 81]
- José Luis Romero (Para Antonio Londoño Parra) [*Niebla*, 80]
- Junto a la cuna... [*Lotos*, 90] [*Antes*, 22*]: "viene a *aumentar* la pávida querella" > a *acrecer*; "cuando *el oscuro* desencanto sella" > *el funesto*. [*A*, 153*]: De *Antes*; cambia la estructura interna.
- Juntos [*Canciones*, 105] [*C*, 76*]: "como dos pobres sombras a través de unas ruinas" > *de las ruinas*.
- Juventud [*Cenizas*, 120] [*Antes*, 41] [*A*, 159]
- Juventud [*Niebla*, 31]
- Katia [*Cenizas*, 87] [*Antes*, 50] [*A*, 49]
- La carta [*Cenizas*, 62]
- La casa de La Bella [*Murales*, 155] [*A*, 89]
- La casa sola [*Niebla*, 86]
- La conquista [*Lotos*, 23]
- La costurera [*Lotos*, 171] [*A*, 261]
- La espera [*Lotos*, 64]
- La esperada [*Lotos*, 46] [*Antes*, 75*]: "y *al explorar* los mudos horizontes" > *pero al mirar*. [*A*, 227]: De *Antes*.
- La estada [*Canciones*, 135]
- La extraña voz [*Canciones*, 48]
- La gitana [*Niebla*, 92]
- La muerte [*Cenizas*, 78]
- La niña de Puerto Espejo [*Murales*, 181] [*B*, 25] [*C*, 93* y *D*, 27*]: "en el primor de *sus labios*" > *los labios*; "y *en cercanía* de los hombros" > *y muy cerca*; "ella me daba *suspiros*" > *sus besos*.
- La niña en la tarde [*Cenizas*, 121]
- La niña sin espejo [*Niebla*, 60]
- La oración [*Canciones*, 50] [*A*, 213] [*C*, 71* y *D*, 105*]: "*que le da* su fulgor a los senderos" > *que le dio*.
- La quema [*Lotos*, 24] [*A*, 103] [*B*, 9*]: "*el humo* va tiñendo de violeta" > *el brumo*; "ven dilatar *la inmensidad* silente" > *la ansiedad*.
- La velada [*Lotos*, 56] [*A*, 163]

- Las cartas [*Canciones*, 35] [A, 63] [D, 50*]: “que les dio el corazón estremecido” > que le dio.
- Las cartas [*Niebla*, 30]
- Las ruinas [*Cenizas*, 28]
- Lasitud [*Canciones*, 88]
- Lavanderita [*Murales*, 143]
- Locura [*Lotos*, 138] [C, 46] [D, 40*]: Cambia la estructura interna.
- Locura [*Cenizas*, 36]
- Lucero (Mi hija) [*Cenizas*, 91] [A, 253]
- Luz Marina [*Cenizas*, 66] [*Murales*, 265*]: El título cambia: «Romance de Luz Marina»; se suprimen los versos: “de aquellas que se maduran / del riachuelo en las orillas”.
- Madre [*Lotos*, 96] [B, 13]
- Madre [*Canciones*, 140]
- Madre [*Cenizas*, 14] [A, 251]
- Madre Antioquia [*Lotos*, 201]
- Madre tierra... [*Lotos*, 87]
- Manolete [*Cenizas*, 88] [C, 62]
- Mañana [*Cenizas*, 107] [*Murales*, 261*]: “que en los *eternos* mundos de la sombra / no deja *nunca* responder los muertos” > que en los *extraños* mundos de la sombra / no deja responder los muertos. [A, 39]: De *Murales*.
- Mañana [*Niebla*, 83] [B, 41]
- Mañana [*Niebla*, 94]
- Mañana [*Niebla*, 99]
- Marinos [*Murales*, 119] [A, 131]
- Mariposa del bar [*Canciones*, 44] [A, 279*]: “en nada crees, *porque tu fe está rota, / ni pides nada, porque nada esperas*” > en nada crees, porque nada esperas. [C, 66* y D, 76*]: Cambia el título: «Mariposa de bar»; “en nada crees, *porque tu fe está rota*” > y *tu fe*; “*lleno todo* de lirios y azucenas” > *todo lleno*; “después de *tu caída*, el alma buena” > *la caída*.
- Matinal [*Lotos*, 32] [Antes, 51*]: “*rebrillan, enjoyados, los pastales*” > *se muestran*.
- Me dijo... (A Luis Carlos González) [*Niebla*, 104]
- Medallón [*Canciones*, 99]
- Medio día [*Canciones*, 34] [A, 109]
- Melek [*Niebla*, 17]
- Memoria [*Cenizas*, 117]
- Memoria [*Niebla*, 102] [Antes, 37]
- Memoria [*Murales*, 107] [A, 23] [C, 25* y D, 32*]: “*emoción de llegada* de la nave” > *una emoción llegada*.

-
- Memoria del sacrificio (En la muerte del Poeta Edgar Poe Restrepo) [Cenizas, 42]
- Mendiga [Lotos, 147] [C, 48* y D, 69*]: “donde aguzan los amos *sus herretes*” > *sus birretes*; “que *en sorda lucha* su rencor encierra” > *en sordo grito*; “*con un rebenque* asolador de incendios” > *en un rebenque*; “*la turba* criminosa” > *la vida* criminosa.
- Mi canto [Murales, 195]
- Mi vida [Lotos, 65] [Antes, 65*]: “ante el procaz asedio *del arcano*” > *del insano*; “*signo*, que ya presiento, no me aflijo” > *sino*; “y *en el errátil* oro del paisaje” > *y ante el errátil*. [B, 11*]: Se convierte el soneto unitario original en una serie de 3 sonetos numerados, al agregar los dos últimos sonetos de la serie «Elogio galante».
- Miedo [Lotos, 67]
- Minuto [Canciones, 75]
- Minuto emocional [Lotos, 49] [Antes, 79]
- Mis alas [Canciones, 136]
- Mis cantos [Antes, 88]
- Mis hijos [Lotos, 75]
- Miseria (A Jesús Rodríguez) [Lotos, 179] [A, 263]
- Momento [Canciones, 52]
- Momento fugaz [Niebla, 43]
- Motivo [Lotos, 43] [Antes, 42*]: “*a los fulgores últimos* del día” > *ante las luces últimas* del día; “cuando *tienda* sus gasas por las lomas” > *extienda*; “que *saben en la tarde* mis palomas” > que *una tarde aprendí* de mis palomas; se invierte el orden de los versos: “miraremos el sol de los venados / cuando *tienda* sus gasas por las lomas”. [A, 55*]: De *Lotos*; cambia la estructura interna.
- Muchacha de la tarde [Canciones, 26]
- Muchacha del Quindío [Murales, 65] [A, 85]
- Mujer [Canciones, 126] [Antes, 76] [A, 51]
- Mujeres [Canciones, 66]
- Museta [Cenizas, 56]
- Mútilo (A Eduardo Benet Castellón) [Canciones, 84] [A, 283]
- Nada (A Francisco Vallhonrat) [Canciones, 106] [C, 77*]: Cambia la estructura interna.
- Nada [Niebla, 19]
- Nada [Niebla, 29] [Antes, 49] [C, 45]
- Nada [Murales, 41]
- Nancy [Cenizas, 65] [Murales 73*]: “*otros tiempos* lejanos que no pueden tornar” > *en tiempos ya* lejanos; “Aquí tuve tus ojos y *el ardor* de tus besos” > *el primor*; “en el hondo cariño que empezé

- mi cantar*" > *tu cantar*. [A, 21]: De *Murales*. [B, 21]: De *Murales*. [C, 47 y D, 31]: De *Murales*.
- Negro [Lotos, 163]
- Nieve (A Otto Morales Benítez) [Cenizas, 75]
- Niña que estás en mí... [Lotos, 59] [Antes, 66]
- No sé... ("Cómo era, Dios mío, cómo era". J. R. Jiménez) [Niebla, 109] [Antes, 34*]: Se suprime el registro de autor en el epígrafe.
- Noche [Niebla, 107]
- Noche de campo [Lotos, 33]
- Nochebuena [Canciones, 43] [A, 277]
- Nocturnal [Lotos, 38] [A, 105]
- Nocturnal [Canciones, 54]
- Noel [Canciones, 102] [A, 289*]: "por ti se ornarán *sus almas*" > *las almas*.
- Nómada [Canciones, 128]
- Norma [Canciones, 31]
- Noviembre (Para Aníbal Gutiérrez) [Niebla, 35]
- Oh Gloria [Niebla, 73]
- Oh Padre (A Eugenio Montoya) [Niebla, 46] [B, 33*]: "vuelve mi evocación *desde las ruinas / en donde el alma su pasado añora*" > *sobre las ruinas, su alma*; "tú en mi sentir *como severa cota*" > *con severa*; "tan severo y tan claro en *tus anhelos*" > *los anhelos*.
- Olimpico [Cenizas, 95] [Antes, 40]
- Olvido [Niebla, 37]
- Oración a Verlaine [Lotos, 91] [Antes, 15] [A, 147]
- Orgullo [Cenizas, 18] [Antes, 60*]: "y así anhelando la apolínea *fama*" > *rama*. [A, 221]: De *Antes*.
- Orgullo [Murales, 165] [C, 89]
- Orgullo sacro [Canciones, 142]
- Oros [Canciones, 61]
- Otoñal [Canciones, 62]
- Otro año [Cenizas, 21]
- Oye (Para Arcesio Cuéllar) [Niebla, 63]
- Oye [Murales, 207] [A, 33] [D, 91*]: Cambia la estructura interna; "*una canción azul al empezar la tarde*" > *una canción al empezar la tarde*.
- Pacheco (Para Alfonso Ocampo Aristizábal) [Niebla, 54]
- Pachito García (A Constantino Botero) [Niebla, 24]
- Pacho Franco [Murales, 219]
- Padre [Murales, 229] [B, 28*]: "y *los nidos sencillos por el suelo*" > *los niños*.
- Paisaje [Canciones, 20]

Palabras a la niña del campo [Cenizas, 12] [Murales, 123*]: “la *fiel* espuma del agua” > *suave*; se suprimen 4 versos: “cuando las rosas te aroman / es celebrando tu gracia, / y la cordial inocencia / que llevas dentro del alma”. [A, 87]: De *Murales*. [D, 52*]: De *Murales*; cambia la estructura interna.

Para qué [Niebla, 64] [B, 37*]: “y contemplando el ocre que en su gama *se atreve*” > *se aire*.

Pavor [Cenizas, 86] [Antes, 59]

Pavor [Niebla, 33] [C, 51* y D, 101*]: “*que todos* están soñando” > *pues todos*; “yo los llamo quedamente” > *les llamo*.

Pavor [Niebla, 96]

Payaso [Niebla, 49]

Peregrinantes [Canciones, 109]

Perro proletario (A Antonio J. Arango) [Canciones, 100] [A, 287]

Pesadilla [Lotos, 152]

Plenitud [Murales, 81] [A, 121]

Poema de la defensa nocturna [Canciones, 130] [C, 81*]: “que *me dio de sus tedios*” > *me donó en sus tedios*; “con alas de hojas verdes, y los senos partidos” > *y de senos partidos*; “peligrosa escalera de un ruinoso castillo” > *de un vetusto castillo*.

Poema del desencanto [Cenizas, 69]

Poema del labrador [Lotos, 111] [Murales, 257*]: “y un huerto con *zuribios y naranjas y pomas*” > y un huerto con *naranjos y zuribios* y pomas; “de los vientos errantes *tomará* el alma mía” > *llegará*; “de *giros* atrevidos por el azul del cielo” > de gritos atrevidos *bajo* el azul del cielo; “a vivir de la gracia interior *de mi sueño*” > *de mi ensueño*. [A, 93]: De *Murales*.

Poema negro [Lotos, 141] [Murales, 15*]: “una mendiga esconde su cara *dolorida*” > *adolorida*; “y *apenas* les da sombras a los que tienen frío” > *y sólo*; “Guiñapo de *esa sorda* caterva de infelices” > *esa oscura*; “*estruja* con sus manos los andrajosos flecos” > *revuelve*; “soberbio y *vengativo* como una tigre en celo” > *agresivo*. [A, 273*]: De *Lotos*; “y así cuando comience *su gesto tu reproche*” > *tu gesto de reproche*. [B, 14*]: De *Murales*; “*que agravian* con sus iris las esmeraldas raras” > *que se agravian*; “*que entrega* a los magnates su ciego poderío” > *que entregan*; “*Caerás* sobre la vida que te llenó de duelo” > *Caerá*. [C, 39* y D, 65*]: De *Murales*; “y sólo les da sombras a los que tienen frío” > *a quienes*; “buscando *de su madre* los tristes senos secos” > *de la madre*.

Poema para el hijo [Cenizas, 109]

Poetas [Niebla, 103]

- Por eso... [*Canciones*, 98] [A, 67] [D, 51]
- Por qué [*Niebla*, 59]
- Presencia del dolor [*Cenizas*, 115] [*Antes*, 38]
- Presencia del laurel (En la coronación de Baudilio Montoya) [*Murales*, 131] [A, 187] [B, 24*]: El título cambia, «Presentimiento», y el poema aparece mutilado (faltan dos páginas); “He celebrado *la distancia vaga / por donde pasa el son de los cencerros*” > *la instancia, el sol*; “cargadas de *venturosos poderíos*” > *venturosos*; “que *como sierpes de brillante lomo*” > *con sierpes*.
- Presentimiento [*Cenizas*, 10] [*Murales*, 95*]: “este pesar *oscuro que comienza*” > *inmenso*; “los lirios *que se agostan sobre el tallo*” > *que agonizan*; “*al oscuro playón de adormideras*” > *al lejano país*; “en la entraña fatal de *sus arenas*” > *las arenas*. [A, 125]: De *Murales*. [C, 85* y D, 48*]: De *Murales*; cambian la estructura interna; “y *el rumor vespéral de la colmena*” > *el rumor*; “en la entraña fatal de *las arenas*” > *de sus arenas*; en C: “y yo quiero *mirar todas las cosas*” > *vibrar*.
- Propósito [*Canciones*, 15] [A, 239]
- Prosapia [*Lotos*, 53] [*Antes*, 72]
- Queja (A Carlos Villafañe) [*Cenizas*, 71] [*Antes*, 52*]: Se suprime la dedicatoria; “cuando ya *se sosiega mi agonía*” > *se sosiegue*.
- Querella [*Canciones*, 123]
- Querella de Navidad [*Lotos*, 185] [*Murales*, 89*]: Se agrega la dedicatoria: “A Guillermo Ángel Ángel”; se suprime una estrofa: “Ante el presagio de fatal invierno / —cuando voy peregrino a mi calvario— / digo el romance tierno, / porque las rosas del jardín eterno / se abran sobre el sendero solitario”; “a suavizar las íntimas *congojas / que siempre fueron en la espera triste*” > a suavizar las íntimas *esperas / de mi lejana Navidad tan triste*; “*insultas con tus vívidas sortijas*” > *agravias*; “como en *el blando cuento que la abuela*” > como en *los suaves cuentos*; “y *el embrujo sereno de tu risa*” > y *la alegre cascada*; “miro *fulgir los rútilos juguetes*” > miro *otra vez*. [A, 267]: De *Murales*. [B, 22]: De *Murales*. [C, 90* y D, 59*]: Mezclan versos de *Lotos* y *Murales*; se suprime la dedicatoria; “*surte mi queja amarga, porque un día*” > *surge*; “*aquellos rapazuelos*” > *a aquellos*; “*al amor de la rústica candela*” > *al calor*.
- Querella de pena y de amor [*Murales*, 147] [A, 25*]: Se invierten los versos: “voy a decir que te sigo / como una sombra en silencio”.
- Razón [*Lotos*, 71] [*Antes*, 68]
- Razón (Para Alberto Ángel) [*Niebla*, 78] [*Antes*, 45*]: Se suprime la dedicatoria.

Razón [*Murales*, 151]
 Razón a Don Quijote [*Cenizas*, 92]
 Realidad (Para Alfonso Ocampo Restrepo) [*Niebla*, 32] [*Antes*, 54*]:
 Se suprime la dedicatoria.
 Recuento [*Cenizas*, 23]
 Reino interior [*Lotos*, 81] [*Antes*, 18] [*A*, 215]
 Remembranza [*Canciones*, 79] [*Antes*, 28]
 Remembranza [*Cenizas*, 51] [*Antes*, 53]
 Renunciación [*Cenizas*, 105] [*C*, 64* y *D*, 43*]: Cambian la estructura interna.
 Renunciamiento [*Lotos*, 161]
 Romance de La Canchelo [*Canciones*, 132] [*C*, 83*]: “*tu fuerte boca sensual*” > *tu pulpa*; “*con pulpa de durazneros*” > *con brillo*.
 Romance de la niña del pozo [*Cenizas*, 33]
 Romance de las sombras [*Cenizas*, 111]
 Romance del marino ciego [*Cenizas*, 72]
 Romance del Príncipe (En la muerte de Bernardo Arias Trujillo) [*Lotos*, 165]
 Romance para un proletario (A Alberto Trujillo Escobar) [*Lotos*, 155]
 Rosalía [*Lotos*, 57] [*Antes*, 64] [*A*, 97]
 Rosalía [*Niebla*, 100]
 Ruinas [*Lotos*, 21]
 Sádico [*Canciones*, 117]
 Sangre [*Niebla*, 111] [*Antes*, 39]
 Sapiencia (A Carlos Alberto Fonseca) [*Canciones*, 82]
 Satán [*Lotos*, 94] [*Antes*, 14*]: “*consteles los abismos siniestros de mi espanto*” > los *siniestros abismos*; “*por eso, ¡Oh gran Rebelde!*, mientras mi grito aumenta” > ¡*Oh Gran Monarca!*
 Saturnal [*Canciones*, 115]
 Savia funesta (A Julio Sancliment A.) [*Canciones*, 47] [*C*, 68*]: Se suprime la dedicatoria; “*yo soy una raíz; me voy hundiendo*” > “*yo soy raíz*”.
 Señor [*Lotos*, 102] [*Antes*, 13*]: “*la admonición fatal de la Sirena*” > *la maldición*. [*A*, 145 y *B*, 42]: De *Antes*.
 Señor [*Niebla*, 79] [*B*, 41]
 Señor (En la muerte del hijo) [*Murales*, 25] [*A*, 257]
 Señora muerte [*Niebla*, 7] [*B*, 29] [*C*, 22] [*D*, 95]
 Serenidad [*Canciones*, 32] [*A*, 241]
 Serenidad [*Canciones*, 145]
 Signo [*Canciones*, 92] [*A*, 285]
 Silfide [*Lotos*, 50] [*Antes*, 77*]: “*desnudo ante las aguas encrespadas*” > *entre las aguas*.

- Sino [*Lotos*, 95]
Sol [*Lotos*, 183]
Solar familiar [*Lotos*, 101] [*A*, 167*]: Se suprime el verso 8: “con el último amor crucificado”.
Soledad [*Canciones*, 42]
Soledad [*Murales*, 99] [*A*, 127]
Solo (A Bernardo Salazar Grillo) [*Lotos*, 189]
Solos [*Lotos*, 45]
Soneto [*Cenizas*, 68] [*Antes*, 56] [*B*, 43]
Soneto de la angustia [*Cenizas*, 116] [*Antes*, 44]
Soneto del pecado [*Lotos*, 99]
Sonetos de la Muerte (A Leonidas Cabrera). 6 sonetos. [*Niebla*, 55] [*Antes*, 82*]: Se suprime la dedicatoria; en el soneto 3: “raudas, de las alegres golondrinas” > de las errantes golondrinas; en el soneto 5: “el tono fiel del último paisaje” > del último celaje; “antes de abrir su oscuridad mi noche” > la noche. [*A*, 161*]: Se reproduce sólo el primer soneto de la serie. [*B*, 34*]: De *Niebla*; soneto 4: “que se acerca, se pierde y que se esconde” > y se esconde.
Sonia (Mi hija) [*Canciones*, 17] [*Antes*, 9*]: Se suprime la declaración de motivo. [*A*, 211]: De *Antes*.
Súplica [*Murales*, 111]
Tedio [*Lotos*, 110] [*A*, 171]
Tedio (A Mauricio G. Obelar) [*Canciones*, 39] [*Antes*, 25*]: Se suprime la dedicatoria; “como un infante hacia la muerte bruta” > a un infante; “te encontraste de pronto atormentada” > equivocada.
Temor [*Canciones*, 108] [*C*, 78]
Tierra [*Lotos*, 34]
Tierra quindiana. 8 sonetos. [*Lotos*, 25]
Todo [*Canciones*, 129] [*Antes*, 6*]: “estoy mirando absorto desde la torre negra” > mi torre.
Tonada de la sombra final (A Enrique Cuéllar) [*Niebla*, 41] [*C*, 55* y *D*, 103*]: Se suprime la dedicatoria.
Tono menor [*Cenizas*, 19]
Tríptico del café. 3 sonetos: «Blanco», «Verde», «Rojo». [*Cenizas*, 113] [*A*, 297*]: Cambia el orden: «Verde», «Blanco», «Rojo».
Tristeza [*Niebla*, 110]
Tu recuerdo [*Niebla*, 65] [*B*, 38]
Tú... [*Lotos*, 82] [*Antes*, 23*]: Corrige una errata: “dos falanges de luz, limpios y claros” > alfanjes. [*A*, 43]: De *Antes*.
Tu voz... [*Lotos*, 60] [*A*, 59]
Un día... [*Lotos*, 104] [*Antes*, 12] [*A*, 143]
Un día (A Antonio Cardona Jaramillo) [*Canciones*, 36]

-
-
- Un día [*Cenizas*, 84] [*Niebla*, 66] [*Murales*, 11*]: Se agrega la dedicatoria: “A la Bien Amada”; “y sabías suspirar, cuando *en las noches*” > *en las tardes*; “*en mi pena*, en mi angustia y en mis lágrimas” > *en mi queja*. [A, 15]: De *Murales*. [B, 38*]: De *Niebla*; “porque tan *suavemente* me llamabas” > *suave*. [D, 89*]: De *Murales*; se suprime la dedicatoria.
- Una vez (A J. B. Jaramillo Meza) [*Cenizas*, 74] [A, 41]
- Una vez (A Esteban Correa) [*Niebla*, 105] [*Antes*, 7*]: Se suprime la dedicatoria.
- Universo [*Canciones*, 94] [A, 245]
- Velada sentimental [*Lotos*, 199]
- Vesperal [*Niebla*, 21]
- Vesperal (A Roberto Quintero Villa) [*Niebla*, 112]
- Vespertina [*Lotos*, 17]
- Vida plena [*Cenizas*, 77] [*Antes*, 8] [A, 209*]: “que me separan del humano *dolo*” > *dolor*.
- Vida rota [*Murales*, 215] [A, 37* y D, 34*]: Transcriben la letra del bambuco «En la playa», que difiere del poema original.
- Viejo pueblo [*Canciones*, 60]
- Vino [*Lotos*, 51] [B, 10*]: Cambia la estructura interna.
- Visión heroica de España [*Lotos*, 115]
- Ya para qué las rosas... [*Lotos*, 126]
- Yo (A Euclides Jaramillo Arango) [*Niebla*, 28] [C, 24* y D, 62*]: Se suprime la dedicatoria; “de mi dolor *tan sordo*” > *tan hondo*.
- Yo [*Canciones*, 57] [*Antes*, 29*]: “de ella no tuve *la razón siniestra*” > *la intención*.
- Yo soy de luz... [*Lotos*, 79]
- Zagala comarcana [*Lotos*, 74]
- Zaidé [*Canciones*, 33] [*Antes*, 32] [A, 45*]: Cambia la estructura interna. [C, 65]



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Centro de Publicaciones
de la Universidad del Quindío
(Armenia, Colombia)
en el mes de julio de 2011.